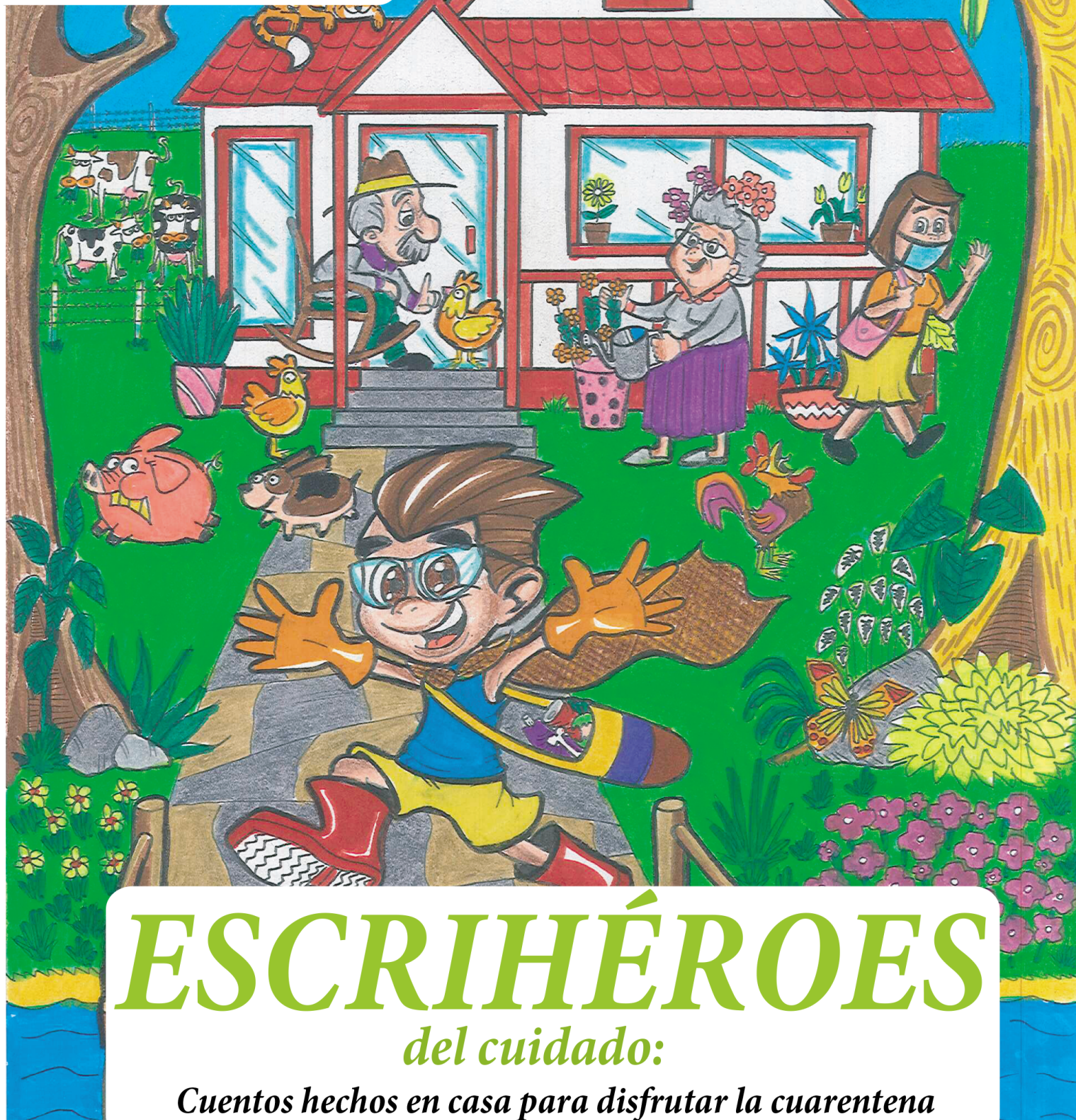


6^{to}
Concurso
Departamental
de Cuento
"LA PERA DE ORO"



ESCRIHÉROES

del cuidado:

Cuentos hechos en casa para disfrutar la cuarentena



GOBERNACIÓN DE
Boyacá

Secretaría de
Educación

Secretaría de TIC y
Gobierno Abierto

Boyacá
Avanza



GOBERNACIÓN DE BOYACÁ
Secretaría de Educación de Boyacá

- PBX: 7420200
- **SAC - Sistema de Atención al Ciudadano**
- Extensiones 3126 / 3207
- Correo electrónico: despacho@sedboyaca.gov.co

TÍTULO

Concurso de Cuento “La Pera de Oro”, 2020. Escribíloos del cuidado. “Cuentos hechos en casa para disfrutar en cuarentena”.

ISBN:

Primera edición: diciembre de 2020

500 ejemplares

Ilustración y carátula:

Yorlys Tatiana Moreno Ortega

Wilmer Orlando Caceres Roza

Corrección de estilo:

Luis Carlos Roa Gil

Diseño y diagramación:

Christian Alfredo Herrera

Prólogo

La Pera de Oro

Érase una vez un mundo en el que nadie estaba preparado. Un mundo en donde la gran parte de la población no estaba preparada para absolutamente nada. No sabían cómo conservar el planeta, se les había olvidado lo hermoso de las cosas sencillas; el valor de lo público se había perdido del imaginario colectivo, y, ni siquiera, saludar era posible, pues a todas las personas se les olvidó hacerlo o no lo consideraban necesario. Este mundo de Los No Preparados era inviable (o al menos eso parecía) porque no sólo las personas no estaban listas para algo, sino que tampoco estaban dispuestos a aprender. Cada vez más, tanto el egoísmo como las mentiras disfrazadas de verdad ganaban terreno en las conciencias y eran consuelo suficiente para evadir los retos de la vida diaria.

En ese mundo irreal, dos jóvenes guerreros decidieron emprender una aventura de inmensa valía. Una odisea de una proporción tal que al menos seis generaciones aún celebran con fiesta y alegría. Más adelante narraré de qué se trata, pero antes permítanme presentarles a nuestros dos héroes de esta historia, que no son Batman, Superman, Hulk, Thor o Pantera Negra, ni siquiera llegan a Chapulín Colorado, pero sus hazañas y sus proezas son dignas de ser contadas, tal vez no por DC Comics o Marvel, pero sí por el Concurso Departamental de **Cuento La Pera de Oro**.

Nuestros héroes: **Tuthor** (Edilson) y **Rec** (Wilmar) son dos profes, dos inconformes de la conformidad del mundo en el que nacieron. Dos Polombianos —diría Iván— comunes y corrientes, que, a pesar de vivir en un mundo donde nadie estaba preparado decidieron romper con la rutina. Edilson y Wilmar no son los nombres de batalla de nuestros protagonistas, de hecho, prefieren las sombras pues no son de reflectores. Los periodistas de El Diario y el Siete Días los llaman “El Duo Literario”, y sus seguidores, milenials, prefieren llamarlos The Two. Ellos ocultan sus capacidades sobrehumanas trabajando en actividades cotidianas; uno como profesor tutor de otros maestros y el otro también en el mundo de la educación como director de un colegio que algunos daban por perdido. Ambos tienen cara de nerds. Son nerds. Pero, no sé, siento que, en el fondo, son unos valientes nerds más rebeldes que muchos que se jactan de serlo.



Tuthor es flaco y es muy amable, muy buena persona. Nadie se lo imagina con súper poderes. Nadie se lo imagina cambiando el mundo. Su poder, la Humanidad. Rec tiene un carácter más fuerte, se parece al protagonista de The Boys, pero a pesar de parecer rudo, tiene una gran sensibilidad humana que lo ha hecho indestructible. Su don, la persistencia. Ellos dos son los protagonistas de esta historia. Su historia la escribieron en Boyacá, la Tierra de la Libertad. Un distrito muy especial, tanto por su pasado como por su futuro. Futuro en donde nuestros protagonistas son muy importantes. Donde los protagonistas son ustedes, apreciados lectores.

Luego de presentar nuestros personajes, contaré cómo estos héroes han hecho de este mundo de Los No Preparados un sitio con esperanza con un mejor mañana. Ah, pero antes, el villano. ¡Por Dios!, nuestro **Thanos**, Guasón, Darth Vader, Ernesto de la Cruz, nuestro Cuajinais. Se trata de Buró, un aparato entre mecánico, electrónico y humanoide deforme cuyo enorme tamaño es proporcional a su maldad e intención de no permitir que nada cambie. Buró es una mezcla de vísceras insensibles, resignación, tuercas y tornillos que quedaron de la Revolución Industrial de la posguerra, de todas las posguerras, de sillas viejas y cenizas de libros encendidos en la hoguera. Su ejército domina los medios y los fines. Su estrategia, congelar a todos con su rayo paralizador; la resignación y el miedo.

Ahora sí. Una maga milenaria llamada Aura descubrió que hace siglos que una pera mágica tenía el poder de despertar en la población de Los No Preparados las ganas de aprender. Esta hechicera de la aldea de los Muiscas logró luego de miles de experimentos y pócimas educativas descubrir que en la tierra de Jenesano unos profes habían logrado cambios bonitos en los pobladores, especialmente en los más pequeños, en los jóvenes. Y que, gracias a esa pera mágica, hecha de oro puro de la más alta calidad, ese territorio era un poquito mejor.

El descubrimiento de Aura pronto llegó a oídos de Buró e hizo hasta lo imposible por frenar la búsqueda y puesta en marcha de La Pera de Oro. Si la sociedad se enteraba de su existencia y los niños se irradiaban con su luz, los propósitos de Oscuridad se iban a ver frustrados. No dio recursos suficientes, puso trabas, hizo miles de cuestionamientos, no propuso nada, generó intrigas, embolató el proyecto, generó mil trámites, puso mil obstáculos, creó noticias falsas; en fin, hizo de todo para impedir que La Pera de Oro fuera departamental. ¡Pero no lo logró!

Tuthor y **Rec** no lo permitieron. Con la fuerza del corazón y su persistencia derrotaron a Buró y lo lograron. Insistieron, gestionaron, imaginaron, propusieron, tramitaron, escribieron, tocaron puertas, se apoyaron de



colegas de la vida real, se apoyaron en soñadores —como este humilde escritor— en líderes como Ramiro Barragán, The Gobernador, como Jhon Amaya, Chico Tic, como Jackie, La Alcaldesa, y muchos más. La batalla fue épica. Hicieron que la pera brillara más fuerte que nunca. Hoy Boyacá es un poco mejor gracias a estos héroes anónimos. Gracias a The Two, la historia la escriben cada año cientos de niños en nuestra tierra. Y es tanta la alegría y esperanza que se cultiva alrededor de la pera que siento que hay esperanza de que esto pueda cambiar. Que Los No Preparados para nada puedan llegar a ser mejores seres humanos, y que el mundo pueda ser un poco mejor. Donde el otro cuente, donde seamos parte, donde la vida sea sagrada, donde las cosas sencillas valgan y donde la solidaridad y la defensa de lo público sean un propósito colectivo. Donde la gente sonría más. Donde los sueños no se detengan, a pesar de la pandemia.

Gracias a todos. Gracias a los participantes de esta sexta versión: todos son ganadores. Gracias profesores, gracias rectores, gracias estudiantes. ¡La pera brilla gracias a ustedes! Leer los escritos de este libro nos recuerda que nuestro amor por la educación es más contagioso que cualquier virus. Gracias a la legión de escritores que hará que logremos salir adelante. La aventura continuará. Ojalá a nivel nacional.

Todo porque...

La Educación es el camino

JAIME RAÚL SALAMANCA TORRES
“El Secretario”

PDT: Por ahí leí alguna vez que no debería haber más que poetas que hicieran de la vida un canto. ¡Así es!



GOBERNACIÓN DE
Boyacá

Secretaría de
Educación

Secretaría de TIC y
Gobierno Abierto

Boyacá
Avanza



Concurso de cuento “la Pera de Oro”

La historia del concurso:

CONCURSO DE CUENTO LA PERA DE ORO

El concurso de cuento “La Pera de Oro”, nació en el año 2015 como una iniciativa de un grupo de docentes y la bibliotecóloga del municipio de Jenesano (Boyacá) con el ánimo de mejorar los procesos de creación literaria de los niños, niñas, adolescentes y docentes de las diferentes instituciones educativas de nuestro departamento.

La primera versión contó con la participación de 190 concursantes, en la versión 2016 el número ascendió a 540 creaciones literarias, enviadas desde 46 municipios, de 65 instituciones educativas de todo el territorio boyacense.

En el año 2017 se presentaron 1285 creaciones del departamento, además de la apertura de una nueva categoría que incluye las producciones de los docentes de las instituciones educativas.

En el año 2018 se recibieron 2319 cuentos desde los 123 municipios que conforman el territorio boyacense.

En el año 2019, se contó con la participación de 3.665 obras literarias, las cuales fueron enviadas desde 97 municipios de todo el departamento.

En el año 2020, se recibieron 3.197 obras enviadas desde 100 municipios de todo Boyacá, lo que mantuvo al concurso como la convocatoria cultural más grande del departamento, en cuanto a cantidad y cobertura geográfica, sin desconocer la calidad de las producciones, que cada año mejoran con respecto a las características asumidas para el género literario.

El concurso ha realizado convenios con el Instituto Caro y Cuervo y el Nodo de literatura Muisca, para hacer los procesos de juzgamiento y



GOBERNACIÓN DE
Boyacá

Secretaría de
Educación

Secretaría de TIC y
Gobierno Abierto

Boyacá
Avanza



capacitación a docentes y estudiantes durante las últimas tres versiones.

Con la colaboración de varias entidades el concurso ha publicado seis libros los cuales se han entregado de forma gratuita a las diferentes instituciones educativas del departamento y a algunas bibliotecas.

El concurso de cuento “La Pera de Oro” y este libro, no serían posibles sin la colaboración de:

Gobernador de Boyacá: Ramiro Barragán Adame

Secretario de educación: Jaime Raúl Salamanca Torres

Secretario las Tic y Gobierno abierto: Ing. John Edickson Amaya Rodríguez

Alcaldesa de Jenesano: Jacqueline Caro Pérez

Gerente de la Lotería de Boyacá: Hector David Chaparro.

Directora del Instituto Caro y Cuervo: Carmen Millán

Doctor, Luis Alejandro Barrera, Rubén Sandoval

David Morales Castillo

Duván Camilo Rojas Cruz

Nancy Magda Cruz Chacón

Libia Carmenza Romero Carrillo

Claudia Esperanza Tamayo Corredor

Carolina Piña Sarmiento

Ruth Judith Pachon Díaz

Juan Diego Rodríguez

Matías Amézquita

Marcela Blanco

Fabio José Saavedra Corredor

Aura Yaneth Sayo Gutiérrez

Yuliam Marcela Uribe Zuluaga

Silvia Daniela Sierra Vargas

María Francia Blanco

Estudiantes, docentes, directivos y padres de familia de todas las instituciones educativas del departamento

Jurados departamentales: Darío Rodríguez y Darío Vargas Díaz

Corrector de estilo: Luis Carlos Roa Gil

Ilustradores “diseñadores creativos”:
Yorlys Tatiana Moreno Ortega
Wilmer Orlando Caceres Rozo

Diagramación: Christian Alfredo Herrera

WILMAR ANGEL RAMIREZ VALBUENA
MAGDALENA JUNCO MENDOZA
JOSE EDILSON SOLER ROCHA
Coordinadores del concurso cuento “La Pera de Oro”

 Concurso de Cuento La Pera de Oro

 Cuentos La Pera de Oro

 @PeraOro

 Concurso de Cuento La Pera de Oro

 cuentoslaperadeoro@gmail.com

www.laperadeoro.com

 (+57) 3103418141
Wilmar Ramírez

 (+57) 3125854310
Edilson Soler

 (+57) 3212359951
Magdalena Junco

A continuación, presentamos las creaciones literarias finalistas de la sexta versión del concurso de cuento 2020:



GOBERNACIÓN DE
Boyacá

Secretaría de
Educación

Secretaría de TIC y
Gobierno Abierto

Boyacá
Avanza



Contenido

CATEGORÍA A

La historia de Yacu	15
<i>Autor: Fredy Arley Gómez Mejía</i>	
Las aventuras de Cleipy, la bolsita que se reutilizó	16
<i>Autor: Luis Felipe Fajardo Puerto</i>	
Susto en el río	18
<i>Autor: Jorge Andrés Álvarez Rojas</i>	
El cuidado de mi cuerpo	19
<i>Autor: Yesid Alejandro Rondón Rubio</i>	
El monstruo green	22
<i>Autor: Briyith Natly Estepa Moreno</i>	
Es mejor prevenir	24
<i>Autor: Andrés Felipe Colmenares Arias</i>	
El terror de la humanidad	25
<i>Autor: Iván Leandro León Rincón</i>	
Cuando cuidamos al ambiente.	28
<i>Autor: Luisa Daniela Esmeralda Aponte Cárdenas</i>	
¿Las Aquilegias son celosas?	30
<i>Autor: Sofía Victoria Sarmiento Buitrago</i>	
El cuidado de nuestro entorno.....	30
<i>Autor: Alejandro Gómez Gómez</i>	
La sombra de Juan	32
<i>Autor: Danna Gabriela Almeida Suarez</i>	
Olguita la abejita.....	34
<i>Autor: Ana María Mendoza Rodríguez</i>	
El cuidado del medio ambiente.....	36
<i>Autor: Nikol Mayerly Parra Gómez</i>	
Un baño en la arena.	38
<i>Autor: Jorge Andrés Vargas Garzón</i>	
El virus	39
<i>Autor: Valery Nayely Isaza Trejos</i>	

CATEGORÍA B

El diamante más grande del mundo.....	43
<i>Autor: Aris Leonardo Camargo Neira</i>	
La luz de la esperanza.....	45
<i>Autor: Alicia Fernanda Vergel López</i>	
Un pueblito a punto de desaparecer	48
<i>Autores: Oscar Alejandro Muñoz Molina</i>	



Lo que el cáncer unió	50
<i>Autor: Andrés Felipe Pastrana Peña</i>	
Las aventuras de oliva.....	53
<i>Autor: Nicole Fernanda Castillo Duran</i>	
Ciudadania	54
<i>Autor: Ana Sofía Rodríguez Beltrán</i>	
La niña del bosque.....	56
<i>Autor: José Gabriel Rojas Bonilla</i>	
Perros reales	61
<i>Autor: Oscar Santiago Cuevas Gutiérrez</i>	
Cómo cuidar a tu abuela	63
<i>Autor: Laura Sofía Fontecha Pastrana</i>	
Crongrang, el protector de la naturaleza	64
<i>Autor: Jesús Manuel Panadero Dueñez</i>	
¡Urra!, los hemos salvado	66
<i>Autor: Jholmar Duban González Duran</i>	
La hipoteca campesina	70
<i>Autor: María Clara Numpaque Amado</i>	
Planeta 89327 diseña el cambio	72
<i>Autor: Michelle Fernanda Rodríguez Bautista</i>	
La magia de la amistad	74
<i>Autor: Osman David Cárdenas Angarita</i>	

CATEGORÍA C

Una gran lección	79
<i>Autor: Yohan Camilo Sánchez Meza</i>	
No al silencio	81
<i>Autor: Lizeth Andrea Pedraza Martínez</i>	
Las vueltas de la vida	83
<i>Autor: David Fernando Vargas Macías</i>	
2000 días de lucha.....	85
<i>Autor: Adriana Paola Blanco Manrique</i>	
De-mente escéptica.....	89
<i>Autor: María Alejandra Hernández Osorio</i>	
El amor más importante del mundo	91
<i>Autores: Darcy Zulay Carrillo Pinilla</i>	
Juan y sus problemas con las redes sociales.....	93
<i>Autor: Gabriel Santiago Barrera Morales</i>	
Richard el descuidado	95
<i>Autor: James Alejandro Giraldo Caro</i>	
El amor en duelo	100
<i>Autor: Mariana López Páez</i>	
Los dos hijos abandonados.....	102
<i>Autores: Jeferson Aivaldo Cataño Largo</i>	



Sueño de paz	103
<i>Autor: Jennifer Valeria Briceño Briceño</i>	
Don Covid	105
<i>Autor: Sara Ginneth Sánchez Pedraza</i>	
Mi querida familia	107
<i>Autor: Laura Milena Torres Reyes</i>	
La reflexión de Pablito	109
<i>Autor: Yenifer Paola Ruiz Vargas</i>	
El humanovirus	111
<i>Autor: Zuly Alexandra Sichaca Sanabria</i>	

CATEGORÍA D

Alondra y el agua oscura	115
<i>Autor: Adriana María Galvis Cardona</i>	
Bajo los ojos de mi abuela.....	117
<i>Autor: Andrea Del Pilar Prieto González</i>	
El canto de aljibe	119
<i>Autor: Arledy Hernán Moreno Camargo</i>	
La promesa	122
<i>Autor: Magda Consuelo Pinilla Monroy</i>	
¿Alguna vez han visto un amanecer?	126
<i>Autor: Ana Lucía Gómez Chaves</i>	
Desapercibido	128
<i>Autor: Mónica Yohanna Lara Páez</i>	
Los caballeros de la armadura blanca	130
<i>Autor: Blanca Doly Abaunza Cuellar</i>	
¡Quiera Dios yo aparezca!	133
<i>Autor: Yecidth Sierra Herrera</i>	
En la penumbra del sol naciente	137
<i>Autor: Rubén Darío Vásquez Manrique</i>	
¡Cuidado! soy un enmascarado	139
<i>Autor: Carlos Raúl Figueroa Moncayo</i>	
Todavía hay tiempo	141
<i>Autor: Jesús Eduardo Castelblanco Hernández</i>	
Rambert o la vergüenza de ser feliz solo	145
<i>Autores: Fabian Rosebell Fonseca Rojas</i>	
La misa del domingo	147
<i>Autor: José Darío Benítez Becerra</i>	
El viejo teléfono	149
<i>Autor: Rosa Inés García Ortegón</i>	
El farero	154
<i>Autor: Leidy Nataly Daza Pirateque</i>	



CATEGORÍA ESFUERZO Y DEDICACIÓN

Visitando a mis abuelos	158
<i>Autor: Manuel Santiago Díaz Valderrama</i>	
Un héroe anónimo	159
<i>Autor: Andrés Felipe Pinilla Flórez</i>	
Samanta, la pingüinita	160
<i>Autor: Doris Ariana Triviño Alcalá</i>	

CATEGORÍA JENESANO

El castillo encantado de mí abuelo	164
<i>Autor: María Yecenia Aponte Aponte</i>	
La princesa protectora	165
<i>Autor: Leidy Carolina Vargas Parra</i>	
Detrás de la montaña	170
<i>Autor: Alexandra Reyes</i>	
La selva de Antuan	171
<i>Autor: David Esteban Orjuela González</i>	



CATEGORÍA A





LA HISTORIA DE YACU



Autor: Fredy Arley Gómez Mejía
Institución Educativa Luis Manuel Parra Caro sede Toasague
Municipio: Sativanorte
Docente: Sandra Jazmin Bermúdez López

Había una vez un niño indígena que se llamaba Yacu, vivía en la selva en una pequeña choza junto a su tribu, era un niño muy fuerte pues desde muy pequeño demostró ser valiente, a él lo encontraron cuando era un bebé cerca de una gran laguna, nadie sabe cómo llegó hasta ese lugar, la tribu siempre lo consideró como un regalo de la naturaleza, desde entonces Yacu ha crecido con las creencias de la tribu que lo protege.

Estando ansiosos porque llegara el invierno para que sus cultivos progresaran, Yacu notó la preocupación de los líderes y aunque quisiera ayudar no podía hacer nada. Una noche, después de realizar canticos al Dios de la lluvia, Yacu se fue a dormir y tuvo un sueño en el que una voz lo llamaba. Él se despertó asustado, pero volvió a dormir porque no vio a nadie y pensó que estaba soñando, nuevamente en el sueño lo llamaba una voz, esta vez Yacu prestó mucha atención a la voz que lo llamaba, estuvo atento a escuchar lo que le decían, él volvió a despertar y decidió abrir la ventana para respirar un poco de aire fresco, estaba nervioso pues no sabía lo que le ocurría, pero pensaba que pronto amanecería. No pasó mucho tiempo cuando estando frente a la ventana de su habitación una voz de las nubes lo llamaba: “Yacu, Yacu no tengas miedo, escucha este mensaje”.

Yacu muy nervioso trató de correr y esconderse, pero seguía escuchando lo que le decían, se asomó a la ventana y escuchó atento el mensaje que le decían: “Yacu sabemos que han estado esperando el agua, pero no sucederá, el agua no volverá a llegar del cielo a la tierra, por eso te voy a entregar las últimas tres gotas de agua para que las cuides y no permitas que nada ni nadie se las robe o malgaste, son la esperanza de vida para el planeta”. Yacu preguntó el motivo por el cual no volvería el agua y esta voz le respondió que era porque las personas no estaban cuidando el agua, que cada día la desperdiciaban más.

Yacú muy asustado regresó a su cama y trató de dormir, pero no lo conseguía, pensaba y pensaba en las palabras que había escuchado. Repetía una y otra vez en su cabeza aquel mensaje que le habían dado, y ya agotado de tanto pensar y pensar se quedó dormido. Al día siguiente despertó un poco tarde y algo pensativo.

Yacú solía sentarse a descansar cerca de un árbol, le gustaba porque podía ocultarse del sol. En un momento el árbol se sacudió y al lado de Yacú cayeron tres hermosas gotas de agua que resbalaron desde las hojas del árbol hasta llegar a su hombro. Yacú se asustó mucho y se levantó rápidamente del suelo, recordó el sueño que había tenido. Al ver las gotas de agua en su hombro pensó que lo que había pasado la noche anterior ahora era real. Yacu era valiente, pero no sabía cómo cuidar las tres gotitas de agua y pensaba que si le contaba a alguien las iba a perder, pero el árbol lo estaba mirando y le dijo que las gotitas de agua le ayudarían a cumplir la misión.

Yacu estaba asombrado pues no sabía de qué le hablaba el árbol, en ese momento las gotitas le contaron a Yacu la misión que debía cumplir con ellas, le contaron que como las personas no cuidaban el agua, se iba a acabar para siempre, pero las gotitas les pidieron a las nubes una oportunidad de salvar la tierra, también le dijeron que un dragón malvado las quería robar para tener agua sólo para él, que el dragón viajaría por los aires hasta encontrarlas. Yacu prestaba mucha atención y les preguntó qué cómo las podía ayudar. Las gotitas de agua siguieron contándole a Yacu lo que tenían que hacer y era llegar hasta la cima de un gran valle y depositarlas en una fuente del agua de la vida que llegaría a todas las personas del mundo, pero debían evitar que *Mortikus*, el dragón, las encontrara y las robara sólo para él; debían atravesar muchos caminos y obstáculos, así que se apresuraron a cumplir esa misión.

Yacu y las gotitas pasaron por muchos ríos secos, también por lagunas moribundas que los animaban para que lograran llegar pronto a la fuente, *Mortikus* estaba dispuesto a robar las tres gotitas de agua para calmar su sed, no le importaba los demás seres, estaba desesperado botando fuego por su boca y buscando las gotitas por todos lados, nadie le decía nada, todos le tenían mucho miedo al dragón malvado porque siempre quemaba con su fuego los cultivos y casas, también robaba las cascadas de agua o las secaba.

Yacu y las gotitas estaban agotados de caminar y el sol estaba muy fuerte, se acercaron a una laguna que no tenía mucha agua a descansar un poco y también para que Yacú se hidratara. En ese momento escucharon que se acercaba *Mortikus* a la laguna y se escondieron detrás de una roca, el malvado dragón pasó muy cerca de ellos, pero

no los encontró, así que Yacu avanzó más rápido pues no quería perder las gotitas de agua que serían la salvación para todos. Yacu cuidaba con todas sus fuerzas esas tres gotitas porque sabía que también podría ayudar a la tribu con los cultivos.

Estaban muy cerca de cumplir la misión cuando fueron sorprendidos por *Mortikus* ya casi a punto de llegar, las gotitas se escondieron en el cabello de Yacu, *Mortikus* se acercó y le dijo a Yacu que si había visto unas gotitas de agua por el camino, Yacu le contestó que no había nadie a su paso, el dragón se alejó, pero a lo lejos vio cómo Yacu corría por la montaña hacia la fuente de la vida, así que se devolvió furioso botando fuego por su boca; Yacu se dio cuenta de que el dragón regresaba y le advirtió a las gotitas. El dragón le exigió a Yacu que le entregara las gotitas o lo iba a quemar con su fuego, Yacu estaba en peligro pues el dragón le botaba muchas bolas de fuego, pero él cómo su agilidad esquivaba el fuego y dando grandes saltos logró esconderse en una cueva junto a las gotitas.

Mortikus no se rindió y siguió atacando a Yacu, con su gran cola quiso derribar la cueva donde se escondían, hizo varios intentos hasta casi lograr verlos, pero no le salió de la mejor manera, con el último golpe las rocas de la montaña se le vinieron encima a *Mortikus* y quedó atrapado debajo de miles de piedras. Yacu aprovechó ese instante para llegar a la fuente, se despidió de las gotitas y les agradeció por elegirlo a él, las gotitas se apresuraron, se metieron en la fuente de agua y como si fuera mágica, el agua empezó a nacer de aquella fuente, corría por lo largo del valle. Esa tarde, mientras regresaba a casa, las nubes le hablaron a Yacu y le dijeron que gracias a su valentía el agua llegaría muy pronto a todos lados.

Las nubes no mintieron, esa noche, mientras llegaba a casa, su tribu lo estaba esperando. Yacu les dijo que el agua vendría pronto, que hicieran canticos y ofrendas, que el agua llegaría para salvar la tierra, que lo más importante era cuidar el agua para que nunca más volviera a faltar. Yacu guardó en secreto lo sucedido y desde ese momento enseñó a todos a cuidar las fuentes de agua del territorio. Todos se sorprendieron porque las palabras de Yacu les trajo de vuelta el agua; esa noche todos en la tribu bailaron y cantaron al son de la lluvia.

LAS AVENTURAS DE CLEIPY, LA BOLSITA QUE SE REUTILIZÓ



*Autor: Luis Felipe Fajardo Puerto
Institución Educativa Rafael Reyes
Municipio: Santa Rosa de Viterbo
Docente: Mayerly Martínez*

Papá y mamá siempre nos han enseñado que debemos cuidar las zonas donde estamos, respetar la naturaleza, ahorrar agua, luz y a no botar la basura al piso. Pero este niño llamado Juancito poca atención había puesto a sus padres en este tema. Y esto fue lo que sucedió cuando disfrutaba de su primer día de colegio.

Juancito despertó como siempre muy temprano, con el ánimo de volver a ver a todos sus amigos y de conocer a muchos más. Se bañó, arregló su cama, desayunó y alistó con emoción su maleta con sus cuadernos y todos los útiles escolares.

Su mamá le dijo:

—Alístate que en unos minutos salimos.

Juancito sabía las onces que iba a llevar al colegio, pues su curiosidad lo llevaba a buscar en la nevera por las noches lo que degustaría en su descanso al otro día; y era un delicioso pedazo de torta de plátano que su mamá le

había preparado, una manzana grande y bien roja con un delicioso juguito de mora en bolsa. Su madre apresurada cogió su bolso, las llaves del carro y juntos se fueron. Cuando llegaron al colegio, Juancito abrazó fuertemente a su mamá y tiernamente le dijo:

—Gracias, mami, te amo mucho.

La mamá con los ojos aguados le respondió:

—Qué grande te ves, te has crecido mucho, cuídate Juancito, recuerda que eres el mejor.

Juancito corrió apresurado y de lejos le envió un gran beso a su mamá que todavía lo seguía hasta que se confundió con los otros niños.

Comenzaron las clases y Juancito iba muy feliz. Ya en el colegio, conoció a nuevos y muy buenos amigos, pues se caracterizaba por su buen sentido del humor, su solidaridad, aunque todo no eran buenas cualidades. Juancito estaba muy feliz, estaba teniendo un gran día, después de que jugó incansablemente con sus nuevos amigos, comenzaron las clases. Pronto llegó la hora del descanso, y ansioso abrió su maleta para degustar de esas deliciosas onces. Su estómago crujía cual arroyo crecido, mientras ansioso abría su lonchera.

Ya satisfecho después de comer todo, Juancito fue a buscar nuevamente a sus amigos, para correr, saltar y jugar por todo el colegio como acostumbraba. Pero, como todo no eran cualidades para nuestro amigo Juancito, tenía la costumbre de botar la basura al piso; y así pasó con la bolsita del jugo, la cual no dejó en la caneca correspondiente y al suelo fue a parar, justo donde se había sentado. Sin más reparo siguió con el resto de las clases.

Ya se avecinaba la hora de terminar su primer día de clase. Un fuerte viento empezó a arrancar las hojas de los árboles que rodaban dando círculos por todos los pasillos del colegio, las nubes de un gris bien oscuro parecían que se abrazaban. Se avecinaba un fuerte aguacero, así que empezaron a caer inmensas gotas de agua, y una de estas grandes gotas era más brillante que las demás; era una gota mágica que como rayo cayó del cielo, justo en la bolsa que Juancito había dejado tirada en el césped.

La gota mágica inundó por completo a esta bolsita e hizo que le empezaron a salir unos brazos largos y delgados, unas piernas bien blancas, un par de ojos azules como el cielo, una nariz muy brillante y rojita, y una boca muy gris como el metal. Podía caminar, hablar, moverse como si fuera un niño. Como no sabía qué hacer pues ella empezó a caminar mirando todo lo que tenía a su alrededor. Pisaba con curiosidad el césped, miraba a los pájaros volar y las hojas de los árboles caer por el viento, pues la tormenta era cada vez más fuerte.

Cuando el agua inundaba todo, se armó un pequeño arroyo que sin piedad arrastraron a esta pequeña bolsa hasta lo más profundo de una alcantarilla. La bolsita nadaba alegremente en lo profundo y le interesaba mucho lo que había ahí. Después de un largo tiempo, la bolsita había aterrizado en un lugar muy contaminado, quedó impresionada por lo que esa alcantarilla guardaba, una gran cantidad de basura que era el fruto de la inconciencia de las personas. La bolsita siguió mirando con curiosidad.

Una lata de atún se le acercó y le dijo:

—Hola, me llamo Alfred, y tú ¿cómo te llamas?

La bolsita respondió:

—La verdad no lo sé, acabo de llegar a este mundo.

Entonces Alfred la observó por todo lado y le dijo:

—Mmm, tú eres muy bonita, así que te llamaré *Cleipy*.

Luego, Alfred reunió a todos los desechos y gritando fuerte les comunicó:

—¡Llegó una nueva integrante al grupo!

Cuando Alfred dijo esto, todos empezaron a celebrar de emoción. Una botella de vidrio salió de la multitud y le indicó a *Cleipy*:

—Tu misión es contaminar y dañar lo que los humanos no cuidan.

Cleipy veía cómo las tortugas se morían con los pedazos de llantas, los peces y demás animales de este lugar no podían estar tranquilos con el ambiente tóxico. *Cleipy* miraba con atención lo que sucedía allí, y sintió que su misión en la tierra era diferente a la de dañar, y en ese momento un arroyo más grande los arrastró a todos y terminaron en lugares diferentes.

Cleipy llegó a un lugar donde se escuchaba el sonido de unas máquinas y con más curiosidad todavía salió a la superficie a mirar lo que allí sucedía, era un punto de reciclaje. En éste lugar encontró una botella de plástico, quién la saludó amablemente.

—Hola, ¿cómo te llamas?

Cleipy respondió tímidamente:

—Me llamo *Cleipy*.

La botella la abrazó y le dijo:

—Yo me llamo *Sleppy*, bienvenida al punto de reciclaje.

Cleipy se sorprendió al ver la fábrica por dentro, todo era un engranaje, había canecas verdes, azules y grises por todos lados y arrumes de basura reciclada muy bien organizada. *Sleppy* la tomó de la mano y le enseñaba cada cosa, y al llegar a una de todas las máquinas le dijo:

—Te voy a enseñar sobre las tres *R* en el reciclaje, que significa: *Reducir, Reciclar y Reutilizar*.

Cleipy emocionada y con los ojos bien abiertos, aprendía cada cosa que decía *Sleppy*. *Cleipy* vio cómo se destruían muchas bolsas, por un momento se asustó, pero, *Sleppy* le dijo:

—No te asustes, es la máquina demoledora.

Al ver esto, *Cleipy* pensó que iba a cumplir el proceso de una de las *R* que era *Reciclar*, entonces *Cleipy* le preguntó a *Sleppy*:

—*Sleppy*, vamos a cumplir el proceso de una *R* que es *Reciclar*, ¿verdad?

—Así es mi querida amiga —le confirmó *Sleppy* y tomándola de los dos brazos la dejó caer a aquella máquina.

Cleipy vio como era reciclada, primero se convirtió en muchos pedazos que se unieron a otros más, después a otra máquina y como si fuera magia, los unía y hacía una bolsa ecológica más grande. *Cleipy* vio que en ese proceso cumplió otra regla de las *R*, que era *Reutilizar*.

Cuando estuvo lista, se miraba por todos lados, se sentía espectacular, su felicidad irradiaba con una sonrisa inmensa y corriendo fue a darle las gracias a su nuevo amigo *Sleppy*. *Cleipy* se había convertido en un hermoso bolso para llevar mercado y con otras bolsas más *Cleipy* salió de la fábrica, pero antes de hacerlo se despidió de su gran amigo *Sleppy* a quién agradeció por todo lo que le había enseñado.

Cleipy llegó a un supermercado lleno de gente, allí encontró aún más a cientos de bolsos ecológicos como ella, reutilizadas como ella. Un humano cogió a *Cleipy* y a otras bolsas para que llevaran en su interior lo que compraría para su hogar. Cuando salió del supermercado, vio las calles de aquella ciudad y las comparó con las de aquel lugar tóxico que conoció, es en ese preciso momento en que *Cleipy* aprendió la última *R*, que era *Reducir*. *Cleipy*, de ahí en adelante, fue útil en muchas cosas en su nuevo hogar y se volvió a reciclar en muchas otras, pero nunca se olvidó de la verdadera misión para la cual sentía que había sido creada y esta era la de servir y cuidar la naturaleza.

SUSTO EN EL RIO



Autor: Jorge Andrés Álvarez Rojas
Institución Educativa San Pedro Claver
Municipio: Puerto Boyacá
Docente: Martha Isabel Barbosa Páez

Hace muchos años un niño llamado Pepito vivía con su familia formada por papá, mamá y dos hermanos en una humilde casa cerca de un angosto caño formado por la existencia de una isla en el río Magdalena. Pepito tenía una tía que lo quería muchísimo y de vez en cuando venía de la ciudad en que vivía a visitarlos. En una ocasión la tía

llegó con sus hijos Juanito y Felipe para pasar unos días ya que llevaba unos años sin verlos.

Felipe era el mayor de los primos de Pepito y estaba todo entusiasmado de ir a pescar por lo que a escondidas de la mamá había traído nailon y anzuelos; y le propuso que lo acompañara. Pepito le dijo que sí, pero que tenía que pedir permiso.

Como Pepito no se atrevió a pedir el permiso, Felipe fue y habló con Ramón, el papá de Pepito, quien aceptó, pero con la condición de que la tía y la mamá estuvieran de acuerdo. Ambas aceptaron, pero no sin antes hacer las recomendaciones de tener mucho cuidado y no bañarse en el río.

Ese día en la tarde salieron tres alegres niños, ya que debieron llevar a Juanito hacia la desembocadura del caño pues creían que en ese sitio se encontrarían más peces. Una vez allí, Felipe y Pepito se pusieron a colocar en el anzuelo las lombrices que servirían de carnada y que llevaban en un tarro de salchichas. En eso llegó un señor en una canoa con dos niñas y se puso a bañarse junto con ellas. Los niños contrariados porque el ruido producido por las risas y chapoteo del agua causado por las niñas, espantaban los peces, se retiraron varios metros.

Pepito y Felipe se entretuvieron en lanzar el anzuelo lo más lejos posible esperanzados en atrapar, así fuera un pequeño nicuro o un moino o comelón, descuidando al pequeño Juanito quien se metió en el río y la corriente del agua, que es más fuerte por ser la desembocadura del caño, lo arrastró. Aterrorizados y sin atreverse a ingresar al río por no saber nadar, sólo observaban como Juanito se alejaba y hundía por segunda vez.

Así de repente vieron como el señor agarraba del pelo a Juanito antes de que se consumiera por última vez en las aguas del río y lo sacaba a la orilla. Pálidos y llorosos, Pepito y Felipe calmaron al asustado Juanito, quien no dejaba de llorar, y le limpiaron la sangre que brotaba por un orificio de su nariz, lo cargaron y sin agradecerle al señor corrieron desesperados para la casa donde llegaron callados e hicieron como si nada hubiera pasado.

Esto es verdad y no miento y, como me lo contaron, te lo cuento.

EL CUIDADO DE MI CUERPO



*Autor: Yesid Alejandro Rondón Rubio
Institución Educativa Santa Bárbara sede Piedra Blanca
Docente: Rudth Mireya Chaparro Parada*

Todos los días me levanto muy contento para irme a estudiar, me baño el cuerpo, me seco, me cambio de ropa, me peino, desayuno y me lavo mis dientes; para estar siempre saludable. También ayudo a mi mamita a organizar el comedor y a lavar los platos.

Mi mamita me ha enseñado que mi cuerpo es lo más importante para mí, de eso aprendí que hay que tener cuidado con todas sus partes, especialmente nuestras partes íntimas, cuidarnos que nadie nos toque o acaricie y darnos a respetar de los demás; también tenemos que lavarnos las manos para no enfermarnos.

Que además de cuidar mis cuadernos y cumplir con mis compromisos, aprendí y entendí que mi cuerpo es lo más importante.



EL MONSTRUO GREEN



Autor: Briyith Natly Estepa Moreno
Institución Educativa de Cerinza
Municipio: Cerinza
Docente: Carmen Rosa Galindo Rojas

Había una vez un monstruo llamado *Green* que vivía en un bosque cerca del pueblo de San Jerónimo. *Green* era muy amigable, pero un poco tímido.

Él tenía una humilde casita en la que cosechaba flores en una pequeña parcela, amaba las flores tanto que las plantaba con mucho amor y dedicación; le fascinaban las rosas, eran sus favoritas, aunque también cosechaba azucenas y pompones. Todos los días salía al pueblo a vender sus hermosas flores a diferentes lugares; con una sonrisa que irradiaba tan alegre, lograba vender todo pues era muy amable con todos.

Cierto día *Green*, como de costumbre, se levantó muy temprano, se bañó y se desayunó para salir a podar sus flores y llevar el pedido al pueblo; cortó gran variedad de flores y las colocó en su carretilla; salió muy feliz, tanto que cantaba mientras iba por el camino hacia su destino, el pueblo de San Jerónimo, pero fue tanta la prisa que no se dio cuenta de que la llanta de su carretilla estaba descompuesta.

Y justo cuando llevaba unos cuantos pasos, se escuchó un fuerte estruendo, era el neumático, se había estallado.

“No puede ser, ahora, ¿cómo llevaré mis flores al pueblo?”, dijo muy triste, cuando de pronto, a lo lejos, vio venir un carruaje de mil colores.

Muy ansioso esperó a que se acercara. En el carruaje iba un elegante conejo: “¡Hola mi buen amigo!”, dijo. “¿*Green*?, ¿puedes ayudarme a llegar al pueblo?; se dañó mi carretilla y necesito llevar mis flores. “¡Claro, con mucho gusto!”, dijo el elegante conejo: “Justamente voy para allá, llevo un pedido al supermercado central”.

Fue tanta la dicha de *Green* que no se dio cuenta de que el conejo tenía malas intenciones.

Dentro del carruaje que por fuera era muy colorido, dentro estaba muy sucio y lleno de bacterias. Al llegar al pueblo se bajó del carruaje y dio las gracias al conejo. Aunque un poco disgustado, pues no le había gustado lo sucio que estaba la carroza, sus manos se habían contaminado y las rosas que llevaba a cada lugar también contenían bacterias.

Como siempre entregó todas las flores, sólo que notó que al recibirlas cada persona empezaban a estornudar. “¡Qué raro!”, dijo *Green*. “Esto nunca había pasado...”

A los pocos días al ver las noticias, *Green* escuchó que un virus había llegado y debía tener mucha higiene en sus manos, pues este virus se transportaba al no lavar tus manos en todo momento. Recordó la carroza del conejo y por qué las personas estornudaban cuando había dejado sus flores; *sus manos tenían bacterias*.

Este virus se regó por todo el pueblo y algunas personas, por no lavar sus manos, al tocar superficies sucias



se enfermaron. Las personas estaban tan asustadas que no querían salir de sus casas y se encerraron, debido a esto *Green* no pudo volver a vender sus preciosas flores.

Green estaba muy triste, la cosecha de flores estaba dando frutos y tenía muchas flores para llevar al pueblo, pero como estaba cerrado el comercio no podría llevarlas.

“Ahora, ¿qué haré con mis lindas flores?”, pensó *Green*: “Tendré que regalarlas. Así que salió al pueblo, pero todo estaba solitario y las pocas personas que estaban allí no querían flores, ya que el conejo les había dicho que sus flores estaban contaminadas.

“¡No!”, dijo muy triste *Green*: “Mis flores son naturales y siempre tengo asepsia con ellas”. Muy enfadado prosiguió: “Ese conejo malvado llevaba bacterias y muy sucias las cajas que llevó al mercado; debemos lavar nuestras manos para no contaminarnos y así no nos enfermaremos”.

Green les enseñó a todos los habitantes del pueblo cómo lavar sus manos para no enfermar a causa de ese virus. También le enseñó al conejo cómo transportar sus elementos con buen aseo para que no se contaminara el medio ambiente y así, después de varios días y con muchos cuidados el pueblo de San Jerónimo volvió a la normalidad, y por ayudar con su conocimiento *Green* recibió un local para que pudiese exponer sus bellas rosas en el centro del pueblo y no tuviese que viajar desde tan lejos, fue una hermosa gratificación.

Después de mucho tiempo *Green* se volvió muy famoso por sus flores tan naturales y perfumadas que exportaba con mucha facilidad a todos lados. Y allí en un pueblo vecino conoció una bella princesa con quien empezó una linda amistad, ella le ayudaba a vender las rosas.

Green estaba muy feliz y prosperaba con sus flores, hizo muchos amigos. Sólo tenía un problema, que le gustaba mucho la bella princesa. Hasta que un día no aguantó más y pidió su mano.

Después de un tiempo se casaron y vivieron felices por siempre.

ES MEJOR PREVENIR QUE LAMENTAR



*Autor: Andrés Felipe Colmenares Arias
Institución Educativa José Cayetano Vásquez sede Cebadal
Municipio: Ciénega*

Docente: Aura Belén Díaz Castellanos

Había un grupo de estudiantes que se llamaban: Carlos, Juan, Luis y Andrés. Ellos se propusieron hacer algo.

Por un lado, estaba Carlos que era delgado con pelo negro y muy inteligente, hacía charlas a la comunidad para ayudar a conservar el medio ambiente. Juan era muy alegre y le gustaba tomar fotografías de los lugares más contaminados de esa zona, como lo eran los ríos y los bosques. Luis era más serio y no le gustaban las bromas, era muy limpio y le gustaba reciclar la basura de las zonas más afectadas. Andrés era el líder del grupo, observaba que hacían los demás amigos, se reunían para limpiar las zonas afectadas con basura de su vereda; un día, cuando caminaban por el campo observaron un animal tirado en el pasto, estaba enfermo, con la temperatura bastante alta, temblaba y al parecer tenía dificultad para respirar, ya que, salía sangre de su boca y nariz, ¡todos estaban muy nerviosos!, pero Andrés dijo:

—Hay que llamar a don Samuel de inmediato, él es el veterinario de la vereda. Juan que era el más ágil corrió para avisarle.

Cuando llegó don Samuel, inmediatamente identificó que el toro tenía una enfermedad llamada Ántrax, por lo cual, todos preguntaron al tiempo:

—¿Y eso qué es?

El veterinario con voz pausada dijo:

—Tranquilos, les voy a explicar de qué se trata. Es una enfermedad infecciosa que afecta a bovinos (vacas y toros) y ovinos (ovejas). El síntoma más común en animales es la muerte súbita, presenta fiebre, temblores musculares, dificultad para respirar y se observa sangre por boca y nariz del animal.

Todos preguntaron:

—Pero don Samuel, ¿cómo se infectan los animales?

Él explicó:

—Se infecta a través del consumo de alimentos y agua contaminada. Se recomienda que los animales muertos sean incinerados o enterrados en el mismo lugar, a una profundidad mínima de 1 metro y aplicar cal en la fosa para evitar que se enfermen otros animales y el hombre. El cadáver no debe ser abierto, ya que la exposición al oxígeno permitirá que se formen las esporas.

Finalmente, los jóvenes preguntaron:

—Don Samuel, ¿qué son las esporas?

Él dijo:

—Entiendo que este tema es difícil para ustedes, pero voy a explicar de la forma más sencilla que pueda. El ántrax es una infección provocada por una bacteria (un tipo de germen), esta bacteria fabrica esporas (son células que se reproducen, más bacterias), las esporas pueden vivir años en la tierra y ellas son las que provocan la enfermedad cuando entran en el cuerpo. Los chicos quedaron asustados con toda esta información y prometieron de ahora en adelante tener cuidado con el agua y los pastos, no contaminarlos con venenos y otros materiales porque es mejor prevenir que lamentar.

EL TERROR DE LA HUMANIDAD



*Autor: Iván Leandro León Rincón
Institución Educativa de Cerinza
Municipio: Cerinza
Docente: Carmen Rosa Galindo Rojas*

En un lugar muy lejano de China donde la gente es muy creativa e ingeniosa nací Yo. Un diminuto virus muy malévolo y dañino, me miré y me sentí tan triste ya que era tan pequeño que todos me ignoraban.

Un día decidí que la humanidad debía conocerme y lo hice por medio de un humano para que supiera lo malo que soy. El humano me recibió, me hospedó en su garganta y después en sus pulmones. Él me habló y me dijo:

—Tú serás el más grande y te llamaré: “CORONAVIRUS”.

Me dijo que tenía que conquistar el mundo y dominar el planeta Tierra para poder llegar hacer EL REY DE LOS VIRUS.

Empecé mi trabajo de contagio con los humanos de China, después me salí de allí a conquistar otros países, otros continentes, todos me miraban como EL TERROR DE LA TIERRA, en mi recorrido me he llevado a muchos ricos y pobres, negros y blancos, pero sobre todo me he llevado a los de mayor edad y muy pocos se han salvado de mí... El enemigo más grande que he tenido ha sido el humano de bata blanca, el cual me persigue para ser eliminado de este mundo, pero yo he sido más rápido... El otro enemigo es el que hace caso quedándose en casa, lavándose las manos con agua y jabón constantemente, cubriéndose la boca y las manos, siguiendo las instrucciones del humano de bata blanca.

El mundo tiembla, la economía se desestabiliza, todo es un caos y la única que está feliz es la naturaleza... Las plantas descansan, los animales salen y los mares se descontaminan, ellos no me hacen daño ni yo a ellos...

El día que el humano de bata blanca tenga la vacuna para eliminarme de este mundo, ese día todo cambiará, los niños y los adultos volverán a salir, volverán a ver a sus familiares, a compartir todas las cosas vividas y por vivir. Quizás a recordar aquellos seres que no me superaron y partieron de este mundo. Todo será una enseñanza, debemos aprender que ni el poder, ni el dinero, ni la raza, ni religión vale más que la vida... Por diminuto que fui logré hacer mucho daño en el mundo, también logré que la Humanidad se refugiara en un Dios, que cada persona reflexioné: ¿cómo ha sido su vida?, ¿será una enseñanza para los niños del futuro? Me recordaran como el TERROR DE LA HUMANIDAD.



CUANDO CUIDAMOS AL MUNDO



Autor: Luisa Daniela Esmeralda Aponte Cárdenas

Colegio Salesiano Maldonado

Ciudad: Tunja

Docente: Adriana del Pilar Vargas Alfonso

Hace mucho tiempo existía un bosque encantado y en él vivían diferentes animales, en ese bosque también había una niña que cayó ahí por error, pero ese bosque estaba en peligro; su barrera de protección se estaba rompiendo.

—Hola, ¿cómo va, señor búho? —dijo Érica.

—Bien, por supuesto —le respondió el señor búho.

—Hace un tiempo no me he encontrado tan frecuentemente al señor castor.

—¿No se ha enterado de que el señor castor ha estado trabajando en una patineta con motor?

—No sabía, pero bueno, ahora lo sé. No lo volveré a molestar, hasta luego señor búho.

—Chao —se despidió el señor búho y Érica siguió caminando.

—¿Cómo le va doña ardilla?

—Bien, sí, señora.

—Chao, doña ardilla.

—Chao.

Y después de una larga caminata Érica llegó a su destino, la casa del señor ratón.

—Señor ratón, ¿está ahí? Señor ratón —se escuchó un estruendo antes de que el señor ratón abriera la puerta.

—Buen día, señor ratón, ¿cómo está?

—Bien, he estado trabajando en un antídoto contra la ruptura de la barrera de protección del bosque.

—Ven, pasa.

—Todos hablan de eso, ¿ha encontrado algo?

—Algo así, ya sé la causa, pero nada del antídoto.

—Tengo algo importante que decirle.

—Adelante.

—Esta mañana iba caminando por el bosque y me encontré con que unos hombres del otro mundo, de donde yo provengo, trataban de romper aún más la barrera: estaban talando árboles.

—¡Talandos árboles! —se alteró el señor ratón.

—Sí, señor ratón; una pregunta, ¿cuál es la causa de la ruptura de la barrera?

—Se debe a la contaminación de los seres humanos, si cuidaran más la tierra, no se estuviera rompiendo la barrera.

—Ya sé, tengo una idea: ¿y si les escribimos una carta diciéndoles que cuiden la tierra?

—Sí, por supuesto que sí.

Y se encaminaron a la plaza.

—¡ATENCIÓN! —dijo el señor ratón.

—El día de hoy hemos descubierto la causa de la ruptura de la barrera de protección.



Apenas el señor ratón dijo eso todos los animales prestaron atención.

—Y sabemos cómo podemos evitarla.

—Debemos escribir entre todos *una carta* a los humanos pidiéndoles que cuiden la Tierra —dijo Érica.

Y hubo un silencio absoluto.

Después de unos segundos todos aplaudieron.

Luego de esto el señor castor se ofreció para ayudarles a redactar *la carta*. Cuando el señor castor salió, tenía su patineta ya terminada y él, Érica y el señor ratón se fueron al bosque a redactar *la carta* cuando, de repente, aparecieron *Las Sicarias*; así se hacía llamar un grupo de serpientes peligrosas y venenosas que se abalanzó sobre ellos.

—¡Rápido, suban! —dijo el señor castor señalando la patineta, y arrancaron a todo motor, y cuando por fin las habían perdido, se dieron cuenta de que se les había caído *la carta*, pero para evitar más problemas decidieron iniciar de nuevo. Cuando por fin terminaron, Érica les entregó la carta a los humanos. Ellos la leyeron y, por fin, pudieron convivir animales y humanos en un mismo lugar.

¿LAS AQUILEGIAS SON CELOSAS?



*Autor: Sofía Victoria Sarmiento Buitrago
Institución Educativa Río de Piedras
Municipio: Tuta
Docente: Ligia Mireya Buitrago Cárdenas*

Pues no sé, lo único que sé es que las Aquilegias son hermosas, aunque puede que sean celosas. ¡Oh mira! Parece que sí son celosas, pues sí son celosas. Por eso es que son tan lindas. ¿Sabes?, me acabo de percatar que necesitan mucho cuidado y estarás diciendo: “Pero... ¿cómo sabes que necesitan mucho cuidado? Pues porque mi hermana tiene una. No más ayer la movió de su escritorio y la dejó por ahí en el patio cuando vino inesperadamente un amigo a su casa y no sé qué pasó, pero se marchitaron unas de sus flores en menos de cuatro horas. Sólo que hizo un poquito de frío. Tampoco hizo calor. ¿Qué le pasó? Bueno, sospecho que ella se puso celosa del amigo de mi hermana. Y cuando ella dejó la Aquilegia para atender la visita, se arrugó de amargura.

Al otro día cuando le volvió a poner cuidado hablándole y regándola con amor, dejó de marchitarse. Pienso que es muy extraña esa flor, aunque hay cosas que también son celosas y raras. Por ejemplo, los gatos que no se dejan tocar de cualquier persona, y si no te conocen te pueden rasguñar; los perros lo huelen a uno y en otros casos más mal, te pueden morder. Mi papi dice que hasta los carros se ponen celosos y se dañan cuando cambian de conductor.

En fin, Aquilegia es una plantita pequeña, de hojas arrugadas y un montoncito vistoso de colorido en el centro de ellas; desde las grandecitas hasta las más pequeñitas que vienen saliendo y que parecen un inmarcesible ramo de florecillas del campo. Los pétalos son de distintos colores; unos claros y otros oscuros. Profundamente combinados amarillo con rojo, rosado con morado y azul con violeta. Parecen como una campanita y algunos crecen generosamente. Se les riega agua con cuidado por la base del tronco porque son muy tiernas y lindas. Mi hermana aprendió que si tiene bajo su responsabilidad un ser vivo, lo debe cuidar siempre y no en ocasiones.

EL CUIDADO DE NUESTRO ENTORNO



*Autor: Alejandro Gómez Gómez
Institución Educativa Luis Manuel Parra Caro sede Toasague
Municipio: Sativanorte
Docente: Sandra Jazmín Bermúdez López*

En un lugar del campo, cerca de las montañas, vivía una familia, ellos eran muy felices por todo y agradecían poder vivir rodeados de tantas maravillas como las que brinda la naturaleza, vivían en un espacio tranquilo y lleno de mucha vida, de plantas y animales. En la familia se distribuían las funciones del hogar, el papá se llamaba Joaquín, él se encargaba de sembrar y recolectar leña por el lecho del río, también de hacer las labores más pesadas de la casa; la mamá se llamaba Ana, ella se encargaba de ordeñar las vacas y de las labores de la casa, ellos tenían dos hijos que colaboraban en pequeñas tareas durante el día. El domingo descansaban, solían salir a pasear o a visitar

a los abuelos que vivían un poco más lejos en el páramo, un lugar maravilloso lleno de nacimientos de agua cristalina y muchas plantas.

Un día de mañanita llegaron a la casa de la familia unos vecinos de los abuelos con la razón de que los esperaban el domingo en la casa del páramo, que no fueran a faltar porque necesitaban hablar de importantes asuntos. La familia les brindó chocolate con pan y queso, ellos tenían afán; al terminar de comer se marcharon. La familia se quedó un poco pensativa, especialmente los padres quienes desde ese momento prepararon todo en la casa para salir temprano.

Ya un domingo temprano emprendieron camino con los caballos hacía la casa de los abuelos. Al llegar allí, los abuelos los recibieron con café y un delicioso desayuno; en esos momentos los abuelos aprovecharon para contarle a la familia que estaban preocupados pues una multinacional quería venir a comprar todo el páramo para extraer de la tierra minerales. También les contaron que ya muchos vecinos habían hecho trato con ellos y que tan sólo existían dos familias que no habían visitado, y que este día vendrían a convencerlos de vender las tierras. Joaquín y Ana estaban muy asustados con la noticia y decidieron quedarse para hablar con los negociantes sobre el tema. Los abuelos les contaron que no querían vender sus tierras, pues allí estaba todo lo que habían construido durante toda su vida, que no se marcharían del lugar y que lucharían para que no le hicieran daño al páramo.

En eso de la media mañana llegaron cinco camionetas con más de quince hombres a la casa de los abuelos, saludaron y les permitieron entrar a la humilde morada, los negociantes comenzaron hablando de los proyectos que querían hacer en el sector y de todo el dinero que recogerían, los abuelos les dijeron:

—Nosotros no queremos vender nuestra tierra, pierden su tiempo ofreciéndonos dinero.

Los negociantes no pudieron convencerlos de vender su tierra y salieron riéndose de ellos y diciéndoles:

—¡Se van a arrepentir de no aceptar el trato, los sacaremos a la fuerza!

Todos estaban asustados pues también parecían hombres peligrosos, así que Joaquín, Ana y sus hijos se fueron por unos días a acompañar a los abuelos pues temían que les hicieran daño. Los hombres regresaban todos los días para poner bombas dentro de la tierra; eran ruidos fuertes que a veces hacía temblar la casa.

Los vecinos que habían vendido sus terrenos estaban tristes pues los engañaron, pues no sabían que esos hombres le harían tanto daño a la tierra, el agua empezó a escasear pronto y la gente que no quiso vender sus tierras sólo contaban con la laguna negra para obtener agua, para consumir y que quedaba un poco cerca de sus casas, la familia seguía preocupada pues cada vez se acercaban a ellos. Todo a su paso era desértico, todo era muerte de las plantas y de los animales que allí habitaban, después de ser un lugar tan bonito y lleno de vida.

Pasaron los días y los hombres descubrieron la laguna negra, que era la fuente de agua de ese sector, se pusieron muy contentos pues aseguraban que en el fondo de la laguna hallaría muchos minerales que los harían millonarios. Los niños estaban cerca recogiendo agua cuando los oyeron decir que traería máquinas para sacarle el agua a la laguna, salieron huyendo y contaron todo. Los abuelos, Joaquín y Ana salieron hacía la laguna para impedir que esto sucediera, al llegar allí estaban instalando unas máquinas gigantes para hacerle daño a la laguna, a pesar de que trataron de impedirlo y se enfrentaron a ellos, los hombres los capturaron y los amarraron cerca en unos árboles, ellos les gritaban:

—¡No, por favor, no nos quiten el agua!, ¡no le hagan daño a la naturaleza!

Los hombres no escuchaban sus gritos y empezaron a sacar el agua de la laguna poco a poco.

Los abuelos lloraban y se lamentaban por lo que estaba pasando, era muy triste, pero pocos minutos después, cuando la máquina que estaba sacando el agua se apagó, los hombres se acercaron a ver qué era lo que sucedía, uno de ellos estaba enfadado pues la máquina no quería volver a encender, aquel hombre intentó muchas veces

reiniciar la máquina, pero no lo lograba, insistía, pero era imposible, la dejó descansar pues de pronto se estaba recalentando y así fue, volvió a encender y funcionó nuevamente, el hombre volvió a sacar más agua de la laguna.

Luego de un rato los abuelos junto con Joaquín y Ana comenzaron a ver que el cielo se empezó a oscurecer alrededor de la laguna, los hombres se impresionaron, pero no les importó y continuaron. La laguna cada vez más se mostraba agitada, los abuelos les gritaban:

—¡Salgan de ahí, que la laguna está furiosa!

Ellos no les hicieron caso y les contestaron:

—Más furiosos somos nosotros.

De repente la laguna se oscureció más, comenzó a llover sólo alrededor de ella, daba mucho miedo, pues hasta rayos caían sobre ellos. Siguieron sacando el agua, pero en un instante inesperado la laguna se volvió un remolino que se comió a la máquina y a dos de aquellos negociantes que intentaron salvarla. Los abuelos, Ana y Joaquín estaban muy asustados al igual que los demás hombres que los acompañaban, ellos salieron huyendo, gritando y llorando por lo sucedido, los niños escucharon los gritos y corrieron a la laguna, vieron a sus padres y abuelos muy asustados, ellos les ayudaron a soltarse, veían como la laguna todavía hacia muchas burbujas, regresaron a casa sorprendidos por lo sucedido.

Al día siguiente regresaron los dueños de las máquinas y se llevaron todo, les devolvieron el dinero a los vecinos y nunca más volvieron. Los abuelos convocaron una junta para contar lo sucedido y para pedirles que nunca más vendieran la tierra, los vecinos aceptaron y muy sorprendidos por lo que pasó decidieron desde ese momento cuidar los entornos dañados por las máquinas, sembrando muchos frailejones y árboles por todo el sector, y así, poder recuperar el agua y el entorno en que vivirían por siempre.

La gente del sector quedó muy feliz al recuperar las tierras y desde ese día cuentan la historia de la laguna como una enseñanza para promover el cuidado de nuestro entorno y del medio en que vivimos.

LA SOMBRA DE JUAN

Autor: Danna Gabriela Almeida Suarez

Fundación Pedagógica Rayuela

Ciudad: Tunja



Juan es un chico de primaria que tiene dos amigos: Dara y Pepe... En la escuela no hacen nada, son malos estudiantes, no cuidan la naturaleza y mucho menos las plantas, pues dicen que ellas no tienen vida porque no se pueden mover ni hablar.

Su profesor les recuerda que la excursión será al siguiente día.

Por la mañana Juan ni se bañó pues era un niño muy descuidado con su cuerpo, su propia sombra se quejaba de él, por ser tan descuidado con su aseo personal.

Llegando al colegio su maestro salió con él y sus compañeros al páramo de la serranía de Chontales en Paipa, municipio en donde quedaba su colegio; llegando al páramo su profesor les dijo:

—Niños, esta es la última población de la espeletia paipana, que es un tipo de frailejón que solamente se da aquí, quedan sólo 38 individuos y, como ustedes saben, ellos son muy importantes para el medio ambiente y la naturaleza, porque toman y filtran el agua de la neblina y de las nubes por medio de los pelitos que tienen sus hojas.

Mientras que el profesor dictaba su clase, Juan y sus amigos jugaban con los frailejones, les tiraban piedras y los maltrataban, hasta que su profesor los regañó por estos actos. Mientras tanto las sombras de Juan, Dara y Pepe los observaban y hablaban entre ellas.

—¡Miren!, ¿por qué nuestros humanos están haciendo eso?

—Si el mismo profesor dice que los frailejones son muy importantes para la naturaleza, ¡qué impotencia!, ¡como sólo somos sombras no podemos hacer nada!

La sombra de Juan dice:

—En mi caso, aparte de que Juan es muy malo con la naturaleza, también es muy descuidado con su cuerpo pues ni se baña.

Las otras sombras de Dara y Pepe dijeron lo mismo de sus humanos.

Más tarde explorando en el páramo, los niños se alejaron del grupo y se encontraron a un ser mágico con una vestimenta increíble: botas de caucho, sombrero y una gran manta en su cuerpo llamada ruana.

De pronto él les dijo:

—Hola, soy el guarda bosques mágico y soy el protector de este páramo... Les cuento que sus sombras me han dicho que ustedes están dañando a la espeletia paipana y no les importa que solamente quedaran 38 de estas maravillosas plantas. Como castigo, voy a cambiarlos de lugar con sus sombras.

En ese momento el guardabosque mágico hace un chasquido y automáticamente las sombras toman el cuerpo de sus humanos.

Los niños convertidos en sombras dicen:

—¿¡Qué ha pasado!?, ahora somos oscuros y somos la sombra de nuestros cuerpos, ¿qué haremos?

Por el lado de las sombras, a ellas les estaba yendo muy bien, pues ahora podían moverse a voluntad propia, cuidando el medio ambiente: a la espeletia paipana y a ellos mismos.

Al tercer día de escuela ya habían hecho muchos amigos, en el descanso todos se reunían con ellos a jugar, pues ya no olían a feo, en las tardes organizaron un club en el cual iban al páramo a cuidar los frailejones y la naturaleza, además, hicieron una huerta en su colegio y allí sembraban semillas de frutas que luego comían en sus descansos.

Los niños convertidos en sombra, vieron cómo todos ahora se ajuntaban con sus antiguas sombras, pues ellas sí valoraban tener cuerpo y cuidarse a sí mismos y al medio ambiente. Muy arrepentidos los niños sombra, suplicaron al guardabosque mágico que les devolviera sus cuerpos.

Al otro día, cuando las sombras niños estaban en el páramo, se les apareció el guardabosque mágico, y les dijo:

—Creo que es hora de darles una segunda oportunidad a sus cuerpos.

Las sombras estuvieron de acuerdo, pues ahora ellos, con la lección aprendida cuidarían del medio ambiente y de sí mismos y así las acciones de sus cuerpos serían del gusto de las sombras.

Nuevamente con un chasquido el guardabosque mágico devolvió las sombras al suelo y los niños a los cuerpos, diciendo:

—Espero que hayan aprendido la lección.

Los niños responden:

—¡Claro que síiii!, al ver a nuestras sombras cuidarse a sí mismas y a la naturaleza, nos arrepentimos mucho de lo que hacíamos, ahora con esta segunda oportunidad no tengas duda de que seremos los mejores guardabosques del mundo, además de cuidarnos a nosotros mismos.

Las sombras muy contentas dicen:

—¡Qué bueno que hayan aprendido la lección!, ahora imitaremos con gusto todo lo que ustedes hagan.

El guardabosque mágico se despide de los niños y desaparece en el páramo, diciendo con un grito enorme:

—¡Recuerden niños, cuídense y cuiden el medio ambiente!

Juan y sus amigos regresan a casa y desde ese momento aprendieron el valor de cuidarse a sí mismos y a la naturaleza.

OLGUITA, LA ABEJITA



Autor: Valery Sofía Ballesteros Barón

Institución Educativa Técnica Agroindustrial sede Luis Antonio Barón

Municipio: El Espino

Docente: Luisa Alba Silva Olivos

En un páramo, de esos páramos hermosos de un país llamado Colombia, donde hemos vivido por cientos de años en compañía de los lindos insectos y animales que poblaron esta tierra, como los venados, uno de ellos llamado Luis, el cóndor llamado Hugo, Diego el puma y Olguita la abeja, la protagonista de este cuento.

Olga, una abeja obrera de una colonia de abejas reales compuesta por unas 1.500, entre ellas obreras, zánganos y una reina, todos los días cuando empezaban a despuntar los primeros rayos del sol, Olga y las demás hermanas obreras salían de sus dormitorios dentro de la colonia y empezaban con la limpieza de sus antenas, ojos y sus alas, luego se disponían a caminar hacia la salida de la colina y allí iniciar su primer vuelo del día en búsqueda de alimento para ella y los integrantes de la colmena; volaba por horas recolectando el néctar de las flores de aquel páramo, siempre se encontraba con sus amigos Luis el venado, Hugo el cóndor y Diego el puma con los que hablaba y jugaba después de haber recolectando el néctar para su colmena.

Un día reunido en uno de los cerros de aquel páramo, estando hablando entre estos 4 amigos, Hugo el cóndor les dijo que ese día jugarían algo diferente a lo cual Diego el puma dijo que le explicaría en qué consistía, Hugo les dice que cada uno de ellos les diría a los demás en qué forma su especie ayudaba en el cuidado del páramo y que el trabajo más importante ganaría y los otros 3, ese día, harían el trabajo del ganador; los cuatro se pusieron de acuerdo de iniciaron por el venado Luis:

—Soy un venado también conocido como siervo, soy mamífero, pariente de los renos, alces y corzos y de 44 especies más pequeño, los machos somos los únicos que poseemos cuernos, los mudamos cada año; soy herbívoro

porque me alimento de solo de plantas; soy buen nadador y me gusta correr y vivo un promedio de 20 años, y mi forma de ayudar al páramo es comiendo las diferentes clases de hiervas, y mi estiércol sirve como abono para el resto de plantas.

—Muy bien —gritaron los demás.

El siguiente es Diego el puma, le gritó Huevo el cóndor.

—Yo soy un puma o también conocido como león de montaña, soy un animal carnívoro, me alimento de venados —al pronunciar Diego esto, Luis el venado se le hace un nudo la garganta y Diego con burla le dice:

—Tranquilo, mi amigo Luis, tú nunca serás mi cena.

Y todos empiezan a reír.

—Sigo contando lo que soy, de la especie de los felinos pequeños, soy muy ágil y mi ayuda con el páramo es mantener las especies herbívoras controladas para que no se coman todas las plantas.

—Muy bien —gritaron los demás.

Dijo Hugo el cóndor:

—Sigo yo. Soy un cóndor o también conocido como cóndor de los andes de la familia de las aves, mi color es negro y tengo cuello blanco y también en parte de mis alas, tengo la cabeza pelada y es de color rojo y cambia de color de acuerdo a mi estado de ánimo. Soy un ave carroñera y puedo vivir un promedio de 75 años, soy el símbolo nacional de varios países dentro de los cuales está Colombia; estoy en amenaza por la caza indiscriminada, me alimento de animales muertos y esa es mi ayuda hacia el páramo no dejando que se descompongan los cuerpos de los animales muertos.

—Muy bien —gritaron los demás.

—Le toca a mi amiga Olga —y soltaron la risa por ser la más pequeña, debería ser el menor trabajo.

—Soy abeja de la familia de los insectos. Tengo ojos grandes, dos pares de alas, unas antenas y mi cuerpo es de color amarillo; me alimento de polen y néctar de las flores, me la paso todo el día volando recolectando la comida para el resto de mi colmena, *mi trabajo es el más importante*.

Hugo, Diego y Luis empiezan a reír y Olga les responde:

—Gracias a mi trabajo cada vez que entro en una flor la estoy polinizando y así las plantas pueden dar nuevas plantas, y así tú Luis tienes con que alimentarte.

Luis el venado queda asombrado.

—Al haber comida para los venados, tú, Diego tendrías que cazar para sobrevivir y no tendrías que irte para otro sitio.

Y Diego también queda asombrado.

Olga continua:

—Al haber alimento para los venados y los pumas, y Hugo el cóndor, también tendrás alimento cuando ellos mueran, así gracias a mi trabajo todos podremos seguir viviendo en este lindo páramo.

Todos gritaron:

—¡Es ella, es ella la ganadora!

—Gracias a ti, Olga, podemos estar aquí.

Y Hugo dio como ganador el trabajo y ayuda de Olga a todo y el páramo.

Enseguida todos ellos se pusieron a recolectar el polen y el néctar de las flores, y se dieron cuenta de que es un trabajo extenuante y, al final del día, llegó Olga a su colmena con el triple de comida para su familia de abejas.

Por ser lo más pequeño en estatura no significa que tu trabajo sea igual.

Cuidemos nuestras abejas, el trabajo de ellas es el más importante en la naturaleza.

EL CUIDADO DEL MEDIO AMBIENTE



*Autor: Nikol Mayerly Parra Gómez
Institución Educativa Ramón Barrantes sede Simón Bolívar
Municipio: Pisba*

Docente: Luz Stella Hormaza Mesa

Érase una vez, una familia que vivía en la vereda de Monquirá, a más de 10 horas del municipio de Pisba, tan sólo tenían un hijo, se llamaba Julián, ellos anhelaban darle estudio y que fuera un profesional, pero la tristeza era que donde vivían sólo podía cursar su primaria. Pasaban los días y miraban cómo su hijo defendía y hablaba sobre la preservación y cuidado del medio ambiente, en la escuela sus canciones, coplas y más, eran alusivas a dicho tema.

Transcurrían los días, se aproximaba el fin de su primaria, ellos angustiados de tener que llevar a su único hijo y dejarlo prácticamente abandonado, porque allí en la vereda no había señal de celular y para verlo tenían que caminar más de un día; esto era una pesadilla para ellos, pero volvían y pensaban con su esposo, que tenían que hacer ese sacrificio por bien de su hijo.

Los padres de Julián no le decían nada a su hijo para no preocuparlo, pero él se daba cuenta de que ellos sentían tristeza por su partida; cierto día les dijo que tenían que estar tranquilos, que él partiría a continuar con sus estudios porque tenía grandes sueños, quería cumplir sus metas, luego, ayudarlos a ellos, ser una persona útil en su vereda que tanto lo necesitaba, que se dieran cuenta, que estando en pleno siglo XXI, se encontraban abandonados por los diferentes entes municipales, departamentales, gubernamentales y nacionales. Sus padres sorprendidos al escucharlo con esas palabras de adulto, les motivaba a ser fuertes, sin embargo, volvía y les decía: “Todo lo que sé, es porque ustedes me lo han enseñado junto con mi profe, así que, no se sorprendan”.

El siguiente año, tan pronto iniciaron clases, sus padres viajaron con él hacia el municipio de Pisba, lo matricularon en el colegio Ramón Barrantes y lo recomendaron al señor rector y profesores, ya que creían que ellos eran las únicas personas en las cuales podían confiar.

Sus padres con gran tristeza se marcharon dejando a su único hijo. Caminaban y caminaban de regreso a casa, sólo pensando y pidiéndole a Dios que lo protegiera porque no veían otra mano amiga. Su hijo, un poco desconsolado, tenía en mente, que era lo mejor. Inició su bachillerato siendo un estudiante ejemplar, siempre les hablaba a sus amigos sobre el cuidado del medio ambiente, sus compañeros le hacían *bullying*, se burlaban de él, pensaban que como venía de la selva, era un animal. Sin embargo, Julián, no les hacía caso; pasaba el tiempo y cada día era mejor estudiante. Cuando finalizó el año, los mejores reconocimientos y felicitaciones, fueron para sus padres.

Con mucha alegría y entusiasmo marchó con sus padres para su tierra. Por el camino observaba la naturaleza, siempre decía que la creación de Dios había sido perfecta. Las vacaciones fueron de alegría y buen compartir en familia. Pasaron los días y nuevamente de regreso a clase, pero siempre con la mejor actitud. Para ese año, llevaba nuevas propuestas de forestación y charlas en su municipio, sus compañeros lo creían loco, que todo lo que hacía era una bobada.

Pasaron los años y este muchacho cada día, sorprendía a los profesores con sus ideas, lo apoyaban, pero sus compañeros y algunos padres de familia le hacían la vida imposible.

Cierta día, hubo un incendio en los bosques de la cabecera municipal, él se dio cuenta; llorando, fue a dar aviso al rector y alcalde, para que invitaran a la comunidad a apagarlo. Sus compañeros lo escucharon e hicieron

un plan contra él, claro que se fueron de solidarios y ofrecieron su ayuda, él estaba sorprendido con ellos, sin embargo, aceptó su colaboración, marchando a apagar el incendio; cuando ya estuvieron cerca, le dijeron que estaban cansados de escucharle sus locuras y que ahí lo iban a mirar cómo se ingeniaba la estrategia de poder desatarse de la cuerda donde lo iban a atar. Él les suplicó que no le hicieran nada, pero estos no escucharon ruegos, se fueron riendo, de camino se encontraron con algunos profesores, se les hizo extraño porque no iba Julián, corrieron y lo pudieron salvar de las llamas del fuego.

En los siguientes días hicieron la investigación, pero no descubrieron nada, ellos negaron todo y Julián no dijo nada por temor. Finalizó su bachillerato con muchas barreras, pero con la frente en alto que había hecho un gran trabajo por su municipio.

Regresa a casa a pasar vacaciones con su familia. A ellos se les viene otro sacrificio, su hijo, iba el próximo año para la universidad, la distancia era más grande. Julián, les decía: “Ya pasamos lo más difícil, ¿por qué no luchamos por lo poco?”. Sus padres sorprendidos como siempre de su hijo se motivaban a seguir.

Llegó el día de viajar a cumplir sus sueños, sin conocer viajó solo, llegó a Tunja un poco asustado, con indicaciones dio con el lugar que el señor rector le había recomendado, por cierto, la casa de un amigo, allí lo recibieron muy bien, le enseñaron algunas cosas que se tienen que tener presentes en una ciudad. Julián, escuchaba todo muy atento para ponerlo en práctica; en los siguientes días se matriculó en la universidad, empezó su estudio trabajando y estudiando, así pasó el año, llegaron las vacaciones; decidió regresarse por el Páramo de Pisba ya que no le alcanzaba el dinero para viajar por otro lado. Este viaje fue de lo mejor para él porque pudo seguir conociendo las bellezas que tiene el municipio, él caminaba y se sorprendía de todo al contemplar sus hermosas lagunas, ríos y todo lo demás.

Después de tres días de camino, llegó a su casa cansado, pero contento y admirado de todo lo que había aprendido en la universidad y que lo había llevado a la práctica viajando por el páramo. Sus padres, de la felicidad del regreso de su hijo lo recibieron como un príncipe.

Pasó el tiempo, el muchacho con esfuerzo y sacrificio adelantaba sus estudios, como era buen estudiante, la universidad siempre lo recomendaba en empresas y colegios para dar charlas del cuidado del medio ambiente. En alguna ocasión, le correspondió ir a veredas de su propio municipio, pero allí no estuvieron de acuerdo, los habitantes le dijeron que los del medio ambiente, no les permitían pasar la carretera por el páramo de Pisba y que no aceptaban sus sugerencias, ya que ellos necesitaban talar y quemar para sembrar sus productos, entonces que mejor regresara por donde había llegado y que no les hiciera perder el tiempo.

Así transcurrían los días, hasta que llegó el momento de su práctica, debía hacerla en su propia vereda, reunió a toda la comunidad para comentarles su trabajo, pero cuando la gente de allí se dio cuenta de que era un integrante del medio ambiente, le protestaron y querían desterrarlo junto con su familia; fueron días de lucha de insistir casa a casa, hasta que fue cambiando esa mentalidad que tenían con respecto a las personas que se desempeñaban en este trabajo. Él les explicaba sus funciones, hablaba con ejemplos, les comentaba que lo único que él quería era el progreso y bienestar de su vereda, que por ningún motivo permitiría que pasara algo que les fuera afectar. Al transcurrir el tiempo, su comunidad fue cambiando los conceptos que tenían y aceptaron sus charlas y talleres que les pareció interesantes y significativos; el muchacho con alegría pudo realizar su trabajo propuesto, regresó a la universidad a terminar la tesis y así culminar una de sus metas propuestas.

Así fue, con lágrimas y sacrificio acompañado de sus padres se pudo graduar recibiendo los mejores honores de estudiante y éxitos en su vida de profesional. Regresó a su casa, junto con sus padres a disfrutar de unas vacaciones y descanso que tanto lo necesitaba.

Pasaron dos meses, cuando un día, de repente, le llega una carta de parques medio ambiente que lo nece-

sitaban urgente, ya que le tenían una gran propuesta de trabajo, decidió salir de allí lo más pronto, llegó a donde lo habían citado, le ofrecieron uno de los cargos más altos. Julián, lleno de alegría aceptó sin pensarlo, ya que esta oportunidad le cambiaría las condiciones económicas, que vivía con sus padres y les podría dar un mejor estilo de vida y de igual forma trabajaría en lo que más le apasionaba. Así fue la vida de Julián, llena de obstáculos, pero él siempre obró de buena manera, tenía un gran proyecto de vida y luchó hasta lograrlo.

UN BAÑO EN LA ARENA



*Autor: Jorge Andrés Vargas Garzón
Institución Educativa Juan Bautista María Vianney
Municipio: Paipa
Docente: Jenifer Tatiana Díaz Becerra*

Era la hora de juego en mi colegio, estaba animado en la arenera construyendo un castillo tan grande como mi casa con grandes ventanas y un túnel que atravesaba todo el castillo, cuando de pronto sonó el timbre que indicaba el regreso a clases.

—¡Niños, a lavarse las manos! —nos dijo la profe.

Me dio mucha pereza, nos tocaba hacer fila, el agua estaría muy fría, así que decidí sacudirme la tierra de la arena en mis pantalones del colegio, aunque mamá me regañaría por volver con los pantalones sucios. “No se notaba tanto”, pensé.

De regreso a casa escondí mis manos en mis bolsillos, se veían muy sucias había tocado arena, había recogido mis lápices del piso cuando se me cayeron en la hora de clase y había estado tocando las paredes de regreso a casa: ahora si mamá me regañaría.

Entré demasiado rápido a casa, no podía permitir que vieran mis manos sucias, no me darían postre en la cena si tenía mis manos sucias, así que volví a sacudir mis manos en mi pantalón, volvieron a estar un poco más claras. “No se veían tan sucias”, pensé.

A la hora de la cena estábamos todos en la mesa esperando que mamá trajera la comida.

—Muéstrame tus manos —me pidió papá.

Las saqué de debajo de la mesa y se las mostré, me dio una mirada enojada.

—Sabes que no puedes pasar a la mesa con las manos así, además, que es de mal gusto, te puedes enfermar y te saldrán ronchas en las manos si no las lavas cuando te las ensucias.

—Pero las lavé —mentí.

—No digas mentiras —respondió papá.

¿Cómo lo supo? Miré mis manos y no se veían tan sucias, de todas maneras, fui al baño y las lavé. De regreso a la mesa papá me dio una mirada enojada y me dijo que no tendría postre por no lavar las manos y por mentiroso tenía doble falta.

Miré a mi abuelo que estaba en la mesa y sabía que no podía ayudarme, había cometido un gran error. En la

noche cuando estaba a punto de meterme en la cama tocaron a la puerta de mi cuarto y entro papá con un plato lleno de postre.

—Súbete a la cama —ordenó—. ¿Sabes por qué tu abuelo utiliza respirador en las noches?

Negué con la cabeza.

—¿Le duele el pecho? —respondí.

—Te contaré una historia —dijo y se acomodó a mi lado.

—Hace unos años cuando yo era niño, no podíamos salir de casa porque había *una gripe* que al ser contagiada te impedía respirar bien, te daba fiebre y otros síntomas. Tu abuelo fue contagiado en el lugar donde trabajaba y no lo pude ver en muchos meses —me contaba mientras se comía el postre, ¿no era para mí el postre?

—Si no salías de casa, ¿cómo jugabas con tus amigos? —pregunté.

—No lo hacía —respondió.

¡No jugaba, qué horror!

—Si teníamos mucho contacto con otras personas nos arriesgábamos a traer gérmenes a la casa y enfermábamos todos —continuó papá—; si no lavas tus manos te arriesgas a traer enfermedades, enfermarás y también lo haría tu mamá, tu hermana y peor aún, tu abuelo que es muy delicado, ¿quieres eso?

—No —agaché la cabeza y negué; no quería que el abuelo enfermara, él me contaba historias interesantes y mi hermana, aunque llorara bastante era divertido jugar con ella, aún menos mamá no me podría dar el beso de buenas noches.

—Ahora sabes la lección, si tú te cuidas, cuidarás a toda la familia. Y si mañana te lavas las manos para la cena y no mientes obtendrás postre, el de hoy estaba delicioso, lástima que no lo probaste. Hasta mañana.

Besó mi frente y se marchó.

Aprendí la lección, no permitiría que nada le pasara a mi familia, haría todo lo que estuviera en mis manos para cuidarlos, así sea darle un baño de arena a mis manos.

EL VIRUS



Autor: Valery Nayely Isaza Trejos
Institución Educativa José Antonio Galán
Municipio: Puerto Boyacá
Docente: Henry Santos Devia

Hace muchos años atrás, en una aldea ubicada en la región del Amazonas Colombia, vivía un grupo de indígenas llamados *Amazónicos*, allí había un niño llamado Jumpi, quien tenía un mono de mascota llamado Lían. Todo estaba muy bien hasta que un día las personas empezaron a padecer una extraña enfermedad, que empezó con una muerte, trataron desesperadamente de buscar la cura a través de sus culturas y sus medicinas naturales, pero a raíz de su poca experiencia en este tipo de situaciones, el no tener unas medidas de cuidado personal y en comunidad, las cifras aumentaron, luego había 20 muertos, luego 50, las personas no sabían que hacer en ese momento ni cómo combatir la enfermedad sin cura; no sabían cómo debían cuidarse hasta que al final, después de 100 días, con la extraña enfermedad todas las personas de la aldea murieron. Jumpi, quien fue el último en morir, sólo vio su mono, quien se iba alejando por los árboles, dejando así extinta la raza de los *Amazónicos*.

30 años después, un cazador llamado Jorge, quien era habitante del municipio de Leticia (Amazonas) va caminando por la selva en busca de su presa, y, mientras se amarraba sus botas se percató de un monito que se quejaba por su pata fracturada. Al ver la situación decidió llevar el monito a su casa para curarlo, sin pensar que iban a ser buenos amigos, luego de su recuperación, y así fue. Jorge adoptó el mono y era su acompañante para todo lugar. Un día Jorge se reunió con su vieja amiga Liliana, ella vivía en otra ciudad, pero se acababa de mudar al municipio debido a su nuevo trabajo. Mientras comían y compartían entre amigos, el mono de Jorge atacó a Liliana causándole un rasguño en su brazo, lo cual no fue de mucha importancia para los dos ya que sólo fue un accidente; al final del día se despidieron y se fueron a sus casas.

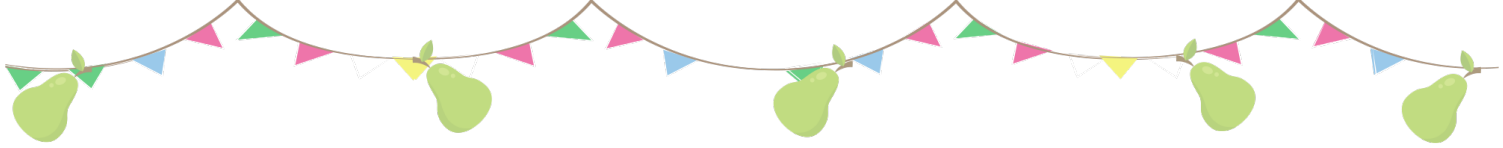
Después en el pueblo se empezaron a escuchar rumores de que *un virus* estaba contagiando las personas. Jorge se encontraba totalmente alarmado y preocupado al saber que una de las contagiadas era su amiga Liliana, entonces tomó la decisión de ser muy precavido a la hora de salir de su casa y aconsejar a las personas del pueblo, propuso el distanciamiento personal, el uso de objetos que previnieran el contacto de las personas como el tapabocas, bañarse más seguido a la hora de volver de la calle, tratar de no salir de sus casas, no hacer visitas, no ir a ninguna parte si no era necesario, a pesar de sus advertencias y sus precauciones los contagios aumentaban y las cifras eran descomunales diariamente, los médicos y especialistas trabajaban las 24 horas del día para encontrar la cura a la enfermedad, realizando muchísimas pruebas a diario casa por casa a todos los ciudadanos y en los laboratorios, pero todo era inútil.

Un día los médicos llegan a casa de Jorge a realizarle la respectiva prueba, Jorge estaba tranquilo porque sabía que no tenía ninguna clase de síntoma ni enfermedad, pero los médicos, a la hora de realizar la prueba, se percatan de que Jorge era portador de la enfermedad y en comparación de las demás personas no presentaba síntomas, pero el virus estaba demasiado avanzado. Los médicos al ver la situación, deciden internar a Jorge y hacerle unos exámenes a su mono, quien se encontraba en la casa también, pasaron varias semanas de duro trabajo en los laboratorios médicos hasta que un día uno de los médicos logró determinar que la enfermedad provenía del mono, que el mono fue quien contagió a Jorge al compartir con él espacios en la casa, comida, etc... Y que Jorge no lo sabía por qué era asintomático a comparación de todas las demás personas, también se determinó que el mono fue quien contagió a Liliana por medio de un rasguño.

Esta situación se hizo viral, tanto que todos los médicos del país se encontraban buscando la cura de la enfermedad, hasta que de pronto llegan al pueblo de Leticia 4 personas que decían tener la cura, estas 4 personas eran conocedoras de la historia de la aldea Amazónica, y desde entonces se encontraban estudiando la causa de la extinción de dicha tribu, a lo cual ya conocían que la razón de ser de la enfermedad era el mono de Jorge, quien era Lían, el mismo mono que causó la extinción de los *Amazónicos*, y 30 años después volvió para causar enfermedad dentro de la población. Estas cuatro personas, quienes eran los médicos más antiguos de la región habían estudiado la cura durante 30 años y prácticamente ya contaban con ella, sólo bastaba hacer las pruebas necesarias para conocer su efectividad.

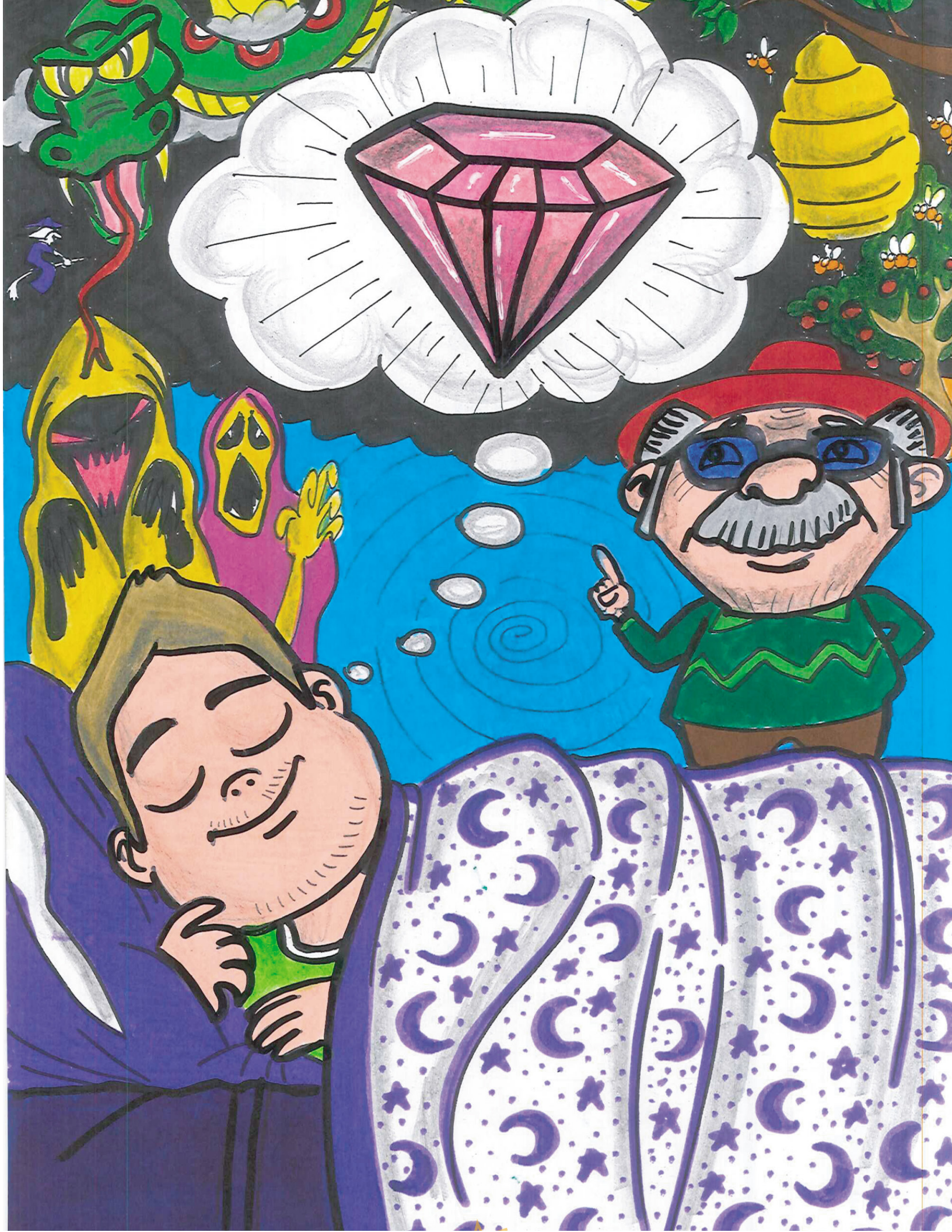
Dos semanas después todas las personas del municipio se encontraban nuevamente curadas, los médicos recomendaron todas las medidas de precaución que ya estaban tomadas para aplicarlas por un tiempo, más con el fin de mantener el cuidado de las personas, que siempre es muy importante para la sana convivencia de una comunidad, una de ellas era Liliana, quien sufrió mucho por la muerte de su amigo Jorge, que a raíz de lo avanzada que estaba su enfermedad no resistió y murió en el hospital antes de que pudieran hacer algo para salvar su vida.

Lían fue ejecutado por las personas del municipio ya que se determinó que para él no había cura diferente a la muerte y de no ser así seguiría contagiando a centenares de personas. Con esta experiencia el pueblo de Leticia aprendió que no importa cuánto tiempo pase, si 30 o muchos años más siempre debemos conservar el cuidado de las personas y prevenir cualquier clase de situación.



CATEGORÍA B





EL DIAMANTE MÁS GRANDE DEL MUNDO



*Autor: Aris Leonardo Camargo Neira
Institución Educativa Enrique Olaya Herrera
Municipio: Guateque
Docente: Camilo Andrés Rodríguez*

Anoche tuve el mismo sueño. En una noche de luna llena como la de ayer, cuando era niño, soñé por primera vez que había encontrado el diamante más grande del mundo, que gracias a que lo había encontrado yo me hacía millonario. Cuando desperté, pensé: «Ese sueño se hará realidad.»

21 años después he tenido el mismo sueño 129 veces. Siempre lo tengo en mente, mi sueño no me abandona. Recuerdo muy bien la segunda vez, debía tener unos 13 años.

A eso de las 8:00 p. m. me encontraba en Monterrey, Casanare, acompañado de mi familia, en una finca que era el orgullo de mi padre. Salí al patio de la casa y, por instinto natural, volví a ver a la luna; la vi muy grande y brillante, como una pizza recién salida del horno. La noche era tan clara y brillante que se podía ver el ganado, la vaca blanca con su cría del mismo color, la negra grande y gorda de cachos largos, a la que había que tenerle cuidado porque estaba recién parida y era brava cuando se le tocaba a su cría. Me acosté a dormir y volví a tener el mismo sueño.

Al despertar tenía más sed que un pozo seco y pensé: «¿Por qué siempre tengo el mismo sueño?, ¿será que mi mente está diciéndome que debo buscar el diamante? ¿En dónde estará? Haría lo que fuera por encontrarlo.»

Aquel día, en la tarde, fuimos a visitar a don Tulio, un vecino octogenario que llevaba más de 60 años viviendo en su finca. Don Tulio sabía muchas cosas, en su finca cuidaba gallinas, patos, vacas, cerdos y un caballo; sembraba yuca, plátano, caña de azúcar, árboles frutales como naranjas, mandarinas, mangos, aguacate, arazá, limón de varias clases y maracuyá, y tenía una planta que se enredaba en lo que encentraba, especialmente en las cuerdas de alambre que le ponía don Tulio para que colgaran los frutos.

El anfitrión ofreció guarapo de miel de caña a los adultos y limonada para los niños. Con el rumor de la tarde, empezó a hablar de su gran amor, los llanos:

—El llano es muy bello, pero peligroso. No les digo que tengan miedo, pero hay que ser muy prevenidos con los animales venenosos y ponzoñosos, con los perros bravos y con las fieras. La semana pasada una serpiente mató un becerro y hace algunos años los osos hormigueros me mataron al perro negro y dejaron herido al *Tony*, un perro cazador que me trajo un pariente de Miraflores, de orejas largas y colores blanco y rojo, el mejor para perseguir tinajos, chuchas y cachicamos. Como ustedes no son de aquí, les advierto que tengan cuidado con los alambres de púas, también con las herramientas, especialmente con el machete, que me ha dejado varias cicatrices. Cuando salgan a caminar, sepan por dónde andan y cuiden los ojos de las púas, de las ramas y de los insectos pequeños que se meten en ellos y escose como la hiel.

Don Tulio era muy agradable y cocinaba muy rico, yo lo escuchaba a medias porque estaba pensando en el diamante. Pasé una tarde muy agradable. Oscureció, empezó a llover y nos refugiamos en un cobertizo cerca de la

cocina de la casa. El vecino de don Tulio empezó a contar que en noches como esa salían volando las brujas y las serpientes voladoras silbaban; la Patasola y la Llorona se escuchaban pasar por el río, la primera arrastrando sus penas, y la segunda gimiendo y llorando por el hijo que perdió. Sentí que un escalofrío recorría mi espalda y los bellos de mis brazos se erizaban. Tenía miedo de esos seres, pero una curiosidad inmensa evitaba que me tapara los oídos para no escuchar más esas historias, como la del *jinete sin cabeza*, el *Cucacuy*, el espanto negro y la bruja maléfica que se comió a sus hijos.

Esa noche nos quedamos a dormir en la casa de don Tulio. Llovía muy fuerte, pronto quedé dormido y caí, ¡otra vez el mismo sueño! Veía tan claro el diamante al otro lado del río, en un charco infestado de babillas, parecía llamarme para que lo rescatara y juraría que lo escuchaba en medio del croar de los sapos, el chirrear de las chicharras, el sonido de la lluvia en el tejado de zinc y las torrenciales aguas del río.

Un trueno me despertó, estaba sudoroso y me asomé afuera del rancho. La noche estaba muy parecida a la del sueño, veía claritico el camino hacia el río y al otro lado el charco de las babillas. Me levanté gritando:

—¡Mi diamante!, ¡mi diamante!

Decidí no perder la oportunidad e ir a buscarlo, sin pensar ni por un momento en todas las advertencias de mis padres y de don Tulio, ni en las historias terroríficas del vecino. Salí del rancho rumbo al río, seguía lloviendo duro, sentí sobre mi cabeza y mi cuerpo las gotas de lluvia que empezaban a empaparme, los relámpagos iluminaban más el camino.

Llegué al río, el nivel de las aguas había aumentado por la lluvia, sin pensarlo tomé impulso y de un salto caí en las aguas turbulentas, su fuerza impredecible me arrastró hacia el centro de la corriente y nadé con todas mis fuerzas. Aunque sabía nadar, era imposible evitar que el agua me siguiera llevando río abajo, nadé a favor de la corriente y fui buscando la orilla, logré agarrarme de una rama que sobresalía sobre el río en una curva y con fuerza desprendí mi cuerpo del agua.

¡Qué vaina! Tuve que parar cuando descubrí un nido de avispas coloradas colgando por el lado izquierdo de la rama, trate de no asustarlas, pues eso hubiera sido mi sentencia de muerte. Caí de nuevo en el río, un nuevo rayo iluminó la estancia y pude ver la enorme víbora que descendía por el tronco del árbol, quedé paralizado, pero gracias a Dios la serpiente tocó tierra y escapó hacia el bosque. Me moví despacio, muy despacio por la rama, llegué al tronco, dejé de sostenerme y caí al suelo, me golpeé de nuevo. Me levanté, tenía rasguños en las piernas y los brazos, me sentí indefenso y maltratado, empecé a caminar por el bosque, miré en mi reloj que mi papá me regaló cuando terminé la primaria, era la 1: 12 de la madrugada; seguí caminando, a la distancia ya podía ver el charco de las babillas. No dejaba de pensar en el diamante.

No sé cuánto caminé y corrí, parecía que mis pies flotaban en mi afán de encontrarlo, no me di cuenta y me sumergí en un charco de lodo que en poco me llegó a la cintura, decidí quedarme quieto para no seguir hundiéndome. Ahí me encontró don Tulio al otro día, inconsciente y maltratado, cuando *Tony* empezó a latir.

Deben imaginarse la angustia de mis padres, los regaños, las advertencias de don Tulio. Cuando me repuse un poco, me di cuenta del peligro en el que había estado, por esa obsesión, por mi sueño, por *mi diamante*.

Unas semanas después salí de Monterrey a Guateque, ya en el pueblo encontré a mis amigos Sebastián y Daniel, les comenté mi sueño. Sebastián, muy asombrado, me dijo que él también había soñado algo parecido. Daniel replicó:

—¡Esos son puros sueños!

A pesar de todo lo que había pasado, días después llamé a Sebastián y le propuse buscar el diamante. Él

estaba muy entusiasmado y decidimos ir a buscarlo a Somondoco, por el camino de Puente Hierro. Pasamos por la loma y la Planada, el Picacho, la cueva y el río. Nos perdimos más de dos días. Ya nos estaban buscando por todos lados, pensaban que nos habían raptado, que nos habíamos ido a un abismo; otros decían que nos podíamos perder en la montaña. Al atardecer del tercer día, regresamos cansados, hambrientos, golpeados y con los bolsillos vacíos, no encontramos el diamante. Sebastián no volvió a salir conmigo.

Desde esa época he puesto mi vida en riesgo muchas veces, he perdido amigos, la confianza de mis seres queridos y abandoné mi proyecto de ser un gran veterinario. Los últimos meses he reflexionado sobre lo que hice con mi vida. Con desencanto me doy cuenta de que la he descuidado, la he desperdiciado persiguiendo un sueño fantasioso, *tal vez* he perdido el verdadero diamante: mis sueños, la confianza de mis seres amados y mis mejores años. En las noches pienso que he debido estudiar, prepararme para la vida, disfrutar del amor, la compañía de mis seres amados y ganar las cosas con esfuerzo y sacrificio.

Hoy cumpla 33 años, trabajo en lo que pueda para ganarme la vida, me cogió la cuarentena en casa de mis papás y debo cuidarme del coronavirus, nos dicen que no salgamos, que debemos estar encerrados.

Anoche volví a soñar con el diamante, me resisto a creer que es sólo un sueño. Tal vez nunca encontraré mi diamante... Tal vez salga mañana a buscarlo.

LA LUZ DE LA ESPERANZA



Autor: Alicia Fernanda Vergel López
Colegio de Boyacá sede Londoño Barajas
Ciudad: Tunja

Docente: Yolima Reyes Quintero

Me encuentro tirada en el suelo sin ninguna salida, sola, hambrienta, temerosa, cansada, mareada, con la vista borrosa... Todos los sentimientos más extraños se combinan como una sopa en una caldera, sin saber qué me pasó siento como si estuviera en un alud donde toda la luz esta silenciada, en donde no puedo escuchar un ruido ni una señal y hay pocas expectativas de vida. *Mi hora ha llegado*, siento un escalofrío que recorre mi cuerpo desde mis pies, pasa por mi espalda y, finalmente, llega al cuello; siento esa sensación de frío que acaba de recorrer todo mi ser. Si no regreso, sigan con sus vidas como si nada, de todas maneras, la Tierra seguirá girando, las aves cantarán, el viento soplará y yo enfrentaré mi realidad.

26 de junio de 2006.

En esa fecha fue cuando abrí los ojos por primera vez. El momento en el que pude llorar, respirar y sentir que estaba viva. Mis padres eran unos empresarios muy importantes y reconocidos a nivel mundial, y yo, la heredera de todo este imperio, teníamos una vida muy cómoda y no sufríamos como los demás, preocupados por el dinero ni esas cosas, yo estudiaba en casa, tenía tutores y con todo el tiempo libre para hacer lo que quisiera.

Una mañana de verano el sol brillaba, el cantar de las aves se escuchaba tan portentoso que no quería levantarme de lo cómodo que se sentía todo este espectáculo, luego de quedarme alelada con tan majestuosa interpretación de la naturaleza, me levanté y seguí mi rutina de todos los días, pero como dije, no era una mañana normal.

Por lo general mi madre tomaba un café, mi padre leía el periódico y Esperanza (mi nana más confiable) cocinaba un delicioso desayuno, que su exquisita fragancia llegaba hasta mi habitación haciendo que quisiera comerme estas deliciosas legumbres inmediatamente, pero, *esta vez no fue así*.

Mi nana Esperanza estaba sentada en una silla de la cocina preocupada, con la cara pálida, llena de un sentimiento entre tristeza e intranquilidad que hasta lo podía ver en sus ojos verdes esmeralda, se me hizo raro no verla cocinando y tampoco ver a mis padres, así que me acerqué a ella y le pregunté:

—¿Por qué mis padres no están? ¿Por qué esa cara?

En ese momento *ella* me miró con cara de lástima, me molesté mucho y le dije con un tono fuerte que hablara, a lo que me respondió:

—Tus padres se fueron de viaje muy temprano y no se alcanzaron a despedir porque era algo del trabajo muy urgente, me dejaron a cargo de la casa.

Le contesté que no era el fin del mundo, puesto que en el momento yo lo sentí como cierto, me enfurecí cuando me miró con lástima, ya que no necesito la compasión de nadie. Pasaron ya cuatro semanas desde que supuestamente mis padres se fueron de viaje, en todo ese tiempo no he recibido una llamada o un mensaje, fui a dónde Esperanza y le dije con tono melancólico:

—¿Mis padres piensan volver?

Ella me dijo:

—Lamento haberte mentido, hija, hace un mes que me preguntaste por tus padres y tuve que mentir; pero la realidad es que fueron encontrados muertos en una falsa reunión de socios, había personas que sentían rencor y envidia hacia tus padres, quienes se hicieron pasar por inversionistas y los engañaron. La policía lleva investigando el caso todo este tiempo, pero no encuentran a los responsables.

En ese momento sentí que no estaba viva y vi todos los recuerdos y momentos que pasé con mis padres, quedé congelada, no podía respirar, y empecé a balbucear cosas sin sentido, lo cual hizo que Esperanza y los demás trabajadores se asustaran.

Mi vida cambió totalmente, ya que era la única heredera, no sabía nada de negocios, ni de cómo mantener la empresa en pie, todo el esfuerzo de mis padres no podía ser en vano, pero yo me encontraba con las manos atadas, los socios y fundadores se hicieron cargo. Mi salud mental y física decaía con el tiempo, ya no me importaba nada, no me arreglaba para salir porque no tenía ganas, dejé de comer durante una semana, no podía conciliar el sueño, siempre estaba a la defensiva, estaba en el peor momento de mi vida.

Esperanza hizo contratar un psicólogo para ver si estaba sufriendo de depresión o de algún otro trastorno mental, al principio me negué, aseguraba que estaba bien y no quería aceptar nada de locos, pero efectivamente el doctor me diagnosticó depresión y trastorno de la personalidad.

En ese momento todos los empleados sentían lástima y compasión por mí, lo cual me molestó mucho y tuve ciertos inconvenientes porque los encontraba hablando en mi propia casa de mis enfermedades cuando no era problema de ellos.

En esos días, debido al dolor que sentía, empecé a tomar medicamentos muy fuertes, los cuales combinaba

con alcohol a escondidas, no me habían recetado las pastillas, pero si no las tomaba no podía dormir, las consecuencias eran que me hacían vomitar, se me estaba cayendo el pelo, y estaba descuidando mi salud. Un día Esperanza me encontró en el suelo tirada con muchas botellas y pastillas, esa vez perdí el control, no reaccionaba; le causé un buen susto a esa mujer, que empezó a gritar desesperadamente:

—¡Ayuda!, ¡llamen a una ambulancia!

Me tuvieron que llevar al hospital y allí, mientras me hacían una limpieza estomacal, tuve una visión...

Estaba en una pradera muy hermosa, las flores se encontraban recién abiertas y podía sentir su olor majestuoso, el sol radiaba suavemente, y la brisa se sentía muy cálida. Me sentía muy confundida, divisé a lo lejos la silueta de dos personas que resultaron ser mis padres. En ese momento mi única reacción fue correr a darles un fuerte abrazo, mi madre se veía igual de hermosa y segura de sí misma como siempre, la luz del firmamento hacía que su cabello de hilos de oro la hiciera radiar más; mi padre, un hombre muy simpático, alto y protector de la mujer que yo más admiraba y que me dio la vida. De repente tenía los ojos mojados por la alegría de verlos, les pregunté por qué me habían dejado y les conté que tenía problemas de salud (trastornos mentales). En ese momento ellos me dijeron las palabras más sabias y hermosas que escuché en la vida:

—No porque no estemos significa que tu vida se acabó, pues nunca sabes en verdad cuando la vas a perder, valórate y cuídate de esos males que acaban con tu ser, porque aún no sabes de lo que estás hecha y de lo que eres capaz, hija; esta es una prueba que te da la vida para que te demuestres a *ti misma* que a pesar de las adversidades puedes seguir adelante.

No los quería soltar, pero en ese instante desperté. Esperanza me abrazó sin decir nada, yo aún estaba en el hospital, luego de ese abrazo se le derramaron las lágrimas. Me dijo que no volviera a hacer eso y que ella cuidaría de mí para que no hiciera tonterías. En ese momento reflexioné todo lo que dijeron mis padres y la vida me estaba dando la oportunidad, una señal de que debía cuidar de mi misma pase lo que pase, además, envió a una persona a ayudarme con ese proceso.

Tiempo después...

Me sentía mucho mejor, aprendí a protegerme de los riesgos que podía traer no cuidar mi salud física y emocional. Empecé a estudiar en una universidad para aprender a mantener lo que con tanto esfuerzo crearon mis padres, la empresa. Ellos me hicieron crear conciencia de que debía cuidarme de todo a pesar de lo mal que esté la situación.

De toda esta experiencia aprendí que *el cuidado propio* es muy importante y que estar saludable física y mentalmente puede hacer de ti una persona excelente, que se esfuerza por dar lo mejor de sí misma y te abre las puertas a un futuro con éxito, felicidad, una familia, en la cual nos van a traer altibajos, que no significa que la vida te esté castigando, sino que te está enseñando a ser más fuerte y a no dejar de cuidarte: *recuérdalo*.

Ahora tengo una familia y si no me cuido, ¿quién cuidará de ellos? Exacto, tengo que cuidarme todo el tiempo para demostrarles a mis hijos lo que la vida *significa* realmente y enseñarles lo que mis padres me hicieron ver.

UN PUEBLITO A PUNTO DE DESAPARECER



Autor: Oscar Alejandro Muñoz Molina
Colegio de Boyacá sede Londoño Barajas
Ciudad: Tunja

Docente: Yolima Reyes Quintero

En Nobsa, un lindo pueblito de Boyacá, ubicado a una hora y quince minutos de Tunja, vive Pablito, un niño de nueve años, de piel morena, ojos azules como el inmenso cielo, labios rojos como los pétalos de una rosa y una sonrisa maravillosa que deja ver la pureza de su gran corazón.

Pablito vive con su papá Gerardo, un hombre alto, moreno que trabaja en una empresa siderúrgica, y su mamá Matilde, una mujer tierna, de cabello rubio que se dedica a las labores diarias del hogar, pues tuvo que dejar el trabajo en la empresa porque los altos niveles de contaminación perjudicaban su embarazo. Ellos estaban muy emocionados y felices porque esperaban con anhelo la llegada de la pequeña niña.

A tan sólo un mes para el nacimiento de la bebé, en una noche oscura y lluviosa, Matilde no pudo dormir a causa de la alta fiebre que tenía. Al transcurrir la noche, las cosas empeoraron, Gerardo decide llevarla al hospital. Al llegar allí, el médico la atiende, luego sale muy preocupado pues la situación es grave, hay peligro de que la bebé muera. Por este motivo, Matilde debe permanecer hospitalizada hasta que finalice el embarazo.

Pablito y su padre regresan a la casa mientras la madre se queda en el hospital. La situación de Matilde era muy complicada pues la enfermedad se debe a la alta contaminación que existe en el pueblo, producto de las fábricas existentes allí y las fétidas aguas del río Chicamocha. Ellos están muy preocupados y la tristeza se apodera de sus cuerpos.

A la semana siguiente, mientras Gerardo trabaja y Matilde permanece en el hospital, Pablito sale de la casa a dar una vuelta en un pequeño bosque cercano a la vivienda. El niño camina cabizbajo, con una tristeza profunda que invade todo su cuerpo, pero, ocurre *algo* inesperado... Frente a él aparece un raro animal que tiene cola de león, cuerpo de tigre, cabeza de búho, ojos de gato y patas de gallina. El niño presentía que algo o alguien estaba cerca de él y con su cara inundada en lágrimas; de un momento a otro volteó a mirar, y oh, sorpresa, aquella extraña criatura se encontraba a su lado. De inmediato Pablito comienza a temblar y queda totalmente paralizado.

El raro ser se acerca a Pablito y le dice:

—No tengas miedo, yo sólo quiero ayudarte.

El pequeño niño no pudo pronunciar palabra alguna. Es así como el animal continuó:

—Soy tu protector, estoy enterado de lo que está pasando con tu mamá, y para salvarla sólo hay una cosa por hacer.

Al escuchar esas palabras, Pablito cambió su semblante, sus ojos brillaron como dos grandes estrellas y por fin pudo hablar:

—¿Qué debo hacer para salvar a mi madre y mi hermanita?

El raro animal comentó:

—En este pueblo la gente se olvidó del cuidado del medio ambiente, hay bastante contaminación y no sólo Matilde está afectada por esta situación, si las cosas continúan así, *Nobsa desaparecerá por completo*. Para evitarlo, debes buscar en este bosque un manantial, del que recogerás una botella de agua cristalina, la llevarás al pueblo y

le darás de beber a diez personas que tengan buen corazón, ellas te ayudarán a concientizar a más personas sobre el cuidado del medio ambiente, es así como el pueblo, Matilde y la bebé se salvarán. Para encontrar el manantial tendrás que ir solo, y pase lo que pase, debes continuar hasta encontrarlo, tienes únicamente esta noche para encontrarlo, si no lo logras, *todos morirán*.

Al escuchar estas palabras, Pablito se puso triste nuevamente, pues su mayor temor era la oscuridad. El extraño ser, antes de desaparecer le dijo:

—Confía en tus capacidades, al final la recompensa será la felicidad absoluta. Luego de esto el raro animal se esfumó, el niño quedó totalmente abandonado.

Empezaba a oscurecer, el niño dio media vuelta para regresar a casa, caminó cinco pasos y escuchó una voz que le decía:

«Si quieres salvar a tu mamá y la bebé, no puedes devolvarte.»

Pablito se llenó de fuerza y decidió ir en busca del manantial. Cada vez la noche se hacía más oscura, se escuchaban ruidos tenebrosos, el pequeño niño temblaba, pero aun con eso continuaba su camino porque sus pensamientos estaban con Matilde. De repente apareció una luciérnaga que alumbraba, Pablito decidió seguirla pues le inspiraba tranquilidad.

Luego de una hora de camino, al ver que no encontraba nada, se sentó sobre una gran piedra a llorar desconsoladamente. El cielo se iluminó, Pablito con cara de sorprendido, alzó su mirada, luego miró hacia atrás y allí estaba el manantial de aguas cristalinas que buscaba. Dio un gran salto, se arrodilló en la orilla para recoger el agua. Enseguida, se dispuso a regresar a casa en compañía de la luciérnaga que guiaba su camino.

Al llegar a su hogar, recibió un fuerte abrazo de su padre, quien estaba angustiado por no encontrarlo en casa, pensó lo peor, pues el tiempo transcurría y el pequeño no aparecía. El niño le comentó a Gerardo todo lo ocurrido, pero él no creyó nada, pensó que Pablito se había quedado dormido en el bosque y todo había sido un sueño. Enseguida, ambos se retiraron a descansar.

A la mañana siguiente, Pablito se levantó muy temprano, le pidió a su padre que lo acompañara a buscar diez personas de gran corazón para que bebieran el agua. El padre, incrédulo, decidió acompañarlo, pues sabía del gran sufrimiento del niño por la situación de Matilde y pensó que tal vez el salir a recorrer el pueblo lo ayudaría a despejar la mente. La tarea de buscar a las personas no fue difícil. Las tenía plenamente identificadas, ninguna se negó al escuchar la súplica del niño para que bebieran el agua, se conmovieron y accedieron a la petición. Pero, cuál fue la gran sorpresa de Gerardo al ver que tan pronto las personas bebían el agua iniciaban a dar ideas para el cuidado del medio ambiente sin que nadie se los pidiera. Es así como se emprendieron campañas y todo el pueblo se concientizó de que se debía reciclar, no arrojar basura al río, empezaron a sembrar árboles y las fábricas iniciaron a buscar alternativas tecnológicas para disminuir la contaminación.

Transcurridos veinte días, Matilde dio a luz una hermosa bebé a quien llamó *Esperanza*. Desde aquel día, *Nobsa* renació, todo el pueblo vive en paz y felicidad, practicando a diario los cuidados del medio ambiente, todo gracias al pequeño Pablito que se convirtió en el salvador y protector del pueblo. *Ahora* todos los niños, corren por los parques inundados de árboles verdes, flores de colores vivos, pájaros que vuelan y entonan hermosas melodías.

LO QUE EL CÁNCER UNIÓ



*Autor: Andrés Felipe Pastrana Peña
Institución Educativa Técnica de Nazareth
Municipio: Nobsa*

Docente: Adriana María Galvis

Era una vez un pequeño llamado Josefino, él sufría de cáncer terminal, su familia quería darle el último deseo de su vida. El niño quería ir a África a conocer los animales salvajes, la familia le cumplió ese deseo. Una vez comprados sus tiquetes, el niño se emocionó demasiado, él quería ver a su animal salvaje favorito que era el rey león, quería saber cómo es un elefante, cómo es una jirafa. Ellos viajaron durante tres días en avión, una vez llegaron a África, el niño quería salir a aventurar, durante el recorrido, el niño miró muchos más animales, pero nada que veía al rey león, el niño triste le dice a su mamá: “¿Dónde está el rey león?”.

Lo buscaban y lo buscaban y él no aparecía durante el recorrido, se hizo noche, decidieron devolverse al hotel donde se iban a quedar, el niño estaba sentado en una silla al pie de la ventana esperando poder verlo, mamá le dice que mañana irán nuevamente a buscarlo, el niño decide irse a descansar.

Al día siguiente, nuevamente, hacen el recorrido y lo encuentran bajo un árbol, triste porque su pequeño hijo león se estaba muriendo. El niño corre a donde estaba el león, la mamá asustada corre detrás de él, para detenerlo por medio a que el león lo atacara, pero no, el león dejó tocar a su pequeño hijo del niño, el niño pide al chofer del carro que llame ayuda, van unos veterinarios por el león y su cría, pero el león furioso ataca y el niño lo calma diciéndole que tiene cáncer y que se va a morir y que no quiere que su león se muera como él.

Después el niño se va con su familia para mirar cómo sigue el león y su condición de salud, le dicen a niño que él también tiene cáncer, pero que la cría murió durante los exámenes.

El niño llorando pide que lo puede abrazar una vez más, el león grande muere de depresión. Al pasar de los días que no vuelve a ver su cría, el niño se devuelve a Italia con su corazón roto, después de dos meses el niño tiene un ataque en sus pulmones, lo llevan por urgencias. Su familia decide enterrarlo junto al rey león y su cría en África.



LAS AVENTURAS DE OLIVIA



*Autor: Nicole Fernanda Castillo Duran
Normal Superior Sor Josefa del Castillo y Guevara
Municipio: Chiquinquirá
Docente: Yeny Milena Regalado Poveda*

Esta es la historia de Olivia, una niña soñadora y aventurera. A Olivia le gusta pintar a la orilla del mar en las tardes de verano. Plasmaba sus dibujos de lugares fantásticos en algas gigantes, para ella estos dibujos eran muy importantes, ya que cada uno de ellos representaba los lugares que ha visitado junto a su familia, claro que con un toque de su extraordinaria imaginación.

Una tarde Olivia estaba pintando, cuando de repente pasó un fuerte ventarrón, llevándose sus dibujos mar adentro. Olivia se aventó al mar en busca de ellos, cuando Olivia estaba cerca de alcanzarlos, sus dibujos se transformaron en postales mágicas, y de una de ellas salió una gigante ballena, Olivia estaba muy sorprendida y feliz. Así que se fueron juntas a vivir una grandiosa aventura al fondo del mar. Olivia asombrada de todo lo que sus ojos podían ver, logró divisar una gran cantidad de especies maravillosas, peces de diferentes colores y tamaños que iluminaban la oscuridad del fondo del mar.

En ese momento Olivia se dio cuenta de que su misión era cuidar el mar y a todos los peces maravillosos que habitan en él. Así que empezó a buscar formas de evitar que las personas dañaran las maravillas que ella estaba disfrutando, de esta manera todos podrían disfrutar de este ecosistema. En un instante la ballena dio un salto sobre el agua, haciendo percatar a Olivia que ya el sol se había escondido y se acercaba la hora de dormir, así que Olivia le pidió a la ballena que la llevara a su casa.

Al día siguiente Olivia se despertó muy emocionada en busca de su nueva amiga, salió aprisa a la playa, directamente a aquel lugar donde había sucedido su más increíble experiencia, nadó mar adentro durante horas en busca de su amiga la ballena, pero esta vez no logró encontrarla. Olivia no se da por vencida, así que intenta dibujar nuevamente a su amiga en las algas y las arroja al mar. Pero pese a sus múltiples intentos, ninguno de estos funciona. Así que regresa a su casa muy triste. En medio de su llanto logró quedarse profundamente dormida. Olivia soñó con su nueva amiga, la cual le decía:

—¡Olivia, por favor, ven a buscarme!

De pronto Olivia se despertó en medio de la noche de un brinco, y logró escuchar el cattnto de la ballena a lo lejos. No dudó ni un segundo en salir corriendo tras ese llamado, empacó en una pequeña mochila sus colores y algunas algas que había recogido, así comenzó su aventura nocturna.

Por el camino encontró muchos obstáculos, la mayoría eran desechos y plásticos que se enredaban en sus pies y le impedían moverse fácilmente, por suerte había llevado sus colores y algas mágicas. Olivia comenzó a dibujar canecas y arrojaba al mar cada dibujo. Tal como lo esperaba, todas salían de cada uno de sus dibujos y allí depositó todos estos desechos.

Cuando Olivia consiguió encontrar de dónde provenía este hermoso sonido, se dio cuenta de que su amiga la ballena estaba atrapada en medio de unas redes abandonadas por unos pescadores. Usó toda su imaginación

para poder dibujar una herramienta que le ayudara a liberar a su nueva amiga. Olivia creó unas tijeras gigantes para cortar la red, poco a poco cortó cada uno de sus hilos, hasta liberar a la ballena por completo. Esto le causó gran felicidad, pero al mismo tiempo su corazón estaba triste, al ver que nadie le daba importancia al cuidado del mar. De regreso a casa estaba haciendo un plan para demostrar a las personas la importancia del mar, así que con ayuda de su amiga la ballena reunió a todos los peces.

Durante muchas noches se reunían en secreto para preparar su más increíble show, en su pueblo se acercaba el festival del verano, y que mejor oportunidad para realizar esta presentación, ya Olivia tenía todo preparado, así que dibujó un gran escenario para los peces.

“El día ha llegado, que comience la función”.

Olivia reunió a todos los habitantes del pueblo prometiéndoles que verían el mejor show de sus vidas. Los peces saltaban, los delfines jugaban, las ballenas cantaban y Olivia se posicionó como la directora de la orquesta. Los habitantes del pueblo no podían creer lo que estaban viendo, esto causó gran alegría y hasta algunos lloraron. Olivia consiguió lo que buscaba, que sus amigos del mar pudieran vivir en un lugar limpio sin ningún tipo de contaminación, y también hizo reflexionar a los habitantes de allí para que no arrojaran más basuras. Olivia fue muy feliz, logró su aventura en el mar.

CUIDALANDIA



Autor: Ana Sofía Rodríguez Beltrán
Colegio de Boyacá sede José Ignacio de Márquez
Ciudad: Tunja
Docente: Herminia de Jesús Patiño Avellaneda

Hola, soy Pepe, un pequeño Castor de 8 años. Hoy salí con mi abuela a recorrer las calles de mi pueblo, el más famoso y adinerado del país, y, mientras caminábamos, mi abuela me contó una historia que cambió mi forma de ver el mundo.

Resulta que hace muchos años existía una pequeña población que llamaron Cuidalandia, tenía unas cuantas casas donde vivían pocas familias, entre ellas la de Thomas, un viejo lobo cascarrabias; al parecer nunca tuvo amigos, nadie nunca lo veía sonreír, o eso comentaba Patty la vaca, vecina de Juan el gato, dueño de la antigua fábrica de galletas horneadas (mis favoritas), y socio don Castorini, el abuelo de mi papá.

En Cuidalandia estaba prohibido discutir, si alguien tenía un problema, todos estaban llamados a ayudar, las diferencias entre vecinos debían solucionarlas hablando, eran prohibidos los gritos, los golpes, y todo aquello que hiciera daño. En Cuidalandia reinaba la solidaridad, el amor, la comprensión, un lugar en donde todos los niños iban a la escuela y allí les enseñaban a amar a la naturaleza, a cuidar el medio ambiente, ese mismo que nos entregaba aire puro todas las mañanas, nos brindaba alimentos sanos, deliciosos y agua potable: *un mundo donde todos podían ser felices.*

Pero ¿por qué el viejo lobo Thomas, era tan cascarrabias si había crecido en Cuidalandia? y, ¿qué pasó con Cuidalandia? Me puse mi sombrero de investigador, uno que me había regalado Maggie (una linda ardilla que seguro será mi esposa cuando seamos grandes), y decidí llegar al fondo del asunto.

Fui a la fábrica de galletas y allí me encontré con Juancho, el hijo del nieto de Juan el gato, y le comenté sobre mi investigación, con tanta suerte que él había escuchado que Juan el gato había trabajado con los padres del viejo

lobo Thomas, una familia seria y al parecer de gran reputación, incluso el padre de Thomas había sido alcalde de Cuidalandia, y según comentan, eso fue lo peor que pudo pasar. El alcalde lobo, hombre de negocios, sabía que Cuidalandia estaba rodeada de maravillas naturales, las mismas que decidió poner a disposición de muchos extranjeros, quienes llegaron a ese pequeño pueblecito a tomar, a cambio de dinero, las mejores reservas naturales.

Cuidalandia se convirtió en un lugar reconocido y adinerado, pero su esencia principal se estaba perdiendo. En los colegios se enfocaron en dar clases de administración y explotación de recursos, y quedó a un lado las hermosas clases y prácticas de cuidado a la naturaleza; la gente con dinero quería más dinero, y eso hacía que las personas discutieran, se dejaran hablar y no se cuidaran. Fue así como Cuidalandia dejó de existir.

Después de escuchar a Juancho, quedé aún más intrigado, así que fui a ver a mi hermosa Maggie, le conté lo que estaba haciendo y de lo que me había enterado, fue ahí cuando esa hermosa ardilla, tan inteligente como siempre, me dio la idea más grandiosa: “Recuperaríamos Cuidalandia”, y lo haríamos descubriendo lo que le había pasado al viejo Thomas.

Maggie y yo sabíamos que el viejo lobo Thomas siempre salía al atardecer, nadie sabía qué hacía cuando se iba, y sólo sabíamos que regresaba cuando el sol ya se escondía en el occidente de las montañas.

Esperamos con Maggie a que el lobo saliera e ingresamos a su casa por una ventana del cuarto que había dejado abierta, empezamos nuestra exploración, Maggie entró al ático, estaba lleno de polvo y muy oscuro, encendí mi linterna de investigador y encontramos un baúl lleno de fotografías, eran del viejo lobo cuando era niño, fotos de sus cumpleaños, de paseos con sus padres, parecía ser un niño feliz. *¿Qué había pasado entonces?*; antes de salir tomé un libro pequeño, estaba escrito a mano y tenía muchos dibujos tristes. Salimos de la casa antes de que nos descubrieran y acordamos vernos al día siguiente con Maggie.

Cuando llegué a mi estancia, revisé el libro que saqué de la casa del viejo Thomas, era un diario, entonces lo leí, mis ojos se llenaron de lágrimas, no podía comprender todo lo que se narraba en él, no podía creer que el mismo niño que parecía ser tan feliz en esas fotos, estuviese contando cosas tan tristes en su diario.

Al día siguiente le conté a Maggie, nos habíamos enterado de que la madre de Thomas había muerto de una extraña enfermedad, que el padre de Thomas por sus ocupaciones descuidó por completo a su hijo, y sólo pensaba en los negocios. Los amigos del colegio de Thomas se burlaban de él porque tenía unos dientes y orejas muy grandes, la vida de Thomas siempre fue muy sola, y nadie nunca lo notó, Cuidalandia no hizo bien su tarea, se olvidaron de apoyar ese niño que hoy ya era un viejo lleno de resentimientos.

Pepe y Maggie siguieron al viejo Thomas, querían saber a dónde iba todas las tardes, llegaron hasta un gran árbol donde vieron que Thomas dejaba dos ramos de flores, eran las tumbas de sus padres. Allí el lobo se sentó y se puso a llorar, el clima se puso frío, las nubes cubrieron el cielo y empezó a llover. Pepe y Maggie se acercaron al lobo, querían tener un gesto de bondad, pero Thomas, siendo un viejo cascarrabias, se molestó y salió corriendo bajo la lluvia. Pepe y Maggie escamparon bajo el árbol.

El castor y la ardilla estaban avergonzados, así que decidieron ir a casa de Thomas a disculparse, vieron que la puerta estaba entreabierta, llamaron al viejo Thomas, pero este no contestaba, subieron hasta su cuarto y lo encontraron acostado, tenía mal semblante, estaba tosiendo y decía tener mucho frío. Maggie lo tocó y se dio cuenta de que tenía fiebre, pobre lobito, se había resfriado por mojarse y no tenía nadie que pudiera cuidarlo.

Pepe y Maggie decidieron que cuidarían al viejo Thomas, y que recuperarían Cuidalandia, así que llamaron a su amigo Juancho, sabían que, para hacer grandes cosas, no se necesitaba ser adulto o tener poder, sólo se necesitaba la certeza de querer hacer las cosas bien.

Pepe, Maggie y Juancho tendrían un acto de generosidad con el lobo, le llevaron medicinas, lo visitaban de manera constante y pese a que el lobo siempre estaba molesto, notaron que el viejo Thomas se recuperaba rápidamente, los niños le llevaban fruta y todos los días le contaban historias para que se sintiera mejor.

Un día, cuando Pepe llegó a visitar a Thomas, se dio cuenta de que el lobo no estaba en la cama, fue a buscarlo, cuando entró a la cocina Pepe se llevó una gran sorpresa; el viejo Lobo estaba preparando una torta de frutas en agradecimiento a sus nuevos pequeños amigos por haberlo cuidado. Pepe, emocionado, llamó a sus compañeros y todos llegaron a compartir con Thomas en su casa.

Maggie le dijo a Thomas que querían recuperar Cuidalandia y para eso necesitaban de su ayuda, pues él había vivido en esa ciudad y sabía cómo funcionaban las cosas, el lobo, no del todo convencido, les dijo que, para eso debían recuperar el amor por la gente y priorizar los cuidados que se debían tener no solo en la sociedad, sino también dentro de cada familia. Los niños terminaron su pastel y se marcharon muy pensativos.

Cuando llegaron a la escuela, Juancho tuvo una gran idea, bautizarían cada día de la semana, entonces *los lunes serían los días del cuidado a las personas mayores*, y todos los niños y jóvenes debían reportar una buena acción que hubiesen realizado para el cuidado de las personas mayores. Empezaron a repartir volantes con fotos donde se mostraba como los nietos cuidaban a sus abuelitos.

Los martes serían los días del cuidado familiar, entonces publicaban cómo las madres cuidaban a sus hijos, los padres preparaban alimentos saludables para su hogar, los esposos se escuchaban y compartían.

Los miércoles *fueron los días del cuidado al medio ambiente*, y le mostraron al pueblo como recogían los desechos, evitaban botar basura, sembraban plantas, cuidaban el agua y reciclaban.

Los adultos del pueblo estaban tan sorprendidos con dichas acciones que empezaron a seguir los pasos de los pequeños, poco a poco se volvió costumbre ver cómo la gente cuidaba el espacio público, que las personas se lavaban más seguido las manos para evitar infecciones, que si estaban enfermos evitaban salir para cuidarse y cuidar a los demás, empezó a ser normal que los jóvenes protegieran a los mayores aunque no fueran de su familia y aún más común que los padres dedicaran el cuidado y atención a sus pequeños.

Fue así como renació Cuidalandia, un mundo mágico donde se puede ser feliz, tan feliz que fue la primera vez que Pepe, Maggie y Juancho vieron como el lobo volvía a sonreír.

Hagamos de Colombia, *una nueva Cuidalandia*.

LA NIÑA DEL BOSQUE



Autor: José Gabriel Rojas Bonilla
Institución Educativa Sergio Camargo
Municipio: Iza
Elaborado con el apoyo de la familia.

En un hermoso pueblo turístico de Boyacá, vivía una niña, su nombre era Florecita. Florecita era amante de la naturaleza. Ella vivía en una finca con sus padres, muy cerca del pueblo; le gustaba pasar parte de su tiempo libre observando la naturaleza: los árboles, los animales. También le gustaba ver su hermoso pueblo natal limpio, así es que ella cargaba dentro de una bolsa en su morral, un guante plástico, y, cuando veía basura en el piso, se colocaba el guante, la recogía y la depositaba en una caneca; a nuestra amiga Florecita le molestaba ver la gente arrojando

basura al piso.

Un día observó a un turista botando una bolsa, ella se enojó, pero de manera amable le preguntó:

—¿Por qué haces eso?

El turista, un poco indignado, al ver que una menor le cuestionaba, le respondió:

—No hay dónde botarla, no veo ninguna caneca en esta calle.

—Pues guárdala y cuando encuentres una caneca la botas —respondió Florecita.

El turista un poco incómodo, alzó la basura con cierto gesto de desagrado.

De camino a casa Florecita pensaba en la solución para que las personas, niños y adultos, formaran el hábito de cuidar la naturaleza, el sentido de pertenencia y por ende el cuidado con su casa, su barrio, su colegio, su pueblo... su planeta. Iba caminando y pensando en ello, cuando observó unos niños alrededor de un árbol. Con su natural curiosidad, se acercó y no podía creer lo que veía; los cuatro niños intentaban ayudar uno con el otro a trepar el árbol para alcanza un hermoso nido de unos mirlos, y la mamá revoloteaba dando pequeños chillidos en defensa de su nido. Fue tanto el enojo y la angustia que sintió Florecita que sin pensarlo le salió un grito:

—¡Alto!, amigos, no le hagan daño.

Ante esa dulce, pero angustiante voz, los niños voltearon a mirar y el que ya casi alcanzaba el nido, se dejó caer de un salto.

Florecita les explicó:

—Esos pequeños huevos no les servirán de nada a ustedes, pero al usurparlos de su lugar están interrumpiendo el buen desarrollo de nuestro ecosistema, además; son aves indefensas —casi que les rogó—. No lo hagan.

Los niños ante la autoridad con la que les habló Florecita se sintieron mal y fueron dejando a nuestros amigos Mirlos tranquilos. Este hecho acrecentó la preocupación de Florecita, quien pensó: «Si esta hermosa Mirla estaba cuidando y defendiendo su nido, yo cuidaré mi nido verde».

Al paso de unos días, Florecita se preocupó más por recoger la basura que encontraba a su paso, por hablarle a los compañeros de otros grados de la responsabilidad que todos tenían para cuidar nuestro nido verde, pero ninguno mostraba interés en el tema, sino que seguían su cotidianidad como de costumbre. «¡Qué ardua tarea!», pensó Florecita con lágrimas en sus ojos.

Uno de los días siguientes, en el colegio, algunos profesores observaron a Florecita un poco extraña, muy pensativa y con un cuaderno; en el escribía o dibujaba. Una profesora se le acercó y le preguntó acerca de su preocupación, Florecita le comentó que estaba recopilando ideas para que realmente se desarrollara y afirmara en la mente y en la práctica de las personas, niños y adultos, el hábito de cuidado hacia nuestro entorno tanto urbano como rural y el respeto hacia los ecosistemas.

La profesora al ver el bonito interés de su pequeña alumna, le pidió compartirle las ideas que tenía en su cuaderno. Florecita había escrito una cantidad de ideas, pero a su parecer ninguna prometía funcionar.

La profesora le habló:

—Florecita, tú sola es difícil, pero no imposible; puedes contar con mi apoyo. Qué tal si de las ideas que veo escritas en tu cuaderno iniciamos con la formación del CLUB NIDO VERDE, y luego que ya hayamos motivado y convencido a unos cinco o seis compañeros de este colegio, ojalá de diferente grado, los acompaño a dialogar con la rectora sobre el proyecto y le solicitamos un espacio para reunirnos con el CLUB NIDO VERDE, para comentar, discutir y argumentar ideas para lograr ese objetivo: *Desarrollar y afirmar en la mente y en la práctica de las*



personas, niños y adultos, el hábito de cuidado hacia nuestro entorno tanto urbano como rural y el respeto hacia los ecosistemas.

Esto motivó en gran manera a Florecita, quien se dio a la tarea con el apoyo de la profesora; conformó el club NIDO VERDE, inicialmente con tan sólo cinco compañeros y con el acompañamiento de la profesora. Conformado el club, recurrieron al apoyo de la rectoría, quien les cedió un pequeño salón para las reuniones.

Un jueves, a la hora del descanso, acordaron reunirse en la siguiente hora con el permiso de los profesores de clase; estaban todos tan motivados que hubo una lluvia de ideas para ejecutar:

Iniciar una campaña de concientización: “POR EL CUIDADO DE NUESTRO NIDO VERDE”, en el colegio extendiéndola hacia las escuelas rurales y urbana de Básica Primaria.

La campaña fue tan exitosa que llegó a oídos del alcalde, quien inició a apoyarlos y hacer extensiva esta motivación hacia la población adulta. El pueblo se fue uniendo al buen propósito, algunos donaron recolectores de basura con distintivos para reciclar; otros donaron letreros en madera bien elaborados, contando alguna reseña de un árbol o un pájaro propio de nuestro ecosistema y adornando así el parque; otros regalaban horas de apoyo al club, para hacer extensiva esta campaña a los turistas y pronto nuestro NIDO VERDE estaba más limpio, más amado.



LOS PERROS REALES

Autor: Oscar Santiago Cuevas Gutiérrez
Institución Educativa Técnico Industrial
Municipio: Tibasosa



En un reino muy lejano vivía un rey de gran corazón y bondadoso llamado Arquímedes. Él no tenía ni esposa, ni hijos debido a que se casó muy joven, pero su prometida sufrió una enfermedad terminal que la llevó a la muerte y por lo que no alcanzaron a concebir.

Durante mucho tiempo el rey trató de buscar una nueva prometida, pero ninguna se parecía en los aspectos morales a su esposa ya que al igual que él, fue una mujer que ayudaba a todos los pobres de su reino y muy bondadosa.

El reino de Arquímedes era inmenso, lleno de campos, los cuales producían todo tipo de productos por lo que su reino era muy rico y su gente vivía feliz. En medio de este reino tan grande existía un señor llamado Vicente, el cual era trabajador y lo acompañaban animalitos en su granja; tenía gallinas, perros, patos, entre otros.

El tiempo fue avanzando y el estado de salud de Vicente se deterioraba al punto que cayó en cama sin que nadie se enterara ni mucho menos que los cuidara a él y sus animalitos. Entre sus perritos tenía dos muy inteligentes y cuidaban de él, al ver a su amo en ese estado *Rocky y Orión* salieron en búsqueda de ayuda.

Caminaron por muchos días por los campos del reino hasta llegar al castillo del rey Arquímedes, cuando llegaron a la puerta principal de ingreso, los guardias los espantaban pensando que eran animales salvajes por el estado en que se encontraban los animales después de tantos días caminando y sin alimentación.

El rey Arquímedes era una persona que adicional a los valores de bondad y colaboración era un hombre responsable y estaba al tanto de cada una de las cosas que pasaba en su castillo. Por tal motivo escuchó la algarabía que se estaba presentando en la entrada a su palacio ya que los perros latían, aullaban intentando entrar.

El rey apenas vio los perros, sintió un dolor en el pecho al saber el estado en que se encontraban y la tristeza que reflejaban *Orión y Rocky* en sus caras; el rey ordenó a los vigilantes dejar entrar a los perros, adicional, mandó que les dieran de comer, los bañaran y revisaran que estuvieran bien de salud. Después de este proceso por medio del olfato llegaron a donde estaba el rey en ese momento, los perros le buscaban el juego al rey, movían la cola y ladraban felices y agradecidos por el trato que habían recibido.

En la tarde el rey se dio cuenta de que *Orión y Rocky* estaban sentados en una colina del palacio con la mirada fija hacia el horizonte, pero ya no reflejaban la alegría que había visto. Al siguiente día el rey tomó sus caballos y salió a inspeccionar sus campos y de paso dejar libre los perros para ver cuál era la tristeza que tenían albergada en la tarde anterior.

Los perros salieron felices, pero no se adelantaban mucho del rey por lo que se evidenciaba que los perros querían llevarlos algún lado y quererle avisar algo, siguieron a *Rocky y Orión*, y después de un largo tiempo de recorrido, ellos ingresaron a una humilde vivienda. El rey envió a sus súbditos a inspeccionar, encontrando los demás perritos hermanos de *Rocky y Orión*, estaban muy flacos porque llevaban varios días sin que comer, pero a la vez muy felices con las personas del reino porque sentían que los iban a salvar.

En iguales condiciones se encontraban los demás animalitos de la granja, todos los del reino sentían tristeza de ver las condiciones en que se encontraban, y a la vez la actitud de los animalitos que se evidenciaba el clamor de ayuda. Cuando ingresaron a la casa encontraron a Vicente muy enfermo y en estado de deterioro debido a que igual que los animalitos llevaba varios días en cama sin que nadie lo ayudara debido a que vivía solo y retirado del reino.

El rey Arquímedes ordenó que llevaran a Vicente al médico del castillo con sus pertenencias y animales, además asignó una persona que se encargara de cuidar los cultivos en ausencia de Vicente. El reino contaba con uno de los mejores médicos del país por lo que la recuperación de Vicente fue de manera rápida.

Los animalitos recibieron el mejor cuidado por parte de los sirvientes del rey, y en sus tiempos libres o de recuperación, Vicente se acercaba a ellos para poder revisar que efectivamente estuvieran bien, adicional como se indicaba anteriormente, el rey Arquímedes estaba muy atento de las cosas de su reino para que todo funcionara de manera correcta y se dio cuenta del excelente estado de Vicente y las condiciones en las que se encontraban los animalitos. Adicional el rey enviaba un encargado para que fuera a la finca de Vicente y constatará que la persona que estaba cuidando estuviera haciendo el trabajo correctamente.

En las mañanas el rey Arquímedes empezó a notar un comportamiento extraño en *Orión y Rocky* debido a que muy temprano se levantaban, pasaban por donde estaba Vicente, después pasaban donde estaba el rey y se iban después de tres a cuatro horas, los animales volvían al reino y permanecían descansando o jugando con los demás perritos.

Este proceso lo hacían los perritos días tras días, y lo que generó gran curiosidad al rey, el cual quiso ver que llevaba a los animalitos a tomar esta actitud y se llegó una gran sorpresa. *Orión y Rocky* todos los días salían a dar vuelta a todo el reino espantando fieras o animales salvajes que pudieran hacer daño a las personas o cultivos que se tenían en el reino. Esto hizo aumentar el amor del rey Arquímedes por los animales y en especial por estos dos grandes seres, los demás perritos pasaban sus días acompañando a Vicente ya que en agradecimiento al rey y mientras culminaba la recuperación, Vicente se encargaba de cuidar los jardines del reino.

En un instante el rey se dispuso a hablar con Vicente sobre el comportamiento de *Orión y Rocky*, lo cual Vicente le comentaba al rey que esa era la forma de agradecimiento de los animales hacia el rey por haberlos salvado y buen cuidado que les estaban dando, ellos estaban ofreciendo seguridad al reino al cual pertenecían.

Los días pasaban y el rey invitó a Vicente a una cena formal en el reino ya que quería tratar de temas correspondientes ya que había visto los cambios en pro del reino con el trabajo de Vicente y la seguridad adicional que estaba brindando *Rocky y Orión*.

El rey le dice a Vicente:

—Vicente, el motivo de esta invitación es, porque quiero proponerte que seas mi mano derecha y te hagas cargo de todo el tema de funcionamiento de la producción de todo mi reino, adicional que te quedes a vivir de por vida en el reino.

—¡Quééééé!, ¿en serio, mi señor? Para mí es un gran placer poder hacer parte de su reino y poder colaborarle en lo que más pueda, mi señor —respondió Vicente.

Por lo que Vicente le dio sus tierras a una pareja de jóvenes que tenían un bebé y eran de recursos muy limitados para que trabajaran, se pudieran alimentar y salir adelante con los recursos que podían explotar de la finca.

A través del tiempo el reino siguió creciendo y fue el reino más rico del mundo, según relatos comentan que el rey Arquímedes y Vicente trabajaron juntos hasta donde la vida les permitió sin ningún problema.

CÓMO CUIDAR A TU ABUELA



Autor: Laura Sofía Fontecha Pastrana.
Institución Educativa Técnica Nazareth
Municipio: Nobsa

Docente: Adriana María Galvis

Mi abuela materna se llama Claudia, vive en una casa con muchas plantas rosas y flores, específicamente en una finca con ganado como ovejas, pollos, vacas y cerdos. Eso para su edad es muy arriesgado, así que necesita, necesita ayuda para realizar los deberes personales y de la casa, por ende, la visitamos todos los fines de semana.

Yo me llamo Sofía y tengo 12 años, tengo el pelo negro, piel clara, ojos negros y la gente me considera muy sociable y alegre, la verdad a mí me gusta hacer amigos y yo me considero chistosa. Mi abuela tiene 80 años, pero siempre nos sorprende a mí y a mi hermana María con sus historias y cuentos. María con su cabello rubio y ojos azules se parece mucho a mi abuela que tiene las mismas características físicas y psicológicas, se parecen, pues las dos son muy cariñosas, amables y valientes.

El sábado en la madrugada la abuela le estaba echando comida a los cerdos, y un cerdo la atacó, y la abuela se desmayó. Nosotros llegamos dos horas después y la encontramos tirada a fuera del corral. Mi madre Helena es sobandera experta, le gusta convivir con sus clientes, así que le hizo unos masajes, pero eso no fue suficiente, así que mi padre Jairo sacó el carro y la llevó al puesto de salud y allí le dieron unos medicamentos. El doctor lo llevó a hablar afuera y le dijo que mi abuela tenía un tumor que el cerdo despertó, pero que a su avanzada edad ella no resistiría una cirugía así, que moriría en pocos meses, y no había nada más que hacer. Muy amable mi padre pagó por todos los medicamentos y le compró un mercado.

Retornando a casa, todos estábamos esperando la noticia sentados en la sala, yo estaba mirando que mi madre, con su cuerpo esbelto, pelo castaño y sus ojos negros, brillando de la angustia, miraron hacia la puerta y mi madre dijo con una sonrisa: “¡Llegaron!”. Sin saber la noticia devastadora que traía mi padre, él alejó a mi madre de nosotras y le dijo algo, algo que hizo que sus ojos se humedecieran de tristeza, supongo que le dijo la noticia que en ese momento no sabíamos mi hermana y yo. Con esta noticia mi madre quedó devastada, pero supo que lo único que había que hacer era cuidarla, y estar con ella en sus últimos días, consentirla y adorarla. Mis padres al día siguiente nos dijeron que teníamos que ser fuertes y bastante valientes, después de eso nos dijo que nuestra abuela estaba enferma y que en pocos meses se iba ir a dar un paseo, pero que no iba a volver.

Esos meses nos quedamos en casa de la abuela, fueron unos meses increíbles, nunca habíamos pasado tanto tiempo con ella, yo no entendía por qué nos quedábamos tanto tiempo donde la abuela, le preguntaba a papá y él me miraba con sus ojos negros y cansados, me abrazaba con sus brazos fuertes, pero él simplemente decía que la abuela necesitaba compañía pues se sentía muy sola.

Pero hasta que llegó un día donde la abuela no podía pararse de la cama, no tenía fuerzas estaba acostada muy pálida, así que mi madre quiso que toda la familia se reuniera y los llamó, pero sólo les dijo:

—Llegó el día.

La verdad yo no entendí mucho esa frase, pero tampoco me interesaba, toda mi atención estaba en mi abuela, pues en ese momento, a las dos horas ya estaba reunida toda la familia. Hicieron entrar uno por uno a despedirse, pasamos mi hermana y yo, mi abuela nos miró y sonrió, nos dijo que estaba muy feliz de vernos juntas, nosotras la abrazamos con todas nuestras fuerzas y llorando le decíamos cuanto la queríamos. Al rato entró toda la familia, mi madre acariciaba su cabeza suavemente llorando en silencio, después de un momento la mirada brillante que siempre tuvo mi abuela se dirigió al cielo y, después sus ojos azules se cerraron, *nunca se volvieron a abrir*.

CRONGRANG, EL PROTECTOR DE LA NATURALEZA



Autor: Jesús Manuel Panadero Dueñez
Institución Educativa Enrique Olaya Herrera
Municipio: Guatemala

Docente: Camilo Andrés Rodríguez

Cuando Juan se levantó de su cama, no se imaginó lo que iba a suceder. Parecía un día normal, se bañó, se comió el desayuno que le preparó su mamá y se fue al colegio. Sin embargo, en el camino empezaron a ocurrir cosas extrañas. Se encontró con un viejo muy raro, desconocido, de unos 60 o 70 años, parecía cansado, estaba sucio y asustado. El viejo se acercó a Juan y le dijo:

—Niño, tú, Juan. Tu vida está en peligro, un destino oscuro se posa sobre tu futuro, estás en riesgo porque *Crongrang* va tras de ti.

Juan ignoró al viejo y se fue corriendo al colegio, le pareció un loco que estaba inventando historias para asustarlo. ¿No se imaginan cuál fue el susto y la sorpresa de Juan cuando llegó al colegio? Entró, como todos los viernes en la mañana a su clase preferida, la clase de Historia. Pero fue perdiendo los colores, se le bajó la temperatura y empezó a temblar. Su profesor hablaba de *Crongrang*.

—*Crongrang*, niños, es un ser legendario de la antigua civilización de Agarta, los mitos dicen que la criatura que está hecha de hierba, plantas, raíces y lianas. Quienes lo adoran creen que *Crongrang* es un espíritu del bosque y aparece cuando los pueblos arruinan la naturaleza. Este ser es la forma en la que la naturaleza se opone a la destrucción abusiva, es un ser que busca el equilibrio y la protección de los seres vivos. Para algunos es un demonio destructivo, para otros un dios sin el cual la naturaleza quedaría indefensa. Se dice que *Crongrang* ha destruido civilizaciones enteras para proteger la Tierra.

De pronto sonó el timbre. Era hora del descanso, todos los estudiantes salieron atropellados a amontonarse en la cafetería del colegio. Juan, que estaba confuso, no sabía si estaba en un sueño, aunque todo parecía real. Para comprobar si era real lo que le estaba pasando, fue a comprarse una hamburguesa y una gaseosa para comer a la salida, pensaba que, si podía comer, comprobaría que no estaba en un sueño. No quiso decirle nada a sus compañeros, porque habrían pensado que estaba loco.

Durante el descanso Juan pensó que, si *Crongrang* llegará al colegio, podía destruirlo. Sus compañeros botaban basura por todas partes. Los jardines estaban llenos de papeles, de vasos plásticos y de residuos. Cuando salían del restaurante botaban los desperdicios por los patios y los prados del Colegio.

Después de la extensa jornada de estudio, acabaron las clases de ese día. Juan salió del colegio. Mientras se comía y bebía lo que había comprado, se tranquilizó un poco y pensaba:

«No puede ser un sueño, nunca he comido una hamburguesa en un sueño, siento el frío de esta gaseosa, todo esto debe ser real.»

Después de haberse acabado sus onces, muy satisfecho, Juan botó la envoltura y la botella a un lote donde

siempre había arrojado todos los residuos de la comida, los papeles que le sobraban y la suciedad de la maleta. Ya llevaba 6 meses botando la basura en ese lote, siempre lo hacía porque parecía un sitio abandonado y nadie vivía allí.

Siguió su camino, pero de repente sintió que algo lo detenía, intentó seguir con todas sus fuerzas sin resultado, sus piernas no le respondían, algo las apretaba tan fuerte que le cortaba la circulación. Juan bajó la cabeza y vio que alrededor de sus piernas tenía dos lianas enroscadas, eran húmedas y estaban llenas de hojas. Percibió que alguien estaba detrás de él, no quería mirar hacia atrás, estaba temblando y un sudor frío recorría todo su cuerpo.

De pronto, Juan cogió su mochila y sacó un bisturí que era para la clase de artística, intentó cortar las lianas para correr de esa presencia tan macabra, pero el bisturí no cortaba y sus piernas eran más aprisionadas, Juan creía que se le iban a romper. La presencia desapareció por un instante y las lianas se aflojaron. Juan aprovechó ese momento para zafarse de las lianas e intentó correr, pero no podía ya que las lianas le habían cortado la circulación de sus pies. Cuando intentó pararse se cayó y se pegó en la cara, su cuerpo no reaccionaba. Tenía mucho miedo y empezó a gritar para que alguien viniera a ayudarlo, pero no había nadie a su alrededor.

Por más que trataba de gritar ni él mismo podía oír sus quejas, no le salía la voz. En medio de la confusión, escuchó unos pasos, otra vez percibió la presencia macabra y también sintió que alguien le estaba tocando el hombro y respirando en el cuello. Juan pensó que era su fin, *Crongrang* había venido por él, perdió la consciencia y se desmayó del susto.

Cuando recuperó el sentido, vio que estaba a dentro del lote donde botaba basura, se asustó, se paró rápidamente e intentó salir del lote, pero otra vez las lianas lo tenían y lo arrastraban hacia la parte más oscura, donde estaban la maleza y los zarzales. Apenas consciente pudo ver una figura gigante que se movía entre los árboles y la maleza. Se resistió y botó el bisturí hacia donde las lianas lo estaban jalando, le pareció que en su desespero se había liberado porque las lianas dejaron de jalar. Juan escuchó los pasos y que de nuevo sintió una mano sobre su hombro, casi paralizado, volteó y era el viejo que había encontrado en la mañana. Juan le suplicó:

—Por favor, ayúdeme. No deje que me maten.

El viejo cogió un machete y cortó las lianas. Cuando se sintió libre Juan le preguntó:

—¿Cómo me encontró? ¿Cómo sabía que *Crongrang* venía por mí?

—Hace mucho tiempo *Crongrang* y yo éramos uno solo, los humanos y la naturaleza vivían en armonía. Sin embargo, desde el tiempo en que el ser humano se volvió más destructivo y hostil con el reino natural, *Crongrang* se dividió en dos, una parte vegetal, fuerte, poderosa y violenta, y una parte más humana. El lado vegetal intenta defenderse a toda costa de la destrucción; yo soy la parte humana, que trata de regular ese poder incontrolable, intento que la armonía vuelva, para que la naturaleza y el hombre sean de nuevo uno solo, no dos partes en guerra. Si no estuviera yo, tratando de hacer conciencia entre los humanos, la naturaleza, con todo su poder, por medio de *Crongrang*, ya habría destruido casi toda la civilización.

Las lianas empezaron a moverse de nuevo, de un lado para otro, cogieron al viejo, este no se resistió y las lianas se lo llevaron. Juan aprovechó para salir del lote, empezó a correr y, mientras, corría entendió que el viejo le dio otra oportunidad. Mientras se alejaba una voz profunda y lúgubre le gritó:

—Yo soy *Crongrang*, recuerda, si vuelves a tirar basura o intentar dañar la naturaleza iré por ti. Algún día, si en tu pueblo, si en tu país siguen así, volveré en forma de sequías, de inundaciones, de enfermedades y muerte. Tarde o temprano, si no dejan de hacerme daño, vendré con todo mi poder sobre todos ustedes.

Una voz más cálida, que sin duda era la del viejo, le dijo en seguida:

—Juan, protege la naturaleza mientras yo no esté. Desde hoy debes ser un promotor del cuidado al medio ambiente, de lo contrario, *Crongrang* volverá con más fuerza y puede destruir todo este pueblo, todo el mundo si cree que es necesario. Vete ya.

De pronto, Juan despertó en su cama, tembloroso, empapado de sudor, con la cabeza revuelta y las extremidades rígidas. Pensó aun asustado, pero con algo de alivio:

«Sólo fue un sueño.»

Se relajó un poco y pudo mover su cuerpo, estiró sus brazos y de su mano derecha cayó un pedazo de liana, húmeda y llena de hojas.

¡URRA!, LOS HEMOS SALVADO



Autor: Jholmar Duban González Duran

Escuela Normal Superior

Municipio: Socha

Docente: Magda Consuelo Pinilla Monroy

En un hermoso lugar, donde la naturaleza rodea las casas y las adorna con delicadas flores y lindos pajaritos, vivía Anita, era una niña inteligente y se caracterizaba por ser buena líder, estudiante de séptimo grado. Ella tenía una gran pasión por cuidar y proteger animales indefensos; ella vivía con su papá llamado José, un hombre alto, responsable y muy apuesto, él cuidaba a Anita ya que su mamá había fallecido en un horrible accidente. Anita tenía muchos amigos en su colegio, pero ella le tenía confianza a Andrés, su vecino con el compartían muchas cosas y dialogaban siempre cuando iban camino al colegio o cuando regresaban.

Cierto día Anita y Andrés iban de camino a casa y como de costumbre dialogaban sobre lo que les había pasado ese día en el colegio y de lo mucho que les gustaba la clase de ciencias, y haciendo planes para hacer sus tareas esa tarde. Ese día la maestra les había enseñado el cuidado y la conservación de la flora y la fauna en el territorio, pues ellos muy entusiasmados por lo que habían aprendido, pero a la vez Andrés con un poco de preocupación, ya que en casa tenían un loro enjaulado, él decidió contarle a Anita cómo lo había adquirido.

Así fue como Andrés le conto a Anita que sus padres se lo habían comprado para el día de cumpleaños, a un señor que tenía muchos animales de diferentes especies en cautiverio y que los vendía a precios muy elevados. Anita se sorprendió mucho, y decidieron ir a donde el señor el fin de semana.

Al estar cerca del lugar, se dieron cuenta de que dicho hombre, llamado Domingo, astuto y de muy mal aspecto, maltrataba a esos indefensos animales que sólo querían salir de esas jaulas, y vendía algunos a una familia muy adinerada, ellos muy asustados decidieron no entrar ya que iban solos. Siguieron su camino, pero pensando en cómo ayudar a que ese señor soltara definitivamente a esos animales. Anita muy enojada le dijo a Andrés que eso no se iba a quedar así; de regreso a casa los esperaba su padre José, que al verlos notó la cara de enojada que llevaba Anita y la preocupación de Andrés. Él inmediatamente los interrogó para ver que les había ocurrido. Anita con lágrimas en los ojos le contó a su padre lo que ella y su amigo habían visto.



—Eso es muy grave —dijo el padre—, pensaremos en la mejor solución para que ese malvado Domingo les dé libertad a esos pequeños y no nos metamos en líos con ese señor, ya que dicen que es muy peligroso, tomemos todo con precaución para que él pague por lo que está haciendo.

Desilusionada y aún más enojada porque su padre no había hecho nada inmediatamente, Anita se fue a su cuarto y empezó a crear un plan para salvar a los animales que el malvado Domingo tenía en cautiverio.

A la mañana siguiente, Anita se despidió de su padre para ir a estudiar como de costumbre, pero ella tenía en mente otro plan. Anita decidió no ir a la escuela, así que se dirigió a la oficina protectora de animales que había en su pueblo para colocar la queja.

«Ellos de seguro me ayudarán», pensó, dirigiéndose a la oficina para denunciar al malvado domingo.

La atendió la secretaria, ella le contó los sucesos, pero con carcajadas ofensivas le dijo que era una loca y que se largara de ahí, que eso no era cierto. Desconsolada salió de la oficina y se fue para su casa, en horas de la tarde se encontró con Andrés, él muy preocupado preguntó:

—¿Estás enferma?, ¿por qué no has ido a estudiar?

—Verás, déjame contarte... Hoy decidí no ir al colegio y me dirigí a la oficina donde supuestamente protegen a los animales, pero la secretaria me llamo “loca”, cuando le conté lo que hacía Domingo, en fin, todo fue en vano. Ella me echó de su oficina.

Andrés dijo:

—¡Cómo se te ocurrió ir allá, pues ella es la hija del malvado Domingo, y por esa razón las autoridades nunca hacen nada!

Pasaron un par de días y comenzaron su aventura para ayudar y cuidar a estos animalitos que el malvado Domingo tenía en cautiverio; ella, su amigo Andrés y su padre fueron al sótano, allí tenían muchos marcadores y papel, ellos realizaron pancartas y tarjetas para promocionar el cuidado de los animales, además, exigían la liberación de los mismos para luego ser llevados a su hábitat natural. Una vez terminaron, salieron a la calle a repetir sus tarjetitas, muchas personas se unieron a esta noble causa y poco a poco la multitud se fue revelando ante el malvado Domingo; recorrieron calles, plazas y parques, los policías también se unieron y fueron ellos un papel fundamental ya que se comunicaron con el encargado de protección faunística de mayor cargo, quién despidió a la hija de Domingo. Por otra parte, Domingo fue arrestado y condenado a varios años de cárcel.

Anita lo había logrado, los animales fueron cuidados por un par de meses con muy buena alimentación, poco a poco los fueron liberando y, posteriormente, los llevaron a su hábitat natural. Anita fue condecorada como la niña protectora de los animales y fue inmensamente feliz.

Recuerden: “Cuidar del ambiente y los animalitos es forjar un medio más saludable para las generaciones futuras”.



LA HIPOTECA CAMPESINA



Autor: María Clara Numpaque Amado
Colegio de Boyacá sede Londoño Barajas
Ciudad: Tunja
Docente: Yolima Reyes Quintero

Una tarde del mes de mayo llovía fuertemente, y en una casa, en la mitad de la montaña, rodeada de mucha vegetación, árboles y pájaros cantando, nació una niña. Transcurridos los primeros años, ella corría por los verdes campos, conociendo cada día cosas bellas de la naturaleza, cosas que cada vez la iban enamorando más y más; era verdaderamente feliz allí.

Luego vinieron los años de estudio, en otra vereda alejada de su humilde vivienda, ella debía caminar mucho para poder llegar, despertarse más temprano que todos sus compañeros para estar a tiempo a sus clases que la llenaban de mucha ilusión. Cada viaje hacia la escuela era una aventura nueva, casi hora y media de camino a pie. En muchas ocasiones se encontraba con animales extraños, a veces tomaba atajos cuando se le hacía tarde, pero otras veces ella tomaba caminos largos para poder disfrutar más del viaje hasta su escuela.

Así transcurrió el tiempo en esa escuela, hasta que logró culminar sus estudios allí, desde unos años atrás ya se había planteado la posibilidad de estudiar algo en la universidad que le permitiera cuidar eso que tanto amaba y en donde había crecido. En ese colegio había un computador con Internet, al que podían acceder los estudiantes para sus consultas, y ella aprovechó su último grado del colegio para investigar carreras que le permitieran realizarse como persona, lograr la felicidad y ayudar a su comunidad, protegiendo para ella lo más valioso del mundo que es la naturaleza.

Le comunicó a sus padres que tenía la firme intención de estudiar algo en la capital, sus padres no contaban con muchos recursos económicos, salvo la posibilidad de hipotecar una finca que tenían aparte de su casa, ella no quería que sucediera eso porque esa finca era muy hermosa, contaba con un refugio que construyó cuando era muy niña y que se convirtió en su lugar favorito, este estaba escondido en el bosque, junto a una quebrada y una piscina natural en la que en los días soleados ella se echaba su chapuzón. Los padres insistieron que era la única posibilidad de poder enviarla a estudiar en la capital esa carrera que ella tanto deseaba.

¡Ah!, por cierto, su nombre es *Blanca Pira*, después de haber aceptado la propuesta de sus padres, se fue camino a la capital junto con su padre, a buscar el lugar en donde iba a vivir durante sus años de estudio.

El día que llegaron a la capital fue muy emocionante para Blanquita, ya que ella no había tenido una experiencia parecida a esa. Ese primer día fue el más feliz y el más triste para ella, ya que iba a estudiar la carrera que tanto la apasionaba, pero que a la vez la alejaba de todo lo que amaba. Ya cuando habían encontrado un lugar en el que Blanquita pudiera vivir, se despidió de su padre que ya debía irse, fue un momento difícil ya que se había quedado sola, ella observó en su padre algo que jamás había visto, sus ojos enlagunados, su padre le dio un beso en la frente, le deseo mucha suerte y se fue.

Al día siguiente Blanquita buscó la universidad en la que iba a estudiar, la carrera que ella había elegido era biología, debía ya ese día presentar sus documentos y la entrevista en la universidad. Al presentar la entrevista se puso muy nerviosa, pero todo salió bien y ella pudo entrar a la facultad de biología de la universidad privada más prestigiosa de la capital. Blanquita estaba muy emocionada de poder estudiar lo que quería y lo que le apasionaba, y así fue, se esforzó mucho hasta que llegó a los últimos años de la carrera, siendo una de las mejores de la facultad.

Un día logró ir a visitar a sus padres, cuando llegó se dio cuenta de que estaban en una situación económicamente complicada, sin mercado y muy tristes. Blanquita les preguntó cuál era la razón de que estuvieran es en

esa situación, y su padre con mucha tristeza le confesó que era por las cuotas de la hipoteca, que la plata ya no les alcanzaba para comprar todo lo que necesitaban y, además, pagar las cuotas, el banco ya los había llamado advirtiéndoles que en muy poco tiempo les iban a quitar la finca por no pagar las cuotas. Le contó su papá que extrañamente un nuevo rico había llegado al pueblo y le había hecho una oferta de comprarle la finca; esto porque quería hacer cultivos de papa. Ella alarmada le dice a su padre:

—Por favor, no lo hagas, es lo que más amo, *la naturaleza*.

Blanquita lloró y se fue a su refugio, su padre muy alterado por la discusión que tuvo con su hija, no tuvo otra opción que negarse a la propuesta hecha por el rico y seguir pensando cómo iban a salir adelante de otra forma.

Con lo poco que les quedaba de mercado, le hicieron el desayuno a Blanquita, ese desayuno que ella tanto amaba y que extrañaba. Después de eso se sentaron a pensar en opciones diferentes a la venta de la finca y cómo salvarla de la hipoteca. En el desayuno ella les comentó a sus padres sobre todo lo que ha vivido en la capital, les dijo que para ella tampoco había sido fácil que la discriminaran y la humillaran por ser del campo, pero que pese a todas esas dificultades conoció personas también buenas con las que compartió muy buenos momentos. Les dijo que uno de sus amigos era muy acomodado, que su padre tenía una gran empresa. Ella les propuso a sus padres la idea de invitar a sus amigos, a que los conocieran y para que vieran lo hermoso de la naturaleza, ellos accedieron y esperaron con ansias conocer a los amigos de su hija.

Cuando Blanquita volvió a la capital, les propuso la idea a sus amigos y ellos quedaron encantados y accedieron a ir. Cuando llegaron, Blanquita pensó en la idea de que podrían acampar en la finca en su refugio, ellos aceptaron y luego de conocer a la familia de Blanquita fueron hacia la finca. Al llegar quedaron asombrados con ese hermoso lugar, la noche llegó y se sentaron a observar las estrellas al lado de una fogata que habían hecho para calentar el ambiente. Hablaron de muchos temas, hablaron del miedo, historias de fantasmas, hablaron de las travesuras que habían hecho cuando niños, hablaron de todas las cosas que habían vivido en la universidad; hablaron de sus compañeros, de sus profesores, y hablaron también de lo hermosa e importante que era la naturaleza.

Blanquita les contó la situación que estaban pasando con esa entidad financiera, su compañero quedó asombrado y le hizo una propuesta. Le dijo que él podría hablar con su padre, y le podría dar un puesto de trabajo en su empresa para que pudiera pagar las cuotas y así poder pagar la hipoteca. Blanquita muy emocionada aceptó. Cuando volvieron a la capital, el amigo de Blanquita habló con su padre y le contó todo por lo que estaban pasando, él, que es también un amante de la naturaleza, se ofreció a ayudarle a Blanquita pagando las cuotas y que ella le pagara con trabajo. Él no tuvo ningún problema con recibirla en su empresa, ya que era una de las estudiantes más juiciosa de la universidad.

Después de un tiempo, lograron terminar de pagar la deuda, Blanquita estaba muy agradecida con su compañero y con su papá, por haberla ayudado a salvar eso que tanto le importaba. Blanquita culminó sus estudios de post grado, ya que recibió una beca por su excelente desempeño, sus padres hicieron una gran fiesta en la finca, a la cual asistieron muchos de sus compañeros de la universidad, y el padre de su amigo que la había ayudado.

Así fue como blanquita consiguió trabajo en la escuela en la que había estudiado y en la cual había vivido tantos momentos importantes para su formación, y se propuso desde ese momento enseñarles a todos sus estudiantes a amar la naturaleza, a respetarla y a hacerla respetar.

PLANETA 89327, DISEÑA EL CAMBIO



Autor: Michelle Fernanda Rodríguez Bautista
Institución Educativa Mariano Ospina Pérez
Municipio: Tinjacá

Docente: Stephanie Patiño Ramos

Hace muchos años, en el sistema solar que conocemos actualmente, Mercurio no era el primer planeta al lado del sol, sino el *Planeta 89327* o *Planeta de los mil soles*, llamado así por el dios sol o Naal. Éste era su dios, pero también lo adoraban porque los seres de ese planeta se alimentaban de la luz que *Naal* emanaba. Estos seres tenían una forma indefinida, a veces se convertían en manchas de pintura, en plantas, en una lágrima, en una llama de fuego, y muchas otras cosas más. *Los Midi*, así se llamaban esos peculiares seres que adoptaban la forma de lo que sentían en el momento.

Los Midi eran muy buenos, se ayudaban entre ellos, compartían y hacían fiestas para fortalecer su unión. Un día entró al planeta *Lonis*, él era un *Midi* muy distinto al resto, era muy malo y no le gustaba sonreír, tampoco le gustaba compartir y mucho menos cuidar a los animales y a la naturaleza; con el tiempo *Lonis* fue atrayendo a otros *Midis* y así con el paso de los días la mitad de la población se volvió malvada, pero la otra mitad seguía conservando su bondad, su honestidad, su amor y su paciencia.

Los Midi malvados ya estaban cansados de que *Naal* sólo les diera luz a los *Midi* buenos, aunque esto no era cierto, los malvados también tenían luz, pero para ellos no era suficiente, porque eran egoístas y querían toda la luz de *Naal*. Un día decidieron crear la máquina “*Quitaluz*”, la cual despojaría a *Naal* de su luz y los *Midi* malos la tendrían para ellos. Comenzaron a trabajar en su máquina, pero algo salió mal y *Naal* se enteró del malvado plan de los *Midi* y decidió castigarlos. *Naal* envió a uno de sus servidores para que le dijera al líder *Lonis* que se presentara de inmediato al palacio solar para poder negociar. *Lonis* fue al palacio, pero el dios no estaba contento, estaba furioso.

—¿Crees que no me he enterado de tus planes? —le dijo suavemente a *Lonis*—. Recibirán un castigo que los enseñará a valorar lo que tienen por muy poco que sea.

Lonis creyó que era una broma y le dijo al dios riéndose:

—Buen chiste, pero yo vine a discutir la cantidad de luz que nos van a dar.

El dios se enfureció mucho más.

—Serán castigados, tú y tu gente se irán para nunca más volver; porque serán enviados al final de la galaxia donde no hay luz, y allí con el tiempo, morirán.

Lonis asustado preguntó:

—¿De verdad ése es tu castigo?

—Sí —respondió el dios—. La única manera de que puedan volver a su lugar será que aprendan a ser buenas personas, que cuiden lo que les rodea como las plantas, los animales, el agua, sus familias y todo.

Lonis se marchó muy asustado por lo que dijo el dios y cuando llegó al taller donde se diseñaba la “*Quitaluz*”, todos los otros *Midi* lo estaban esperando, *Lonis* les dijo lo que les iba a pasar si no cambiaban su forma de vivir.

—¿Qué hacemos? —dijo uno de ellos.

—¡¿Cómo vamos a vivir?! —decían todos preocupados.

Entonces a *Lonis* se le ocurrió una idea.

—Vamos a crear un arma que haga que *Naal* se olvide de nuestro castigo.

Pasaron horas y horas diseñando el arma y cuando la terminaron quedaron sorprendidos porque su arma



resultó un batido de estrellas, el favorito de Naal.

—Haremos que Naal se tome el batido haciéndole creer que ya estamos cambiando —dijo *Lonis*.

Uno de los *Midi* se dirigió al palacio con el batido y cuando llegó a la cúpula donde estaba el dios, con palabras dulces le dijo:

—Querido *Naal*, te venimos a obsequiar este batido de estrellas que hicimos como muestra de que estamos cambiando y que nunca más volveremos a ser malvados.

Naal no se dio cuenta que era una trampa y aceptó el batido, cuando lo iba a beber vio que tenía un color verde y no amarillo, entonces se percató de la trampa y muy furioso se transportó al centro del planeta.

—¡Todos los *Midi* malvados serán castigados por haber tratado de hechizarme! —gritó *Naal*.

Partió el planeta en dos y envió a los *Midi* malvados al final de la galaxia como les había advertido.

Naal aún furioso manifestó:

—¡La única manera de que vuelvan a su lugar será cuando transformen al mundo!

Cuando el planeta fue partido en dos, un niño *Midi* bueno quedó en el lado malvado. Los *Midi* al verse sin luz buscaron la manera de obtenerla, viajaron por muchos lugares, pero no encontraron nada. Llegaron a Júpiter donde vivían los *Uglyfemms*, este era un planeta sucio, la basura estaba por todos lados, los animales eran flacos, no había plantas allí y todo era muy feo. A los *Midis* no les gustó nada ver todo esto y el *Midi* bueno motivó a los demás y decidieron limpiar el planeta: recogieron la basura, sembraron plantas y árboles, decidieron hacer un hogar para los animales, con comida, camas y prados para que pudieran pasear por ellos. Al final, cuando terminaron, el planeta ya no se llamaba Júpiter, se llamaba *Planeta Verde*; los *Uglyfemms* quedaron muy impresionados al ver cómo su planeta brillaba de limpio y le agradecieron a los *Midi* por haber limpiado su hogar.

Los *Midi* emprendieron su viaje otra vez para poder encontrar su luz, pero algo dentro de la nave falló, los cables se quemaron, cayó y se estrelló contra la pared de un centro comercial. Los *Midi* no sabían dónde estaban porque nunca habían visitado ese planeta extraño, cuando identificaron el planeta que se llamaba Tierra, decidieron salir de la nave y buscar las partes faltantes, ya que en el abrupto aterrizaje la nave perdió la piedra solar que era la parte que hacía volar la nave.

Durante la búsqueda conocieron a los humanos, ellos veían que algunos humanos hacían cosas buenas como no botar basura, cuidar a los animales, compartir con los demás y eran muy felices; pero otros humanos eran malos, maltrataban a los animales, botaban basura, contaminaban todo a su alrededor. Eran muy similares a los *Midi* y la división que *Lonis* había creado.

El *Midi* bueno se acordó de la condición que les había puesto *Naal* y se le ocurrió una idea.

—Crearemos una poción que haga que los humanos malos no cometan errores y aprendan a cuidar todo lo que tienen.

Los otros *Midi* apoyaron su idea y decidieron montar una tienda de jugos, pero para que nadie sospechara que eran extraterrestres, tuvieron que transformarse en humanos. Así fabricaron batidos y jugos, los humanos malos pasaban por allí y se veían tentados a entrar, los *Midi* les ofrecían una bebida y ellos dejaban de cometer malas acciones. De esta forma ellos estuvieron un largo tiempo en la Tierra, esperanzados de que *Naal* hubiera visto sus acciones y decidiera perdonarlos.

LA MAGIA DE LA AMISTAD



*Autor: Osman David Cárdenas Angarita
Colegio Guillermo León Valencia
Municipio: Duitama
Docente: Magda Consuelo Pinilla*

Felipe y Sofía eran dos buenos amigos de un pueblo llamado Misterio. Ellos querían resolver un acertijo del que todos los habitantes hablaban a diario. Cientos de años atrás, un hechicero, al ver que el mundo era un lugar triste y que las personas no actuaban con bondad - pues solían hablar mal de sus vecinos, no ayudaban a los más necesitados, arrojaban basura al bosque y al río -, decidió lanzar un hechizo al pueblo, que consistió en que nadie nunca podría salir de allí hasta que todos aprendieran a actuar correctamente con las demás personas y con el medio ambiente.

Fue así que el hechicero, llamado Joaquín, dejó al pueblo estas palabras: «Podrán encontrar las respuestas en los lugares más bellos de Misterio, pero para lograrlo deberán tener valor y un puro corazón».

Joaquín se había encargado de dejar una serie de pistas escondidas en el pueblo para que una persona, la elegida, pudiera encontrarlas y sería, él o ella, quien debía enseñar a los habitantes del pueblo formas para aprender a ser mejores personas. Sofía era la estudiante más brillante de su colegio. Vivía con su familia en el centro del pueblo. Felipe, por su parte, era el joven muy creativo. Él y Sofía eran mejores amigos.

Una mañana, estos dos amigos, que conocían el hechizo de memoria y habían visto cómo a muchos intentaban romperlo sin éxito, decidieron una mañana salir en búsqueda de la solución. Lo primero que hicieron fue ir a la biblioteca para investigar algunos libros de historia, ciencia y hechizos y ver si encontraban algo sobre Joaquín o cómo resolver lo que había dicho. Pasaron varios días buscando sin éxito. Una tarde lo único que pudieron encontrar fue un afiche pegado en una pared que tenía pintado un cedro, el árbol más representativo de Misterio. Éste tenía escritas las palabras: “Los bosques son los pulmones del mundo”.

En ese momento decidieron ir hacia el único bosque del pueblo, el bosque de la Eternidad. Empezaron su recorrido y a su paso vieron muchos árboles talados. El suelo estaba muy seco y las plantas parecían muy sedientas. Siguieron caminando y, de repente, escucharon una misteriosa voz que venía de las profundidades del bosque. Esta voz decía: “Aquí estoy”. Siguiendo el sonido, llegaron hasta el cedro. Era exactamente igual al que estaba en el afiche de la biblioteca.

Los estaba esperando, les dijo:

Felipe y Sofía se asombraron pues no tenían ni idea de que los árboles hablaran. El árbol empezó a dialogar con ellos. Les dijo que se llamaba Augusto, y que él era el líder de los árboles del bosque. También les contó que Joaquín le había advertido que algún día llegarían buscando respuestas.

Augusto les contó que existía una palabra clave que tenían que descubrir junto con su comunidad, y que lo primero que tenían que hacer era ayudar al bosque, pues de él salía el aire para respirar y era el hogar de los animales.

- La contaminación se apoderó de nosotros. ¿Cómo creen que pueden ayudarnos? - les preguntó.

Los dos amigos se fueron rápidamente del bosque para pensar en cuál era la mejor forma de ayudarlo a recuperarse. Lo primero que hicieron fue ir a las casas de sus amigos a contarles lo sucedido. Ellos, aunque asombrados

por su historia de los árboles parlantes, les dijeron que les prestarían su ayuda. Sofía inventó los días de la siembra de árboles, y convocó a la mayor cantidad de personas para que fueran al bosque junto a ella. Algunas personas no estaban seguras de ayudarles, pero Felipe por su parte inventó el día de la recolección de basuras y llevó a todas estas personas para que vieran como cambiaba el entorno del bosque.

Así pasaron varios meses, pero el hechizo aún seguía presente. Con el paso de los días las plantas crecieron y el suelo ya se veía verde. Las personas empezaron a entender que el bosque había sido descuidado y dañado por ellos. Un día Augusto les entregó a los dos amigos un viejo pedazo de papel que salió de entre sus hojas. Este contenía un mapa. Augusto les agradeció por toda su ayuda y les dijo que podían continuar la búsqueda de respuestas para el hechizo de Joaquín.

La tierra y su sonido les ayudará, escuchen con atención

alcanzó a decir antes de despedirse.

Felipe y Sofía decidieron seguir con su búsqueda. Después de caminar por algunas horas se dieron cuenta de que el río del pueblo estaba totalmente seco y contaminado. En cuanto se acercaban vieron a un grupo de familias.

Estamos muy preocupados porque cada vez tenemos menos agua para nuestros pocos cultivos y pronto se acabará nuestra comida. Sólo hasta hace poco el bosque se recuperó, pero hace tiempo que no vemos la lluvia caer por estos lares

dijo el líder de esa comunidad.

También les contaron que escuchaban unos ruidos muy extraños provenientes de las montañas pero que les atemorizaba ir para ver qué sucedía. Felipe fue por uno de los grupos de ayudantes que habían formado en el pueblo. Sofía se quedó con las familias y les enseñó algo lo que había aprendido con sus padres: *el reciclaje*.

Días después llegó Felipe con un grupo de vecinos. Eran muchas más personas de las que esperaban. Iniciaron su búsqueda en dirección a los ruidos extraños. Pasaron caminaron hasta llegar a la falda de una montaña. Descendieron a un lugar boscoso y se dieron cuenta de que había un montón de palos tapando la salida del río y por eso sonaba de una forma muy extraña. Además de palos, había restos de basura. Se pusieron inmediatamente en la tarea de poner orden a esta situación.

Cuando limpiaban vieron como brotaban rayos de luces de colores de las riberas del río y *una voz* decía: «Pueden avanzar». Cuando intentaron escuchar de donde provenían las palabras se dieron cuenta de salían del río.

Yo soy el río Calma. Había estado atrapado y no podía llegar a mi cauce, pero un viejo hechicero me dijo una vez que es de sabios esperar, resonó el rumor del río. Él me dijo que cuando vinieran a este lugar a ayudarme sería porque ya había pasado la primera prueba para deshacer el hechizo. Ahora que me ayudaron voy a poder regar sus cultivos, y como ya no tengo basura dentro de mí, podrán usar mi agua, y los animales también podrán beber. Han pasado la segunda prueba y podrán avanzar si rescatan los valores de su comunidad.

Felipe y Sofía volvieron a sus casas pensando cómo podrían resolver lo que el río les había dicho. Sabían que en la comunidad había muchas peleas todo el tiempo, y en algunas personas, predominaba la envidia, el mal humor y los malos tratos.



Así fue como estos amigos decidieron inventar los *días de la amabilidad*. En ellos las personas tenían que actuar de buena fe, y si cometían alguna falta, lo pagaban con buenas obras para el pueblo: recoger basura, cortar el césped del parque, construir albergues para perritos.

Pasaron meses, pero aún el hechizo no terminaba. La comunidad progresaba alegremente. Sofía, que siempre había tenido un sexto sentido para las cosas, notó que había una persona mayor en el pueblo de la que nadie se ocupaba. Era un anciano que vivía a las afueras y todos los días caminaba por las calles viendo a las personas de reojo. Decidió ir a hablar con él y le pidió a Felipe que la acompañara.

Llegaron hasta su casa y golpearon a la puerta. Al abrirla el anciano les sonrió y dijo:

Hasta que por fin llegaron.

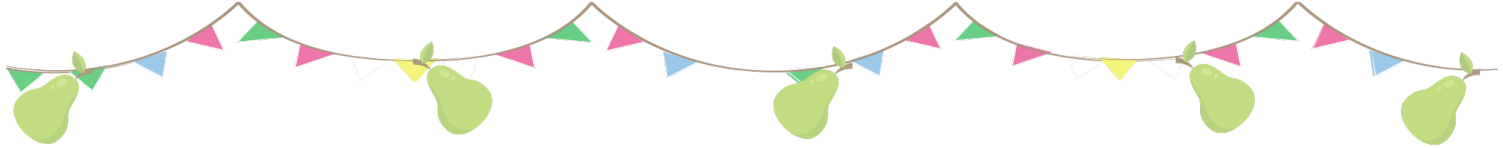
Sofía y Felipe escuchaban atentamente sus palabras. Joaquín dijo:

Un día que sólo se rompería el hechizo cuando nuestra comunidad por fin tuviera valores. La palabra que ustedes buscan es: Cuidado. Ya han aprendido a vivir en comunidad. Han entendido que la naturaleza nos da aire puro, abrigo, protección, alimento. Augusto ya les enseñó lo que pueden hacer para cuidar el bosque. El río Calma ayudará a sus cosechas a crecer y obtener lo mejor de lo mejor. También han aprendido que deben cuidar a sus vecinos, desde el más joven hasta el mayor; esto hará que Misterio viva en total armonía

dijo el hombre.

Sofía y Felipe lo abrazaron y le agradecieron. Al volver al pueblo reunieron a las personas y les contaron lo dicho por el hombre. Todos estaban de acuerdo en lo deberían hacer de ahora en adelante. Al fin habían aprendido a cuidarse a sí mismos, a su comunidad y a la naturaleza.

El hechizo se rompió. Misterio fue en adelante un pueblo reconocido por la bondad de sus habitantes. Felipe y Sofía siguieron siendo amigos hasta el fin de sus días.



CATEGORÍA C





UNA GRAN LECCIÓN



Autor: Yohan Camilo Sánchez Meza

Integrado Joaquín González Camargo sede Uriel Armando Bravo Ruge

Municipio: Sogamoso

Docente: Jackeline Jiménez

Dicen que toda tu vida pasa por tus ojos cuando estás a punto de morir, es ahí cuando reconoces si lo que hiciste estuvo bien o no. Este minuto podría ser felicidad o tortura, pero bueno, qué más da un poco más de sufrimiento, si al fin y al cabo toda tu vida fue un asco, o por lo menos eso pensaba *un anciano* a punto de morir; no por nada en especial, más que su vejez, pero su historia lo mantiene vivo dentro de mi mente.

Cuando lo conocí estaba haciendo unas prácticas para mi carrera de medicina en el hospital The New Hope que se encuentra al sur de *Model City*, una enorme ciudad que está dentro del territorio de una isla, está ubicada entre el Océano Atlántico y Norteamérica. Esta ciudad tuvo un gran crecimiento, ya que dentro de sus grandes montañas se encontraba un material cuyas propiedades químicas limpiaban la capa de ozono; además de que de este era un buen combustible, ya que se podría reutilizar por lo menos diez veces. A este material las personas lo apodaron el “oro verde” y con este descubrimiento también llegó el desarrollo industrial a *Model City* volviéndola la ciudad más importante a nivel mundial.

Para mi sorpresa, el anciano que se encontraba en el hospital fue el más grande inversionista dentro de la *New Energy Company*, la cual es la mayor exportadora de este “oro verde”, siendo una de las empresas más poderosas dentro de todo el mundo, compitiendo con *Amazon*, *Google* y *Apple*, pero bueno, no vine hasta aquí para hablarte de empresas.

Siempre que pasaba a su habitación, para revisar sus signos vitales, él estaba viendo la ventana, callado y sereno. A veces le preguntaba cómo se encontraba y me ignoraba, parecía que algo le inquietaba. Se le notaba pensativo, siempre en otro mundo. En las noches, por alguna razón me quedaba curioso y pensante. ¿Por qué estará así?, si es uno de los hombres más poderosos del mundo. ¿Por qué no estará viajando?, no sé... tal vez disfrutando el último tiempo de vida que le queda. ¿Qué hace en un hospital, solo, esperando su muerte y mirando por la ventana? Sé que no es de mi incumbencia, pero desde pequeño he sido un chico muy curioso, y si no resolvía esta duda, me volvería loco. Pero ¿cómo preguntarle? Si es que nunca habíamos entablado una conversación, nuestras interacciones siempre se resumían en preguntarle cómo se sentía y revisar sus signos vitales.

Después de pensarlo muchas veces, me decidí que el día siguiente le preguntaría si o si, sin importar que aún no supiera como, no lo sé; ese día me sentía con suerte y no es que fuera egocéntrico, pero la duda me mataba. Aún recuerdo ese viernes, era más frío de lo inusual, el sol al parecer no quería saludar. La verdad esto me tomó algo por sorpresa, ya que no suelo utilizar chaquetas en verano, pero bueno, al menos el hospital estaba cerca de mi hogar.

Ya era la hora en la que pasaba a la sala 24 a revisar los signos vitales de aquel hombre que me causaba tanta intriga. Lo admito, estaba algo nervioso; pero me dije a mi mismo: “¿Qué es lo peor que pueda pasar?”, como dije antes, tenía un muy buen presentimiento.

Cuando entré a aquella habitación, para mi sorpresa él estaba mirándome fijamente, yo lo tomé bastante normal y lo saludé.

—Buenos días, señor Frederic. ¿Cómo se encuentra el día de hoy?

Y bueno, como casi siempre, no me saludó verbalmente, aunque levantó la palma de su mano, en un gesto de saludo.

—Bueno, señor Frederic, veamos cómo está usted hoy.

Mientras reviso el electrocardiograma noto algo inusual y empiezo a preocuparme, leo las notas que dejó el médico que lo revisó la noche anterior y me doy cuenta de algo que no me esperaba. Al parecer mientras el señor Frederic dormía, tuvo un ataque cardíaco y tuvieron que operarlo de urgencia, la cirugía fue un completo éxito, ya que lograron detener el ataque, pero el cirujano se dio cuenta de que su corazón estaba muy dañado y sólo le quedaban, por mucho, 12 horas de vida.

Me quedé atónito, muy sorprendido, volteo a mirarlo, él mira las hojas que sostengo en mi mano y después me mira a los ojos. Esa mirada me dejó perplejo, por un momento me congelé.

—Así que ya lo sabes, ¿eh?

—Señor Frederic, de verdad que lo siento.

—No te disculpes, no es tu culpa, y sabes qué, llámame *Francisco*, dejémonos de formalidades, al fin y al cabo, me queda poco tiempo.

—Está bien, Francisco.

—Bueno, algo me dice que quieres contarme algo, has sido uno de los doctores que más le ha importado como estoy, siempre me saludas, me cuidas y preguntas cómo me encuentro. Has sido como el único cobijo familiar que he tenido durante mi estadía en este frío y solitario hospital, y bueno, ya que me queda poco tiempo, debería hacerlo rápido

—Bueno, lo admito, usted me ha causado gran curiosidad; siempre tiene la mirada perdida y casi nunca habla, mirando fijamente a la ventana, no lo sé, perdón si le molesta mi pregunta, pero ¿por qué no salió de aquí? Y vivió el poco tiempo de vida que le quedaba divirtiéndose, viajando o tal vez con su familia.

Se quedó pensando un poco, después de un minuto me responde:

—La verdad es que me arrepiento de lo que hice, no fui capaz de cuidar a mi familia, ¡qué más da si muero o no! Hace muchos años, en esta misma isla, antes de que el oro verde se descubriera; las ciudades eran bastante pobres, y la economía se sostenía en un pilar agrietado, casi roto, que milagrosamente no nos dejaba caer. Ese pilar era el carbón, claro, tampoco es que nuestros gobernantes ayudaran mucho y bueno, aunque sea poco creíble por mi estatus económico actual, antes era de las personas con menos recursos en la ciudad. Durante mi niñez lo único que tuve fue la compañía de mi madre y mi padre, los amaba mucho. Pero como todo joven, durante mi adolescencia me volví rebelde, simplemente quise ser feliz. Ya no acompañaba a mi madre a ofrecer carbón por las calles, ya no acompañaba a mi padre a cruzar la montaña, simplemente me iba a beber o pelear, a veces estafaba uno que otro turista para conseguir algo de dinero. Mi madre nunca me dijo nada, ella estaba consciente de la deplorable situación en la que nos encontrábamos. Pero ella sólo quería que yo fuera feliz y tal vez, aprendiera una lección, y sí la aprendí, de la peor manera posible. Mucho tiempo después, un sábado, como siempre, mi madre salió a ofrecer el carbón, mi padre me pidió que la acompañara y yo simplemente dije que no, que ese día iba a salir a otro lugar. Él me exigió que fuera con ella, y mi madre, para evitar un conflicto entre nosotros, dijo que no importaba, que ella podía ir sola. Ese día sólo sonreí, y salí. Cuando llegué a mi casa, una carta me recibió en la puerta. Mientras que mi madre ofrecía el carbón, un grupo de ladrones la apuñalaron, la robaron y la dejaron tirada. Mi padre estaba cerca, así que pudo ayudarla y tomó el primer navío para salir de la isla, ya que el centro de salud que había no podía hacer nada. Durante ese viaje, el barco naufragó en una tormenta. *Soy el peor hijo, si tan solo la hubiera cuidado como era mi deber.* Sufrí bastante durante muchos años, hasta que conocí a mi esposa y cuando nació mi hija, me sentí completo de nuevo. Pero cometí el mismo error, no fui capaz de cuidarlas y mi ambición por tener

dinero fue más grande que mi amor. Ahora, la soledad me persigue y el deseo de estar con mi familia una vez más me mata, la vejez me apuñaló, siempre que miro a esta ventana, los miro: mi madre, mi padre, mi esposa y mi hija. Me arrepiento de no haber sido capaz de cuidarlos, me siento inútil y solo, qué más da si muero aquí, sólo puedo decir, *no cometes el mismo error que yo*. Cuida y ama a tu familia, ellos valen más que todo el dinero del mundo.

—Sus palabras, esas palabras, son las que lo mantienen vivo en mi mente, señor Frederic, usted fue el que me enseñó el verdadero valor de la familia, pero lo que más me conmovió fue que en su último minuto de vida, en un susurro, me dijo tan claro como el canto de los pájaros. Pronunció dos nombres que me dejaron aún más sorprendido. “Mamá... Papá... Clara... Martha”. Lo siento, no sé cómo no me di cuenta antes.

Ese señor, ese viejo millonario y solitario que acababa de morir, *era mi abuelo*.

NO AL SILENCIO



Autor: Lizeth Andrea Pedraza Martínez
Institución Educativa Técnico Agropecuario
Municipio: Chiscas
Docente: Isabel Vanegas Sánchez

Hola, mucho gusto, mi nombre es Sophia, tengo 26 años y te voy a contar una historia algo triste de mi pasado, para que aprendas un poco a valorarte y darte cuenta de que tú nunca tienes que dejarte manipular, ni dejar que te crean menos porque no lo eres; *aprender a no quedarte callado* con lo que te pasa, ese es el peor error que puedes hacer. Yo aprendí todas estas cosas por experiencias en mi casa.

Todo comenzó cuando tenía 5 años, mi mamá era soltera, por decirlo así, éramos solo la felicidad, constaba de estar las dos, hasta que un día, llegó con un señor que no me daba muy buena vibra y tenía una mirada muy rara; llegó y me lo presentó como su novio. Desde ese día las cosas empezaron a cambiar, ya no pasaba mucho tiempo conmigo porque se lo dedicaba a su “novio”. Él poco a poco se iba instalando en la casa, primero se quedaba un día, después un poco más de tiempo, hasta que ya no salía de casa. Mi mamá ya no jugaba conmigo, no me prestaba atención, cuando se acordaba de mi era porque necesitaba que le hiciera un mandado o le alcanzara cualquier cosa.

Ese señor siempre me miraba raro, como si yo fuera un pastel de fiesta de cumpleaños, así me sentía, quería hablar con mi mamá del cómo me sentía, pero cuando quise hablar con ella me dijo que iba a tener una hermanita, que la cigüeña me iba a traer a una bebé; me puse tan feliz que se me olvidó hablar de lo que pasaba.

Un día mi mamá empezó a trabajar casi de tiempo completo, ya que su trabajo no era pesado y podía hacerlo, me dejó sola con ese señor. Yo no me sentía a gusto, pero mi mamá me aseguraba que era porque tenía que trabajar por el bien de todos, ella estaba feliz de que pasara tiempo con ese señor. A mí me encantaba ver feliz a mi mamá, se veía tan hermosa, por eso yo siempre hacía todo por verla feliz. Con el pasar de los días ese señor empezó a tratarme muy bien, ya no me parecía mala persona, jugaba conmigo al té. Él me pedía que le dijera *amor* cuando jugábamos a la mamá y al papá, me decía que eso lo hacía muy feliz, y que yo le tenía que hacer caso en todo, que porque si le desobedecía mi mamá se ponía muy triste.

Desde ese momento las cosas se volvieron raras, él me decía que le diera besitos, que eso era lo que hacían el papá y la mamá. A mí no me gustaba que él me pidiera eso, me sentía incomoda. Yo no podía contarle a mi mamá porque él me advirtió que, si yo le decía algo a mi mamita, ella se pondría muy triste y ya no me iba a querer. Un

día yo le dije que ya no le daría más besitos porque no me gustaba, me sentía rara, la reacción de él fue muy fea y me abofeteó. Me empezó a gritar que yo tenía que hacer todo lo que él me pidiera. Yo comencé a llorar ya que nadie me había pegado, mi mamá nunca lo había hecho, él se molestó y me gritó que yo era una niña muy malcriada, mimada. Yo no entendía el por qué se portaba así, si él jugaba conmigo y me trataba bien. Yo no sabía qué hacer, si hablarle a mi mamá y contarle todo lo que estaba pasando o quedarme callada porque no quería que mi mamá se pusiera triste.

Cuando mi mamita llegó de su trabajo, me encerré en el baño a limpiarme las lágrimas y bañarme la cara, para que no me viera mal, iba a contarle todo. Pero al llegar a la cocina donde ella estaba, escuché a ese señor contarle que me iba a ver mi mejilla roja, que porque supuestamente me había llevado al parque a comer helado y choqué con un poste y se habían burlado de mí. Ella le creyó esa historia y ahí fue que entendí que no le debía decir nada.

Las cosas a partir de ese momento empezaron a cambiar, mi mamá trabajaba mucho y la pasaba muy poco tiempo en la casa. Ese señor no trabajaba y traía a sus amigos y se ponían a tomar, o a jugar en la televisión. A mí me ponía a limpiarle todo el desorden que él hacía, además, traía a mujeres y se encerraban en el cuarto de mamá.

Los golpes fueron aumentando y mi cuerpo ya no se veía bien, estaba lleno de moretones a causa de ello. También ya no sólo me pedía besitos, no quiero entrar en detalles, pero no me gustaba nada de lo que me hacía o me pedía, me sentía muy incómoda y de muy mal gusto. Con el pasar de los meses a mi mamita se le fue notando la pancita y se veía muy hermosa. El día que mi hermanita nació me dije a mí misma ser fuerte por las dos y le rogaba a Dios que mamá dejara a ese señor, que era muy malo y la engañaba. Ella todo lo que hacía lo hacía para hacer feliz a su mamá ya que eso era lo que le decía ese señor.

Pasaron tres años que mi mamá llevaba conviviendo con ese señor, los maltratos no pararon, por el contrario, fueron continuando, me convertí en la mucama de ese señor. Todo cambió ya que era prácticamente una obligación hacer lo que él me decía porque la amenaza no era ver a mi mamá triste y que ya no me quisiera, si no que le hiciera lo mismo a mi hermanita de tres años; yo no quería eso para ella.

A esta edad cursaba el grado tercero de primaria en un colegio privado ya que el sueldo de mi mamá nos alcanzaba. Yo era la típica niña que se hacía al rincón por miedo al rechazo de los demás. Poco a poco, en las áreas que veía y las visitas de los comisarios, policías y otras autoridades que nos visitaban encontré la oportunidad de poder ser libre de ese señor, de que mi mamá pudiera abrir los ojos y darse cuenta de que ese señor no era bueno, era un peligro para mí hermanita y un mujeriego para mi mamá.

En las charlas lo primero que nos recalcan era: “No quedarnos callados ante cualquier situación”, de que nosotros, los niños, tenemos derechos y la autoridad nos respalda ante cualquier situación, que las personas malas existen, y ese señor era muy malo conmigo. Que nosotros los niños no debemos sufrir sino ser felices y yo quería ser feliz, que nos debíamos cuidar y cuidar a los que nos rodean. Ahí fue que entendí que durante tres años estuve protegiendo y cuidando a mi hermanita ante los maltratos de ese señor, y que también quería cuidar a mi mamita, y decidí hablar y contarle todo a la policía, que ellos sabrían qué hacer; porque a mi mamá no le podía decir nada.

Los policías vieron las marcas que él me dejaba, mis moretones en el cuerpo, y vieron que la situación era grave. Un día llegaron a la casa de sorpresa y se llevaron a ese señor. Lo arrestaron por maltrato infantil y yo pude ser feliz. Al principio pensé que mi mamita ya no me iba a querer por lo que había hecho, pero no fue así. Al contrario, ella me dijo que iba a cuidar de mí y de mi hermanita, que la perdonara por haberme dejado con ese señor y por no estar pendiente de mí.

Y así fue que yo pude ser feliz, aprendí a cuidar de mi misma y de los que me rodean. Aprendí que nadie te puede hacer daño ya que siempre va a ver alguien que te apoye, y sobretodo, *aprendí a no quedarme callada.*

LAS VUELTAS DE LA VIDA



Autor: David Fernando Vargas Macías
Institución Educativa Técnica Sergio Camargo
Municipio: Iza
Docente: Martha Lucia Ruiz Rodríguez

Cuando Andrés tenía cinco años, sus papás murieron a causa de un robo. Él quedó con su tía y fue ella quien lo crio, lo educó y lo cuidó, hasta donde pudo. Siempre le habló del cuidado: del cuidado al alimentarse, del cuidado ambiental, del cuidado con las amistades, pero se le olvidó algo muy importante, el cuidado sexual. Quizás por pena, o porque creía que él aprendería sólo, eso no lo sé, lo que sé es que jamás le habló de eso.

Siempre fue un niño alegre, divertido, amigable y, a pesar de haber perdido a sus padres, él estaba agradecido con la vida porque tenía salud, comida y un techo. Entró a la escuela a los seis años, fue inteligente y aplicado, y muy rara vez llegó a presentar alguna dificultad para algún tema, todo se le facilitaba de maravilla. Así fueron pasando los años en la escuela, épocas de alegría y felicidad con sus amigos y su tía, todo iba de maravilla.

Entró al colegio, era algo diferente, había muchas personas mayores que él y muy diferentes también; él no prestó mayor atención a esto y siguió como venía. Un día conoció a Carlos, era muy parecido a él en algunos aspectos: tampoco tenía padres, vivía con su abuela desde pequeño, pero con una diferencia: a él sus padres lo habían abandonado, y a él lo afectó tanto que cayó en vicios y se volvió muy agresivo con las personas que intentaban ayudarlo.

Él recordó la charla que tuvo con su tía sobre el cuidado de sus amistades, fue algo así:

—Andrés, a lo largo de tu vida te encontrarás con diferentes personas, algunas buenas y otras malas.

—¿Malas, por qué, tía?

—Por diferentes razones, algunos te ofrecerán alcohol, drogas, tabaco; otros te enseñarán otros vicios como el billar, el casino, pero depende de ti decidir qué quieres para tu vida, si quieres triunfar y ser alguien exitoso o quedarte estancado en eso.

Tenía presente esto, pero sabía que no por esto lo iba a despreciar o no iba a permitir que el fuese su amigo.

Un día les dejaron un trabajo en grupo, y Andrés escogió a Carlos. Sabía que su tía se molestaría si lo llevaba a su casa, así que le preguntó que, si podían hacerlo en la casa de él, y no puso problema alguno. Se reunieron ese día por la tarde, y al llegar Carlos le dijo:

—¿Se pega unos *plones* antes de empezar?

—¿Unos qué?

—Que si fuma marihuana

—¿Marihuana?, ¿qué es eso?

—Es como fumar cigarrillo, pero lo relaja, lo pone feliz y alegre.

Él de inmediato recordó todo así que se negó, pero dijo que no tenía problema si él lo hacía. Carlos respetó su decisión y fumó solo, hicieron el trabajo y sacaron una excelente nota. Así era siempre que se reunían los dos, Carlos siempre consumía diferentes cosas y Andrés solamente lo observaba, nunca le dieron ganas de probar nada.

A sus 15 años, Andrés conoció a Sofía, una niña juiciosa, de buena familia, educada y muy bonita, al menos

para él. Comenzaron a salir y a gustarse poco a poco, se presentaron con sus familias y, como era de esperarse, terminaron siendo novios. Eran muy felices, siempre se les veía muy unidos, pero había un problema, Sofía era muy inconsciente y no le gustaba cuidar el medio ambiente, siempre tiraba papeles a la calle, compraba ropa hecha con pieles de animales y muchas otras malas costumbres. Andrés recordó la charla con su tía y también se la dio a Sofía.

—¿Sabías que el medio ambiente es lo más importante que tenemos?

—¿Por qué lo dices?

—Porque lo es, y tú no haces nada para cuidarlo. Debes reciclar, ahorrar agua, no apoyar a industrias que maltraten animales y amar la naturaleza.

Le hizo tomar consciencia y ella empezó a darse cuenta de que esto era cierto, y cuidó el medio ambiente, lideró campañas de recolección de basuras y siempre se lo agradeció a Andrés.

Cuando entró a décimo llegó un alumno nuevo, Enrique. Él sufría de una condición terrible: anorexia. Empezaron a hablar y en poco tiempo ya eran muy amigos, ya que se entendían muy bien. Un día hablando, Andrés le preguntó a él que por qué su cuerpo era así, y él le respondió que no le gustaba comer bien. Entonces, de otra de las charlas que la tía le dio, se acordó de una que caía perfectamente en la ocasión, una de la alimentación. Era algo así:

—Existen numerosas enfermedades a causa de no comer bien, muchas de ellas pueden ser hasta incluso mortales. La comida es muy importante, sobre todo las comidas sanas y no en exceso.

—¿Qué pasa si como poco, tía?

—Si comes poco, te puede dar anorexia, es una terrible enfermedad que padecen las personas que son muy delgadas. Y, por lo contrario, si comes mucho te puede dar obesidad, es exceso en el peso que deberías tener normalmente, por eso, hay que comer en cantidades balanceadas, ni mucho, pero tampoco poco.

Al recordar esta charla, le dijo a Enrique que debía comer bien, que su condición puede hasta incluso ser mortal. Le recomendó comer frutas, tomar aguas, consumir proteínas, vitaminas y demás cosas para mejorar y subir a un peso acorde a su edad.

Fue difícil, pero finalmente lo logró, su buen amigo empezó a comer bien, a alimentarse de una manera correcta, y gracias a él se pudo recuperar; es decir, su vida ya no corría peligro.

Así iba por la vida, tranquilo, ayudando a los que podía, pero no todo puede ser color de rosa, pronto todo esto iba a cambiar. Al cumplir los 18 años, sus amigos decidieron llevarlo a una discoteca. Allí, consumir bebidas alcohólicas y pasar el rato es frecuente. Era de esperarse que hubiera mujeres, y Andrés, para ser honesto, era bastante atractivo. Desde que llegó empezaron las miraditas con una chica que se encontraba con sus amigas, y no faltó mucho tiempo para que empezaran a bailar. Bailaron varias canciones, se dijeron que se gustaban y se besaron. Ella, llamada Paula, le dijo que, si podían ir a un lugar más tranquilo, y obvio, Andrés tomó la indirecta de la manera correcta.

Pero aquí viene un problema, él nunca había estado con otra persona, ni su tía ni nadie le habló respecto a esto, y como no pensó que acabaría en esa situación, no llevaba protección. Pero quizás por la falta de conocimiento o la calentura del momento, esto no les importó, tuvieron relaciones en el baño y sin protección. Se acabó la fiesta, se despidieron y nunca supieron más de la vida del otro.

Hoy tiene 25 años, está encerrado en una habitación porque está gravemente enfermo. A Andrés le detectaron VIH-SIDA. Todo cambió totalmente de un momento a otro, ya no era ese joven feliz que siempre ayudaba a todos de alguna forma. Ya no reía ni se divertía con las cosas peculiares que pasaban en su vida. Ya nada le importaba, podía decirse que no sentía nada.

Quizás fue por la ignorancia de no saber de qué manera cuidarse, quizás fue por dejarse llevar de las ganas, o quizás por no tener *cuidado*.

200 DÍAS DE LUCHA



Autor: Adriana Paola Blanco Manrique
Escuela Normal Superior La Presentación
Municipio: Soatá
Docente: Carolina Piña Sarmiento

Han pasado siete meses desde que inició esta pesadilla, se escucha el rumor de supuestas vacunas que terminan siendo sólo eso. ¡rumores! No sé cuánto tiempo más pueda durar esto, ni cuánto pueda aguantarlo, ya ni puedo recordar lo que es sentir los rayos del sol en la piel, ir por un café con mi familia a *Mocca*, una de las cafeterías más famosas de la ciudad y, por supuesto, nuestra favorita, mucho menos salir de fiesta a alguna de las discotecas de la 85 con mis amigos, jamás pensé que la vida me cambiaría tanto.

Mi nombre es Adriana, tengo 25 años y un hermoso hijo de 10 años (sí, lo sé, fui madre muy joven), él se llama Santiago y tengo unos maravillosos padres que jamás me han quitado su apoyo. Antes de iniciar todo esto tenía un trabajo estable como enfermera en una de las clínicas privadas más reconocidas del país, pero ahora me arrepiento de no haber tenido los suficientes cuidados.

¡Quién se iba a imaginar que este virus, que parecía ser una simple gripa se convirtiera en una pandemia, que iba a sembrar luto en miles de familias!, tampoco imaginamos que esto no tendría límites...

Recuerdo, como si fuera ayer, el día que atendimos el primer paciente, nos generaba intriga, miedo y a la vez orgullo de que seríamos los héroes que salvaríamos esa vida; pero no todo fue como lo esperábamos y lamentablemente pasaríamos a ser nosotros los pacientes. Desearía devolverme unos meses atrás y acatar esas recomendaciones que con tanta insistencia escuchábamos por todo lado: “¡Qué se laven las manos!, ¡qué no se quiten el tapabocas!, ¡qué no se toquen la cara!, ¡qué a dos metros!”. En fin, no lo tomábamos tan en serio.

Esto no lo consideramos real hasta que llega a nuestra puerta, me empecé a sentir mal, una tos molesta y la fiebre por las nubes. En el hospital decidieron hacerme la prueba y, ¡oh, sorpresa!, positivo para COVID-19. Me ordenaron permanecer en aislamiento, y a raíz de esto, perdí mi trabajo; en definitiva, se me vino el mundo encima. ¿Quién pagará las cuentas? ¿Quién correrá con los gastos de mi hijo? (Ah, olvidé mencionar que el padre es un cobarde), ¿y las medicinas de mis padres?, ¡me estoy volviendo loca!

Al salir del hospital me ordenaron ponerme un traje para evitar contagiar a mi familia en cuanto llegara a casa, antes de irme de allí, decidí llamar a mis padres y decirles que por favor permanecieran en una habitación junto con Santiago, que yo ya iba para allá, pero no podíamos tener ningún tipo de contacto físico, ellos no entendían nada de lo que estaba sucediendo, así que tuve que explicarles que nuestra vida iba a cambiar radicalmente. Al contarles del resultado de la prueba, sólo escuché un silencio melancólico, les dije: “¡Soy positivo para COVID-19!”.

Ese camino de regreso a casa en el servicio G11 de Transmilenio fue el más largo de mi vida, no podía creer que iba a dejar de ver y abrazar a mi familia por meses, incluso, estando en la misma casa, sabía que había sido por un descuido, pero no sabía en qué momento pude haber dejado de seguir los protocolos, hasta que recordé el único que tuve, fue al salir a la cafetería que queda junto al hospital, solamente iba por un café, lo pagué y me fui, pero olvidé aplicarme gel antibacterial cuando salí de allí. En el transcurso hacia mi casa sentía tanta molestia por el tapabocas que inconscientemente me toqué varias veces la cara intentando acomodármelo, ese fue mi error, *mi único error*.

Sabía que tenía que estar aislada durante el tiempo que estuviera padeciendo el virus, no iba a ser fácil, también lo sabía, pero tenía que lograrlo por mis papás y mi hijo, tenía que ser fuerte. No sabía qué iba a hacer para



resolver todas las cosas que en ese momento estaban pasando por mi cabeza. Para ese entonces, yo era la única que generaba los ingresos para sostener a mi familia, pues a mi padre lo habían despedido hacía ya varios meses y no había podido conseguir un trabajo debido a su avanzada edad, y mi madre siempre se había dedicado a las tareas del hogar; pero con lo que me había sucedido, yo tenía que buscar una pronta solución, pero, ¿cuál podía ser?

Afortunadamente mi madre, que como ya les comenté era la que se encargaba de las tareas del hogar, administraba de la mejor manera posible el dinero que le daba para hacer las compras de los alimentos y con lo que teníamos en ese momento nos alcanzaría para uno o dos meses más. Pensé que ese *virus* no iba a durar más que eso, y ahora mi mayor preocupación era conseguir las medicinas. Lo único que se me ocurrió fue acudir a Dania que era la señora que se encargaba de distribuir los medicamentos en la farmacia, así que la llamé por teléfono y le explique la situación, ella me dijo que sólo me podría ayudar con las medicinas para un mes.

Hemos accedido a algunas ayudas del gobierno durante estos siete meses, pero no son suficientes, no tenemos luz, el gas lo cortaron hace un mes y tenemos que racionar de una manera exagerada el agua, y lo peor de todo, el virus ha empezado a mutar en mí. Tengo convulsiones y he notado que mi piel está tomando un aspecto y un olor putrefacto, ya no tengo ni fuerzas para mirarme en el espejo, no soy capaz de ver el estado en el que me encuentro, no sé cuánto más pueda aguantar esta situación.

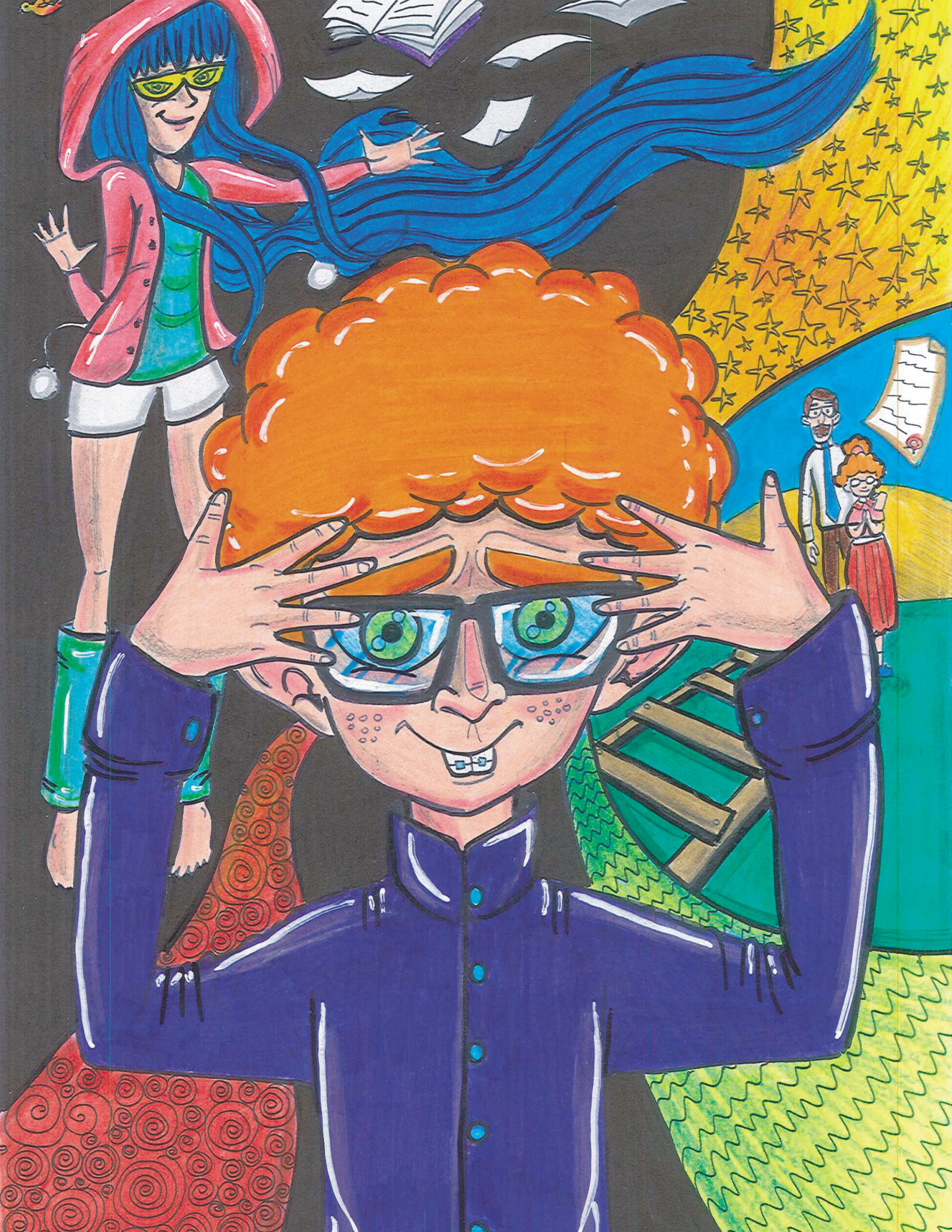
Ayer mi papá intentó entrar a dejarme comida y fue la peor decisión que él pudo haber tomado, algo en mí hizo que me arrojara hacia él de una manera salvaje para hacerle daño, aun no sé qué produjo esta actitud en mí y al parecer no soy la única, medios oficiales informan que este comportamiento agresivo se ha venido presentando en personas que padecen este virus, *jeste es nuestro fin!*

No quiero volver a hacerle daño a nadie de mi casa, necesito que esto acabe pronto, me duele estar en esta situación, que hasta mi propia familia tenga miedo de tan siquiera acercarse a mi puerta, creo que ya no aguanto más...

Pensaba incluso en terminar con mi vida, pues ya no le encontraba sentido, y esa era la solución más fácil para acabar con todo este sufrimiento, pero *sabía* que no les podía hacer eso a mis padres y a mi hijo, dejarlo sin su mamá; así que saqué fuerzas y decidí dejar esos pensamientos negativos pues sabía que afectaban mi proceso de recuperación, tomé la decisión de que lo mejor era vivir y luchar para lograrlo.

Hasta el día de hoy ha pasado una semana desde que decidí continuar con mi vida, y acabo de recibir la noticia que tanto había estado esperando: ¡Estoy completamente curada! Por fin me voy a reencontrar con mi familia y los voy a poder abrazar nuevamente, no puedo creer que estuve a punto de acabar con mi vida por culpa de mis pensamientos negativos. Si algo me quedó de todo esto es saber que es importante tener en cuenta que en algún momento todo va a mejorar, estoy muy feliz de poder reencontrarme nuevamente con ellos y de haber tomado la mejor decisión que fue no darme por vencida, espero que nadie tenga que volver a pasar por una situación como la que yo pase.

Con todo esto sólo quiero dejarles el mensaje de que esta batalla la ganaremos si cada uno pone de su parte, si nos cuidamos entre todos y nos volvemos más empáticos.



DE-MENTE ESCÉPTICA



Autor: María Alejandra Hernández Osorio
Colegio Salesiano Maldonado
Ciudad: Tunja
Docente: Andrea Lorena Villamil Cely

Me llamo Rafael Gómez, nací el 11 de noviembre del 2000. Me abandonaron en una estación de tren, en la cual me encontraron y me llevaron a un orfanato. Viví en diferentes casas de adopción. Cuando tenía 12 años había perdido toda la esperanza de tener una familia, hasta que un día, llegaron el señor y la señora Gómez. Ellos me adoptaron. Desde aquel momento les he agradecido por la gran oportunidad que me dieron.

Cuando cumplí mis 13 años, el señor Gómez me entregó una carta, estaba bastante desgastada y se veía el papel arrugado, como si se hubiera mojado.

Feliz cumpleaños #13

De mamá

Me quedé en silencio y sólo miré a la señora Gómez.

—Rafael, cuando firmamos los papeles de adopción, la señorita nos entregó la carta, dijo que te la diéramos cuando cumplieras tus 13 años. Nos contó que la encontraron en la canasta donde te habían abandonado —explicó ella, mirándome fijamente.

Después de varios minutos en silencio, corrí a mi habitación y empecé a leerla. Jamás había entendido el poder de las palabras hasta ese momento, cada palabra que leía me confundía y sobre todo me atemorizaba.

Mi mamá biológica, me contaba cómo había sido secuestrada y utilizada para hacer experimentación con ella, pero quienes la raptaron no sabían que estaba embarazada. Alcanzó a escapar para poder dar a luz y dejarme en un lugar donde alguien me encontrara, antes de que la atraparan y la siguieran torturando. Me confesó que tenía miedo de que fuera distinto a los demás, debido a todo lo que habían experimentado con ella.

La carta concluía diciendo:

Lo siento y te amo hijo.

Lo siguiente que recuerdo es cómo la señora y el señor Gómez me acompañaron por varias horas mientras lloraba. Tenía muchas preguntas en ese momento: ¿Quién es mi padre? ¿A qué tipo de experimentos se refería? ¿Mi madre estará viva? ¿En qué sentido soy distinto de los demás?

Recuerdo que seis meses después tuve un dolor muy fuerte de cabeza. Bajé al comedor y la señora Gómez me sirvió el desayuno. Sin embargo, empecé a escuchar su voz:

—Ya se hizo tarde, tengo que ir al almacén y terminar los registros de ayer —decía ella con una voz preocupada.

No veía que estuviera moviendo los labios. Me interrumpió el señor Gómez:

—Dormí muy mal anoche.

Se escuchaba su voz agotada. Pero tampoco suscitaba algún movimiento en sus labios. Le pregunté a la señora Gómez si lo había escuchado:

—No hijo, él no ha dicho ni una sola palabra —respondió ella un tanto confundida.

En ese momento *no sabía* lo que estaba sucediendo, pero me empecé a asustar, ¿cómo podía escucharlos, si no estaban hablando?

Salí a la calle, fue la peor decisión que tomé. Escuchaba a las personas, pero eran muchas voces, gritos, que-

jas, miedos; no resistí y me desmayé. Fueron varios días difíciles, pero la señora y el señor Gómez lo hicieron todo más fácil, me creyeron desde el primer momento y siempre me apoyaron. Fui creciendo y logré entender lo que me estaba sucediendo: *tenía un poder*. Con cada año que pasaba podía controlarlo cada vez mejor.

A mis 16 años, sólo escuchaba los pensamientos que requería, tomaba ventaja de esto en muchas ocasiones. La señora Gómez me decía que era un don. Jamás lo vi de esa manera, aunque me ayudaba mucho en mi vida cotidiana. También tenía una parte que no me gustaba mucho, consistía en que podía escuchar cómo las personas llegaban a ser tan malas con las demás y hasta con ellas mismas. Cómo la sociedad era todo un desastre y se destruía entre sí, debido a que todos estaban llenos de rabia, venganza, envidia, miedo, odio, egoísmo, ambiciones, deseos y sueños frustrados.

Todas las personas que pasaban a mi lado tenían problemas, muchas veces llegaba a sentir su dolor. Me sorprendía que la mayoría concebían pensamientos suicidas. Y eso no era todo. Al estar mucho en la mente de alguien, me causaba mucho temor, las personas llegaban a tener pensamientos muy oscuros.

En las noches me preguntaba por qué pasaba esto, ¿qué era lo que lo provocaba?, y jamás tuve una respuesta, hasta que la conocí a *ella*...

Cuando tenía 18 años envié una solicitud a la universidad que tanto anhelaba y en la cual fui admitido para estudiar artes plásticas. Estaba muy emocionado, pero me preocupaba la idea de no poder concentrarme en las clases, por los pensamientos de mis compañeros. Cuando había una multitud, mi mente necesitaba más esfuerzo para no escucharlos, por ende, terminaba muy agotado.

Entonces me di a la tarea de buscar una medicina que me ayudara de alguna manera a *desconectarme* de mi poder, y después de muchas pruebas, encontré mi solución. Yo les decía bloqueadores, pero el mundo de la medicina los hacía llamar como *rizatriptan*. Las tomaba todos los días.

Aquel día iba de prisa y se me olvidó tomar la pastilla, estaba tan concentrado en mis trabajos que no lo noté, hasta que la escuché por primera vez. Una chica estaba ayudando a un pajarito que se había estrellado con una ventana. Ella pensaba en el examen de “obras de la cultura occidental”, pero eso no le importaba en aquel momento; eso lo podía arreglar más tarde, sólo se preocupaba por el bienestar del pajarito herido. La escena captó mi atención e hizo que me empezara a gustar cada segundo que estaba en su mente. En los siguientes días, me la pasaba en el campus, donde ella siempre se encontraba.

Su nombre era María José, pero le gustaba que le dijeran «Majo», su pasión era la escritura. Creaba historias que me entretenían de una manera inexplicable, realmente tenía un talento que me fascinaba. Hacía algo muy particular. Cuando se sentía estresada o muy angustiada, pensaba en un color y buscaba 5 cosas a su alrededor que fueran de ese color, su mente se calmaba y tomaba unos segundos para pensar mejor, y no sólo la calmaba a ella, también a mí. Llegué al extremo de obsesionarme con el mar de sus pensamientos, me enamoré de ella, porque luchaba por ser feliz, sin tener que pasar por encima de nadie; porque le gustaba ayudar y se sentía bien con ello, no por recibir algo a cambio. Ella tenía algo que la mayoría de personas no, era como si ella cuidara sus recuerdos, las personas que amaba, sus palabras, *era como si*...

De repente, me di cuenta y lo entendí. ¡Cuidaba su mente! Eso era lo que faltaba a la sociedad. Todas las mentes en las que había estado tenían esos pensamientos oscuros. Las personas no se detenían un segundo a pensar en la salud de su mente y cómo cuidarla, en cómo amarse, o en dedicarle unos minutos diarios a sí mismos, nadie lo creía necesario, excepto ella. «Majo» todavía tenía la esperanza en la sociedad, algo que yo ya había perdido. Aunque ella era lo que más amaba, nunca me atreví a hablarle, ya que temía corromper esa mente tan excepcional y maravillosa.

EL AMOR MÁS IMPORTANTE DE TU VIDA



Autor: Darcy Zulay Carrillo Pinilla
Normal Superior Sor Josefa del Castillo y Guevara
Municipio: Chiquinquirá
Docente: Nancy Cecilia Torres Rico

El amor propio es algo que todas las personas deberían tener, es tan importante que hasta en algunas ocasiones es eso lo que define si sigues viviendo o no. Las personas como yo, que nos falta amor propio nos pasa porque emocionalmente nos sentimos solos, incapaces e inseguros, también porque no nos gusta nuestro físico, porque siempre nos comparamos con los demás o simplemente porque otra persona creó esa inseguridad en nosotros.

Todos los días cuando reviso mi Instagram, siempre veo a chicas guapas, con autoestima hasta el cielo, con cuerpos perfectos, piel perfecta, todo perfecto, y al comparar esas fotos con lo que yo veo a través de mi espejo, es decepcionante para mí. Lo que yo veo en mí todos los días es a una chica insegura, que sufre de ansiedad, gorda, cabello quemado, piel llena de granos y, por supuesto, baja autoestima.

Es difícil el tener un mal concepto de sí mismo, el tener que lidiar con eso día tras día y no poder hacer nada para cambiar tu punto de vista. Una de las razones, por las que no tengo amor propio es porque simplemente me siento vacía, cada día me siento más sola que el anterior y eso hace que se cree una inseguridad en mí que me hace pensar que soy inútil e inservible.

Siempre que me estreso o estoy muy enojada siento que es más mi culpa que de los demás y aprieto fuertemente mi brazo izquierdo, es por eso que permanezco con negros en esa zona y me obliga a permanecer con buzos en cada momento, es algo que no puedo evitar porque constantemente cometo muchos errores y fracaso en muchas cosas y es la única manera en la que me puedo desahogar.

El tener que pasar por todo esto ha sido muy duro para mí, y mis padres se han dado cuenta de eso y llegaron a la conclusión de que yo necesitaba un psicólogo. El primer día que fui, me presenté y la señora también y empezamos a hablar, tuvimos una larga plática y ella me aconsejó que comprara un libro del escritor Walter Riso, el que más me gustara ya que a mí me agradaba leer, yo realmente no sabía cómo es que *un libro* me fuera a ayudar, pero aun así seguí sus indicaciones.

Al día siguiente, empecé a leer un libro de él, el cual me llamó mucho la atención si les soy sincera, se titula: *Maravillosamente imperfecto, escandalosamente feliz*. Me pareció interesante ya que trata, acerca de lo que es realmente el amor propio y creí que tal vez me ayudaría a entender el porqué de ciertas cosas que he sentido de mí misma en el transcurso de mi vida. La psicóloga me dijo que cuando terminara de leer el libro fuera y le contara un pequeño resumen y cómo me había sentido al leerlo, así que lo hice.

Empecé a leer y me llamó mucho la atención el segundo capítulo que se titula: *No te compares con nadie: la principal referencia eres tú mismo*.

Esa frase me hizo pensar demasiado, porque eso es lo que yo siempre hago, es más como sentirse insuficiente; justo en ese momento me acordé cuando mi mejor amiga una vez me dijo que le gustaban mucho mis piernas, cuando eso es lo que menos me gustaba a mí, aunque a la vez para mí de ella me gustaba su cintura, y a ella no es que le gustara mucho.

Es justamente eso lo que nos pasa, nos fijamos en nuestras inseguridades y defectos, y al hacerlo nos comparamos con otras personas que sí tienen eso que nosotros tanto deseamos; pero nunca llegamos a pensar que cuando yo me fijo en lo hermoso de alguien, esa persona esté deseando a gritos algo hermoso mío, mientras yo lo estoy menospreciando. Es como mirarnos con otros ojos, como si estuviéramos enamorados de nosotros mismos, porque cuando nos enamoramos de alguien nos fijamos más en sus virtudes que en sus defectos y eso es lo hermoso de amar, y se le llama aceptación.

Nunca en mi vida había visto de esa forma la comparación, es como si estuvieran vendados mis ojos, y al leer lo que contenía el libro poco a poco se iba cayendo esa venda. Al seguir leyendo me topé con otra frase que decía: “La culpa es una cadena que te ata al pasado: ¡córtala!”.

Tal vez el autor se refería a que nosotros siempre nos guardamos las cosas, es difícil con el simple hecho de decir que no te importa algo, cuando en realidad es en lo único que piensas, al no olvidar las cosas malas que nos pasaron nunca vamos a liberar ese vacío que llevamos dentro, y al estar así provoca ese sentimiento de culpa que nos atormenta día a día.

Ya es tiempo de que empecemos a decir cosas como: “ya pasó, ya no importa” o “te perdono” o simplemente “no es culpa de ninguno de los dos, es algo que tuvo que pasar”; pero en lo personal sé que a veces de tanto intentar encajar en algo o intentar impresionar a alguien, damos todo de nosotros, y cuando pasa algo malo creemos que es por nuestra culpa, que nosotros fuimos los que cometimos el error. Pero no es así, ningún ser humano nació con un *manual de instrucciones* que nos dijera como lidiar con las cosas de la vida, y aun así nadie dijo que sería fácil, y por ese simple hecho es que muchas veces nos caemos, pero está en nosotros si decidimos quedarnos ahí y rendirnos o levantarnos y seguir adelante.

Creo que el libro me está cambiando por sí solo, y créanme cuando les digo que hasta este punto he dicho cosas que nunca me imaginé que iba a decir. Terminé de leer el libro y fui a la oficina de la psicóloga, me senté y empecé a contarle el resumen que me había pedido, le conté ciertas cosas que aprendí al leerlo y, finalmente, ella me dio su opinión.

Y así termina mi historia. A lo que quiero llegar con esto es que, así como yo, ustedes aprendan a amarse a sí mismos, y les pueden ayudar los siguientes *tips*:

- Pidan ayuda: el tener que lidiar con esto es más fácil si cuentas con el apoyo de alguien, quien puede ver tus problemas diferentes a como tú los ves.
- Dedíquense tiempo a ustedes mismos: muchas veces nosotros nos preocupamos más por otras personas que por nosotros y eso está mal, primero necesitamos sentirnos bien con nosotros mismos y amarnos lo suficiente como para dar de ese amor a alguien más.
- No te compares: acéptate tal y como eres, recuerda que todos tenemos una belleza interior distinta. Lo que es tu físico y tu personalidad son quienes te hacen ser tú, y eso es más importante que cualquier otra cosa.
- Cuídate: aunque no lo creas, pero al amarte a ti mismo hace que aprendas a cuidarte y eso lo puedes hacer de muchas formas como lo son el bañándote todos los días, no haciéndote daño, cuidándote cada parte de tu cuerpo por lo más pequeña que sea, cuidando tus pensamientos, entre otras.

Aún estoy luchando por tener amor propio, no es fácil, pero aun así no es imposible si me lo propongo. ¿Qué dices?... ¿te sumas al reto?

JUAN Y SUS PROBLEMAS CON LAS REDES



Autor: Gabriel Santiago Barrera Morales
Colegio Salesiano Maldonado
Ciudad: Tunja
Docente: Luis Carlos Roa Gil

Antonio y María se conocieron en la universidad y finalizando sus carreras, convirtieron su amistad en una bella relación de amor, sobre la cual construyeron sus vidas. Luego del grado empezaron a buscar trabajo como abogado y como comunicadora social; la suerte les sonrió y en el corto tiempo ya estaban vinculados a un bufete de abogados, y ella, a un importante periódico del país. Su relación marchaba tan bien, que decidieron casarse y empezar una nueva etapa de la vida juntos. El tiempo fue pasando y Dios los bendijo con un hijo al que decidieron llamar Juan, quien desde sus primeros años mostró su gran ingenio, entusiasmo y creatividad única.

Con el paso de los años, Antonio y María eran absorbidos por sus trabajos y vida social, pues debían participar en diferentes eventos políticos y religiosos a los que no podían llevar a Juan, que ya estaba próximo a cumplir 10 años. Juan se la pasaba estudiando y sus padres, para que no se sintiera solo, le regalaron cientos de juegos para que no saliera de la casa, así como un celular de última tecnología para que estuviese en contacto permanente con ellos.

Un día Juan decidió ingresar al mundo de las redes sociales, y abrió sus cuentas en *Instagram*, *Facebook* y otras tantas que cada día abundan en el ciber espacio. Ya a los 13 años también optó por subir fotos, y colocar comentarios de lo que a diario hacía, como sus actividades de colegio, eventos deportivos y los juegos que practicaba; al principio se comunicaba con amigos y familiares, pero quería ser más popular, tener más amigos en redes, y por ello, empezó a enviar solicitudes de amistad y aceptar también amigos, a pesar no conocer quiénes eran.

Un día recibió una solicitud de amistad de una tal Paola 15, una linda jovencita con la que empezó a interactuar.

Paola 15: Hola, ¿qué haces?

Juan: Estaba haciendo una tarea, y tú, ¿qué haces?

Paola 15: ja, ja, ja, yo también estaba haciendo una tarea, pero me dieron ganas de escribirte.

Juan: ¿Y sobre que es tu tarea?; la mía es de capitales de los países.

Paola 15: ja, ja, ja...

Juan: ¿De qué te ríes?...

Paola 15: Que mi tarea es la misma, parece que el destino quiere que estudiemos juntos.

Juan: ¿Y dónde vives?, yo en el edificio Escalibur de Tunja.

Paola 15. Ja, ja, ja, no puede ser, yo vivo a dos cuadras de ese edificio... esto parece una señal del destino.

Así empezaron a hablar Juan y Paola 15, cada día sus comunicaciones eran más constantes, duraban hasta altas horas de la noche, y, a pesar de las recomendaciones de sus padres, para que no subiera tantos videos y fotos a las redes sociales, Juan lo seguía haciendo. Además, cuando le preguntaba con quién hablaba tanto por celular, decía que, con amigos de colegio, consultaban tareas y actividades académicas.

Juan. Oye, ¿y tú eres la de la foto o es alguien más?

Paola 15. Ja, ja, soy yo, ¿por qué me preguntas?

Juan. Eres muy bonita, tu novio debe quererte mucho.

Paola 15. Tú también eres muy guapo... y no, no tengo novio.

Juan. Ahhhhh.

Paola 15. Me gustaría que algún día nos pudiéramos encontrar.

Juan. Sí, yo también, voy a mirar cuando y vienes a mi casa, mis papás casi nunca están y podemos hacer crípetas y ver una película.

Paola 15. Claro, estaré muy pendiente.

Un fin de semana, mientras Juan se bañaba, María revisó el celular de su hijo, y leyó las conversaciones que tenía con Paola 15, quedó muy sorprendida de las cosas que hablan, y recordaba la foto de Paola 15 de algún lado, pero por más que lo intentó, no pudo recordar donde la había visto. Dejó el celular tal cual y le comentó lo sucedido a su esposo.

Los padres de Juan, a la hora del almuerzo, le recomendaron tener cuidado en el manejo de redes sociales y saber primero con quien se comunicaba, pues muchas personas colocan fotos que no son o engañan a otras para saber dónde viven y después los roban. Juan sólo les dijo a sus padres que él era muy cuidadoso y que nada de eso le pasaría.

Paola 15. Bueno, al fin, ¿cuándo me vas a invitar a tu casa a ver películas?

Juan. Hola, te parece si el otro fin de semana, mis papás van a salir y pues yo organizo todo acá y si te parece vemos La monja.

Paola 15. Les pediré permiso a mis papas y allá estaré.

La experiencia profesional de los padres de Juan, los llevó a seguir pensando en la tal Paola 15, y una noche, mientras hablaban sobre el tema, María, recordó donde había visto esa foto:

—Claro, ya sé dónde vi la foto de Paola 15.

Antonio preguntó:

—Dime de dónde.

—En uno de los catálogos de revista, de ropa femenina, ella es una modelo rusa, no creo que viva acá, ni que tampoco sea la que habla con Juan, debemos hacer algo.

—Me parece que sí, en el trabajo conocí a unos policías investigadores, si quieres mañana vamos a la policía e informamos lo que está pasando.

Ese lunes temprano los esposos se reunieron con la policía y les comentaron lo que había sucedido; el par de policías, por su experiencia, reconocieron la manera de actuar de muchos delincuentes en redes sociales, y les dijeron a los padres de Juan, que sin que su hijo lo sospechara, el invitara a Paola 15 a su casa, y que les avisaran para que ellos pudiesen estar ese día.

En la noche María revisó el celular de Juan y leyó que el próximo sábado, a las 2 de la tarde, Paola 15 iría a su casa a ver una película con su hijo, de esto le comentó a su esposo Antonio e informaron a la policía, guardando la calma y comportándose como si nada estuviese pasando.

María le dijo a Juan:

—Este fin de semana tu papá y yo tenemos una reunión, entonces el sábado vas a estar solo, ¿qué piensas hacer?

Juan respondió:

—Nada, mamá, acá en la casa juicioso haciendo tareas y jugando x-box.

Antonio intervino:

—Bueno hijo, ya sabes que no le debe abrir a desconocidos y estar juicios, nosotros te estaremos llamando.

El sábado llegó, y en horas de la mañana los padres de Juan salieron de la casa, pero se fueron a la panadería cercana a reunirse con los policías mientras esperan los sucesos que pasarían ese día.

Paola 15. Hola, Juan, ya estoy lista y voy para tu casa, ¿estás solo?

Juan. Hola, sí, mis papás ya se fueron, avisa en portería y te espero acá.

Sobre las 10:30 de la mañana, un señor de mediana edad llegó al conjunto residencial, dijo que llevaba un domicilio a nombre de Juan, que se lo habían pagado los señores María y Antonio. El portero frente a esta información, lo dejó seguir, pues la información parecía cierta.

Una vez dentro del conjunto, este desconocido timbró en la casa de Juan, quien rápidamente abrió, pensando que era *Paola 15*. En ese momento un fuerte empujón lo tumbó al suelo, pues tan pronto abrió, aquel desconocido empujó la puerta...

—Hola, Juanito, que alegría conocerte en persona, mi nombre es Víctor, pero tú me conoces como *Paola 15*.

Juan se asustó y trató de esconderse en la habitación, pero aquel hombre lo tomó por las piernas, lo haló y le pegó un golpe en la cara.

—La vamos a pasar muy bien mientras tus padres no están —dijo el sujeto ese—, además, veo que hay cosas muy bonitas en estas casas que seguramente me las pagaran muy bien.

Los policías y los padres de *Juan* le preguntaron al celador si alguien había entrado, y él les contestó que el señor del domicilio que ellos habían pedido para su hijo. Inmediatamente reaccionaron y fueron rápido a la casa, ingresaron abruptamente y encontraron a Víctor mientras amarraba a Juan de pies y manos.

—¡Quietos!, ¡está detenido!, ¡las manos sobre la cabeza! —gritaron los policías.

Los padres de Juan acudieron a socorrerlo, y entre llantos y sollozos desataron los nudos, mientras la policía esposaba a Víctor.

La historia terminó bien para Juan, pues gracias a la policía y a sus padres lograron capturar a ese malhechor que engañaba en redes sociales a los niños y niñas; pero cada día muchos otros son víctimas, por ello, en un mundo de redes sociales debemos tener mucho cuidado, pues en perfiles se esconden personas que sólo nos quieren hacer daño.

RICHARD EL DESCUIDADO



*Autor: James Alejandro Giraldo Caro
Institución Educativa San Pedro Claver
Municipio: Puerto Boyacá
Docente: Yaned Amparo García Toro*

Una vez, en un pueblo llamado Gourdes, había un campesino amigable, un poco chiflado y muy descuidado que siempre que salía de su casa, perdía su bota, a la que él quería mucho y a la que llamaba “Siflon”; salía con su sombrero, sus pantalones cortos y con una camisa rota. Además, la mayoría de habitantes del pueblo no dejaban las cosas al cuidado de él porque sabían que podría pasar después. Un día Richard al salir de su casa, decidió ir a dar una vuelta por el valle acompañado de su burro al que él llamaba *Lalo*. Siguiendo su camino Richard vio algo que brillaba dentro de un arbusto. Por lo que se bajó del burro a investigar qué era. Al acercarse se da cuenta de que era una bota de oro. Richard, al ver, esto saltó de alegría porque sabía que se volvería rico por dicha bota, la recogió y la guardó en el maletín y siguió su camino en su burro *Lalo*. Camino después, se encuentra una casa en la cima de una colina, se acercó a allí, y por curiosidad tocó la puerta, cuándo se percató que salió una mujer muy bella y esta le pregunta:

—¿Qué haces aquí?, ¿quién eres tú?

—Me llamo Richard e hice una parada aquí porque estoy recorriendo el valle para llegar de nuevo al pueblo en donde vivo. ¿Cómo te llamas, bella dama, con quién vives? —Richard le pregunta a la mujer.

—Me llamo Celeste y vivo con mi gato *Pepo*.

Richard sostuvo una conversación con Celeste en donde se conocieron un poco más, Celeste lo invitó a tomar café a su casa en donde platicaron más y Richard le contó que se había encontrado una bota. Richard de lo exhausto que estaba le dijo a Celeste que, si podía descansar esa noche allí, a lo que ella respondió que sí. Al día siguiente Richard le agradece todo a su amiga Celeste y sigue su camino en su burro.

Richard llega al pueblo muy alegre por su hallazgo, gritando por las calles del pueblo: “soy rico”, la gente lo miraba con exilio porque creían que se había chiflado más de lo habitual, llegó a donde su amigo el zapatero y le contó sobre ese hallazgo. Richard con su entusiasmo sacó de su maletín la bota de oro y se la mostró al zapatero, y éste orgulloso de él le respondió:

Richard, pero qué suerte has tenido al encontrarte esto, *con esa bota te harás rico*.

Siguieron con su conversación estos dos, hasta que el zapatero se percata de algo cotidiano en Richard y le pregunta:

—Richard, ¿dónde dejaste a “Siflon”, tu bota?

Richard desesperado responde:

No lo sé, creo que la perdí en el camino viniendo desde el valle.

Richard rápidamente y desesperado salió de la tienda del zapatero en su burro *Lalo* en busca de su bota “Siflon”. Richard recorrió todo el pueblo gritando y preguntando:

¿Siflon, Siflon!, ¿dónde estás? ¿Alguien ha visto a Siflon?

Los habitantes sabían que era cotidiano en el perder su bota, por lo que no le prestaron atención a lo que decía. Richard muy triste y desanimado decidió ir a su casa a descansar creyendo que nunca más iba a volver a ver su bota, ya que pensó que “Siflon” había sentido celos de la bota de oro que él se había encontrado.

Al día siguiente Richard sale en busca de nuevo, pero esta vez se dirige hacia el valle en busca de esta. Richard vuelve al lugar donde encontró la bota de oro, con la esperanza de que allí iba a estar “Siflon”, pero infortunadamente no estaba allí, sigue su camino en su burro *Lalo* por el valle y esta vez por su desesperación se desvía del camino y se dirigían hacia otro lugar. En el camino se topan con una aldea en donde viven 15 personas. Llega allí preguntando y gritando que, si alguien había visto a “Siflon”. En ese momento sale el líder de la aldea y le pregunta a Richard:

—¿Qué es lo que buscas forastero?, ¿cuál es el motivo de tu tristeza y de tu llegada?

—Estoy en busca de mi querida, no sé qué hacer, la he perdido y creo que esta vez es para siempre —dice Richard.

El líder de la aldea le pregunta:

—¿Lo que has perdido y estás buscando es una mujer?

Richard responde eufóricamente:

¡No!

—Lo que estoy buscando es mi bota a la que yo llamo “Siflon”. ¿No la has visto de casualidad por aquí?

El líder le responde:

—¡No! No he visto ninguna bota en mí Aldea, ahora tú forastero sal de mi aldea antes de que te tomemos prisionero por interrumpir nuestra tranquilidad.

Richard inmediatamente emprende la huida en su burro *Lalo* saliendo así de la aldea siguiendo su camino triste y desanimado. Por fortuna, y sin él saberlo regresa por el camino del valle, en donde encuentra la casa donde

vive Celeste, la mujer bella que anteriormente había conocido y que habían platicado también sobre la bota que él encontró. Al llegar allí sale Celeste muy nerviosa y le pregunta a Richard:

—Richard, ¿qué haces por aquí de nuevo?

Richard contesta:

Estoy buscando mi bota que se me ha perdido. ¿No la has visto por ahí?

Celeste responde:

—¡Qué mal por ti!; no Richard, no he visto tu bota.

Richard sospecha de Celeste porque ella fue la primera en saber sobre la bota, lo que ella nunca supo cuando hablaron sobre la bota, fue que era de oro, por lo que el día en que Richard se quedó a dormir allí, ella usurpó la bota de su pie pensando que era la que él se había encontrado. No sería hasta ese momento que Richard le contó a Celeste que la que él había encontrado era una bota de oro, Richard desconfiado y un poco curioso decidió entrar a la casa de Celeste a ver si su bota estaba allí, buscó y buscó por toda la casa y no la encontró. Al salir de la allí sin esperanzas de encontrar su bota, repentinamente vio al gato *Pepo* de ella jugar con su bota. Richard, al darse cuenta que la había encontrado, dio un brinco de felicidad por volverla que ver de nuevo. En ese momento Celeste corrió a quitarle la bota a su gato apropiándose de esa misma, amenazándolo de que si no le entregaba la bota de oro no le entregaría su bota vieja que él tanto quería. Richard indeciso porque sabía que si entregaba la bota de oro ya no sería rico, pero a la misma vez pensaba que no volvería a ver nunca más su bota “Siflon”, que él siempre ha querido, si no entregaba la bota de oro. Richard muy indeciso decidió que era mejor para él su bota “Siflon” a la que él quería tanto y que, por la bota de oro, él la entregaría porque él sabía que al igual que “Siflon” la perdería y dejaría de ser rico en cuestión de días. Richard decidió sacar la bota de oro de su maletín y de inmediato se la cedió a Celeste, quien también le entregó su bota vieja.

Richard feliz con su bota de vuelta y ya puesta, salió de allí en su burro hacia el pueblo. En el camino Richard se dio cuenta de que debe de tener mucho cuidado a quien le cuenta las cosas que le pasan y que se encuentra, porque si volvía a contar algo a alguien que no sea de su confianza volvería a pasar lo que paso con su bota. Al llegar al pueblo pasaba gritando con entusiasmo y alegría por las calles: “La encontré”, pero nadie se acordaba de qué hablaba. Caminó después, llegó donde el zapatero contando que había encontrado su bota “Siflon”, pero que al mismo tiempo ya no sería rico porque tuvo que dar la bota de oro por “Siflon”.

Al siguiente día, los habitantes ya de tanto alboroto que tenía Richard decidieron ir a preguntarle a el zapatero cuál era el motivo de alegría de Richard, en donde el zapatero les contó lo que le había pasado a Richard. Ese mismo día Richard decidió salir de su casa y sin pensar pasaba por las calles con su alegría chiflada, se percató que la gente ya no lo miraba con exilio y ya sabían que le había pasado. Ellos mismos se encargaron de darle un aplauso por su decisión tan voluptuosa por decidir por lo que más quería y no por la avaricia de él dinero que iba a obtener. Además, empezaron a dejar las cosas a el cuidado de él ganándose así la confianza de todos.

Richard siguió montando en su burro Lalo y poniéndose su bota “Siflon”, recorriendo el pueblo y nuevos lugares, pero teniendo mucho cuidado.



EL AMOR EN EL DUELO

Autor: Mariana López Páez
Colegio Salesiano Maldonado
Ciudad: Tunja
Docente: Luis Carlos Roa Gil



Desde aquí se ve todo San Lázaro, un pueblo con una magia envolvente, indescriptible. Estar acá reflexionando sobre todo lo que pasó, me hace pensar en cómo un pueblo tan frío puede llegar a ofrecer tantas vivencias, *tantos momentos*. Nunca lo había visto de esta forma, sintiendo lo que estoy sintiendo ahora, esto me carcome por dentro.

Este lugar tan extrañamente comfortable hace que me llene de recuerdos hermosos, ¿quién iba a pensar que este mirador era nuestro lugar secreto?

Mi mente me lleva al momento en el que todo empezó a cambiar...

Tenía 10 años, llevaba un billete de diez mil pesos en la mano, que mi mamá me había dado para comprar arroz, panela y lo que alcanzara. Me gustaba ir a la tienda porque don Cecilio me encimaba algunos dulces, y siempre nos colaboraba fiándonos mercados cuando a mi madre no le alcanzaba para los gastos. Vivíamos sólo las dos, mi padre se fue a la capital con la excusa de darnos una mejor vida. Recuerdo que *él* decía:

—Las voy a sacar de este pueblo miserable, ¡nunca va a tener que trabajar, Miriam!, ¿me oyó?

La miraba con un aire esperanzador. Jamás volvió y hasta ahora entiendo por qué mi mamá no quiso salir a buscarlo. Antes pensaba que tenía miedo de viajar a la capital, porque siempre había vivido en este pueblo, es una mujer muy tradicional y de casa. La madurez temprana a la que me vi obligada me rebeló que ella supo desde el primer momento que Rafael Cruz, mi padre, no tenía ni la más mínima intención de ayudarnos o siquiera de volver a comunicarse. Por esta razón, uso el apellido de mi madre, *Veloza*, aunque en la lista de la escuela aparezca mi otro apellido, me enfrento a cualquiera que se atreva a llamarme así.

Los trabajos, que con suerte conseguía mi mamá, como empleada de servicio de las casas más grandes del pueblo —normalmente eran la del alcalde o de algún otro político—, no resultaban ser constantes. Pero de alguna forma siempre buscaba la manera de tener un plato de comida en la mesa. *Es una mujer de admirar.*

Ese día, volviendo de la tienda, con una bolsa de fique llena del mercado que pude comprar con los diez mil —al lado de una materia con el árbol insignia del pueblo—, pude ver una camioneta negra que parecía costosa. Estaba estacionada a puertas de la alcaldía, ubicada al costado derecho del parque. De ella, se bajaron un hombre alto, moreno, y un niño con una simpática sonrisa. De inmediato, sentí una extraña empatía con el muchacho que asemejaba tener la misma edad que yo en ese momento. Creía que estaban de paso. Pero mi sorpresa fue inmensa cuando la mañana siguiente, lunes 27 de enero, primer día del año escolar del 2014, Miguel Ángel León de 11 años de edad, con miedo a las abejas, con el sueño de ser presidente de Colombia, auto proclamado *el niño más feliz del mundo*, se sentaría en el pupitre de al lado, y desde ese mismo día se convertiría, sin planearlo, en mi mejor amigo.

Conocerlo me cambió la vida, su alegría reemplazaba mis días oscurecidos por la pena del abandono de mi padre y la difícil vida de mi madre. Siempre que me sentía triste, saliendo de la escuela, me llevaba corriendo de la mano hasta el puesto de helados de don Martín, en la esquina superior del parque. Miguel Ángel siempre pedía helado de queso con bocadillo, a mí me parecía asqueroso y no me cohibía en hacérselo saber. Mi carácter siempre ha sido fuerte.

De vez en cuando, nos escurriamos por un alambre roto de la cerca en la parte trasera de su gran casa.

Corríamos entre risas hasta su habitación y nos divertíamos con sus numerosos juguetes. Miguel Ángel sabía los horarios de su padre que era político, aunque casi nunca estaba en la casa. Me contaba que era un hombre de muy mal carácter y le prohibía juntarse con los niños de la escuela, cosa que se me hizo rara, porque de igual forma lo había inscrito allí. ¿Cómo puede no relacionarse, ni ser amigo de los demás niños de su edad en San Lázaro?

Desde que ellos llegaron al pueblo, el sueldo de mi mamá fue más estable, ya que el señor Rodrigo León, padre de Miguel Ángel la contrataba mensualmente para el aseo de su propiedad.

Así pasaron seis años, en los que aprendí lo valiosa que es una amistad. Él siempre cuidó de mí, aunque a veces no me sintiera bien con que mi madre fuera su empleada, yo solía iniciar una que otra pelea por eso. Sólo bastaba con que pusiera sus cálidas manos sobre las mías, me tranquilizara y cambiara de tema recordándome su gracioso pavor a las abejas, mientras caminábamos hacia un hermoso mirador que parecía no haber sido descubierto más que por nosotros; era nuestro lugar secreto, a diez minutos del pueblo. Teníamos que caminar entre árboles de subida y pasar por debajo de unos arbustos. Él era una persona muy positiva y tenía un poder especial en hacerme sentir querida.

Todo parecía perfecto en San Lázaro, me sentía feliz, aunque no viviera en una casa como la de Miguel Ángel o tuviera un celular de última generación. Nunca se me pasó por la mente lo que estaba por venir...

Un día miércoles, en el aula de clases de la promoción de este año, Miguel Ángel y yo nos miramos como por instinto, al darnos cuenta del ambiente que se formó esa mañana. Había aires de desconfianza, inseguridad y tristeza reflejados en el rostro de nuestros compañeros. No tardamos en descubrir que se trataba de una curiosa ola de depresión; era como un virus que se propagaba. Nunca supe las razones, no había salido del pueblo y no pasaba mucho tiempo en Internet como para saber si esto ocurría en todo el mundo, no tenía los recursos.

Luego de ver como Ángela, una amiga del curso, en medio de una clase fue enviada de imprevisto a la oficina del director, justo después de que la profesora le preguntara por unas marcas en sus muñecas. Supe lo que pasaba, nos propusimos con Miguel Ángel ayudar y cuidar no sólo de ella, sino de cualquiera que pudiera padecer este terrible fenómeno.

Usábamos los descansos para conversar y animar a cualquiera que estuviera solo o triste. Nuestra actividad estaba dando sus frutos y me esperaba cualquier cosa menos que me atacara esta ola de depresión. Fue un día martes por la mañana, me levanté sin ganas de vivir, era como si no me importara nada sobre nadie, sólo me atacaban pensamientos negativos, pensé en no ir a la escuela, pero lo único que conseguí, fue desanimarme más. No le contesté a nadie, hasta que tocaron a la puerta. ¿Quién podría ser? Mi mamá estaba trabajando y yo me había inventado la excusa de tener dolor de estómago; ella en su afán de salir no me dijo nada.

Me levanté de la cama, abrí la puerta y me sorprendí. Miguel Ángel entró de repente exigiéndome una explicación, le conté. Con sus dulces palabras, cuidados y el positivismo de siempre, me hizo entrar en razón. Aprendí lo valiosa que es la vida, y que por más atormentados que estemos, debemos aferrarnos a ella.

Luego de esta crisis, experimenté lo que puedo describir como el mejor día de mi vida junto a él; fueron sentimientos encontrados. Los siguientes días fueron de arduo trabajo, prestando los cuidados necesarios a nuestros demás compañeros. Hasta que sentimos que este monstruo, se había esfumado por completo.

El jueves en la tarde salimos de la escuela y como de costumbre, sin ningún motivo especial, Miguel Ángel me invitó un helado, aún seguía odiando el de queso con bocadillo. Esa tarde caminamos hasta el mirador secreto y lo que él me dijo me dejó en shock. *Me confesó su amor.* Me quedé paralizada, sin saber qué hacer ni decir. Como por instinto, salí corriendo y llegué a casa.

Me sentí apenada, transcurrió el tiempo y no hablé con él. Creía que estaba bravo conmigo. Pero no tardé en

enterarme de la verdad. Esto me llevó hasta donde estoy, el mirador.

Con un nudo en la garganta, sigo sin creer que, Miguel Ángel León de 17 años de edad, con miedo a las abejas, con el sueño de ser presidente de Colombia, auto proclamado el niño más feliz del mundo, murió en un accidente aéreo, al acompañar a su padre.

Está fuera de mi comprensión, no sabemos por qué a las personas más buenas e inocentes les ocurren estas cosas. Lastimosamente, aquí sentada, me di cuenta de que también lo amaba... y ahora, tengo que enfrentar este *amor en el duelo*.

LOS DOS HIJOS ABANDONADOS



*Autor: Jeferson Arialdo Cataño Largo
Institución Educativa El Rosario sede Niscota
Municipio: Paya
Docente: Edwin Leonel Ulloa Reyes*

En un pueblo muy pequeño vivía una señora con sus dos hijos. Uno tenía ocho años y el otro diez. La señora era pobre y no tenía nada para comer. Fue a donde una vecina y le comentó su situación, y ella le dijo que en un restaurante estaban buscando a alguien para trabajar. La vecina le dijo que podía dejar a los niños con ella y la señora se fue diciendo que en la tarde pasaba por ellos. Pero la señora no regresó más. No llegó ese día, y al siguiente los niños fueron a buscarla al restaurante y no la encontraron.

Los niños estaban caminando por ahí y decidieron hablarle a un señor. Le preguntaron si conocía o había visto a una señora de nombre Inés y el señor dijo que no. Les preguntó cómo se llamaban y ellos dijeron que Carlos y Rafael. Le contaron al señor que su madre los había abandonado y el señor se presentó diciendo que se llamaba Pedro. Luego les ofreció trabajo en su finca, en un pueblo distinto, y ellos se fueron con él.

Los niños se pusieron a trabajar, crecieron y se hicieron grandes. Después volvieron al pueblo donde habían nacido, a su antigua casa, pero no encontraron a su mamá. La casa estaba medio abandonada y cuando buscaron por las calles del pueblo encontraron a su madre llorando. No los reconocía y se dieron cuenta que estaba como loca. La llevaron de vuelta a casa, le dieron dinero y comida, pero ella lloraba y lloraba. No hacía otra cosa que llorar y al fin murió. Los niños quedaron otra vez solos para toda su vida, aunque esta vez ya sabían cuidarse por sí mismos.

SUEÑOS DE PAZ

Autor: Jennifer Valeria Briceño Briceño
Institución Educativa san Jerónimo Emiliani
Ciudad: Tunja



—Vivimos en una burbuja —me decía mi abuelo, yo no entendía, pero él me lo repetía todos los días. La última vez que lo vi, me advirtió que tenía que tener cuidado, le pregunté:
—¿De qué me tengo que cuidar?
Él me respondió:
—No todo es lo que parece.

Todas las noches, antes de ir a dormir, él me cantaba una canción y, al final, me daba un consejo; pero en realidad no le veía un sentido, *nunca lo entendí*.

Cuando era niña soñaba con príncipes, castillos, conocer el mundo, pensaba que todas las personas eran buenas, que todo era como en las películas: un mundo perfecto e ideal.

El día que cumplí 17 años mi familia y amigos me hicieron una fiesta sorpresa, mis ojos veían que todo estaba bien, la gente se reía y bailaba, pero en realidad dentro de mí sentía una energía muy negativa. A media noche me encontraba en el altillo viendo las estrellas, empecé a escuchar *una voz* que repetía una y otra vez la última frase que me dijo mi abuelo; de repente, empecé a ver una luz mágica, no puedo describir lo bella que era. En un momento pensé que estaba soñando o volviéndome loca o hasta que la muerte me estaba llamando, pues era algo tan irreal.

Decidí acostarme y dormir tratando de no pensar en lo que había sucedido. En mis sueños se me apareció *un ser* vestido con un traje blanco, y pronunció las siguientes palabras:

—Es hora de cumplir tu misión.

Desperté llena de miedo y angustia, pero lo más extraño es que no fue en mi habitación. Aparecí en medio de una guerra, era un mundo totalmente destrozado. Empecé a caminar sin rumbo fijo, vi un camino que me llevó directo a una cabaña escondida en un bosque, el único lugar en el que había árboles.

La cabaña estaba vacía, no había ni una gota de agua, no sabía qué hacer; se hacía de noche, el tiempo se pasaba muy rápido. Armé una cama con unas hojas, y usé de manta ropa que llevaba. Al dormir volví a soñar con aquel ser vestido de blanco, esta vez me mostró un letrero que llevaba la frase:

“Paz, la clave para salvar el mundo”.

Desperté y pasé mi día pensando en aquella frase, en ese momento recordé las palabras que me dijo mi abuelo antes de morir: “Debes tener cuidado. Nada es lo que parece”. En una de esas noches, cuando él me cantaba canciones, me dijo:

—A donde vayas pronuncia tu nombre.

Yo *suponía* que era mencionarlo, pero empecé a pensar de manera lateral; ahí estaba la clave de mi misión.

Al día siguiente abandoné la cabaña para empezar a cumplir la misión, aunque no sabía cómo empezar o cómo hacer. En el camino me encontré varios papeles que llevaban escritas palabras; la primera era *arrepentimien-*

to, la segunda, *perdón*, la tercera, *protección* y, por último, *esperanza*.

Ahí encontré el primer camino que debía tomar para lograr mi objetivo.

Yo presentí que, en medio de todo este desastre, algo bueno debía quedar, traté de seguir mis instintos. Mientras iba caminando vi a unos niños jugando en un parque, aunque sólo quedaba arena y piedras, se veían contentos, pero dos de ellos estaban discutiendo, así que decidí intervenir, hablé con cada uno por separado, me contaron lo que había sucedido; en ese instante volví a recordar uno de los consejos de mi abuelo y les dije:

—¡Pide perdón, pero primero arrepientete de tu error y si fue él quien se equivocó, perdónalo de corazón!

Con esas palabras cada uno supo que hacer, y el que primero cometió el error supo reconocerlo. Me di cuenta de que tenían algo especial, así que se me ocurrió crear e iniciar un grupo con ellos para comenzar con la operación “salvar al mundo”; aceptaron sin ningún problema. El primer paso era buscar a más niños, fuimos por toda la ciudad, el grupo cada vez era más grande.

Cuando ya habíamos reunido a todos los niños, empecé por enseñarles el significado de *arrepentimiento*, pues, aunque eran niños sus vidas habían tomado rumbos equivocados; luego les enseñé a pedir perdón y perdonar para poder llegar al camino de la paz y a cuidarnos entre nosotros. Poco a poco el alma de cada uno se fue purificando, cada vez se volvía más traslúcido.

Así que iniciamos con la primera fase de la operación. Todos sabíamos que nos encontrábamos en una guerra, muy pocos sabían lo que significaba, pero lo importante era no actuar de la misma manera, o sea con violencia.

La guerra empezó por falta de diálogo, nadie se escuchaba, entre todos se culpaban de los errores, la felicidad en las familias ya no existía, todo era peleas, todos los valores se habían perdido. Para que haya paz debe existir la reconciliación y todo se encierra en el círculo del amor y el cuidado al prójimo; pero para que todo suceda hay que creer y no perder la esperanza. Nuestro deber era devolver todo lo que se había perdido. El grupo se dividió en cuatro, cada uno tenía una tarea diferente.

El primer grupo se tenía que infiltrar en familias donde hubiera problemas con la función de lograr recuperar aquella felicidad y completar el círculo del amor; el segundo grupo tenía que reconstruir los daños que había causado la guerra en la ciudad iniciando por los parques, realizando actividades para el cuidado de estos mismos; el tercer grupo tenía que ayudar a aquellas personas que el gobierno había dejado sin techo, y el último grupo tenía la tarea más importante, lograr un diálogo con los que formaban y dirigían la guerra.

Ninguno sabía por dónde empezar, ellos esperaban que yo les diera la solución y que todo iba a ser fácil; mis últimas palabras fueron:

—¡Para poder lograr un cambio se deben superar obstáculos!, no se trata de saber, se trata de encontrar la respuesta.

Yo estaba segura que lo iban a lograr, eran fuertes e inteligentes y principalmente especiales ya que la guerra había matado a sus familias, pero a pesar de esto estaban llenos de amor y no perdían la esperanza. “¡Estás loca!, ¿cómo vas a poner tu vida en manos de unos niños?”, me decía mi subconsciente. Yo no sabía lo que podía pasar, pero lo que sí tenía claro es que los niños son almas puras que hay que cuidar y enseñarlos a luchar desde pequeños sin ocultarles la realidad. Ahora entiendo cuando me decían que *los niños son el futuro del mundo*.

A mí me educaron en una burbuja, pensaba que siempre lo tendría todo, no sabía lo que en realidad pasaba afuera, para mí no existía la violencia, ni la guerra, no conocía esos términos, todo era paz, amor y armonía; nunca me quisieron mostrar la realidad del mundo. Ahora empiezo a entender muchas cosas, tenían miedo de que me

pasara algo. Cuando nací, a mi madre se le apareció el mismo ser vestido de blanco, a ella le pronunció palabras más concretas, fáciles de entender:

—Tu hija tendrá la misión de regresar la *paz* al mundo, si no lo logra, *morirá*. Ese será el nombre que le pondrás.

Era esa la energía negativa que sentía en mi fiesta. Mi familia sabía lo que iba a pasar, estaban llenos de tristeza, pues pensaban que no me volverían a ver. Mi abuelo tenía razón, nada es lo que parece, vivimos a lo esencial de nuestros ojos, pero no somos capaces de ir más allá, por miedo.

Me encuentro contándoles mi historia 10 años después de lo sucedido; me presento, mi nombre es PAZ.

DON COVID



Autor: Sara Ginneth Sánchez Pedraza
Institución Educativa Técnica Sergio Camargo
Municipio: Iza
Docente. Martha Lucia Ruiz Rodríguez

Hola, amigos.

Estoy sentada en la sala y observo con nostalgia cómo se ve mi pueblo. Hoy me da tristeza pues no veo pasar a nadie, extraño el ruido de las motos, de los vehículos, de las personas que pasan y gritan saludando a los vecinos, al compadre, al que pasa por allá sin conocerlo, pues cómo ustedes saben, acá saludamos a todos por educación. Les cuento que extraño a mis amigos, compañeros, profesores, mi colegio, poder salir a la cancha correr, gritar, jugar con “bailarina”, la perrita guardiana del colegio, al igual que el celador del colegio Jaimito cuando gritando nos decía: “¿Para dónde van niños?, ¡en hora de clase no tienen que estar afuera!”. Todo esto nos pasa por el tal COVID-19 o coronavirus, como es la palabra que uno escucha, nos toca estar encerrados sin poder salir, sin poder compartir con nadie. Ese tal COVID-19 que, hasta la fecha no se ha podido saber si fue inventado por el hombre o por la naturaleza, pues escucho comentarios en la televisión, que fue inventado por científicos chinos, otras veces que fue transmitido por los animales, lo único que sé es que nos cambió la vida, las costumbres, las tradiciones, ya que no se puede saludar a nadie, como antes hacíamos, con abrazos o con la mano, hoy tenemos que tener tapabocas constantemente, parecemos como los perros bravos a toda hora con bozal. Les cuento que cuando uno sale, lo hace con miedo, pues nos autorizaron una hora, pero salimos con cuidado de no tocar a nadie, de conservar la distancia, ah... y cómo si fuera poco nos asustan con la policía, que ellos se los van a llevar, que ellos les hacen un comparendo, y que toca pagar no sé cuánto. No sé tampoco cuánto vaya a durar esta enfermedad o pandemia como le digan, lo único que sé es que si tenemos fe y creemos en Dios algún día nos volveremos a reunir y compartir con los amigos, vecinos y con todos los profesores. Un personaje que extraño es a Ramoncito, persona emblemática del municipio, es muy conocido por todos los que vivimos en esta calle, pues cuando pasa saluda a todos y con sus gestos y sus cantos nos hace reír. A mí me saluda con esa amabilidad, con sencillez, que quizá nadie lo hace como él, sin ninguna malicia. Por eso extraño ese “adiós, vecinita”, como me dice.

Él les hace aseo a las calles, a los pozos del agua caliente o muy conocido como el *Pozo de la dicha*, recogiendo las botellas plásticas, latas que personas inescrupulosas arrojan contaminando con esto el medio ambiente.

Posteriormente las vende para el sustento de su familia, por eso admiro a Ramoncito, personaje que se da a querer por los turistas que nos visitan y que se toman fotos con este señor. Personaje de estatura baja, ojos azules, tez blanca, contextura gruesa y su sonrisa inconfundible e incomparable, oriundo de la vereda Agua-caliente, familia pobre, y amable, no sabe leer, ni escribir; pero sí sabe ganarse el cariño y el afecto de todos.

Cuando se realiza una actividad o un evento él está presente, nunca se niega para nada. Hoy lo veo pasar con ese tapabocas, agachado, como cuando a uno lo regañan, sin esa alegría que a él lo caracteriza, pensé por un instante que está enfermo o será por la pandemia que nos ha hecho cambiar a todos, lo llamé y le dije:

—¿Qué le pasa, Ramoncito?

Y él me dijo:

—Estoy aburrido con esta vaina que nos ponemos en la cara, no por gusto, si no porque nos obligan los policías, ¡cuánto extraño a los visitantes!, pues ellos me daban platica para traerle un pan a mi madrecita María; ahora me toca salir y cuidar a mis ovejitas que es lo único que tengo, vecinita. Bueno, la dejo, porque voy a ver si me regalan algo por allí para poder comer hoy”.

La madrecita María, a quien se refiere él, es a una tía que lo recogió o le dio albergue, cuando falleció la mamá. Doña María es una señora de bajos recursos, pero con una voluntad y una personalidad incomparable, en estos momentos vive con Ramoncito únicamente, a pesar que tiene varios hijos, pero el sustento gira alrededor de Ramoncito.

Nos sentamos en el andén y empezamos a charlar. Le dije que siempre que saliera se debía colocar bien el tapabocas, el lavado de manos y que, cuando volviera a casa, debía cambiarse de ropa para evitar el contagio del COVID; él me respondió:

—Vecinita, como yo soy como el roble, duro por dentro y no le entra el gorgojo. Y como dice el dicho: “la cáscara guarda el palo”, y empezó a reírse con esa carcajada que lo caracteriza y arrancó a correr porque se le hacía tarde para amarrar sus ovejas. Entonces le grite:

—¡Ramoncito, Ramoncito!

Y él me contestó:

—Señora.

Y yo le dije:

—Que si me regala una oveja.

Y él se rio y me dijo:

—Sí, pero si se casa conmigo.

Y arrancó nuevamente a correr, y a reírse como es característico de él. Volteé a mirar hacia la casa de Ramoncito y allí estaba doña María o “mamá María”, como la llama “Moncho” o “Ramoncito”; ella me hizo una señal y fui a ver para qué me necesitaba, pues ella vive a dos metros de mi casa y nos sentamos en una banca que tiene como silla para descansar o tomar el sol en las mañanas. Me contó que Ramoncito cumple años el primero de diciembre y que siempre que cumple años mata una oveja y paga una misa al Divino Salvador para darle gracias por todos los favores recibidos, porque católico como él no hay nadie. Por ejemplo, todos los primeros sábados va a la iglesia a la celebración del Santo Rosario, y ahora, que no puede ir, se levanta ese sábado primero del mes y escucha el Rosario por el alto parlante de la iglesia.

Con este relato que me hace doña María entiendo que Ramoncito es para ella como su mano derecha de esta casa, hecha en ladrillo, con piso de cemento, paredes sin pañetar, pero se nota la humedad ya que está por debajo del nivel de la carretera y le dije:

—Doña María, ¿por qué no le pide ayuda al señor alcalde para que le ayude a rellenar el piso y así quitarle esa humedad o también llamar a sus hijos que le ayuden a solucionar ese problema? —ella me miró con tristeza y me dijo:

—Sarita, usted no sabe con la sed que vive otro, mis hijos están lejos y ellos tienen sus obligaciones en sus hogares, y el señor alcalde puede que me ayude, pero con este problema que tenemos no creo que lo haga, pues lo único que me dan son los mercados por ser persona de la tercera edad.

Volvió a la conversación refiriéndose a Ramoncito donde me decía que, gracias a él, ella come y paga los servicios, por eso ha pedido al Divino Salvador que lo proteja y le dé salud, que también no cambie y siga siendo ese hijo que adoptó o recibió en su casa cuando aún era joven. Hoy en día él cuenta con cincuenta años y bien vividos como lo pueden ver. Durante un largo tiempo hablamos de todos sus hijos, nietos, pues ella ya pasa de sus setenta y cinco años de edad; también me habló de otro hermano que tiene Ramoncito de nombre Ernesto que labora con el CTI, como investigador, y que está estudiando derecho y muy pronto se gradúa de abogado. Que él lo ha llevado a varias partes de Colombia y en avión, que lo más bonito es que ella quiere a esos dos muchachos que le han dado todo lo que los hijos propios de ella no le han dado.

Así transcurrió un largo tiempo, claro que, con las medidas de bioseguridad, pues manteniéndonos con una distancia prudente para evitar que la policía nos llamara la atención, pues como soy menor de edad no puedo estar en la calle, me despedí y corrí a mi casa para seguir con la rutina que nos tiene a punto de tirar la toalla por culpa de esta vaina del COVID.

Bueno creo que no los aburro más con este cuento, porque cómo ustedes saben tengo que estudiar y ayudar a los oficios de mi casa; pero los invito para que cuando vengan a Iza pregunten por Ramoncito, personaje típico de mi pueblo querido, al igual que no dejen de visitar el santuario del Divino Salvador de la piedra de Iza. Los espero por acá paisanos y no olviden cuidarse del señor COVID que es traicionero. ¡Adiós!

MI QUERIDA FAMILIA



*Autor: Laura Milena Torres Reyes
Institución Educativa San Antonio de Ráquira sede El Sol
Municipio: Ráquira
Docente: Rubén Vásquez*

Érase una vez un hombre llamado John que trabajaba muy duro para sostener a la familia. Tenía una esposa muy linda llamada María y dos hijos, Javier y Andrea, quienes se llevaban dos años de diferencia. Ellos eran una familia pobre, pero eran felices. Sin embargo, con el paso del tiempo cambiaron muchas cosas, ya no había unión ni confianza en la familia, cada uno por su lado. Javier, el hijo de John era un muchacho rebelde y hacía lo que se le venía en gana, salía todos los días a la calle a estar con los amigos y a tomar, ya no era el mismo de antes, no tenía confianza con John y María, y cuando se encontraba con su hermana siempre quería pelear, aunque no tuviera motivos.

Un día Javier salió un fin de semana a media noche a una fiesta de un amigo, sin pedirle permiso a los padres, él estaba muy feliz, se divertía mucho y llegó un amigo quien le dijo:

—¡Oye, ven y te presento unos amigos míos!

Él fue y los conoció, se veían muy chéveres, ellos tomaron y tomaron hasta que quedaron borrachos. Un amigo de los que estaban ahí le dijo a Javier que lo acompañara, entonces salieron de allí y le propuso que consumiera drogas, él a la vez no quería, pero la sensación de probarla le ganó (porque decían las personas que lo consumían que supuestamente lo llevaban a otro mundo, que uno se relajaba, que no se preocupaba por nada y que era súper divertido), así él consumió y le pareció bien.

Horas después Javier llegó a la casa, Andrea se despertó y vio que él había llegado borracho y también se dio cuenta de que había consumido drogas. Ella se fue directo al cuarto de los padres, tocó la puerta, ¡tok tok!, entró y dijo:

—¡Padre, padre, mi hermano acabó de llegar, no sé dónde estaba, pero llegó borracho y consumió drogas!

El padre quedó sorprendido y decepcionado, así que dijo:

—¡Mañana por la mañana hablaré con él!, ve y descansa.

Ella salió y se fue para el cuarto.

Por la mañana, antes de ir a trabajar, John fue a al cuarto de Javier y lo despertó, le dijo:

—Oye, mijo, ¿por qué has cambiado mucho últimamente? Eras un niño obediente, juicioso, ¿por qué cambiaste? ¡Ahora llegas a la madrugada borracho y a la vez consumes drogas! ¡Las drogas son malas para tu vida, no vuelvas a consumir, por favor!

Javier no le dijo nada. John se despidió y se fue a trabajar. Pasaron los días y Javier seguía en lo mismo, se había vuelto adicto a las drogas. Tiempo después Javier invitó a su novia llamada Lucia para ir a una fiesta que había organizado David (un amigo de la infancia), en la cual Lucia estaba incomoda porque no conocía a ninguno de ahí, incluso Javier la había dejado sola para ir con el grupo de amigos y para consumir metanfetaminas.

Media hora después Javier llegó a donde estaba Lucia y le propuso que tomara más de la cuenta hasta que se emborrachara, ella no aceptó y él le insistía, pero al final salieron peleando, así que Lucia se fue para la casa triste. Javier fue lo contrario, se quedó en la fiesta, pero no por mucho tiempo porque dos horas después de que se fuera Lucia, Javier tuvo otra pelea con un chico llamado Juan, quien lo había empujado sin querer, pero Javier no estaba de buen humor, así que quería pelear con Juan, y las personas que estaban ahí en la fiesta, sacaron a Javier a la fuerza porque estaba muy agresivo.

Él estaba afuera furioso por lo que había pasado con su novia y con Juan, así que se subió al carro y yendo para la casa Javier ya no tenía fuerzas, veía borroso, se desorientó y, en un momento, chocó con un árbol. Unas personas que pasaban por ahí lo vieron y llamaron a la ambulancia, la ambulancia llegó rápido. Luego llamaron a los padres y les informaron que Javier había tenido un accidente de automovilismo. Ellos se fueron rápido para el hospital y llegaron pronto, cuando llegaron el médico les dijo:

—El paciente quedó en coma, lo sentimos.

María no paraba de llorar, John le pedía a Dios que hiciera un milagro, que lo salvara.

Dos días después Javier despertó, la madre dijo:

—Gracias a Dios que estás bien, ¡no vuelvas a manejar borracho ni vuelvas a consumir drogas, es malo para tu salud! ¡No lo vuelvas hacer, por favor!

El padre dijo:

—¡Hazlo por nosotros que somos tus padres, queremos tu bien!

Javier dijo:

—Esto es una lección que me da la vida, que no debo hacer cosas que me lastimen ni a mí, ni a los demás, así que ya no volveré hacerlo, voy a buscar ayuda profesional, espero que me apoyen y estén a mi lado.

Los padres dijeron:

—¡Claro que sí, te apoyamos!

Días después salió del hospital y lo llevaron a casa. Allí estaban la hermana y la novia, quienes lo esperaban con una sorpresa de bienvenida.

Tiempo después Javier salió del centro de rehabilitación, él ahora está muy agradecido con los padres y amigos, quienes lo apoyaron incondicionalmente para salir de las drogas.

LA REFLEXIÓN DE PABLITO



Autor: Yenifer Paola Ruiz Vargas
Institución Educativa Las Cañas
Municipio: Chiscas
Docente: Concepción Basto

Un día como cualquier otro, estaba Pablito mirando su programa favorito en la tele, cuando lo interrumpieron con un avance de noticias. En Wuhan, Hubei China, se detectó un caso de coronavirus. Pablito, como la mayoría de la gente, no le puso mayor atención. Al día siguiente, en clase de química, la maestra habló sobre los virus, les mencionó virus como el MER o el SARS. Pablito no le estaba poniendo atención a la maestra y ella lo descubrió y le hizo una pregunta:

—Pablito, ¿de qué estábamos hablando?

Pablito por un momento se quedó en silencio pues no sabía qué decir, pero un amigo le dijo susurrándole al oído, el tema de la clase. Pablito contestó:

—Profe, sobre los virus.

La profesora preguntó:

—¿Qué piensas sobre eso?

Pablito, como era muy burlón, le contestó a la maestra:

—Profe, eso sólo pasa en las películas de zombis.

—¡Ja, ja, ja! —todos los compañeros de la clase empezaron a reír y la profesora muy enojada dijo.

—Pablito, estás castigado por hacerte el chistoso, tu castigo será investigar sobre todos los virus que ha habido en Colombia y la exposición será para la próxima clase.

Pablito pasó toda la tarde y parte de la noche estudiando e investigando, con este trabajo se da cuenta de que los virus no eran tema de burla ni de juego, sino que son temas serios, pues son muy peligrosos y en algunos casos mortales. Al día siguiente ve en la televisión nuevamente sobre el virus y que se había empezado a expandir y a morir gente contagiada; a primera hora tenía la clase de química y le llegó el turno de exponer a Pablito; empezó a hablar sobre los virus que ha habido en Colombia, como el tifo, la fiebre amarilla, la viruela, entre otros, que fueron virus muy fuertes y la humanidad lo había superado gracias a las vacunas; pero por el desconocimiento de los mismos, y la falta de cuidado, causó muchas muertes.

Todos le aplaudieron al terminar la exposición y la profe lo felicitó, pues en poco tiempo había logrado hacer una exposición muy buena, y él, orgulloso y feliz porque había aprendido algo nuevo, pasó a su puesto, se sentó y prometió siempre estar atento a la explicación de la profe.



Una semana después de haber visto la noticia de aquel virus por la tele, cuando para Pablito todo marchaba bien, las autoridades de la Organización Mundial de la Salud pusieron en alerta, porque al parecer en Wuhan, Hubei China el virus se había disparado y ya estaba por todo el mundo. Unos días después en España se había vuelto un caos, en menos de 24 horas había más de cien contagios. A la semana siguiente estaba Pablito en su colegio, en clase de español cuando pasó el rector informando que el presidente había suspendido las clases y que se fuesen todos para su casa hasta nueva orden, porque el virus ya había llegado a Colombia. La primera semana sólo estaban en confinamiento los menores de edad y los mayores de 70 años, el presidente pensó que podría tener el virus controlado, pero a la semana siguiente ya había muchos casos en el país y el presidente tomó la determinación de que todo el país entrara en cuarentena.

Al principio la gente no tomó en serio el alcance de este virus y salía a la calle sin protección, con el tiempo el virus empezó a propagarse en las ciudades. En ese momento Pablito se sintió afortunado de vivir en el campo y al mismo tiempo pensaba cómo sería vivir en la ciudad con este virus, pues toda la gente vive encerrada y para salir con muchas normas de bioseguridad e higiene.

Pablito pensó que él no podía quedarse con los brazos cruzados, debía hacer algo para que la gente tomase conciencia y tuvo una gran idea; iba a convertirse en *influencer* y haría varios videos cómicos y con gran mensaje, donde hiciera que la gente se quedara en su casa y si salen tendrán que ser cumpliendo los protocolos de bioseguridad y distanciamiento, ya que con esta disciplina se reduce la probabilidad de contagios.

Pablito llamó a su amigo Juan y a su amiga Tatiana, para que le ayudasen en el proyecto. Juan le dijo que claro, que contara con su ayuda, él le ayudaría con los videos, la edición y la publicación, pero tenía un problema y era el no tener Internet, Tatiana dijo que por eso no se preocupara, que ella les colaboraba y, además, ella era vecina de Juan.

Pablito muy contento le comentó a la profe y ella lo felicitó por su proyecto, ella dijo que contara con su ayuda, tomó unos días la producción del video, la creación de la página y haciendo todo esto se recreó mucho con sus amigos y aprendió que se puede entretener e interactuar desde la casa y, además, con los avances tecnológicos mucho más, no quiere decir que se debe remplazar la presencialidad por la virtualidad, pero sí que es una opción. Luego de unos días de organizar todo lanzaron el primer video, todo fue un éxito, en menos de una semana ya tenía más de cien vistas, esto motivó a Pablito a seguir con sus videos y le daba una gran satisfacción saber que tenía quien lo apoyase.

Pablito con su gran aporte a la sociedad, espera que la gente sea más responsable con el cuidado, sea reflexivo y tome conciencia; que si se cuida es para beneficio de todos, que esta pandemia pase rápido y se pueda volver a convivir con los compañeros.

EL HUMANOVIRUS



Autor: Zuly Alexandra Sichaca Sanabria
Institución Educativa Rancho Grande
Municipio: Rondón

Docente: Ángela Viviana Jiménez Benavides

En un universo de galaxias compuesta por millones de elementos espaciales existe un hermoso lugar llamado Cosmos, en el que vive una bella familia; Sol, un señor sencillo y trabajador; su esposa Luna y sus dos hijos Mercurio y Venus.

El señor Sol y la señora Luna esperaban ansiosos la llegada de su tercera hija, quien dentro de algunos años llegaría al universo a dar alegría a esta familia. Ella era la pequeña Tierra, que con su llegada llenó de emoción los corazones de todos los miembros de su familia, pues ellos se sentían muy felices de estar a su lado. Tierra era muy frágil, muy tierna y colorida; con el pasar de los años creció en un lugar humilde y con pocos recursos, pero esto para ella no era importante, pues ella amaba ser quien era y cada día agradecía por lo que tenía.

De pronto, una mañana la colorida Tierra despertó un poco enferma, sus padres angustiados la llevaron al hospital pues no era normal que Tierra enfermara y luciera tan pálida. Después de esperar un largo tiempo, el doctor obtuvo un diagnóstico que explicó a sus familiares.

El doctor de apellido Saturnino les informó:

—Señor Sol y señora Luna, lamento decirles que el sistema inmune de Tierra está débil debido a que fue contagiada por un virus conocido como *Humanovirus*; este es un virus que ataca las defensas de Tierra afectando sus órganos tanto que, si no se comienza un tratamiento de inmediato, podría causarle la muerte.

El *Humanovirus* no tenía cura aún, por eso debían tomar cuidados especiales con Tierra para que, a pesar del virus en su cuerpo, Tierra pudiera tener una vida casi normal.

El señor Sol y la señora Luna salieron del hospital desconcertados por esa noticia, grandes ríos de llanto desbordaban los ojos de Tierra, sus padres no entendían qué habían hecho mal para que su pequeña hija corriera con tan mala suerte pues, Tierra solo daba amor y refugio a los demás. Pese a tan mala noticia, los padres de Tierra no perdían la esperanza de que se recuperara de la enfermedad, así que juntos Sol y Luna pidieron a su creador:

—Amado creador, por favor, destruye el virus y cura nuestra hija, hoy más que nunca entendemos el valor de lo que en realidad es importante.

A pesar de la enfermedad, Tierra era valiente, sus ojos brillaban con la misma intensidad y sus ganas de vivir eran cada día más fuertes. Una noche, mientras su madre cuidaba de ella, su creador le dijo a la pequeña Tierra, a través de un sueño que debía ser fuerte y hablar con *Humanovirus* para que cayera en cuenta de su grave error. Al siguiente día, cuando Tierra despertó, decidió entablar una seria conversación con el virus que se encontraba dentro de su cuerpo:

—Buenos días, señor *Humanovirus*, siento interrumpir su duro trabajo, sé que está muy ocupado allá adentro haciendo todo lo posible por destruirme, no sé si sea consciente de ello, pero quiero que sepa lo que siento y cómo duele.

Cada una de las cosas que hace a diario me lastiman, me hacen mucho daño, mis defensas están en gran par-



te extintas pues ha acabado con innumerables especies de fauna que estaban allí para protegerme y mantenerme saludable, mis pulmones atmosféricos se han malherido, se han roto y respiro con dificultad pues me estoy quedando sin oxígeno, ya mis pies están cansados de tanto andar, me siento agotada de seguir girando sin importar las adversidades, las altas fiebres que me ha ocasionado han derretido mis polos, quemado mis árboles y erosionado mis tierras; me produce cambios en la temperatura tan fuertes que, cuando no me da fiebre, siento mucho frío que no soporto y hacen sufrir mi fauna y mi flora. Mi sangre la ha inundado con basuras que deterioran las defensas que aún viven en ella, tengo moretones, manchas y he perdido mis colores. Señor *Humanovirus*, estoy muriendo por su causa.

Las palabras de Tierra conmovieron a gran parte del ejército de *Humanovirus* y muchos de ellos cesaron sus tareas, pues ahora eran conscientes de lo que hacían. Tierra logró persuadir a algunos de los soldados del virus quienes se rebelaron contra el *Humanovirus* General, un virus muy fuerte, frívolo y petulante que gritaba órdenes a todos los virus inferiores.

—¡Apresúrense, necesitan trabajar con más eficiencia!, ¡ustedes, aumenten la temperatura de Tierra, talen sus árboles, destruyan sus animales!, háganlo ahora mismo, ¿qué esperan? ¡A trabajar!

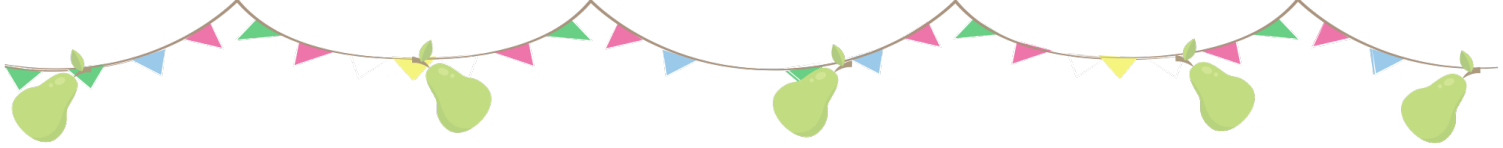
Sin embargo, pese a sus órdenes hubo quienes no obedecieron y comenzaron a trabajar para recuperar a Tierra, a pesar de que eran pocos, hacían su mejor esfuerzo por mantenerla con vida junto a su familia.

Con el pasar de los años, los *Humanovirus* malignos envejecieron y se debilitaron, sus trabajos eran cada vez menos eficientes y sus esfuerzos por acabar con Tierra disminuyeron, ya que gran parte de ellos cambiaron para aliviar a Tierra, pues se sentían mal por lo que habían hecho.

Varios años después, Tierra recuperó su color y su brillo, cuando se sintió mejor y su semblante cambió, se acercó a sus padres y sus hermanos con los ojos empañados, y con su voz un poco entre cortada les dijo:

—Madre, gracias por enseñarme a brillar aun en la oscuridad y dar lo mejor de mí, sin importar en qué fase de mi vida me encuentre. Padre, gracias por estar siempre ahí para iluminar mis días, con tu calidez me das esperanzas y energía para continuar mi vida. Hermanos, gracias por apoyarme y acompañarme cuando más los necesito. Creador, gracias por cuidar de mí, de mi familia y nuestro bienestar.

Así, los *Humanovirus* malignos fueron desapareciendo uno a uno, y los que ahora estaban del lado de Tierra, se convirtieron en *Humano defensas* quienes protegían a Tierra de cualquier amenaza. Tierra vivió millones y millones de años para seguir proporcionando junto a su familia amor, refugio y alegría a los demás planetas y elementos del universo.



CATEGORÍA D





ALONDRA Y EL AGUA OSCURA



Autor: Adriana María Galvis Cardona
Institución Educativa Técnica Nazareth
Municipio: Nobsa

Por una razón que desconozco me llamaron Alondra, pero mi abuela me llamaba *mi pajarita*. Me lleno de nostalgia al verla con sus dos trenzas canas calzada con sus botas de caucho desgastadas y su pequeño sombrero de jipa. Cada día con el cantar de los primeros gallos, desde la cama podía sentirla removiendo las ollas, preparando caldo de papas y aguapanela. Casi puedo oler las mogollas hechas con mantequilla de leche de vaca.

Cada mañana besaba sus mejillas rojas, tostadas, resacas y arrugaditas por el frío del páramo que se ensañaba con su piel curtida por tantos inviernos y tantos soles que la abrazaron. Mi abuela solía estar callada, así que me acostumbré a leerle la mirada que se entusiasmaba con los arreboles, las flores de sus matas, o las crías de las vacas o las ovejas. Todo solía transcurrir en medio de un silencio plácido. Podíamos entendernos sin mediar palabras. Nos acostumbramos a estar juntas y cada una, como si se tratara de un oficio natural fue asumiendo su papel.

A veces de la nada, mientras pilábamos maíz o recogíamos la siembra, se entusiasmaba y empezaba a contarme historias. Lo mismo cuando veníamos del pueblo, caminando cuesta arriba.

Cuando yo era niña la vida mía era requeté bien bonita, toditita mi vida viví en mi ranchita con la mamá mía, doña Diocelina. ¡Ay mi pajarita, mi alondra cantora!, si la hubiera conocido... Nadie en el pueblo distinguió señora tan buena.

Le gustaba recordar y contar historias de cuando era niña, eran cosas cotidianas; la manera cómo su mamá le enseñó a tejer ruanas de lana de oveja, o a hacer mogollas con mantequilla de leche de vaca y trigo. Después contaba junto con mi bisabuela pasaban la mañana arañando la tierra y cosechando papas. Mientras hablaba solía sonreír. A veces nos sentábamos en El alto de la uvita, es la cumbre más empinada de aquí de la ranca. Se alcanza a ver el pueblo, pero se ve pequeñito y lejano. Nos sentábamos los tres al pie de un roble negro: mi abue, *el Huesos*, un perro con color de mogolla quemada que tenemos de toda la vida, y yo, a mirar los picos de las montañas y a pensar cada una no sé qué cosas.

Cuando volvíamos a la casa, mi abuela solía estar bastante triste, por alguna razón, sentarse allí le sacaba el agua sucia de adentro y la dejaba afligida y sin ganas de hacer o decir nada. Era entonces cuando yo ponía en práctica las cosas que ella misma me enseñó; me iba a la cocina, encendía la hornilla y ponía una cazuela grande de barro. No la más grande, sino una mediana, porque yo sola no soy capaz de levantar las olletas más grandes, las que nunca usamos, esas están ahí como testimonio de los tiempos en que el abuelo Gabino vivía en la casa, al igual que los hijos de mi abuela, pero esa es otra historia.

Llenaba la cazuela de agua, y me iba al patio a recoger estrellitas amarillas; las florecitas sanjuaneras. Cuando el agua estaba caliente las ponía allí. Mi abuela me enseñó que cuando la tristeza se hunde en el cuerpo, es necesario limpiarlo, entonces esas florecitas de hierbas de san Juan, que crecían en el patio, desde finales de mayo hasta mediados de julio, estaban allí. Por eso mi abuela y yo las recogíamos y las dejábamos secar en el corredor de la casa, pisando los manojos con piedras para que no se los llevara el viento. Después, por la tarde, cuando ya habíamos terminado el trabajo, las desgajábamos y empacábamos en tarros de galletas, y las cubríamos con telitas de algodón blanco. Yo me empecé en ponerles etiquetas para diferenciarlas, pero a ella eso no le hacía falta, le bastaba con la forma y el olor, igual no le servía, pues mi abue no sabía leer.

La preparación del baño de san Juan es sencilla; se colocan las estrellitas y las hojas en agua hirviendo, se deja unos quince minutos y luego se deja reposar una media hora para que quede bien concentrada. Mientras el agua reposaba, le llevaba infusión de menta, laurel y eucalipto con miel. Ella recibía la taza de peltre y se envolvía en el humo de la bebida, tomando pequeñísimos sorbos sentada en la cama, mirando a cualquier punto, pero en realidad yo sabía que estaba llorando por dentro. No sé bien por qué lloraba, pero siempre he creído que eran los recuerdos de sus hijos perdidos montaña abajo, o de su marido, que se lo comió la ciudad.

Los baños se volvieron, como muchas otras cosas, un ritual entre nosotras. Ella se tomaba su agüita despacio, mientras yo la trenzaba y le recogía el cabello para que no se le mojara. Mientras tanto, la abuela parecía reponerse poco a poco, en cualquier momento empezaba a sonreír, casi imperceptiblemente. Era entonces cuando yo sabía que estaba lista. La dejaba cambiándose mientras yo sacaba el agua de la cazuela y la pasaba a una bañera. Ahí aparecía ella, tranquila y lista para dejarse abrazar por el calorcito del baño. Yo le echaba agua en la espalda con la totuma y, a veces, la arrullaba susurrando las canciones que ella misma me enseñó. Otras veces solo me quedaba callada. En algún momento, la abuela empezaba a lloriquear. A veces era solo un quejido, otras veces era un llanto largo que, al principio me asustaba, pero con el tiempo lo aprendí a respetar. Porque entendí que es necesario llorar para sacarse de adentro el dolor, el desasosiego o el exceso de recuerdos.

En la habitación de mi abuela dormíamos las dos. Yo aprovechaba para quemar hojitas de laurel y prender pabilos en aceite de manzanilla para que durmiera bien. Al otro día la abuela solía sentirse mejor, y poco a poco empezaba a ser la misma. Así que volvíamos al galpón, al ordeño, a cuidar la huerta y a vivir.

Otras veces, cuando yo notaba que se le habían empezado a nublar los ojos, preparaba agüita de lavanda con tres ramitas en medio litro de agua, la endulzaba con miel y se la llevaba como al descuido. No sé si era la infusión, o era la manera en que la abuela me agradecía, pero esas tardes solían estar llenas de recuerdos bonitos, y de risas, así las tristezas que le nublaban los ojos empezaban a dispersarse, hasta que ambas nos sentíamos mejor.

La abuela me repetía que la tristeza y las presiones de la vida se salen por el cuerpo, y que los recuerdos suelen hacernos sufrir. A veces no estaba muy segura de comprenderla, pero estar con ella me bastaba. Claro que yo también cargaba algún recuerdo, porque pensaba en mis padres, pero no con nostalgia, sólo pensaba en ellos. En cambio, mi abuela sí que lo sentía, me decía que los dolores se le van cargando al cuerpo, hasta que un día no es posible resistir más, y es ahí cuando llega la tristeza, y ya no queremos reír, caminar, mirar las montañas azules del horizonte, trenzarnos el pelo o simplemente mirar el cielo. Es un deseo de estar en soledad, pero al mismo tiempo un afán de compañía silenciosa. Por eso yo la escuchaba sin hablar. Sólo la miraba para que supiera que estaba ahí, para que sintiera mi compañía, para que no le ganara el desgano por la vida.

A pesar de mis cuidados, los últimos días la abuela ha ido perdiendo el gusto por la comida, por las historias y por la vida. Cerró sus ojitos, y parece no quererlos abrir más. Ya casi no habla, y cuando lo hace, es para hablar de sus hijos o de su marido. De gente y de cosas que se le extraviaron en la bruma del tiempo. Mientras tanto, dan vueltas en mi cabeza remembranzas de las tardes azules y felices que siempre vivimos. Ahora siento en mi espalda una tristeza pesada que parece morderme el alma. Pero debo enfrentarlo. El riachuelo de inocencia que hasta ahora acompañó mi infancia ya no dice nada. Están yertas sus aguas, y todos esos recuerdos de la abuela han ido desprendiendo su cascarón y perdiendo su inocencia. Me amenazan; se han convertido en lengüetazos de fuego, me abrasan y calcinan por dentro. Me parece verla caminando por el patio, revisando sus plantas y mirando el horizonte. Traigo flores de lavanda y las pongo en la funda de su almohada para que esté tranquila, para que apacigüe sus recuerdos, y para que sienta como siempre todo mi cariño, porque el amor más que un te quiero es un te cuido.

La voz de la abuela se va apaciguando lentamente. Ha logrado conciliar el sueño. Entró *el Huesos* y se ha sentado a mi lado, meneando la cola lentamente, parece querer decirme que también está triste. Ahora volvemos a ser tres, comunicándonos en los entresijos del silencio.

BAJO LOS OJOS DE MI ABUELA



*Autor: Andrea del Pilar Prieto González
Institución Educativa Antonio José Sandoval Gómez sede La Colorada
Ciudad: Tunja*

Chelita, así la llamaban con cariño, ella en sus años de juventud, era una mujer hermosa, elegante, con cabellos largos y ojos negros; se distinguía por ser una de las señoras de porte elegante de la región. Era una mujer que, a pesar de sus años, guardaba rasgos de su belleza, pero ahora su cabellera lucía corta de tonos plateados hechos de dolor, con mirada perdida y arrugas desdibujadas en su rostro, que señalaba tristeza y padecimiento en su alma. Todas las mañanas después de la rutina, se sentaba frente al espejo con mirada triste, de recuerdos que le tocan el alma y le rompen el corazón. Ramirito, mi hijo amado, la vida cruel y despiadada se lo había arrebatado, en una noche oscura del día 8 de marzo del 2006, cuando hombres siniestros, sin sentimientos, arrebataron la vida de ese joven de apenas 23 años. Ahí fue cuando Chelita, en un abrir y cerrar de ojos pasó de la luz, a la oscuridad, desde ese día no se reía en casa, desde esa noche sólo lamentos se escuchaban, la música dejó de sonar, las cortinas opacaban la luz que intentaba entrar por las ventanas, se respiraba en el aire: tristeza, soledad y dolor. Fue así como ella, mi abuelita fue entrando en una penumbra de sombras y vacíos, sin nosotros darnos cuenta.

Los días eran rutinarios, la despertaban, bañaban, peinaban, como cual muñeca que se arregla, un desayuno licuado, luego la sentaban en el sillón frente al espejo, y ella, en silencio, sin pronunciar palabra, allí quedaba por horas. Ese espejo, lo recuerdo mucho, era algo viejo, su madera dilatada alguna grieta por el tiempo, era grande e imponente, que si pudiera hablar contaría tantas historias fascinantes que habían ocurrido en ese hermoso hogar, pero que hoy vislumbra en soledad. En ese espejo se refleja la imagen de mi abuela, más sombría y vacilante de lo normal.

Después de varios días de observarla, un día decidí compartir con ella una tarde frente al espejo. Me detuve a ver a mi abuelita y al espejo por horas, pero como soy un poco parlanchina, mi boca no paraba de hablar.

Buenas tardes, abuelita, soy Isabella, ¿me recuerdas? - . Ella me miraba vagamente y volvía su mirada al espejo.

¿Recuerdas cuando me arrullabas en el coche?, ¿cuál era mi canción favorita?

Ella no soltaba ni una sola palabra, su mirada estaba apasionada frente al espejo. Decidí callar y mirar junto a ella el espejo. ¿Qué pensaba?, ¿me estará escuchando? Cuando de pronto algo sucedió; podría ser magia o espejismo, no lo sé, pero de la nada, una lucecita comenzó a brillar dentro del espejo, pensé que era algún reflejo, pero vi cómo se acercaba a nosotras, no sabría describir la sensación: miedo, ansiedad, por unos segundos sentí como el espejo me llevaba, me transportaba como una sonda mágica succionadora; mi lengua se congeló, no podía mencionar palabra, pero sentí un poco de paz, cuando la mano de mi abuela se estrechaba con la mía.

Luego mis ojos comenzaron a sentir una comezón por la fuerte luz que percibían, sentí una mezcla de sensaciones, que no podría definir, estaba en un mundo desconocido, donde como mi abuelita, había muchos abuelitos, todos sonrientes caminando por bosques floridos. Por primera vez vi a mi abuelita sonreír, desde esa fatídica noche, la miré y mis ojos se llenaron de lágrimas, al ver una mirada serena, con destellos de felicidad y ella caminando a mi lado.

¿Dónde estamos, abuelita? - le pregunte.

Ella sin titubear me respondió:
En donde deseo estar.

Parecía algo hermoso e inofensivo ese lugar, real o imaginario, no lo sabía. Pero mi corazón estaba algo intranquilo, comencé a inspeccionar por cada rincón, como cual explorador busca sin saber que encontrará. A lo lejos percibí algo que no parecía formar parte de tan hermoso lugar, eran un bosque oscuro, acompañado de árboles negros que cercaban todo ese jardín.

Con pasos lentos, como cual tortuga, decidí acercarme a ver de qué se trataba, senté el regazo de mi abuela sobre el césped, para que contemplara las flores de mil colores que estaban allí y me retiré suavemente. Di unos pasos largos y comencé a sentir un frío penetrante y un eco de una voz, que podría describir de color gris agudo, con tinte de maldad; al acercarme un poco más, pude ver una serie de máquinas que contenían líquidos de un color difícil de precisar, yo sabía que algo pasaba allí.

Seguí penetrando en ese mundo de oscuridad y tinieblas cuando volví a escuchar voces:
Don Alzheimer
- Ya está todo preparado.

¿Alzheimer? no sabía quién era, mucho menos cual eran sus pretensiones, pero creo que nada buenas. Decidí acurrucarme por un largo tiempo a observar qué era lo que sucedía. Mientras tanto, a través de un gran ventanal, podía ver a los abuelitos, no podría calcular el número, eran miles de abuelitos que estaban en ese lugar, veía como ellos sonreían, jugaban con los niños y ellos muy atentos escuchaban sus historias, otros estaban cuidando animalitos y sembrando hortalizas. Respiré profundo, ellos se sentían amados, escuchados, valorados y en especial útiles, parecía el mundo ideal para ellos, pero ¿qué pretendía don Alzheimer?, ¿qué buscaba en ellos?, esa era la pregunta que divagaba en mi mente y no podía salir de ese lugar sin saberlo.

Un poco cansada de estar agachada, tratando de averiguar qué sucedía, escuché algo que me ayudó a comprender la situación. Alzheimer con orgullo vociferaba:

¡Ya, falta poco, si la gente sigue dejando a los abuelitos solos en sus recuerdos, podré robarme toda la sabiduría que habita en ellos y me convertiré en un ser poderoso y sabio, que podré apoderarme del mundo entero!

Conociendo las malas intenciones de Alzheimer, traté de correr, aunque mis pies algo congelados de estar inmovilizados, no tenían la fuerza y rapidez que yo deseaba, sabía que debía sacar de ese lugar a mi abuelita y a los otros abuelos, dentro de poco perderían todos sus recuerdos, sus conocimientos, sus habilidades. Pero cuál fue mi sorpresa cuando al tomar de la mano a mi abuelita, ella no quiso seguirme y volver a nuestro mundo real, ella con voz suave y tierna, como yo nunca la había escuchado, me susurró:

Déjame acá, aquí soy feliz, siento que me escuchan, no hago estorbo a nadie, me cuidan con cariño, acá me siento bien.

Mi corazón y voz enmudecieron, en mi garganta sólo sentía un nudo que, si tocaba palabra alguna, sabía que lloraría sin parar, pero no podía dejarla allí, ¿cómo explicarle a mi abuelita?, que solo querían aprovecharse de ellos y robarles toda la sabiduría y la experiencia, y que si la dejaba en ese lugar la perdería para siempre. No aguanté el llanto y de mis ojos brotaban lágrimas cual cascada arrastrada por un sin número de ríos, giré la mirada a todos lados, vi tantos abuelitos en la misma condición de mi abuelita, me sentí culpable, frustrada, impotente; porque sabía que todos éramos culpables de esa situación, por haber permitido que ese don Alzheimer, estuviera aprovechando la situación y tomar a esos seres que tanto amamos, para destruir poco a poco sus vidas.

Me sequé los ojos y decidí que la decisión estaba en mis manos y en la de tantos niños, joven y adultos, que

dejamos a los abuelos en un segundo plano, los aislamos en una silla frente a un televisor, cuando ellos piden a gritos ser escuchados, ser tenidos en cuenta y valorados.

La situación debía cambiar, debía demostrarle a todo el mundo que podemos combatir a ese Alzheimer que, desde nuestros hogares, en familia podemos ayudarles, acompañarlos, regalarles tiempo, escucharlos, salir de paseo, entonar una canción juntos, ver fotos y que nos narren sus aventuras de amor y desamor, dibujar y jugar con ellos y para ellos, hacerles ver que son importantes para nosotros. Era una misión que con amor se puede realizar, tomé fuerzas desde el fondo de mi corazón, me sequé las lágrimas que me quedaban en el rostro y con la voz susurrante, tomé a mi abuelita de las manos, la miré a los ojos y con infinito amor le dije al oído:

Abuelita, te amo y te necesito; ven conmigo.

Los ojos de mi abuelita volvieron a brillar, salió conmigo de ese espejo que me hizo ver la verdad, que me hizo despertar del conformismo que muchos estamos. De ahora en adelante, llevaría el mensaje a todas las personas que conozco y no conozco, a las poblaciones lejanas y cercanas de la importancia de cuidar y proteger a nuestros seres amados como son los abuelos, desde niños podemos hacer cosas por los demás, y así, el mundo se llenará de color y no vendrá ni Alzheimer, ni ningún otro mal, que quiera destruirlos.

EL CANTO DEL ALJIBE



Autor: Arledy Hernán Moreno Camargo
Institución Educativa Juan José Neira
Municipio: Gachantivá

La llamaban Furia, y sólo cuando se nos abalanzó, ondeando su bastón en el aire, entendí el porqué.

Mis amigos se habían cambiado el nombre por el de corredores de autos; a mí me habían bautizado Montoya, después de superar las pruebas para ser parte de su equipo. Hablaban en clave para mantener en secreto sus carreras clandestinas; *piques*, así les decían. A los autos los llamaban bólidos, y a cada vuelta que hacían sobre una pista, cavada al lado del aljibe, le decían *lap*. ¡Qué sitio tan raro para hacer una carrera de autos! Esa tarde comprendí todo, los bólidos eran las ranas del aljibe.

Furia se acercó a nosotros, amenazante, y mis amigos huyeron. Yo, en cambio, me quedé paralizado esperando el golpe. Ella se detuvo frente a mí, lista para golpear. Entonces nos reconocimos: *Furia era mi abuela*.

La relación con ella se reducía a un abrazo y una caricia momentánea cada año al salir de la iglesia, luego de la misa en memoria de mi mamá. Dicen que perdió la razón cuando su hija murió; desde entonces, mi papá y ella se habían alejado casi por completo. Yo era el único familiar que le quedaba. Bajó su bastón y me miró con un gesto de decepción. Levantó las ranas y las puso de nuevo en la risga que se alzaba cerca del aljibe; destruyó la pista a pisotones y se alejó. Corrí para alcanzarla, y al sentirme cerca me reprochó:

—¡Mi nieto es un pequeño maleante!

Seguí caminando tras ella en silencio. Llegamos a una casita de bahareque y tejas de barro. Dentro estaba

muy oscuro. En un mismo cuarto tenía la estufa, la cama y una mesita de madera que separaba la habitación de la cocina. Me senté en un taburete cerca de la estufa. Ella encendió el fogón y puso una olla.

—¿No me va a hablar, niño? Parece un conejito asustado.

En ese momento se escuchó un golpe en el techo; luego, varios seguidos, y el sonido de las tejas quebrándose. Desde afuera le gritaban:

—¡Vieja bruja... deje libre a Montoya!

Mi abuela se arrimó a la puerta; yo me agarré de ella para que no saliera.

—Déjelos abuela, ya se irán.

El apedreo duró otro tanto y al fin se detuvo. Estuvimos en silencio un buen rato.

Me tengo que ir —le dije.

¿Me va a dejar la sopa preparada?

Me sonrió por primera vez en toda la tarde. Yo me tomé la sopa con el gusto de que mi abuela me hubiera perdonado. Se acercó al fogón, atizó las brasas y, tal vez para explicar su actitud en el aljibe, empezó a narrar:

«—En el origen, Madre Tierra ardía sin poder apagarse; así que el espíritu de la luz se compadeció y llamó al viento para pedirle que hiciera llover. El viento cubrió a Madre con un manto de nubes y las gotas que cayeron de ellas apagaron el fuego que la atormentaba.

»Sobre su piel húmeda brotaron hierbas que cubrieron sus cicatrices. Madre hizo nacer de sus entrañas todo tipo de animales y, entre ellos, al hombre. Todas las criaturas agradecieron a los espíritus cantando. Pero a la Oscuridad no le gustaron los cánticos que escuchaba, y en el abismo planeó cómo destruir a Madre Tierra y a sus hijos. Se disfrazó como fuego y se presentó al hombre en secreto. Con voz dulce le habló en el oído y le prometió hacerlo más poderoso que los dioses. Con ayuda del Fuego, el hombre destruyó los bosques, abrió las entrañas de Madre y arrancó a la fuerza sus tesoros. Enloquecido, sacrificó a muchos de sus hermanos por capricho. Entonces, la Oscuridad quiso también tener el agua para asegurar su reinado, y el hombre aceptó de nuevo sus insinuaciones.

»El espíritu de la luz quiso detener las crueldades del hombre; sin embargo, Madre suplicó compasión para el hombre y apagó la ira del Cielo. La luz ocultó de los humanos las fuentes; agitó las aguas e hizo que brotaran de ella ranas con un canto capaz de convocar el viento y atraer a las nubes cargadas de lluvia. Es por esta razón que, si las ranas murieran, quedaría desprotegido el aljibe.»

Mi abuela se dio la vuelta para cerciorarse de que yo la escuchaba.

Al otro día, mis amigos me revisaban buscando heridas.

- Ella no me hizo nada

- Ees dije.

Chumajer me tomó de los hombros:

- ¿Nada? ¡Pero si es una bruja! Montoya debe estar hechizado.

Yo no me atreví a decir que la bruja de la que hablaban era mi abuela.

- Mi hermano me contó que en clase de biología les habían mostrado cómo abrir un sapo para verlo por dentro

- dijo Sena, y todos disfrutaban de su descripción exagerada, mientras yo trataba de disimular el asco y la impresión.

- Miren lo que me robé de la enfermería —dijo mostrándonos un bisturí con punta de lanza, lo esgrimía, contando su plan con las ranas del aljibe.

Ahí sí no pude quedarme callado y les dije que ya con lo de las carreras les hacíamos bastante daño. Ellos se quedaron mirándome atónitos y tuve que soltar una carcajada.

Fitipaldi dijo animado:

- ¡Vamos este jueves, a las tres!

Estuve de acuerdo, aunque pensaba que mi abuela no me perdonaría si volvía a torturar a esas ranas.

El jueves antes de las tres, y luego de haber pensado cómo salirme de esa, decidí que no iría con ellos. Me adelanté a casa de mi abuela para contarle. Ella se armó con su bastón y salió hacia el aljibe; yo preferí quedarme escondido en la cocina. Luego de unos minutos empezó el alboroto. Me asomé por la ventana y alcancé a verla correteando a mis amigos. Ellos se alejaron gritándole:

- ¡Bruja!

Descansé, ya todo había terminado. De repente, vi a mi abuela en el piso. Corrí desesperado. La llamaba y no se movía. Su cuerpo era muy pesado para mí, así que apoyé su cabeza sobre mis rodillas. Ellos se acercaron asustados, me habían escuchado llamarla abuela. Les pedí ayuda para levantarla, pero salieron corriendo. Luego de unos segundos, mi abuela volvió en sí y me dijo que estaba bien. Sé que lo decía para no preocuparme.

Cuando estuvimos en la casa ya no pudo sostenerse en pie; se recostó, le traje un vaso de agua y le dije que iría por ayuda, pero ella me dijo que no la dejara sola. Al final se quedó dormida y aproveché para ir corriendo al pueblo a llamar a mi papá.

En el hospital nos avisaron que llevaba mucho tiempo enferma de hipertensión y que la remitirían a una clínica de la ciudad. Tal vez el sobresalto de esa tarde agravó su salud. Ver a mi papá preocupado por la abuela me hizo entender que sí le importaba. Esa misma noche se la llevaron a la ciudad. Al día siguiente regresó mi papá y me dijo que la abuela se pondría bien, pero que tendría que pasar unos días más en la clínica. Luego me preguntó qué hacía en ese lugar. Yo no pude decirle la verdad, inventé que había ido allá a descansar un poco y que la había encontrado en el suelo desmayada.

Esa mañana fui a la escuela y esta vez los niños se alejaban de mí y me señalaban:

- ¡Miren, ese es el nieto de Furia, la bruja!

Ya no me molestaba que me relacionaran con ella, lo que me indignaba era que la irrespetaran de esa manera. Sentí ganas de golpearlos, pero opté por escapar de la escuela. Corrí hasta llegar al aljibe y lloré al pensar que no vería otra vez a mi abuela. Las ranas empezaron a croar y, tal como me había contado ella, su canto atrajo el agua. Primero cayó una llovizna ligera y luego una lluvia que antes me hubiera espantado; sin embargo, permanecí allí sin que me importara empaparme, escuchando atento el canto del aljibe... Fue un fuerte aguacero; mi papá dijo que por poco me muero de hipotermia. Duré unos cuantos días en medio de fiebres altas y delirios en los que despertaba llamando a la abuela.

Tan pronto me sentí mejor, le dije a mi papá que debía volver al aljibe. No me perdonaría si esos niños destruían todo. Él me acompañó. Sentados cerca al aljibe estaban Chumajer y Fitipaldi. Les grité furioso:

- ¡Aléjense de ahí!

Ellos me miraron en silencio, avergonzados.

- Ayúdame a alejarlos, papá.

- ¿Por qué? —me preguntó.

- Ellos se han ofrecido a cuidar el aljibe. Han venido cada día desde que caíste enfermo a arreglar el lugar y ayudarme a cuidar a tu abuela.

Me señaló la casa. La abuela estaba recostada y a su lado estaba Sena. Al verme, mi abuela me sonrió y extendió sus brazos. Me lancé sobre ella y nos abrazamos. Luego tomó mi mano, la mano de Sena y las estrechó.

¿Amigos?... - preguntó Sena.

Amigos - le contesté.



LA PROMESA

*Autor: Magda Consuelo Pinilla Monroy
Colegio Guillermo León Valencia
Municipio: Duitama*

Hoy en sigilo deben salir las sillas, el espejo, los cepillos, el secador y los esmaltes. La tía Juana respira hondo y por un segundo contempla el salón vacío. No podrá seguir siendo peluquera pues su gran corazón (miocardiopatía dilatada), es una condición complicada en estos tiempos. Hoy el cartel de la Sala de Belleza Juanita caerá.

Desde pequeños fuimos sometidos al poder de la tía Juana. Así como para los antiguos griegos y egipcios dejarse tocar el cabello implicaba sumisión, de esa manera era la relación que tenía nuestro cabello subyugado a la voluntad de nuestra estilista personal, nuestra Dalila en casa.

Hongo, capul, guama, trenza, rulos de periódicos, pelo corto y hasta ese corte que recibe su nombre en honor al fruto de árboles, que rodean las carreteras en tierra caliente: el totumo. Mi hermana Julia y yo fuimos los modelos de la autodidacta aprendiz, siempre atenta a los cambios de la moda, la que nunca quiso casarse, para fortuna nuestra, la protectora de los castigos de mamá, la ama y señora de nuestras sedosas cabelleras.

No decimos nada. Avanzamos en círculos, cada una encargada de una labor específica en el pequeño rectángulo del salón. Vamos de aquí para allá guardando en cajas o en bolsas lo que tardó muchos años en juntarse. El polvo del perchero, la humedad del lavacabezas, los diplomas de los cursos que hizo la tía Juana. Todo se va juntando en pilas de recuerdos o de escombros.

Hubo épocas de gran prosperidad en que los clientes abarrotaban el espacio y ocupaban las cinco sillas de la sala de espera e incluso pedían turno desde el día anterior para cortar su cabello. Las hubo, también, de angustia en donde en todo el día no entraban ni las moscas a manosear la caneca de la basura. Pero, al fin y al cabo, la tía Juana nunca perdió la sonrisa, ni siquiera ante los clientes más desafiantes. Así quiero recordarla en su espacio sagrado, en las charlas con sus clientes, en las risas de algunos, en las lágrimas de otros, en sus consejos de confesionario. Con ese recuerdo brillante y fugaz quisiera poder mantenerla para siempre, a ella, y su sonrisa.

- Buenas tardes. ¿Hay servicio?

Parece un mal chiste en momentos en los que uno siente ya un vacío en los talones, pero al ver al hombre que pronuncia esas palabras, la tía Juana, Julia y yo nos miramos y sabemos que habla en serio.

- Se demora cinco minuticos, veci. Es que voy para el trabajo —masculla el hombre bajo el tapabocas.



La tía Juana le dice que siga.

Aún no hemos embalado la silla de corte así que con una mezcla de paciencia y nostalgia —que empieza a inundar el lugar, la tía Juana busca entre las cajas hasta hallar una de las capas, las tijeras y la patillera. El hombre se instala en la silla.

En eso tenía razón. El corte usual de hombres suele durar pocos minutos. Una vez puesta la capa se humedece el pelo con el atomizador, se recortan las puntas del cabello con las tijeras, los dedos guían los movimientos mientras cae el cabello a los lados de la silla. Al final, se pasa la patillera para lograr el efecto deseado.

- ¿Y para dónde se pasa, veci?
- Voy a descansar unos días —dice la tía Juana con una sonrisa que disimula a la perfección ese revoltijo de adentro.

El hombre se revisa en el espejo. Se pasa la mano acomodando la parte superior y le alarga a la tía un billete de cincuenta mil pesos.

- ¿No tiene más sencillo?
- No, señora.
- Entonces me da después porque no tengo vueltas.
- Muchas gracias, veci. Sí, señora, apenas pueda yo paso y le pago.

El hombre, la tía, Julia y yo sabemos que esa mentira nos une por un instante, nos hace cómplices de esa ficción: la promesa que se sabe incumplida de antemano y que nos ayudará a vivir el resto de nuestras vidas.

-
Qué Dios lo bendiga!

La tía Juana sacude la capa mientras los pelos forman figuras abstractas en el suelo. Una lágrima se pierde en el borde de su mejilla y da paso rápidamente a una sonrisa que se dibuja como ofrenda de gratitud por los años servidos.

El ritual ha terminado.

Es hora de que caiga el cartel.



¿ALGUNA VEZ HAN VISTO UN AMANECER?



*Autor: Ana Lucia Gómez Chaves
Institución Educativa María Montessori
Municipio: Sáchica*

¿Alguna vez han visto un amanecer? Ese momento en el que el sol nace y acaba con toda la oscuridad y los demonios que trae consigo; en mi opinión, creo que es uno de los momentos más especiales del día. Y no, eso no le quita lo hermoso a los atardeceres, quienes le dan vida a la oscuridad llevándose consigo la portentosa luz del gigante amarillo; al contrario, pienso que también hay que prestarles atención. Y es que, ¿cuántas veces le brindamos más importancia a los nacimientos y a la vida, que a la misma muerte? Ese momento en el que, por más que lo deseemos con todo nuestro ser, sabemos que no hay marcha atrás; ese momento en el que el todo ni siquiera es suficiente.

Y hablo de la muerte, porque tengo en mi vida a Hortensia, una mujer que ya, más que luchar por vivir, lucha por tener una muerte feliz y tranquila. Todos los días, al amanecer, se despierta muy feliz, para luego, ir a la cocina y preparar una enorme jarra de café, que, si me preguntan, creo que es demasiado, pues ella es la única que bebe esa bebida tan adictiva pero tan deseada. Y no, no me preocuparía para nada el que ella se llegase a intoxicar por exceso de café, de no ser porque es mi abuela. Sí, es mi abuela, y, desde que tengo uso de razón, es la única familia que me queda, o por lo menos eso me ha recalcado ella cada día, de cada mes, durante mis 16 años de vida.

Creo que mis padres murieron en un incendio cuando yo aún era una bebé, pero la verdad, no me afecta demasiado, pues cuidar a Hortensia me mantiene muy ocupada; además, vivimos en un valle, cerca de la montaña, lo cual dificulta aún más el contacto con cualquier persona que tenga el atrevimiento de reprocharme por vivir en una casa antigua, junto a una anciana, como si de dos ermitañas se tratase.

Pero, no se dejen llevar por los detalles, pues, pese a que sólo somos las dos en este inmenso lugar, siempre hay algo nuevo que hacer para entretenerse. Por ejemplo, ayer tuve que caminar yo sola, media hora, hasta lo más alto de la montaña, porque necesitaba leña para poder encender el fuego; mi abuela se había levantado con un terrible dolor de pies, y necesitaba acercarse al calor. Y sí, para muchos esto sería un completo martirio, para mí no lo es, porque, cuando tienes algo importante por lo que luchar, un ser querido al cual querer y proteger, ni el sacrificio más grande llega a ser impedimento para preservar ese sentimiento dentro de nuestro ser.

Y eso es justamente lo que me pasa con mi abuela, aunque ella parece no entender. Siempre se enoja conmigo porque me preocupo demasiado por su salud, o porque trato de evitar que se lastime; según ella, ya estuvo en este mundo el tiempo suficiente para ver lo que tenía que ver, y ya siente que debe estar lejos de este mundo, lejos de tanto dolor y sufrimiento, lejos de esos bellos amaneceres que ella me enseñó a amar cuando yo era apenas una niña. Pero creo que eso ya quedó en el pasado, y al igual que todo lo que comienza, esto también tiene un final.

Hoy es miércoles, y al igual que todos los días, debo caminar hasta un pozo que queda cerca de casa, para poder traer agua; y esto sería sencillo, de no ser porque el camino hasta él es todo de subida, y la mayor parte del tiempo tendré que escalar por algunas rocas demasiado filosas para mi gusto.

En fin. Tomo mi cubeta y me dispongo a ir hacia ese pozo. Durante todo el camino pienso en gran cantidad de cosas, desde por qué las aves vuelan, hasta preguntarme hace cuánto que no me corto las uñas de las manos;

pero, sin previo aviso, llega a mi mente un tema que hubiese preferido dejar guardado en lo más profundo de mi ser. ¿Qué pasaría si yo muriera antes que mi abuela? ¿Quién cuidaría de ella?

Ya no quería pensar más en eso. No tendría a nadie que encendiera el fuego para calentar sus pies, no habría nadie que la acompañara a tomarse toda esa jarra de café, y ya no existiría nadie que viera todos esos amaneceres que, entre idas y venidas, siempre tendrían consigo los rostros de una niña pequeña que, con una sonrisa dibujada en su rostro, observaba todos y cada uno de estos magníficos eventos junto a su tierna, aunque ya arrugada abuela.

De pensar en eso, y sin darme cuenta, de la nada empecé a llorar, y a sentir un remordimiento tan profundo que me confundía demasiado; tal vez no habría pasado mucho tiempo a su lado, pero estaba segura de que todos nuestros momentos juntos fueron increíbles, incluso si estar a su lado significaba estar toda una tarde tan sola viéndola a los ojos mientras su mirada se perdía en el horizonte, o bien, cuidarla todo el día cuando se encontraba enferma. Estaba segura de que sin importar cuál de las dos se fuese primero, la una recordaría a la otra para siempre, o por lo menos eso quería pensar yo.

Hortensia siempre había sido una mujer terca, pero eso nunca le impidió criarme y cuidarme desde que perdí a mis padres. Ella fue quien cambió mis pañales, con ella di mis primeros pasos, con ella aprendí lo poco que se de esta abrumadora, pero tan significativa existencia.

Entre lágrimas y recuerdos, conseguí llegar hasta el pozo, y por primera vez en mucho tiempo, me tomé un momento, me senté, y me dispuse a observar con calma al lugar que me vio pasar mis años. El valle era hermoso; sus campos tan verdes, se parecían a las esmeraldas que sacaban de una mina, cerca del pueblo, al que muy pocas veces había ido. El agua del río que atravesaba el valle de extremo a extremo; esas aguas en las que, desde muy pequeña, yo me había bañado, y a las cuales había ido a acompañar a mi abuela para que pudiera lavar la ropa, mientras yo me distraía jugando con alguna rana que saltara por ahí. Esos colores que tanto resaltaban, y que más bien se asemejaban a esas cobijas que las abuelas tejen para sus nietos, y que suelen estar llenas de parches, pero que, a pesar de eso, no se comparan con ningún otro manto. Ese valle que, sin reclamo alguno, nos había aceptado a mi Hortensia y a mí para poder habitar en él.

Y sin darme cuenta, se había hecho casi de noche, y me correspondía a mí, por respeto, contemplar el atardecer de aquel día tan amargo, en el cual mi vida y la de mi abuela habían pasado frente a mis ojos. En definitiva, ver los atardeceres es completamente diferente a ver salir el sol; la tristeza, la melancolía, el vacío que se siente al saber que, en algún lugar del mundo, una vida se oculta, al igual que lo hace el sol cuando sabe que ya ha cumplido un ciclo. Un ciclo durante el cual dio todo de sí, dando luz a tantas vidas como le fue posible, cuidando de los peligros de la oscuridad a quienes se refugiaban bajo su caluroso manto para buscar calor.

Ya era muy tarde, así que decidí bajar, pues de seguro mi abuela ya me estaba esperando para que le llevara su cubeta llena de agua para preparar su enorme jarra de café al día siguiente. Sin embargo, cuando ya estuve cerca de la casa, vi como la vela que siempre estaba encendida en el cuarto de ella se apagaba lentamente, como no queriendo irse. Apresuré el paso, pero para cuando llegué, ya todo había pasado, y no estuve ahí para ella. Hortensia se había quedado dormida con los brazos recogidos sobre su regazo, como solía hacerlo siempre; solo que, esta vez, se encontraba en un sueño del cual nunca despertaría. Un sueño al que todos temen, pero que no comprenden. En pocas palabras, un atardecer.

Me quedé sentada a su lado por un buen rato, tal vez horas, no lo sé. Pero ya no tenía sentido hacer eso, pues ella ya se había ido. Me levanté, tomé la cubeta de agua, y me dirigí a la cocina. El reloj marcaba las 5 y 30 de la mañana. Preparé una jarra enorme de café, tal y como Hortensia solía hacerlo, y me serví una taza, para luego ir a sentarme en una silla que se encontraba a las afueras de la casa. Estaba por amanecer.

¿Alguna vez han visto un amanecer? Ese momento en el que el sol nace y acaba con toda la oscuridad y los

demonios que esta trae consigo; hasta hace unas horas, me parecía el momento más especial del día, pero ahora lo entiendo todo. El mejor momento del día son los atardeceres, pues nos hacen reflexionar sobre lo que dejamos ir durante todo ese tiempo que se nos da; nos hace ver con claridad nuestras prioridades y darle mayor atención a lo que en verdad debemos cuidar. Nos hace ver lo perfecto y lo trágico de una muerte, para así darle más sentido e importancia al nacimiento de algo nuevo. Nos hace sentir lo que es morir, para poder volver a vivir.

Ustedes, ¿alguna vez han visto un amanecer?



DESAPERCIBIDO

Autor: Mónica Yohanna Lara Páez
Institución Educativa José María Silva Salazar
Municipio: Buenavista

Nadie imagina el peso que *Cuidado* lleva sobre sus hombros. Desde el momento que se augura la vida, él llega a cumplir su rol fundamental. Con el anhelo de recibir un bebé sano y fuerte, los progenitores inician la ardua tarea de tomar todas las medidas y precauciones necesarias para que tanto el feto como su madre estén bien durante la gestación. La vocación de *Cuidado* lo impulsa a acompañar a los emocionados padres en cada decisión que toman. De esta manera, la dieta, el manejo de emociones, los horarios de sueño, todos los aspectos referentes al estilo de vida de estos nuevos padres entran a ser mediados por *Cuidado*, en pro del bienestar de aquel ser próximo a nacer y de la familia que lo acoge.

Se podría pensar que una vez nace el tan esperado bebé, la misión de *Cuidado* termina, pero no es así. Por el contrario, su labor se intensifica. Cuando el bebé se encontraba en el vientre de su madre estaba más seguro. Ahora, con los ojos abiertos a la luz del mundo, este ser indefenso está expuesto a un sin número de situaciones en las cuales tendrá que ser protegido por sus padres y por supuesto, por *Cuidado*. Desde el nacimiento, alzar al bebé, sacarle los gases, bañarlo, alimentarlo, son tareas en las que él se vuelve imprescindible.

Con el paso del tiempo, el bebé se ha convertido ya en un niño un poco más grande e independiente. Sus padres aún lo protegen, sin embargo, ya no como antes. En su afán de conocer el mundo, el pequeño explorador se aventura a experimentar nuevas sensaciones. Así, incursiona en diversas situaciones en las que empiezan a aparecer raspones, rasguños y moretones. A pesar de que sus padres siempre le dicen que ande con *Cuidado*, la omisión del niño a este consejo raramente lo deja terminar un día ileso.

Gracias a su vasta experiencia, *Cuidado* ha aprendido a no preocuparse por esos percances, siglos y siglos al lado de los humanos le han enseñado que ellos son necios. A medida que crecen, el miedo, la desconfianza y las inseguridades les enseñan a tenerlo en cuenta, se vuelven más precavidos, aunque en muchos casos, no lo suficiente. Los adultos son más predecibles y rutinarios, muy en el fondo, *Cuidado* prefiere estar pendiente de los niños pues entre tanta diversión y ocurrencias siempre está a la expectativa. Sin embargo, el pequeño bebé que estaba hace un tiempo a su cargo, ya hoy es un hombre que espera a su primer hijo, por su puesto, con ayuda de *Cuidado*.

La existencia de *Cuidado* no le da tiempo para el descanso, día, noche, festivos y dominicales, y hasta horas extra, está siempre al tanto de los miles de seres que simultáneamente están a su cargo. Omnipresente, omnipotente, imprescindible, pero aun así desapercibido e ignorado, como lo diría alguna vez Cerati: “Nadie sabe de él, pero es parte de todos”. Durante sus largas jornadas observa como los humanos lo tienen en cuenta tan incons-

cientemente. Encender la estufa, revisar las llantas del carro, preparar los alimentos, sacar el paraguas, jugar con las mascotas, tomar una fotografía, lavar el rostro, peinar el cabello, en cada simple acción, tan mínima, tan repetitiva, tan común, tan rutinaria, él está inadvertidamente presente.

Su trabajo no es sencillo, una especie tan compleja como la humana demanda mucho que hacer. Se le ve atareado, corriendo de lado a lado, atento cada vez que alguien lo evoca para que acompañe a sus seres queridos. Siempre que escucha alguna persona decir: “Vaya con Cuidado”, se apresura para cumplir su tarea con eficacia. A veces, siente que no le agrada a la gente, muchos lo hacen a un lado, lo ignoran, lo pasan por alto. Eso es quizá lo más duro de su labor. Por más que trata y que se esfuerza, es complicado cuidar a los humanos cuando ellos no permiten que camine a su lado. A pesar de que insiste y lo intenta, cuando la gente decide andar sin Cuidado suceden cosas trágicas, incluso a veces fatales.

Acostumbrado a la rutina, *Cuidado* continúa sus labores por todo el mundo, sin esperar reconocimiento ni adulación por su trabajo, sólo desea sentir la satisfacción del deber cumplido. Súbitamente un día, de la nada, la gente empezó a hablar de su importancia. Cuando escuchó los primeros rumores, pensó que sería algo pasajero; los humanos suelen hacer alboroto por todo. Pero con el pasar de los días, cada vez más y más se escuchaba entre los humanos de todo el mundo lo fundamental que era *Cuidado* para la vida en todo el planeta. De tanto escuchar su nombre por todo lado, empezó a sentirse halagado. Pasó de ser un tema inadvertido a convertirse en parte central de todas las acciones de las personas. Como siempre, él se encontraba en cada situación, pero ahora la gente era consciente de ello y eso facilitaba mucho las cosas.

La creciente fama de *Cuidado* se hizo evidente. Ahora no sólo resonaba entre la gente, además aparecía en televisión y en montones de publicidad que se podía observar en las calles, en todas las ciudades, en todos los idiomas. Entre tanta dicha, *Cuidado* no se había detenido a pensar el porqué de su repentina gloria. Sólo le importaba que ahora no sólo los médicos lo mencionaban, por lo contrario, todas las personas lo aclamaban. *Cuidado* estaba contento, no se cambiaba por nada.

Deleitado en júbilo, no imaginaba lo que se avecinaba. De repente, los noticieros encendieron alarmas. Las cifras de contagiados y muertos por el virus que ahora azotaba el planeta iba en aumento por falta de *Cuidado*. ¿Qué significaba eso que estaba escuchando? ¿De qué virus estaban hablando? ¿Cómo que por falta de Cuidado? La vanidad de la fama y la gloria lo cegaron e ignoraba que su popularidad se debía a que una enfermedad capaz de transformar las dinámicas del mundo había surgido, y que la clave para evitarla era el *Cuidado*, lo que significaba que su trabajo no era más sencillo como él lo había pensado, ahora su responsabilidad era mil veces más grande.

Consciente de su descuido, *Cuidado* puso de nuevo los pies en la tierra. Inmediatamente retomó su trabajo, esta vez con más ahínco y olvidando distracciones, no había tiempo de pensar si la gente lo nombraba o no. La inclemencia del virus había sido tal que mundialmente se habían tomado medidas severas que obligaban a los humanos a prevenir a toda costa el contagio. Así, con el apoyo de los humanos, eficazmente *Cuidado* logró que se redujera significativamente el impacto del virus. Incluso en las primeras ciudades donde surgió la enfermedad, ya se declaraba el primer día sin nuevos contagios e incluso sin muertos.

Al observar los resultados de su oportuna intervención, *Cuidado* sintió un alivio. Lamentaba la tragedia que en su descuido se había presentado, pero sentía que de cierta manera ya había resarcido su error. Ahora la situación mejoraba, a nivel mundial el virus parecía perder fuerza; sin embargo, las comunidades médicas insistían que era necesario mantener las medidas para evitar un nuevo brote del virus. *Cuidado* estaba determinado a no dar su brazo a torcer, incluso con aquellos que eran tercos y no le prestaban atención. La gente parecía consciente y se vaticinaba la exterminación del virus.

Con el pasar de los días todo pintaba muy bien. La “normalidad” volvía paulatinamente y el miedo de la gente se hacía cada vez menor. La decadencia del virus hizo que los humanos lo subestimaran. A pesar de los

esfuerzos de *Cuidado*, la gente cada vez era más indiferente a las medidas de prevención e incluso hacían virales prácticas absurdas que los ponían en mayor riesgo, se creyeron totalmente inmunes ante “un virus falso creado por los medios para dominarlos”.

Cuidado estaba agotado. Aquellos que lo tenían en cuenta ya eran muy pocos, tan sólo unos cuantos cubrían su rostro o se lavaban las manos con frecuencia. La mayoría andaba en las calles, de fiesta, en reuniones sociales. Las medidas de los gobiernos también se minimizaron. *Cuidado* volvió a ser un don nadie, ni para las actividades rutinarias lo tenían en cuenta. Aquellos que sobrevivieron al virus se creían invencibles, la soberbia del ser humano era increíble.

Absorto ante la indiferencia de la gente por el bienestar de los otros, *Cuidado* pensó un día si valía la pena tanto sacrificio. Cansado de insistir, rodeado de seres despreocupados y egoístas, decidió desaparecer sin dejar rastro. Como era de esperar, el retorno del virus se dio en un abrir y cerrar de ojos. Los contagios y los muertos incrementaron. La gente estaba desesperada, pero no sabían qué hacer, estaban condenados al sufrimiento perpetuo en un mundo donde se había perdido la noción de *Cuidado*. Ahora, ¿qué podrían esperar?

LOS CABALLEROS DE LA ARMADURA BLANCA Y SU BATALLA CONTRA EL REY COVID



*Autor: Blanca Doly Abaunza Cuellar
Institución Educativa San Pedro Claver sede Anexa
Municipio: Puerto Boyacá*

En la tierra del gran Dragón, más allá de la muralla, caballeros de armadura blanca, conocidos como curanderos o sanadores, dejándose llevar por el mal incumplan su pacto de protección a la Humanidad, dejando en libertad a un terrible enemigo y sus ejércitos...

Era el undécimo mes del año, el invierno se aproximaba y un cielo rojo no a las fiestas navideñas de fin de año... sino lágrimas de desolación y muerte, niños, jóvenes, ancianos, mujeres y hasta hombres de físico fuerte, fueron cruelmente atacados por el rey COVID, dolores de garganta, asfixia, tos incontrolables, fiebre y, finalmente, la muerte, era la estrategia de guerra de un enemigo jamás antes visto... Ordenaban marca el pecho de sus víctimas con una corona, por lo que también fue conocido como “coronavirus”.

Las noticias de tan cruel enemigo y sus poderosos ejércitos llegaron rápidamente a todos los rincones de la Tierra, pero los reyes de cada nación se burlaron pues creyeron que con sus armas de destrucción masiva y su gran poder económico era suficiente para contrarrestar la intención de destrucción del rey COVID. Los Caballeros de Armadura Blanca, guiados por sus líderes desde la OMS, tomaban medidas que permitiera restarle fuerza de propagación al enemigo.

Grandes batallas se llevaron a cabo en la península de la gran Bota, pero hasta la fortaleza del rey de sotana blanca caía ante un enemigo invencible, los muertos se contaban por miles y el miedo invadió el corazón de los hombres de las cinco grandes regiones y sus reinos... Sus habitantes corrieron a esconderse en cuevas, cavernas, en altas montañas y cerraron sus puertas a amigos, familiares y a extraños. Los grandes mataderos de todos los bebedores de vodka, los galos y hasta los impecables hombres que habitaban la de gran reloj, se cubrieron a los ataques del ejército COVID... Había sobrevivido a las grandes guerras mundiales, pero se verán vulnerables antes el poder del gran rey COVID.

El gran rey del norte, se rio de su enemigo e incluso lo tomó como el producto de la imaginación a una estrategia de terrorismo económico de los demás reyes e incluso en caso que existiera, le pareció insignificante ante su poder, decidió retirar el enviado a sus tesoros a la OMS y se mofa de los Caballeros de Armadura Blanca que tenía a su servicio.

Consejeros reales, asesorados por los Caballeros de Armadura Blanca del gran consejo mundial, enviaron masiva con estrategias simples, pero efectivas que no solo les restaban fuerza a los ataques de enemigos sino evitaban su propagación. Cuando el rey de los antiguos Chibchas promulgó el siguiente edicto:

“A partir de la siguiente luna llena, en todos los hogares, se debe acatar las siguientes recomendaciones de manera obligatoria y quien no la acate pagará el impuesto real de 936 monedas de plata. Permanecer en los castillos, aldeas, chozas, cuevas y cavernas sin salir de ellas y confinados por un periodo de cinco lunas llenas, usar un yelmo que cubrirá su boca, lavarse las manos muy frecuentemente con raíces antibacterianas, no abrazar ni besar a otras personas inyectando a familiares, no reunir a un número mayor de diez habitantes, comuníquese y cúmplase”.

Firmado por su majestad el rey Carlos Alberto.

Pero después de dos lunas llenas un asesor del rey Carlos Alberto, conocido como el gran siervo, sugirió al rey que las medidas tomadas debías ser abrogadas pues el tesoro real se vería afectado en gran manera, sólo una gran líder de la gran Bota oponía abrogar el edicto, pues creía fervientemente que eran prioritarios, proteger y salvaguardar la vida de cada de cada hogar, antes de preocuparse por los impuestos.

Pero el siervo no sólo era el gran problema, también los hogares estaban acostumbrados al poder embrujado de la chicha, al folklor e ir en contra de las normas lo que causó que muchos de ellos perdieran la batalla contra el ejército COVID. A pesar de las nefastas noticias mundiales eran común, observar en los caminos a muchos pobladores en sus mulas, caballos, carruaje e incluso a pie compartiendo de un vaso de chibcha o en danzas ancestrales, poniendo excusas antes las autoridades reales, tales como lo estamos cansados de estar confinados a ese tal COVID no existe.

Es triste observar mientras los Caballeros de Armadura Blanca, luchaban hasta la muerte por enfrentar los ataques agresivos del ejército COVID, muchos no sólo creían y ponía en riesgo sus vidas, sino también la de sus seres queridos. Líderes del mundo decidieron cancelar por prevención de guerras, los juegos ofrecidos a la divinidad del olimpo y aplazarlos al igual que muchos otros encuentros en un futuro cercano que les ofreciera seguridad y la protección de la vida de todos sus participantes.

Escuadrones de valiente guerreros, empezaron a usar extrañas armaduras, que sólo los dejaba ver los ojos a través de una ventanilla de cristal, nadie podía saber quién usaba aquella armadura, podían ser hombre, mujeres, ancianos, LGTBI, afros, indígenas, aros, amarillos, cristianos, mahometanos, brabámanos, budistas, judíos, comunistas, capitalistas o ateos, todos parecían iguales. Iban por el mundo luchando contra el ejército COVID fumigando, limpiando, sugiriendo a las personas a cumplir los edictos reales asesorando cómo volver a sus labores diarias cumpliendo las normas de bioseguridad pues era entendible la necesidad de trabajar para poder comer, pero sin poner en riesgo su vida o la de sus familias.



Durante la octava luna del año, después de casi un año entero de lunas de grandes batallas, de grandes derrotas, pero también de grandes victorias. Un alquimista perteneciente a los Caballeros de Armadura Blanca logró cambiar las raíces y los animales necesarios para crear una pócima que le daba una fuerza interior al hombre que la bebiera para enfrentar a los ejércitos COVID, sin recibir ningún daño. Gritos de alegría y de felicidad, de esperanza y agradecimiento a Dios se escucharon en todos los idiomas por todo el mundo, casi al tiempo que el alquimista del reino del gran reloj, un alquimista del reino del norte y otros del reino del Dragón también anunciaba sus descubrimientos.

No era la victoria de un alquimista, no era la victoria de uno de los Caballeros de Armadura Blanca, no era la victoria de un solo hombre, o de tres, era la victoria de la humanidad, que por primera vez pudo ver con el ejército COVID retrocedía y el rey coronavirus sentía miedo y preconció la idea de ser vencido. Ahora el problema era hacer llegar una dosis de la pócima de cada habitante de la Tierra y para eso se necesitará el apoyo de los tesoros reales de cada reino existente.

A pesar de las excelentes noticias era necesario, continuar con un confinamiento inteligente mientras llegaba la pócima a los castillos blancos y se les suministrara a cada persona, uno de esos castillos se dio a conocer el gesto de nobleza de un anciano que sugirió a un Caballero de Armadura Blanca dar prioridad a los jóvenes sobre los adultos mayores, al ceder su tina térmica utilizada por contra restar los fuertes escalofríos causados por un guerrero COVID que también atacaba a un joven de 17 años que se revolcaba de dolor por no haber una tina disponible, aquellas palabras tan nobles retumbaron en los castillos blancos de todo el mundo y empezaron a dar prioridad a los jóvenes, cuando las tinas termales eran insuficientes para los heridos en la batalla contra el ejército COVID.

Infortunadamente por la irresponsabilidad y la falta de credibilidad en los caminos, en las aldeas y muchos lugares, se aseguran escuchando gritos de dolor, que manifestaba por su culpa que por no usar el yelmo que cubriera su boca, iba a morir y otros gritaban: “¿Por qué no me alejé de esas personas?, si hubiera acatado el edicto real, mi hija no hubiera muerto”. Hay muchos reyes, incluso el gran rey del norte, ha tenido que reconocer que se equivocó y que el acatamiento de las sugerencias de bioseguridad son periodistas.

Hoy toda la humanidad rinde honor a los verdaderos héroes, a los Caballero de Armadura Blanca, a los sanadores, a los curanderos, aquellos hombres que pusieron sus vidas en riesgo para salvaguardar a muchos desconocidos. Pronto el gran rey COVID será vencido a los hombre escondidos, en las cuevas volverá a casa, muchos volverán a reencontrarse con sus seres queridos, muchos vivirán en el recuerdo porque perderán la batalla, pero, finalmente, todos tendremos que adaptarnos a un nuevo mundo, un mundo diferente al que conocimos hace pocas lunas grandes, porque tampoco debemos olvidar que hay Caballeros y alquimistas de Armadura Blanca que se dejaron seducir por la oscuridad, que se poseen en su poder las llaves de muchos reyes virales y sus ejércitos de muerte, pero con fe en Dios, la cooperación mutua, la colaboración, solidaridad y unión de la Humanidad puede superar cualquier enemigo. Esperaremos que la batalla la vamos a ganar contra el REY COVID, con bombos, platillos, acordeones, guitarra, merengues, dulces, quesillos, empanadas y un fuerte abrazo.

¡QUIERA DIOS QUE YO APAREZCA!



Autor: Yecidth Sierra Herrera
Institución Educativa La Esmeralda
Municipio: Chivor

Y despertó un día aquella persona en un apartamento sólo, se sentó en la cama, miró a todas partes, no vio a nadie. Recorrió curiosamente el espacio, gritó: “¿Hay alguien?”, pero nada. No sabía su nombre, distinguía las cosas, pero no sabía cómo. Su cabeza lo atormentaba: “¿Qué día es hoy?, ¿qué horas son?, ¿qué hago? ¿trabajo?, ¿estudio?, ¿casado?, ¿tengo alguna pertenencia?”. De repente, en un inesperado instante de lucidez, decidió buscar afuera algo que le ayudara a resolver tantas dudas. Se vistió rápidamente y salió.

El sol brillaba con gran intensidad en medio de un vasto espacio azul, las calles desoladas, a lo lejos un suave murmullo, era una radio en la que se recomendaba el constante lavado de las manos, de respetar la cuarentena y del alarmante aumento de contagios: “Ayer seis nuevos casos en Boyacá”, decía. Caminó algunas calles, vio a un grupo de personas con tapabocas una detrás de otra (a dos metros entre sí, más o menos) a la entrada de una pequeña tienda de víveres. Observó cuidadosamente para ver si reconocía a alguien, pero nadie le pareció familiar. Se colocó al final de la fila a esperar.

El televisor de la tienda estaba encendido, hablaban algunos funcionarios de la Secretaría de Educación de Boyacá, explicaban las pésimas condiciones de conectividad de Internet en todo el departamento y la difícil tarea que estaban afrontando la mayoría de las instituciones educativas para desarrollar las labores académicas, que para contrarrestar esa terrible situación se vieron obligados a entregar a cada estudiante talleres de todas las áreas, lo que suponía un aumento demasiado considerable en gastos... Estaba a punto de llegar a la puerta cuando de repente pensó: «¿Qué estoy haciendo aquí?». Buscó en los bolsillos, pero no encontró nada de dinero, además no sabía que quería comprar, entonces, decidió retirarse de la fila.

Caminando lentamente pensaba: «Puede que yo no sea político, tampoco trabaje en televisión, parece que nadie me conoce, no distingo a nadie de los señores de la Secretaría de Educación y creo que nunca he visto al señor de la tienda».

Un poco más adelante, a la entrada de un colegio, vio que estaba una señora muy diligente, carismática y atractiva en compañía de un señor alto, fornido, de bigote. Empacando varias cajas, que, al parecer, contenían un montón de talleres que serían entregados en las veredas. Se acercó sigilosamente y pudo escuchar al hombre que se comunicaba con alguien por teléfono:

“Yo estoy en las mismas, me llaman a cada rato, el WhatsApp ya no aguanta un mensaje más, no sé cómo distribuir mi tiempo para que alcance, y como si fuera poco, doña Federica la mamá de Pepito quiere que sólo la atienda a ella, dice que su hijo también es importante, que cómo a los hijos de doña Saturdina si los atiende. Además, el señor rector ya está pidiendo los nuevos talleres, pide mayor flexibilidad sin olvidar la transversalidad coherente que deben tener, sin embargo, yo me esmero por atenderlos de la mejor manera posible”.

De pronto el hombre del bigote lo mira, le hace un ademán con la mano, sin dejar de hablar por teléfono. Haciendo que aquella persona corra sin rumbo creyendo firmemente en la posibilidad de no ser un docente.

Ya cansado, a la entrada del pueblo, se acercó a una pequeña casa, miró por la ventana, vio a dos niños muy



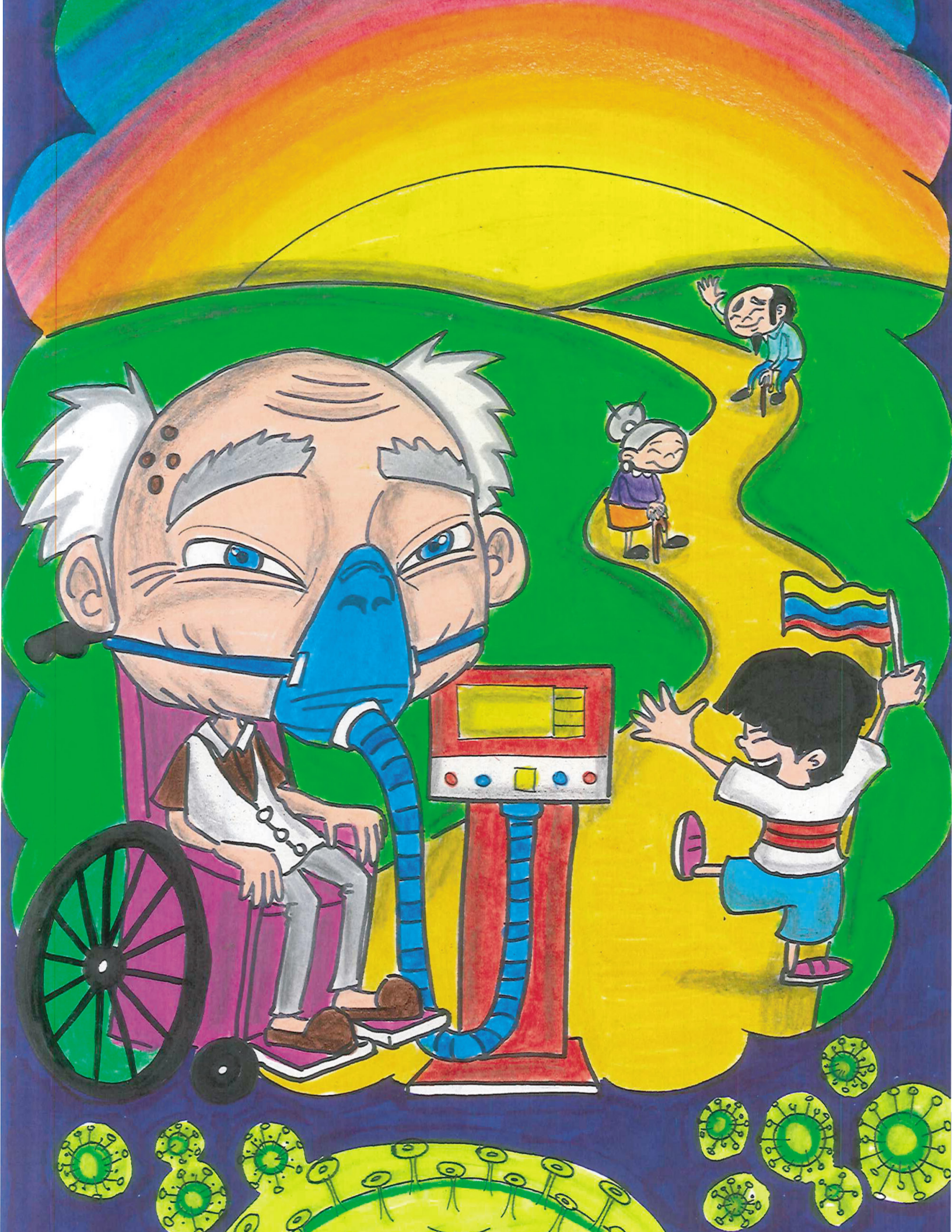
juiciosos haciendo las tareas. La niña desarrollaba un taller de estadística mientras su hermano estaba terminando el de filosofía, se podía experimentar un ambiente de paz y armonía. En la cocina, la madre le contaba a su esposo que fue necesario llamar varias veces al profesor en busca de asesoría,

—Pobre profe, ya lo sentía estresado —decía.

—Buenas tardes —escuchó de repente, era un hombre que venía del campo, traía su azadón en el hombro, y al no recibir respuesta, se alejó con una cálida sonrisa mientras decía: —Que tenga un feliz resto de día.

Al ver que el sol se ocultaba tras los cerros y que poco a poco se acercaba la penumbra, caminó en dirección a su origen, pensando que tal vez no era padre, no era hijo y tampoco en el campo trabajaba.

Como no halló su residencia, se acostó mirando al cielo en un cálido prado, siempre pensando en dar respuesta a tan desconcertantes preguntas. Al cerrar los ojos y escuchar los grillos entró en sueño profundo, *la pandemia había terminado.*



EN LA PENUMBRA DEL SOL NACIENTE



*Autor: Rubén Darío Vásquez Manrique
Institución Educativa San Antonio sede El Sol
Municipio: Ráquira*

Mi nombre es Hiro Okuma y no me sorprende estar aquí. Soy un descendiente de una colonia nipona llegada en el siglo XX al Valle del Cauca, Colombia. Mi familia migró a este país principalmente por dos causas: porque no querían que tuviésemos nada que ver en la guerra y porque mi padre, quien estaba aprendiendo algo de español había leído un libro publicado en 1867, por un autor colombiano llamado Jorge Isaacs. Mi papá Hikoro pensó que no sólo podíamos, de una u otra forma, estar lejos de la guerra, sino que también se empezaría una vida cerca de lo pastoril y del campo. Tanto él como mi madre Oyuki eran amantes de los esbeltos paisajes y las flores, especialmente las orquídeas. La travesía para llegar a este territorio fue toda una apuesta por la vida, pues era morir en las ásperas olas del Océano pacífico o someternos a la suerte y vejámenes del mundo bélico. Finalmente, el destino hizo lo suyo y todo salió a nuestro favor.

Recuerdo que el primer día de estar en el Valle de Cauca se sentía el sopor por el clima y todos nos mirábamos con el sentimiento de ser unos extraños personajes de piel amarilla que no querían parecer como extranjeros con ínfulas y talante de españoles. Así que decidimos sentarnos a la sombra de un gran árbol de Samán a descansar y a pensar cómo empezar esa nueva vida. Al poco tiempo, quizás unas dos horas más tarde, una mujer negra se acercó y hablando en español nos saludó e invitó a su casa. Mi padre, quien entendía y hablaba esta lengua mejor, aceptó y fuimos con ella. Inmediatamente nos instalamos en una pequeña aldea de chozas construidas en bahareque. Días después estábamos inmersos en el trabajo de la caña.

Al parecer todo iba bien hasta que papá empezó a tener fiebre y escalofríos. Desde ese momento mi madre todos los días hablaba y hablaba sobre los peligros de la naturaleza y las posibles enfermedades que se podrían adquirir, sin embargo, papá nunca dejó de ir al cultivo. Con frecuencia mi mente evoca esa época, pues mamá duró un mes en el cual todas las noches narraba los síntomas que generaban pestes, virus u otras enfermedades cuando se viajaba desde lugares tan lejanos y recalca los cuidados que se debía tener para no morir. En realidad, estaba obsesionada con la fiebre y escalofríos de su preciado esposo. La primera semana mencionó que en el barco había visto unas ratas al lado de papá mientras él entre dormido se rascaba los brazos, pensaba que era posible que lo hubiesen contagiado con la peste negra, por lo cual empezó a darle remedios como sangrías y otros bebedizos. Para la segunda semana, al llegar a casa lo primero que mi mamá hacía era desnudar a papá y buscar granos o puntos rojos, ella creía que se trataba de viruela y cada vez asociaba más los síntomas como las ampollas en las manos a esta enfermedad, ella no sabía nada sobre cómo cuidar a papá al respecto y aunque ya había escuchado sobre una vacuna, en ese momento era imposible conseguirla. Intentó buscar sanguijuelas en el río Cauca, pero solo encontró un bocachico con el que hizo un caldo que no surtió demasiado efecto. Para la tercera y última semana las señales de la enfermedad llevaron de nuevo a que mamá recordaba haber escuchado algo sobre una tal gripe española, una enfermedad reciente cuyos síntomas eran similares a los experimentados por mi padre. Así que ella empezó a cuidarlo con remedios naturales como jugos de naranja, hierbas aromáticas, infusiones con tabaco, entre otras cosas. Sin embargo, nada sirvió y el guerrero Hikoro no vivió para seguir a nuestro lado. Siempre he pensado que esa fiebre fue la causante de su muerte y que no hubo cuidado o remedio para curarlo de algo que nunca supimos de qué se trataba.

Sentí cierto arrepentimiento por no haber creído en los vaticinios de mi madre y pensar que estaba exagerando. Pero sentí más dolor y angustia cuando comprendí que con el paso del tiempo a ella la mataba la ausencia de papá. Entonces, dos años después de trabajar en el cultivo de caña bajo la canícula, decidí llevar a mi madre a



una ciudad donde pudiese encontrar un hospital o centro médico, y así, poder cuidar de ella por si su estado de salud decaía. Así fue como nos instalamos en una casa más cómoda con agua y luz, además accedí a un trabajo menos pesado y más acorde a lo que estaba experimentando emocionalmente.

Trabajaba de lunes a viernes, así que el fin de semana salía con mi madre a frecuentar los parques y las calurosas calles. Uno de esos días ingresamos a un jardín botánico en donde el entorno abrió una conexión instantánea con nuestro natal Japón, sin duda alguna las acacias, cerezos, bambúes o guaduas suscitaron la nostalgia y melancolía de la ausencia de esas lejanas islas y del viejo Hikoro quien había querido venir a estas tierras en búsqueda de este alucinante mundo donde la naturaleza enfrasca y deleita con su variedad. Parecía que la tarde iba a caer, pero como si fuese un solsticio de verano el sol se postró en la parte más alta, las hojas de las acacias caían una por una tan lentamente como si quisieran ganarle a la gravedad. En ese momento mamá sujetó mi mano y en un estado de delirio se refirió al Sol Naciente y a la necesidad de encaminarse por el sendero de los dioses, de seguir sus tradiciones sintoístas en donde la Muerte le permitiría regresar con mi padre y cuidarlo en el cielo. Hablaba de lo extraordinario de los bordados de los kimonos, la belleza de las geishas, de los gusanos de seda gigantes, la furia de los volcanes, parecía que creía llevar un plato de arroz con pescado y creyó encontrarse con papá. No sé qué ademanes hice, pero no podía hacer ni decir nada. En seguida sentí un fuerte pulso en mi mano, mi madre estaba sufriendo un ataque al corazón, el cual le causó la muerte al instante. Recuerdo esa sonrisa y las lágrimas de sus últimos sollozos. Al día siguiente ella fue cremada y llevé sus cenizas a casa. En el trabajo me dieron condolencias y me ofrecieron una semana de descanso. Aunque mi jefe era afable y bondadoso, el hastío y la nostalgia se apoderaron de mí y nunca retorné a trabajar.

Con el tiempo comprendí que debía hacer algo y salir del ensimismamiento al que me había sometido, así que me propuse abrir una barbería. Allí conocí a Sara, una hermosa mujer con quien encontré el gusto a primera vista. Empezamos a disfrutar la vida, a bailar salsa, tomar viche, arrechón y todo lo que podía comprar luego de dos o tres cortes de pelo. Fue una vida descontrolada por más de 5 años, en donde las botellas, colillas de cigarrillos y la infidelidad fueron el coctel que nuevamente me llevaban al descuido de mi propia vida. Perdí la barbería, la cual quebró pues incluso el alcohol para desinfectar las cuchillas me lo bebí para olvidar a Sara. Borrarse de mi mente a la hermosa Sara y a los dos amantes con quien la encontré ha sido el transcurrir de una vida bohemia y solitaria.

Ese ha sido mi trajín, mi andar, mi vivir. Ahora tengo 99 años. Y cuando me refería a que no me sorprende estar aquí: en una camilla de la UCI de un hospital público, es porque al igual que mis padres nunca me cuidó física ni emocionalmente. Hace tres meses llegó a Colombia proveniente de Asia un virus mortal. Los expertos recomendaban usar tapabocas, lavarse las manos y mantener aislamiento social, pero nunca lo hice y con frecuencia salía al parque principal a leer el periódico y comer empanada valluna. No sé cómo pero así fue como me infecté. La falta de autocuidado y conciencia llama a ese ser que con tijeras corta el hilo de la vida. Mi último deseo hubiese sido que alguien hubiera podido escuchar esta historia que retumba en el silencio, este relato mudo, estos gritos silenciosos que no se escuchan por culpa de la intubación y la ventilación mecánica a causa del SARS- Cov-2. Los médicos dicen que he respondido bien al tratamiento y que mi forma de resistir es casi un milagro. Si llego a sobrevivir, para cumplir los 100 años, prometo elevar una voz más responsable que evoque el cuidado de muestras familias y seres queridos, de nuestra comunidad, del mundo y de nosotros mismos, pues parece absurdo morir sin poder respirar cuando el aire colombiano está lleno de naturaleza, bondad, alegría y esperanza.

¡CUIDADO!, SOY UN ENMASCARADO



*Autor: Carlos Raul Figueroa Moncayo
Institución Educativa Enrique Suárez
Municipio: Almeida*

Fueron tiempos difíciles, extraños, vestidos de incertidumbre, tiempos de peste, tiempos de cuidado. Los humanos no podían compartir el aire, aspirarlo en público se volvió peligroso, exhalarlo irresponsable. Las conductas respiratorias se empezaron a legislar, respirar en grupo se prohibió por decreto, la respiración se convirtió en un acto privado. En la calle, mi respiración era mi propia exhalación y se reciclaba a cada momento, como un ciclo egoísta de circulación de aire; sólo el aroma de mi aliento, una y otra vez, no era nada más. El olor de la gente, eso ya se me había olvidado, su voz natural, sus gestos, todo tan distante.

Para esa época las voces de las personas cambiaron, su sonido escondido tras una máscara salía reverberante, con cierto eco, con un resonar apagado y algo monstruoso. Pero no fue del todo malo, al final, este sonido se volvió una seña infalible de seguridad: si la voz de alguien sonaba fantasmagórica, como venido de ultratumba, era porque estaba al cubierto, tenía tapabocas, se estaba cuidando. Así, la probabilidad de que por la peste esta persona se convirtiera en un fantasma de verdad, era más baja.

Cómo podrán colegir, con el sistema olfatorio cubierto, los perfumes no eran muy necesarios, de hecho, si podías oler alguno sería porque tu tapabocas estaba fallando y había que cambiarlo. Entonces, ¿a qué olían las cosas en la calle, en el mercado, en los parques? No lo sabíamos, nos podían vender comida avinagrada y solo nos daríamos cuenta mucho tiempo después, al probarla, ya en la privacidad de nuestras casas. Aquella alarma de cosa incomible que se nos dio por naturaleza por aquel entonces estaba bloqueada. Hay que decirlo, siempre tratamos al olfato como la Cenicienta de los sentidos, pero por esos tiempos, ¡cómo se lo empezó a extrañar!

Fue en esos días de anosmia, donde aquel inventor, hoy millonario, hizo popular el olfatímetro. Un medidor del avinagramiento de los alimentos a corta distancia que captaba las emisiones ácidas de la comida y calculaba su pH; si se encontraba dentro del intervalo de 2,4 a 3,4 unidades, era cosa aceda, emitía una luz roja y un pitido, que en plata blanca le decía: “Cuídese de comprarla y mucho más de comerla”. Así la inventiva pudo resolver el inconveniente y por fortuna, el protector respiratorio no se movió.

Si algo visualmente yo extrañaba, era ver el movimiento de las bocas, los gestos, las muecas; todo ello quedó oculto tras de ese pequeño y aséptico telón de teatrillo, esperando el momento salubre para salir a escena. Quienes habían pagado costosas rinoplastias y queiloplastias, se lamentaban por no poder lucirlas; los que estrenaban su diseño de sonrisa sollozaban igual (aunque lo hacían de dientes para adentro). Oculta su inversión estética por un tapabocas de baja cuantía, pero eso sí, de mayor utilidad.

Pero no todo estuvo perdido, fue por esos días cuando una desconocida diseñadora, ahora celebridad, ofreció estampar la foto tridimensional de narices y bocas en los barbijos, proporcionando sus gruesas tintas el valor agregado de una textura que se moldeaba con justicia al rostro del cliente. Le quedaban tan pero tan bien, que, a los dos metros de distanciamiento obligatorio, se miraba de lo más natural. Así los remodelados lucieron sus estilizadas transformaciones sin dejar de cuidarse para hacerse visibles. Y como ven, el tapabocas siguió firme.

Como ya se podrán imaginar, los gestos del rostro se redujeron a expresiones mínimas al quedar ocultos; notaba que la gente movía más las manos, los brazos, se contorsionaban más, buscaban creativas formas darse a

entender. Por ejemplo, si antes usted tenía las manos ocupadas o simplemente no las quería sacar de los bolsillos, y alguien le preguntaba donde quedaba algún lugar o cierta cosa, usted en antaño indicaba su ubicación seguramente con el pico de la boca. Pues sépase que, para ese entonces, ese gesto indicador no se podía hacer con un cubre bocas puesto.

Por tanto, muchos fatalistas pronosticaban finales trágicos para los desubicados, las estadísticas apostaban que el número de personas perdidas iban a subir. Sin embargo, no fue así, la solución salió de un puntazo, y sí, porque con la punta del pie se comenzó masivamente a indicar direcciones:

- Eso queda por allá, ¿por dónde? - preguntaba desconcertado el perdido (buscando aquellos labios apretados que solían apuntar certeramente como una brújula a su destino).
- Usted, míreme el pie - respondía ahora el guía.

Si el lugar a indicar era muy lejos se estiraba también la pierna, así dependiendo del estiramiento era también la distancia.

Se decía por ese entonces, que hubo ingenieros y topógrafos que aprendieron a calcular distancias con gran exactitud basándose en las elongaciones de la extremidad indicadora: 1 kilómetro si la pierna y pie estaban a 180 grados, medio kilómetro si estaban a 90 grados, si sólo rota el pie es allí a lado, si pica con la punta del pie el piso, ya llegó, es ahí.

Fue así como se suplieron las señalizaciones labiales de las entonces bocas enmascaradas. Y que yo recuerde, nadie se perdió por una indicación mal dada; el GPS natural de la pierna, pie cumplía a cabalidad con su función orientadora. Y el tapabocas, como advertirán, siguió en pie.

Por esa misma época y bajo las mismas circunstancias, los enamorados no podían mandar sus tradicionales y seductores besos volados, por tanto, les tocó recurrir a la típica guiñada de ojo. Volviéndose tan asidua - a falta de otros recursos gestuales - que sus enamoradas llegaron a pensar que aquellos *don juanes* se habían infectado y que ese tic ocular era otro síntoma más de la consabida peste.

Entonces, por aquella recién nacida necesidad, y ante el inminente decaimiento de la popularidad de la pica-da de ojo como elemento de conquista, algunos conocedores de la evolución humana, despertaron los ancestrales músculos de sus orejas y empezaron a moverlas sutilmente en dirección del hablante, demostrando con ello, esa atención tan valorada por los interlocutores. ¡Qué mejor piropo que sentirse escuchado! Y fue así como se introdujo ese nuevo gesto de fina coquetería: el movimiento de oreja. Y nuevamente, el tapabocas no se cayó.

En el ámbito infantil y por las mismas razones de protección naso bucal, aconteció que los niños y las niñas no podían pelear con sus pares sacándoles la lengua, y no era este un problema menor, la gran preocupación de los adultos estaba en que recurrieran a los populares gestos obscenos de manos o dedos para tratar suplir aquel típico e inocente gesto lingual infantil de mini desprecio al prójimo. Por suerte no fue así, no contrajeron los dedos índice, anular y meñique dejando como asta de bandera el dedo medio, no lo hicieron, en cambio, aprendieron a torcer los ojos; así como lo oyen, a torcerlos, a rotarlos ya sea juntándolos o alejándolos hasta sus puntos más distales. Y así, sin más, con esa mueca visual, niños y niñas expresaron su fugaz y juguetón repudio. Pero eso sí, con el cubre bocas en su sitio.

También recuerdo algo correlacional, sucedió que, con el incremento del uso del tapabocas, la proporción de bostezos empezó a bajar ostensiblemente. Los estudios ya habían encontrado razones neurocientíficas para ello, al ser el bostezo un gesto de transferencia social (efecto de las neuronas espejo, según se dice), el cubrir la boca anuló su transmisión natural.

Fue muy triste, el bostezo se convirtió entonces, en un ejercicio de almas solitarias, de somnolientos ermitaños, de hambrientos cartujos, de aburridos anacoretas; solamente motivado por una carencia individual justificada: el sueño, el hambre o el aburrimiento. Aquel bostezar grupal y contagioso, ese que corría de boca en boca como la caída de las fichas de un dominó, se encontraba lamentablemente en vía de extinción.

Algunos pesimistas sugirieron su fin. Pero no fue así, la gente reaccionó, pronto cadenas de bostezos inundaron las redes sociales, las personas vieron a otros bostezar sin cubrir sus bocas desde la seguridad de la virtualidad, y de repente, todos volvieron a bostezar como antes, sin causa interna alguna, sólo bostezar por bostezar. Y otra vez, en definitiva, el tapabocas no arrió bandera.

No sé por qué precisamente hoy, me han llegado aquellas lejanas remembranzas, debe ser porque escuché el anuncio del brote de una nueva y rara enfermedad respiratoria. Ya ha pasado un largo tiempo desde aquella peste, algunas cosas se me han ido borrando de la memoria, pero recuerdo claramente que la gente que por ese entonces se salvó fue porque se cubrió, se cuidó y cuidaba de los demás. Esa fue la única fórmula, por eso todavía sigo aquí.

TODAVÍA HAY TIEMPO...



*Autor: Jesús Eduardo Castelblanco Hernández
Institución Educativa José Cayetano Vásquez sede Eduardo Barajas Coronado
Municipio: Ciénega*

Ese día, como era habitual, José llegó de su trabajo y se sentó en el sofá frente al televisor, con su mirada fija pero perdida, se sentía cansado, abrumado, aburrido, con deseos de hablar, pero el dialogo familiar había sido reemplazado por los programas televisivos, ya no existían los juegos inocentes y dinámicos, peor aún, reinaba la inercia presente en el ambiente ya que cada miembro de su familia estaba sumergido en sus celulares, sus hijos dominados por juegos interminables que aun comiendo no dejaban de lado. Volteó a mirar y vio a sus hijos perdidos en sus juegos virtuales y se llenó de tristeza, recordó sus tiempos de crianza, cuando sin servicio de energía, ni aparatos tecnológicos, en la oscuridad de la noche, alumbrados por una vela compartían en familia, había diálogo, tertulias, poesías, coplas y conversaciones amenas.

Luego de veinticinco años en la ciudad, esa noche, José sintió nostalgia por su tierra natal, y quiso pasar una temporada en el sitio que lo vio nacer, pues por lo general iba y volvía el mismo día a la ciudad, ya que no era del agrado de sus hijos quedarse allí, José sintió necesidad de volver a la tranquilidad del campo, quería aprovechar el tiempo de vacaciones que tendría, ese tiempo para José y para su familia iba a ser muy diferente.

Después de unas cuantas cuadras de camino, uno de sus hijos lo hizo devolver porque había dejado su celular en casa y no podía vivir sin él. Mientras se devolvía por el celular de su hijo, pensó en lo esencial y casi vital que se habían convertido estos artefactos tecnológicos, se había cambiado el diálogo familiar por el aislamiento tecnológico; la creatividad por el ensimismamiento frente a una pantalla.

En ese bello lugar campestre, parecía que el tiempo se había estancado con sus recuerdos, fueron veinte años en el seno familiar, sus padres ya ancianos y solos, pues sus hermanos habían formado familia aparte. Aunque estas vacaciones coincidieron con el invierno, ya no encontró las zanjas donde jugaba con su calzado simulando barcos; los árboles que figuraban como fantasmas que abrían sus amplios brazos para atraparlo, no estaban; los bosques

donde conseguían leña con su madre, se habían convertido en cultivos de papa; las cuevas que formaban los viejos árboles con sus raíces, se habían convertido en las vigas que sostenían los tejados de las casas o graneros.

Veía con tristeza que, en su hogar, ya no había tertulias, ni solidaridad entre hermanos, sus padres se habían convertido en seres aislados, sentados cada uno en un rincón perdidos en sus pensamientos, quizás en los recuerdos cuando sus hijos estaban en el calor de su hogar. José comparó esa imagen con el momento que estaba viviendo junto a su esposa e hijos.

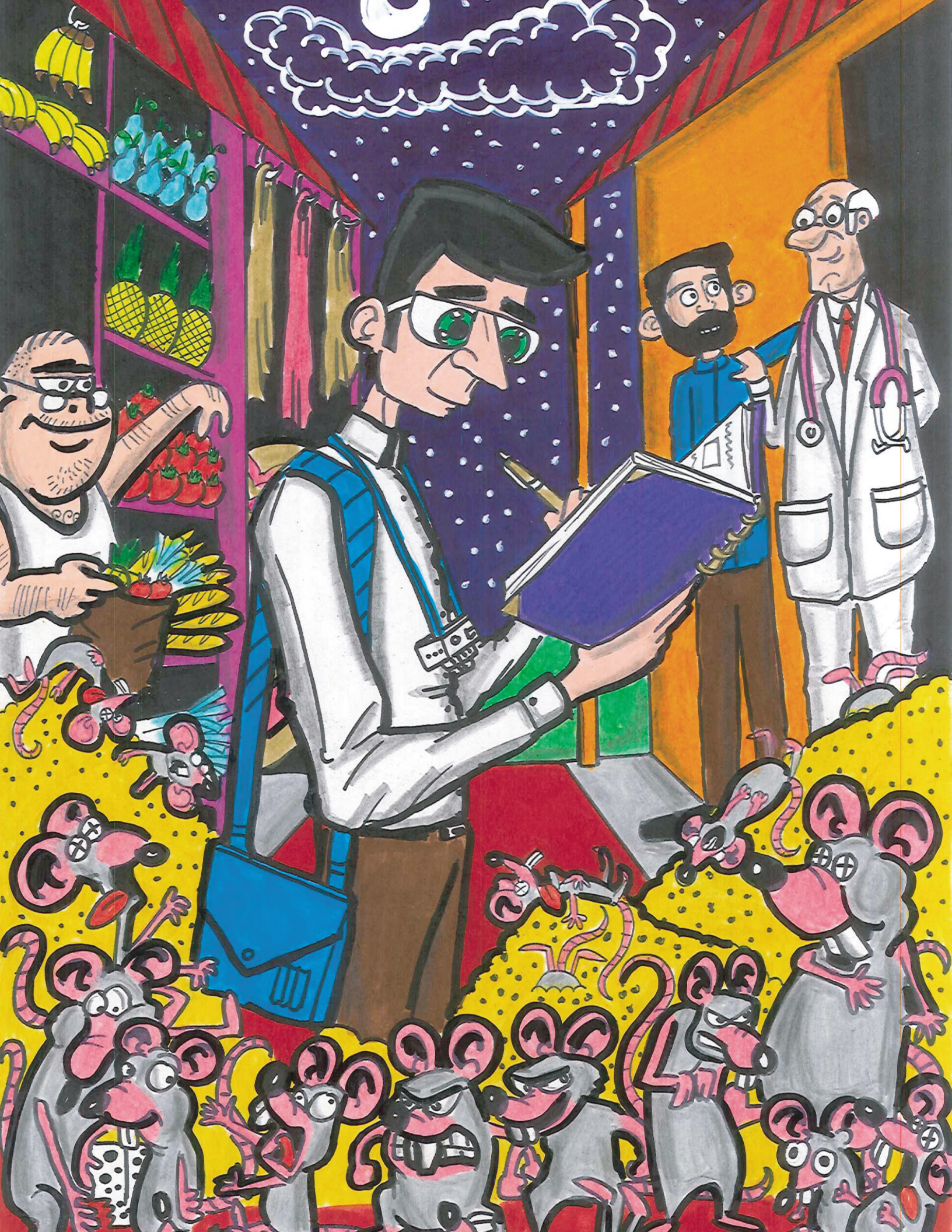
Sentado en la banca del patio, observando el tapete de diversos verdes que reflejaba el paisaje y tomando una taza de café humeante, José rememoró el tiempo de invierno, él era el menor de cuatro hermanos, sus hermanos mayores trabajaban en las labores del campo mientras él jugaba solo en las zanjales que recorrían la finca llenas de agua, pues en el invierno crecían como ríos veloces, disfrutaba echar sus botas de caucho para que simularan barcos que se transportaban a gran velocidad zanja abajo. Imaginando árboles como fantasmas que se movían con el viento y asustaban con su sombra, el suelo húmedo era la repisa para dibujar con un palo o construir juguetes con lo que encontraba. Claro, no todo era juego, José ayudaba a sus padres a cuidar el ganado, recoger la leña para preparar los alimentos, llevar en baldes el agua del aljibe más cercano. José recordó con mucha nostalgia, pero con un amor inmenso a su madre, quien le enseñaba coplas y retahílas, que ella había aprendido de sus padres. La noche era oportunidad para compartir en familia a la luz de una veladora, el diálogo se centraba en planear el trabajo familiar del siguiente día, echar coplas, cuentos sobre las ánimas benditas que habían pasado de sus antepasados a sus padres.

¿Cómo era posible haber cambiado tanto?, ¿en qué momento el compartir experiencias fue dejado de lado por el egoísmo de pensar en las prioridades de cada uno?; el estar pendiente del otro había dado paso a cada uno defiéndose como pueda; el correr del agua, la sombra del árbol, la penumbra de la noche por llanos y montañas de cultivos cuidados con químicos que tienen incierta su producción; el sonido de charlas y risas familiares por la división de la familia.

Estos recuerdos se sintieron como agujas punzantes en su corazón y reflexionó, no era posible que el afán del trabajo le haya hecho perder la esencia de la vida, que hubiera descuidado tanto a sus padres y a su familia, en ese momento el sentimiento cambió, dejó de sentir esa profunda tristeza y comenzó a sentir rabia, se sentía culpable, culpable de haber abandonado a sus padres, de haber permitido que la tecnología se hubiera vuelto oxígeno para sus hijos, de haberle dado más importancia al trabajo que a su familia.

Esos recuerdos habían calado en su corazón, no era justo con sus viejos esa sensación de soledad que los había embargado. Fue en aquel momento cuando José pensó que todavía había tiempo de cambiar las cosas y tomó una decisión, algo que sería contundente, iba a aprovechar esos días de vacaciones para intentar recuperar la paz que había perdido, para disfrutar de sus viejos, para rescatar a sus hijos del mundo tecnológico. Fue entonces cuando se levantó, bebió el último sorbo de café y se dirigió dónde estaban sus hijos y les quitó sus celulares con una rapidez que no les dio tiempo de reaccionar, y a pesar de sus esfuerzos no fue posible recuperarlos. Con voz fuerte y muy clara, José dijo a sus hijos que los quería ver jugando en el prado, fue a uno de los cuartos y sacó un viejo balón desinflado y los retó a un partido. Por fin, después de tanto tiempo había vuelto a ver reír a carcajadas a sus hijos, cuando en cada jugada lo dejaban sin aire al no poder correr a la velocidad de ellos, solamente él supo cuánto disfrutó ese momento. Ya casi sin aliento pidió salir del juego, fue a la cocina donde se encontraba su madre, y como hacía muchos años, le pidió un poco de guarapo, hasta eso había olvidado, se sentó junto a su mamá para ayudarla a desgranar una mazorca, era tiempo de cosecha y ella estaba preparando unos envueltos, aprovechó ese momento para dialogar, para revivir aquellas charlas de su infancia que tanto anhelaba escuchar de nuevo, luego le ayudó a moler, mientras observaba en ella un brillo diferente en sus ojos, era un brillo de alegría, vio en su madre una mirada que lo llenaba de tranquilidad, de felicidad.

A partir de ese momento José se hizo un propósito personal y familiar, se prometió cuidar de sus amados padres, recuperar algo del paisaje natural sembrando una cerca viva en la finca y para todas las vacaciones alejar



RAMBERT O LA VERGÜENZA DE SER FELIZ SOLO



*Autor: Fabian Rosebell Fonseca Rojas
Institución Educativa Rancho Grande sede San Ignacio
Municipio: Rondón*

Llegó a Orán, ciudad situada en la costa argelina una tibia mañana de abril. Visitó el Mdina J'dida, un mercado donde hojalateros, marroquinos y vendedores de frutas se mezclaban enérgicamente con los viandantes en una danza mercantil, de cuyos aromas flotaba una mezcla de condimentos, ras el hanut, frutas y cueros curtidos. Orán le era indiferente; pero sólo estaría allí un par de días mientras encuestaba a algunas personas cuyos testimonios serían útiles para la columna que publicaría en un prestigioso periódico de París, sobre las condiciones sanitarias de los árabes. Esa mañana y tras una espera de cincuenta y tres minutos, el señor Dupont, secretario particular del prefecto, recibió apresuradamente al periodista Rambert en su oficina, y se excusó por no dedicarle más que diez minutos. Dupont telefoneó a Bernard Rieux, un médico local que le brindaría una mejor asesoría, y quien lo recibiría en su consultorio esa misma tarde. Allí, Rieux mencionó el reciente tema de las ratas en Orán. Esto llamaba la atención del médico, no como un mal presagio, sino como algo inusual. Rambert le agradeció la información, pues era una pista valiosa para su reportaje.

Y así lo sería, salvo que esta particularidad desprevénida alargaría su estancia en Orán.

Rieux recordaba ensimismado las ratas que encontró a la salida de su consultorio y llegando a su casa el 16 de abril. Tomaba nota de ello. Esa noche en el inmueble, Rieux saludó a Tarrou, un extranjero instalado allí recientemente, quien contemplaba una rata agonizante, que dejaba salir un sanguinolento destello de su hocico moribundo. Nueve días después, este acontecimiento trastornó la cotidianidad de los oraneses, quienes desconcertados escuchaban en la emisión radial que el servicio de desratización habría recogido e incinerado seis mil doscientas ratas muertas de las calles durante los últimos tres días. Inesperadamente, y para tranquilidad de los habitantes, dichas cifras bajaron significativamente el 29 de abril, fecha en la cual se anunció una recogida de treinta y ocho ratas en total. Esto sosegó a la comunidad. Rambert disponía ahora de suficiente material periodístico para su columna, de no haber sido por lo que vendría después.

Una súbita ola de fiebre aquejaba a los ciudadanos, entre ellos Michel, el conserje del inmueble. Rieux lo halló con agudo dolor de cabeza, piel verduzca, ganglios prominentes en el cuello, y una fiebre de 40 grados, que lo sumergió en un lamentable soliloquio. Llamaron la ambulancia, pero Michel no llegó vivo al hospital. Las fiebres, los abscesos en cuello y axilas eran signos absolutamente alarmantes. Según los testimonios de otros médicos, los pacientes con condiciones similares también habían fallecido. Estos hechos insólitos intriguaron a Rambert, quien se quedó un poco más para complementar su reportaje.

Rieux se reunió con los médicos de la comisión sanitaria de la prefectura. Los hechos eran claros, pero no se habían atrevido a llamar la situación por su nombre; no por falta de conocimiento, sino porque haciéndolo tendrían que separarse bruscamente del mundo: se trataba de la peste.

Se ordenó el cierre inmediato de la ciudad, pero la comunidad tardó varios días en comprender la complejidad de la situación; el temor, la incertidumbre y la escasez de suero proveniente de París para tratar a los enfermos, desencadenaron un estado de ansiedad persistente. Rambert acudió a Rieux, para comentarle que su verdadero motivo para vivir se encontraba en París; una mujer con la que iba a ser feliz a su regreso. Por ello necesitaba un

certificado donde constara que no tenía peste, ese documento le facilitaría la salida. Rieux le aseguró que deseaba para él toda la felicidad que buscaba; pero por cuestiones profesionales no generaría ese certificado. Sumido en el desespero Rambert buscaba recursos mientras pasaba el tiempo. El verano llegó y la situación empeoró irremediablemente. Se registraban más de dos mil ochocientas muertes, y el saldo continuaba intensificándose, al punto que se comenzó a preparar suero local, puesto que el que enviaban de París ya no bastaba.

En octubre Rieux dormía solamente cuatro horas por día y su cuerpo estaba visiblemente cansado, apenas tomaba apuntes rápidamente. Dedicaba su tiempo a cuidar a los enfermos. Diagnosticar una fiebre le era insopportable; pues los familiares se oponían a entregar al enfermo cuando llegaba la ambulancia por temor a no volverlo a ver vivo. Entre tanto, Rambert hizo un contacto para salir clandestinamente de Orán. Todo estaba arreglado; en una semana unos guardias de la ciudad lo dejarían pasar una frontera. Esa tarde fue a ver a Rieux para contarle. El médico le dijo que se alegraba por él, y que le deseaba éxito en su regreso. Le hubiera gustado proponerle que trabajara con Tarrou, el sacerdote Paneloux, y otros hombres en un proyecto de formaciones sanitarias voluntarias; pues la organización local estaba desbordada, pero comprendía sin discusión los impulsos del corazón, y se regocijaba profundamente por él. Rambert ofreció su ayuda antes irse definitivamente. De este modo, y junto a Tarrou, dirigió un hotel convertido en casa de cuarentena, y de manera casual, se enteró que la mujer de Rieux estaba desde hacía meses a cientos de kilómetros de Orán. Este corto periodo expuso a Rambert a la enfermedad y al cansancio extremo; pero le permitió descubrir la abnegación con la que se entregaban los miembros de las formaciones sanitarias sin resignarse de ningún modo la miseria. El día de su partida, Rambert buscó a Rieux, y le dijo que sus intenciones de partir palpitaban aún gracias al amor; sin embargo, irse le daría vergüenza. Rieux respondió que era ridículo avergonzarse por ser feliz, a lo que Rambert repuso que le avergonzaría ser feliz solo; después de todo, esa realidad oranesa, era también suya.

Así, Rambert se quedó en Orán ocupándose de que las cuarentenas fuesen realizadas de la manera más estricta posible. Rieux tomaba apuntes en dos cuadernillos que siempre llevaba con él, y en sus escasos momentos de reposo se abstraía en la escritura. El suero local daba resultados variables; algunos enfermos lograban reponerse; a otros —incluyendo miembros del grupo sanitario como Paneloux o Tarrou—, la peste los arrastró pese al tratamiento. Rieux tomaba nota. Finalmente, las estadísticas mostraron un retroceso de muertes a finales de diciembre, y durante las primeras semanas de enero Orán dejaba atrás este episodio fatal. El 25 de enero se abrió nuevamente la ciudad, y la algarabía de la gente volvió las calles. En un café, Rambert encontró a Rieux dedicado con más tranquilidad a la escritura; había recobrado su ritmo anterior de trabajo, pero necesitaba finalizar un proyecto comenzado durante la agudización de la epidemia. Rambert quiso saber más.

Rieux escribía una novela; una cuestión de mera ficción que le permitió tomar distancia de los verdosos pacientes, cuyos ganglios se resistían a los cortes en cruz, y cuyo hedor pútrido permanecía en su memoria. La novela se trataba de Albert, un argelino proveniente de una familia modesta, hijo de un padre desaparecido en la Gran Guerra y de una madre medio sorda que se ganaba la vida limpiando casas. El talento de este joven le permite ganarse una beca para terminar el bachillerato, aunque al poco tiempo se le detecta una tuberculosis. Pese a esto, el joven se convierte en un escritor célebre y se traslada a París. Allí, forma parte de un grupo de intelectuales, y conoce a Michel Gallimard —tuberculoso también—, amante de los carros deportivos y sobrino de un reconocidísimo editor. La enfermedad los une, aunque Albert no comparte la pasión por los carros. Cuando Michel le cuenta la trágica historia de un ciclista que pierde su vida en un accidente automovilístico, Albert añade que no hay muerte más absurda que esa. Al día siguiente, un cuatro de enero, Albert se dirige París, pero su amigo Michel acaba justo de adquirir un moderno carro deportivo *Facel Vega*, y como “da vergüenza ser feliz solo”, Michel le pide a Albert que no tome el tren y lo acompañe, pues él también va a París. Salen juntos, y pasada la una de la tarde, el auto choca causándole la muerte instantánea a los dos amigos. La novela de Rieux se llamaría “La muerte absurda de Albert Camus”. Rieux trabajaba algunos capítulos consagrados a las vidas amorosas de Albert, pero terminaría antes de la primavera venidera.

Rambert comprendió que la novela de Rieux era una válvula de escape que lo desconectaba de la realidad; ahora entendía porque pese a las pocas horas de sueño, siempre buscaba un espacio para sus cuadernillos. Rieux cuidó a sus pacientes hasta el agotamiento, pero buscó la manera de cuidar su propia salud mental también, de otro modo, la crueldad de la realidad habría acabado por superarlo hasta la locura. Rambert sintió que algo se le atoraba en la garganta cuando escuchó la frase sobre la vergüenza, pues sabía que allí estaba él; y que, de alguna manera, la renuncia a la felicidad inmediata no era más que una larga y silenciosa muerte en soledad.

LA MISA DEL DOMINGO



*Autor: José Darío Benítez Becerra
Institución Educativa Ramón Barrantes
Municipio: Pisba*

San Simón había sido, hasta ese día, un pueblo en el que desde hacía casi un siglo nadie moría por causa diferente a la vejez. No se reportaba un suicidio desde 1901 cuando, según los folios de defunción del archivo municipal, una mujer llamada Dolores Preciado se envenenó, tomando un sobre de 50 gramos de matarratas que disolviera en la leche de una cabra que su hija, Araminta, había ordeñado para rendir el café del desayuno. En el folio de Dolores se anotaba que la causa de la tragedia estaba asociada a una decepción amorosa. Al parecer su marido sostenía, desde hacía varios años, una relación clandestina con doña Clemencia Urdaneta, la maestra de sus dos hijos en el único colegio Sansimonense.

El alboroto fue monumental aquella mañana de domingo en la que el sacristán encontró la nota del padre Nicanor sobre el comedor de la vieja casa cural y salió a prisa del pueblo. Don Federico, el octogenario y casi sordo boticario, que tenía su farmacia al lado de la iglesia, fue quien se enteró de la noticia de primera mano y le contó a Alcides Puerto, el zapatero, quien se lo dijo al Sargento Malagón, el único policía del pueblo, cuando fue a reclamar su único par de botas. Fue ese único policía quien corrió a dar aviso al inspector, don Jorge Luis Castillo, el único abogado que aceptó el puesto veinticinco años atrás, para impartir justicia en aquel pueblo, donde las únicas peleas fueron las de gallos los domingos, después del mercado.

El inspector no dudó un segundo en comentarle al alcalde, para que preparara un funeral digno, tan noble cristiano, que siempre instigó a la gente del pueblo a ser bondadosos, fieles a la palabra de Dios y que lo único que le reprochaba a los sansimonenses era su predisposición al chisme. Por lo demás siempre había mostrado amor hacia sus feligreses y siempre los llamó “Hijos amados”. Así fue que en el pueblo planeó el funeral más grande en su historia. Contrataron una banda de músicos, para el adiós final en la cripta, no se titubeó en matar siete reses para la ocasión y, rápidamente, el alcalde delegó un secretario para que mandara hacer una lápida magnífica y una placa de mármol, para fijarla a la entrada del templo.

Hecho esto, también fue solicitado en la floristería del pueblo, el mejor arreglo floral que se pudiera haber visto, además de 56 coronas, una por cada año de edad que tenía el padre, según datos de inteligencia que la notaria del pueblo había logrado obtener entre sus amigas, con las que jugaba parques y tomaba café los fines de semana, mientras se contaban las últimas novedades.

Restaba solamente embalsamar el cuerpo del sacerdote. La tesorera municipal destinó un rubro generoso para que el cuerpo fuera momificado, como Tutankamón, el faraón egipcio, bajo las técnicas a que hubiera que recurrir, costaran lo que costaran, con tal de conservar el cuerpo en la cripta de cristal que la alcaldía había mandado a hacer con el artesano más avezado que se pudo encontrar en toda la región, para que en adelante todas las generaciones pudieran contemplar a uno de los habitantes más ilustres y benévolos que San Simón hubiera podido tener jamás. Fue expedido un decreto que resolvía que, en adelante, todas aquellas personalidades municipales habían de ser momificadas y puestas en criptas de cristal junto al mausoleo del padre Nicanor. Con los preparativos avanzando a toda marcha, el concejo municipal, en cabeza de Noé, su presidente, se dispuso a ir por el cadáver a la casa cural. Tras golpear la puerta por largo rato con la pesada aldaba de bronce, no consiguieron respuesta de nadie.

- Esperemos que el sacristán no haya hecho lo mismo que el cura - dijo Noé, mientras se secaba el sudor de la frente.

Regresaron al despacho del alcalde y le preguntaron por quién le había dado la triste noticia esa mañana. El alcalde no dudó en decirles que el inspector lo había puesto al tanto del suceso lamentable. El concejo en pleno caminó hacia la inspección de policía e interrogó con la misma pregunta a don Jorge Luis, quien les comentó que el Sargento Malangón era quien le había transmitido la funesta noticia. El grupo tomó rumbo hacia el cuartel, compuesto por un sólo cuarto en el que se juntaban la cárcel, el puesto de mando y la habitación del Sargento.

Una vez más el concejo interrogó por el origen de la trágica noticia, a lo que Malagón contestó que se había enterado por medio de Alcides Puerto, cuando fue a recoger sus botas de dotación que había dejado para que se les cambiara la suela. Los concejales no tuvieron de otra que correr, ya en desespero, hacia el taller del zapatero, a quien ni siquiera saludaron, sino que abordaron de una vez con la pregunta por el origen de la información. Alcides no dudó en decirles que la había obtenido por parte del boticario. De nuevo, el grupo desconcertado dio marcha hacia la farmacia y, sin mediar saludo, Noe le preguntó a don Federico:

- Usted, señor boticario, ¿quién le contó el asunto del padre Nicanor?

- ¿Qué si vendo parches de alcanfor? - contestó el anciano.

Gritándole al oído, Noe le repitió al casi sordo don Federico la pregunta.

- Ahhh, disculpe usted, es que aparte de que ya casi no veo, también escucho muy poco. Por supuesto, señor concejal, ya se lo digo; fue el mismísimo sacristán, quien, incluso me dictó las últimas palabras del cura, para que se las dijera a todo el que pasara por aquí para misa, pues llevaba mucha prisa. Mire usted mismo lo que él me dictó de su boca - dijo el octogenario, mientras sacaba del bolsillo de su bata una hoja y la abría diciendo-, aquí claramente se lee: "Hijos amados, me fui, ¡ay!, Dios es así".

El concejo en pleno comprendió. Releyeron, uno por uno, el manuscrito del boticario y dieron por sentada la veracidad de la tragedia ante una frase tan breve, pero tan contundente, para ellos.

- El padre se ha ido y Dios lo tenga en su gloria - dijo un concejal, mientras se hacía la señal de la cruz tres veces. Los demás completaron lo dicho con un unísono amén.

De todas formas, les restaba encontrar al sacristán, para que abriera la casa cural y darle cristiana sepultura al padre Nicanor. El boticario les dijo que lo había visto coger el camino de la capital, pero que hasta la hora presente no lo había visto regresar hacia la iglesia, lo que desconcertó a todos los presentes, porque no quedaría más que esperar a que el joven apareciera. La noticia no le gustó al alcalde, quien inmediatamente decretó que, si el sacristán no aparecía antes del mediodía siguiente, ordenaría tumbar la puerta de la casa cural, para sacar los restos y dar continuidad a lo acordado.

El mediodía siguiente llegó sin que apareciera el esperado personaje, así que el alcalde y el concejo ordenaron la caída de la puerta de la casa cural por la fuerza, como se había decretado el día anterior. Ya adentro registraron todos los cuartos, e incluso las tres las naves de la iglesia, pero no hallaron despojos mortales. Al salir, la tromba nuevamente hacia la calle se encontró de frente con padre Nicanor y el sacristán, quienes contemplaban asombrados la puerta derribada y el aspaviento del concejo. Furibundo, el padre exigió una explicación, a lo que Noé y el alcalde respondieron:

- Lo creíamos muerto, padrecito Nicanor.

- ¡Qué muerto ni que muerto!; ¿acaso no me ven aquí, muerto, pero de cansancio, pues fui llamado a la diócesis para recibir las donaciones que ven ahí sobre esos cuatro burros?

- Pero si el sacristán le dictó su mensaje de último adiós al boticario - replicó uno de los concejales.

- Muy cierto - dijo el sacristán-, pero no fue ningún último adiós, no inventes habladurías - y se buscó en un bolsillo del pantalón la nota de lo que él dijo. La abrió diciendo:- Miren y escuchen bien, gente chismosa, aquí claramente se lee: *Hijos amados, me fui a la diócesis.*

EL VIEJO TELÉFONO



*Autor: Rosa Inés García Ortegón
Institución Educativa Técnico Industrial Julio Flórez
Municipio: Chiquinquirá*

Ese 25 de diciembre parecía ser uno más de los que se celebraban en los últimos años. Como es costumbre y tradición, en la noche de Navidad se había preparado un succulento y delicioso ajiaco, con pollo campesino, papa criolla, pastusa y tocarreña, mazorca y ese sabor especial que dan las guascas. Pero esa noche no fue completa, el quinto de los hijos no pudo saborear el delicioso ajiaco que tanto le pedía a mamá. Su profesión de piloto lo requería sin tener en cuenta fechas especiales. Al siguiente día los hermanos mayores debían madrugar a ordeñar, de tal forma que antes de salir el sol ya estaban desocupados y podían ir a dormir y pasar el guayabo de la celebración de Navidad. Por eso, cuando timbró el teléfono, en medio del almuerzo, todos quedaron a la expectativa, esperando que el hermano ausente les dijera cuando viajaría a visitarlos y a llevarles los regalos que habían quedado pendientes. Pero el rostro de angustia e incertidumbre de mamá mostraba otra cosa. Ante la pregunta de don Moisés:

- ¿Quién era?

Ella respondió:

- Despegó anoche, pero no llegó a su destino.

Todo fue angustia y desolación, hacía poco tiempo había tenido un accidente aéreo que le dejó graves fracturas en la columna, las piernas rotas y que lo mantuvo hospitalizado cinco meses; los tratamientos médicos y los especiales cuidados de mamá lo sacaron adelante, pero esta vez parecía más grave.

Don Moisés quedó aturdido, no musitaba palabra, tan sólo se le escuchó un grito tan desgarrador y profundo como si se le saliera el alma. Era un hombre fuerte y emprendedor, siendo un jovencito de veintiún años se enamoró de la niña más bonita de aquella vereda, que contaba con tan sólo dieciséis años. Pero el amor lo puede todo, y un año después de aquel primer encuentro, ya eran esposos y aun sin cumplir los treinta años, ella y él los treinta y seis, ya eran padres de diez hijos, un parto de gemelas facilitó la cuenta. Los dos se propusieron sacar adelante esa enorme familia y con grandes sacrificios y esfuerzos lo estaban logrando.

Esta inesperada noticia movió las fibras más profundas. Mamá se refugió en la oración, pero don Moisés no supo que hacer.

Mamá, que todo lo ve, aunque no parezca, empezó a observar ciertos cambios en los hábitos y costumbres de su Moisés, como su gusto por ciertas golosinas, dulces, refrescos y otras “cositas”, como diría ella, que iniciaron a preocuparla. Se hizo necesario asistir al especialista para conocer la razón de estos cambios que generaron un aumento de peso, fatiga y de la micción. El diagnóstico fue contundente: *diabetes*. Esta noticia causó tristeza y angustia, era conocido por mamá y Moisés que varios de sus amigos de infancia y juventud que padecían esa enfermedad terminaban amputados, sin un dedo, sin un pie, ciegos o muertos. El escenario no pintaba bien. Era necesario iniciar con el cambio de hábitos alimenticios. La orden médica expresa decía: “Consumo de frutas, verduras y pescado, bajo consumo de azúcar y carbohidratos”.

Esto ayudaría a controlar el avance de la enfermedad. Aconsejaba, además, nada de sedentarismo, caminatas y ejercicio todos los días, o mínimo tres veces a la semana. Mamá se encargó de la alimentación, mientras Moisés estuviera en casa ella lo cuidaba, pero, ¿quién lo hacía cuando él salía a sus negocios o a la finca? Era común verlo

llegar con un *snack*, galletitas, tortas, milhojas que guardaba disimuladamente en la guantera, el bolsillo o algún sitio que él creía que mamá no encontraría. Las caminatas eran sólo una ilusión, de niño debió caminar mucho, arreando ganado, cargando leña, recorriendo grandes trayectos entre pueblos y veredas, probablemente esa vivencia hizo que le cogiera apatía, creía que ya había caminado lo suficiente. Cuidar de la salud de Moisés no era tarea fácil. La falta de grasa en las comidas y los refrescos, jugos y postres sin azúcar hacía que todo le pareciera insípido y desabrido, por eso siempre que tenía oportunidad llenaba bolsas y bolsillos de galguerías, confites y caramelos.

De cuando en vez sonaba el viejo teléfono de disco y la cara de los dos mostraba un *rictus* de esperanza, pero al contestar su rostro volvía a entristecerse.

Han pasado diez años y aún no llega una noticia, un mensaje, pero ellos no pierden la esperanza.

Escuchar el sonido que emitían los aviones cuando surcaban los cielos, especialmente en la vereda, lo transportaba a un mundo imaginario e irreal, imaginaba ver a ese hijo que tantas veces le había prometido llevarlo a conocer tierras extrañas, otros mundos. Levantaba la mano en un ademán de saludo, de despedida o simplemente deseándole un buen viaje y pronto regreso. Su mente iniciaba a confundirse entre lo real y lo imaginario.

Moisés siempre fue de ímpetu fogoso y pareciera que con la adultez esa debilidad o fortaleza, según se le mire, había aumentado y los constantes comentarios y chismes que le llegaban a mamá y que no podían ser confirmados, alientan las sospechas.

Pero mamá estaba concentrada en cuidar la salud de su Moisés, juguitos sin azúcar, tortitas de vegetales y verduras, carnes magras y pescados, sus medicamentos a las horas indicadas, sus exámenes y citas médicas, lo más difícil fue lograr que realizara actividad física, por eso la fogosidad y esos otros detalles pasaban a ser secundarios, por el contrario, le daba mucha tristeza y nostalgia escuchar que en las noches, cuando él creía que ella estaba profundamente dormida, se levantaba y de forma sigilosa se dirigía a la ventana más lejana, la abría con cuidado para no hacer ruido, se quedaba mirando al infinito y con voz entrecortada llamaba a gritos a ese hijo que le había prometido llevarlo a viajar por mundos desconocidos.

Mamá pensó si sería necesario comentarle al especialista estas actitudes y nuevos hábitos que Moisés estaba mostrando y así lo hizo. El diagnóstico del especialista en neurología fue devastador: principios de Alzheimer.

Ahora ya no eran sólo los cuidados especiales para mantener la diabetes a raya, los esfuerzos se duplicaban y eran de veinticuatro horas de vigilancia permanente, un descuido podía ser fatal o por lo menos angustiante. Con Alzheimer la pérdida de memoria es lenta, pero va consumiendo cada espacio de lucidez, y el carácter de Moisés hacía más difícil la tarea, además, él quería continuar viviendo y aprovechando cada oportunidad que se le presentará. Medicamentos antes y después del desayuno, antes y después del almuerzo, antes y después de la comida, parches en la espalda, terapias, exámenes, alimentación balanceada, todo era responsabilidad de mamá. Ella pendiente de todo, le intrigaba que desde hacía un tiempo su Moisés llegaba tarde en las noches sin explicación alguna y su impaciencia y renuencia para tomar su medicina la angustiaba.

Inició por dejar que él se durmiera y empezó a buscar en bolsillos, escondites, guanteras, cajones y posibles sitios donde él guardaba sus golosinas prohibidas. Ocasionalmente encontraba una que otra pastilla que ella desconocía y que no hacían parte del *vademécum* que manejaba para el tratamiento de la diabetes y el Alzheimer, pero no se atrevía a preguntar por temor a delatarse o generar algún enojo que alterara la salud de Moisés. Era evidente que algo no estaba funcionando bien, la morbosidad y fogosidad aumentaban paralelo con la ansiedad, angustia y zozobra por las enfermedades y la falta de buenas noticias. Ya ni el teléfono repicaba. Tanto esfuerzo y dedicación para cuidar de la salud de Moisés y la melancolía y soledad por el hijo ausente estaba pasando factura a Mamá, dolor de rodillas, de hombros, cansancio general y constante depresión mostraban un cuadro nada alentador.



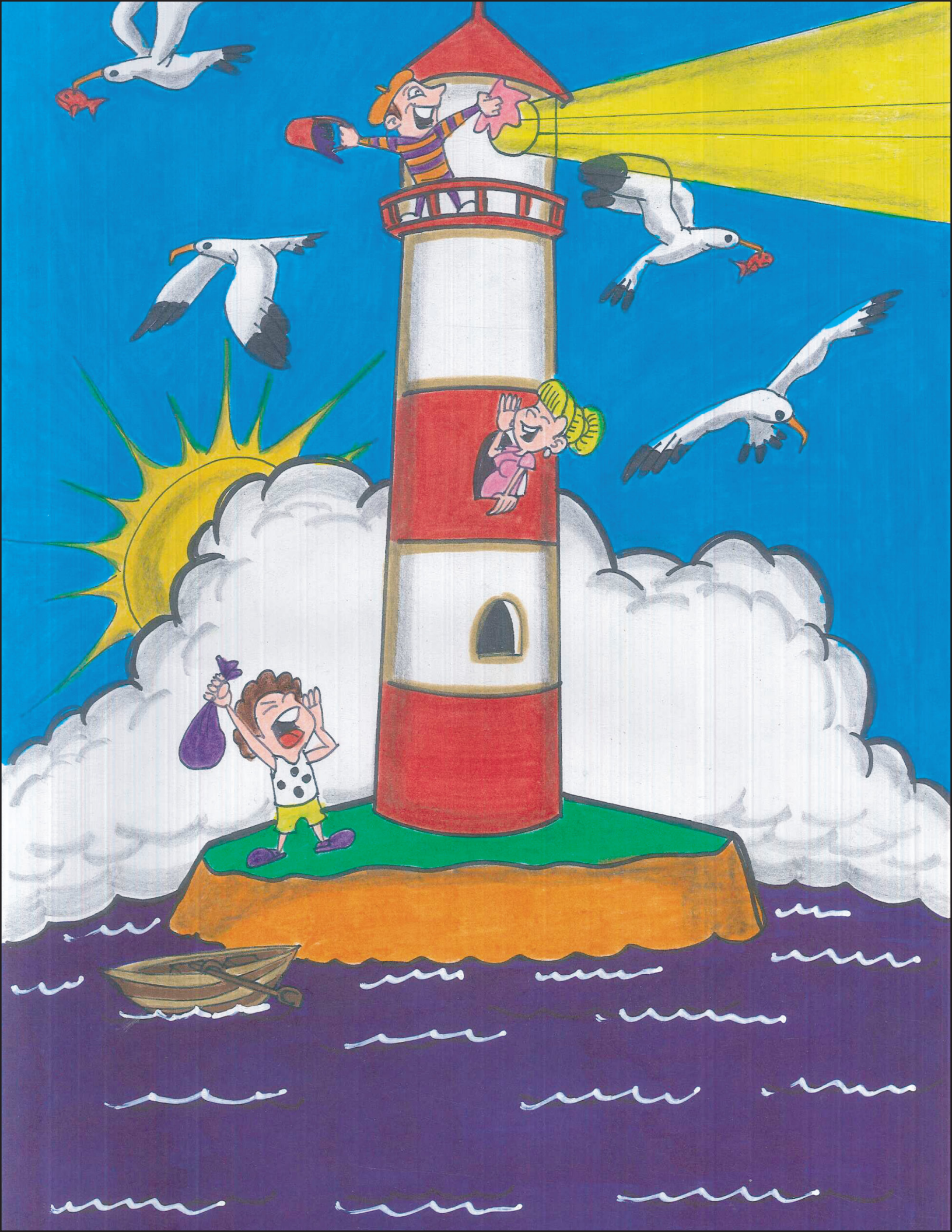
Veinte años después de aquella triste Navidad, la salud de Moisés era cada día más sombría a pesar de los esfuerzos médicos y todos los cuidados de mamá. Ya no era sólo la alimentación y los medicamentos, ahora era la insulina, la hipertensión, los pies inflamados y otros términos desconocidos para el común de los mortales.

Una mañana, cuando mamá se disponía a iniciar el día, notó que Moisés, no estaba en la posición en la que siempre dormía, eso la sobresaltó, con angustia lo primero que hizo fue tocar la frente para sentir su temperatura y no despertarlo. Estaba frío muy frío. Primero con delicadeza y luego a gritos lo llamó, lo movió, pero no había nada que hacer, Moisés había muerto. Se sabía que algún día tenía que suceder, pero sentía que todo esfuerzo había sido en vano.

El motivo de la muerte según el diagnóstico médico: paro cardíaco. Mamá todo lo tenía bajo control, no entendía qué había sucedido. Cuando tuvo la oportunidad le comentó al especialista que trataba a Moisés que, entre los dulces y bombones, encontró en varias oportunidades, unas pastillas azules que no hacían parte de los medicamentos recetados.

- Ahí está la respuesta - contestó el galeno.

Ella seguirá esperando que el viejo teléfono anuncie la noticia que le devuelva la ilusión y la alegría.



EL FARERO



*Autor: Leidy Nataly Daza Pirateque
Institución Educativa Telepalmeritas sede El Tesoro
Municipio: San Luis de Gaceno*

Se despertó debido a una luz tenue que se filtró por su ventana. Escuchó las gaviotas que revoloteaban mientras luchaban por un pez que había caído presa en las garras de una de ellas, y pudo sentir el olor de la sal del mar que se evaporaba en el ambiente. Pedro Alcántara o don Pepe, como lo conocía la gente de aquella zona, se sintió feliz.

Preparó una taza de té, se asomó por la ventana y miró la inmensidad del mar. Se preguntó, ¿qué estaría haciendo Xiomara?, ¿dormiría aún o estaría llevando a sus hijos a la escuela? La extrañaba tanto. Sentía que el mar le traía su aroma de vez en cuando; sentía su perfume en el aire y luego éste se desvanecía. Quizás el mar quería mortificarlo. Traía a Xiomara a sus recuerdos y luego se la arrebató.

Estando allí, parado y sumido en sus meditaciones, recordó que ese día debía llegar el bote con las provisiones. Eran casi las 8:30 a. m, así que se alistó para recibir a Ricardo, el muchacho que le traía lo necesario cada mes. Miró su alacena y sólo le quedaba una libra de arroz y cinco litros de agua. Así que se sintió aliviado de saber que ese día podría abastecerse nuevamente para el último mes que estaría ahí.

Ya lo había decidido, lo había pensado cada día durante cerca de un mes. En el faro tenía todo lo que siempre había deseado. Desde que era un niño había soñado con esa vida. La calidez del lugar, el silencio y la tranquilidad. Pero su amor por Xiomara y sus hijos era mucho más grande que su amor por su oficio. Llevaba cerca de cinco años en aquella pequeña isla y viviendo en ese faro, totalmente solo. Había sido muy difícil para él dejar a su esposa y a sus hijos, pero ellos mismos le habían animado a tomar ese trabajo.

Mientras esperaba la llegada de Ricardo, subió al balcón y limpió la vidriera del faro. La sal de mar que traía la brisa de la tarde hacía que los marcos se oxidaran. Bueno, podían oxidarse en otros faros, pero en el faro de Pedro, no. Era tanto el esmero que Pedro ponía en su trabajo y en su faro, que incluso el faro brillaba más por su limpieza que por la misma linterna que se encargaba de guiar a los barcos en la noche. El faro de Pedro era como un lucero del día. El reflejo del sol en sus paredes hacía que de día fuera tan brillante que incluso los barcos podían admirarse tanto por su belleza que llegarían a perder el rumbo.

Pedro estuvo tan ensimismado en el cuidado del faro, como cada día, que no se dio cuenta del tiempo que había pasado. Eran casi las 6:30 p. m y se dio cuenta que el bote con sus víveres no había llegado. Se preguntó qué había pasado, miró hacia el horizonte y el mar estaba en calma.

«Debió ocurrir algo en tierra, seguro mañana vendrá --pensó». Así que se acostó a dormir.

Al día siguiente Pedro esperó con ansias nuevamente la llegada del bote, pero éste no llegó. Empezó a pensar en todo tipo de cosas. Llevaba cerca de un año sin salir de la isla. Aunque cada mes iban a llevarle suministros, el encargado de hacerlo, Ricardo, era un hombre muy callado. Solamente descargaba sus víveres y le entregaba las cartas que le enviaba Xiomara, se subía en su bote y se alejaba remando lentamente. Aunque Pedro trató al principio de entablar conversación con él, Ricardo solamente contestaba sus preguntas a la ligera y parecía incomodarse con cada pregunta que Pedro le hacía. Así que dejó de hacerlo.

Pedro empezó a sufrir luego de que se le acabó el arroz y el agua que le quedaba. Había gastado el último litro limpiando la maquinaria de la linterna. Aunque tenía mucha sed e intentó dejarla para beber, al segundo día de no haber limpiado el faro, empezó a tener pesadillas. Soñaba que estaba al lado de Xiomara y sus hijos, iban en

un barco, de noche por el mar. Pero una tempestad los azotaba. Estaban a la deriva y él trataba de buscar la luz de su faro, pero no la veía; el faro había dejado de brillar para él. Así que cuando despertó lo primero que hizo fue ir a limpiar la lámpara, aun con la necesidad que tenía de guardar el agua para sí mismo.

Llevaba ya una semana esperando que llegaría Ricardo con sus víveres. Los días de sol lo esperaba con ansías, pero los días de lluvia y tempestad ni siquiera intentaba mirar a la distancia. Se dedicaba a recoger agua de la lluvia para su subsistencia. En los días de sol y, mientras esperaba ver el bote de Ricardo llegar hasta su faro, se pasaba las horas tratando de pescar a la orilla de su pequeña isla. Al final del día terminaba agotado, quemado por el sol, arañado por las gaviotas que esperaban que él pescara para atacarlo con sus uñas y arrebatarse algunos de los peces que sacaba del mar con tanto esfuerzo.

Pescar le permitía subsistir, pero también le ocasionaba más trabajo. Luego de terminar de pescar y espantar las gaviotas, debía dedicarse a limpiar su faro. Las gaviotas defecaban sobre toda la cúpula y el balcón. Incluso si le quedaba poca agua, podía dejar de tomar un baño o beber un poco de agua fresca, pero nunca podía dejar de limpiar y asear su faro.

Mientras escalaba la torre y quitaba el musgo que intentaba nacer en las paredes, pensaba en Xiomara, en sus hijos, en Ricardo. ¿Por qué no vendría a traerle sus cosas? ¿Qué estaría pasando en la costa? Debía buscar una forma de salir de ese lugar. Intentaba hacer señales a los barcos que se veían a la distancia. Pero nunca tuvo suerte. Ningún barco se acercaba al faro. No podía creer que lo hubieran dejado ahí, a su suerte.

Cada día se sentía más débil. Incluso un día pudo jurar que se había desmayado mientras limpiaba la cúpula. Tenía lagunas mentales y despertó abrazado a la válvula solar. Fue un milagro que no hubiera caído y perdido la vida. Muchas veces trató de quedarse acostado o sentado en su silla al interior de la torre sin hacer nada para no quemar calorías, pero mientras estaba ahí el sueño lo vencía y las pesadillas retornaban. Siempre perdido en el mar y el faro sin dejarse ver.

Entonces lo sobrecogía el miedo. No podía dejar el faro. Si se iba como había decidido, entonces sería su culpa que el faro dejara de funcionar y los barcos que se perdieran en el mar, los marineros, sus familias, todo sería su culpa. Así que se levantaba nuevamente y empezaba con su tarea de todos los días, limpiar el faro. Cada vez demoraba más en cada oficio y terminaba más cansado. Había perdido incluso la noción del tiempo. No sabía cuánto llevaba ahí.

Cuando ya no pudo levantarse de su cama, se quedaba tendido mirando el techo. Escuchaba las gaviotas revoloteando por el lugar, las podía imaginar defecando por todo lado, haciendo sus nidos en los balcones, burlándose de él. Trataba de gritar para ahuyentarlas, pero no salía ningún sonido de su boca. Cada vez que el sueño lo vencía sentía miedo de que no volviera a despertar.

Conforme pasaba el tiempo empezó a perder el sentido más seguido. Se arrepentía de no haber disfrutado el tiempo con su esposa y con sus hijos, de haber dedicado cinco años de su vida a esa pila de ladrillos y piedras que posiblemente se convertiría en su tumba.

Un día lo despertaron unos ruidos, escuchaba voces, murmullos. No sabía si estaba soñando o era algo que en realidad estaba pasando. Le parecía escuchar la voz de Xiomara. Abrió los ojos tanto como pudo y vio a alguien de pie junto a su cama. Era una mujer, su rostro le parecía familiar. Era Xiomara. Sabía que era ella. Su rostro era un poco diferente, tenía arrugas que no había visto antes, se veía cansada.

Trató de tocarla para confirmar que no era un espejismo. Entonces la mujer se acurrucó a su lado. Pedro pudo sentir la calidez de su piel y las lágrimas que se escurrían de sus ojos. Entonces escuchó una voz que le susurraba al oído:

- Descansa, yo cuidaré de ti.

***CATEGORÍA
ESFUERZO Y
DEDICACIÓN***





VISITANDO A MIS ABUELITOS



Autor: Manuel Santiago Díaz Valderrama

Institución Educativa: Ntra. Sra. del Rosario

Municipio: Boavita

Grado: Primero

Docente: Janneth Gómez Cobos

Siempre que voy al campo a visitar a mis abuelitos observo que ellos son muy cuidadosos en todo. Primeramente, conmigo, qué donde voy a dormir, con quién voy a dormir, y al final, termino siempre durmiendo en medio de ellos dos. ¡Qué hermoso es tener y sentir ese cuidado de parte de tus seres queridos!

Mis abuelitos a pesar de su edad, porque les cuento que mis abuelitos están viejitos, tienen muchas arruguitas que me encanta tocar, y una piel suavcita como la de mi hermanito pequeño. Bueno, el hecho es que son muy, pero muy cuidadosos. Ellos se la viven pendiente del medio ambiente, de toda la naturaleza que rodea su casa. Mi abuela cuida mucho sus bellas y olorosas flores, esas que dan belleza a las puertas y ventanas, esas a las que mi abuela les habla como si le oyeran.

Es muy lindo ver a mi abuelita tan feliz con sus flores, aunque mi abuelito le dice: “¡Vieja, no pierdas tanto tiempo en esas flores inútiles!”. Mi abuelita igual les sigue hablando y consintiendo. Mi abuelito, en cambio, es más gruñón, pero a pesar de eso también les habla a sus animalitos, se la pasa diciéndoles a las gallinas que están gorditas y bellas, y que sus huevos son los más ricos del pueblo. Me río mucho cuando los veo a cada uno por su lado diciéndole *loquito* el uno al otro. Así son mis abuelitos, y así los amo inmensamente.

Mis abuelitos me hablan mucho de no quemar basura, de no echarla a las orillas de las quebradas, por eso dañan el medio ambiente y contaminan las aguas que necesitamos para nuestras vidas. Ellos mantienen muy aseada su casa, sus corrales de aves y gallinas, la casita de los cerdos y el pasto del ganado. *Bobby* el perrito, y *Robín* el gatito de la casa, siempre están muy limpios y gordos por que los cuidan mucho y les dan mucha atención. ¡Qué feliz me siento de visitar a mis abuelitos! Recuerdo que cuando estoy de vacaciones mi abuelo y yo siempre vamos a un riachuelo o quebrada que queda a una distancia de 100 metros aproximadamente de la finca, allí el agua es cristalina y él me dice que está así de limpia por el cuidado que tiene todos los vecinos y ellos del agua y la naturaleza. Todos en unión cuidan de la flora, la fauna, de los ríos, montañas, bosques y de los animales, recordándome que todo lo que tenemos y nos rodea no los regaló Diosito para disfrutarlo, pero que era responsabilidad nuestra protegerla. Mis abuelitos son tan sabios que a veces pienso de dónde sacan tanta inteligencia.

Quiero contarles que estoy preocupado porque mi mamita me dejó más del tiempo que siempre me deja con mis abuelitos, ellos me dicen que no pasa nada, pero yo creo que sí porque mi mamita ahora sólo me visita y se va otra vez, viene usando tapabocas, deja los zapatos afuera y se echa mucho alcohol. Antes de saludarme se lava las manos y me dice: “Mijito, cuídate mucho, no saludes de manos, no salgas tanto”, y muchas indicaciones más. No regresé más al colegio. ahora todo es por celular. No volví a ver a mis amigos. a mis profesoras, sólo escucho la pandemia. aquí la pandemia allá y un enemigo grande que se llama COVID -19.

La verdad no sé qué pensar; sólo sé que todo lo que está pasando cambió nuestras vidas, y que, de ahora en adelante, hay que tener mucho cuidado en todo lo que nos rodea. Yo me hice una meta en mi cabecita y mi corazón, y esa meta es cuidar del medio ambiente, de los animales, de las comidas, de mis amigos, de mis familiares, de mi mamita, de mis abuelitos y de mí mismo. Haciendo todo lo que ellos me han enseñado y tomando todas las medidas necesarias para que ese enemigo que, ahora me aparta de todo lo que amo, y de todo lo que me gusta se

desaparezca y nunca más vuelva; porque a mí me gusta ser libre y disfrutar tanto del campo como de mi casa y mi colegio.

Pero les cuento un secreto. Realmente este ejemplo de cuidar, se lo debo a mis padres, mis abuelitos y a mis profes. A todos ellos les debo el amor al campo, a la naturaleza, a la familia, a los amigos, a mi cuerpo y a todo lo que tengo enfrente. Sin ellos yo no sabría nada y sería como mi amigo Robert que no respeta el agua ni la limpieza, solo hace destrozos y deja todo tirado, ¡qué pesar de mi amiguito que no sabe la importancia del cuidado y el respeto!

Bueno, ya para terminar mi historia les voy a contar que soy un niño muy valiente, bueno así me dicen mis papitos, soy un superhéroe porque protejo al mundo de la suciedad y la basura, protejo a mis abuelitos y les ayudo en todo lo que yo pueda hacer. Por eso me encanta visitar a mis abuelitos, porque para ellos, y para mis papitos, yo soy el mejor del mundo.

Amiguito, tú también puedes ser como yo, un superhéroe valiente. Sólo tienes que cuidarte y cuidar a los tuyos, bueno también visita mucho a tus abuelitos porque son lo más lindo que nos regaló Diosito. Por cierto, Diosito; gracias por mi familia. *Te amo y los amo.*

Les mando un beso y un abrazo gigantesco desde la distancia.

UN HÉROE ANÓNIMO



Autor: Andrés Felipe Pinilla Flórez

Institución Educativa: Técnico Agrícola Antonio Nariño

Municipio: Caldas

Grado: Noveno

Docente: Claudia Esperanza Rodríguez Galvis

Un fin de semana como todos, me encontraba con mi familia compartiendo en un lugar muy hermoso con mucha vegetación, más exactamente en el parque Juan Pablo II. Un lugar ideal para compartir con tus seres más queridos y así pasar un día inolvidable. Aún recuerdo esa rica y deliciosa brisa que acariciaba mi cara y cada poro de mi piel, así mismo la sensación de las hojas que caen de los árboles en mis manos. Una tarde poética que se llenó de magia cuando mis amigos llegaron con el balón de fútbol.

Jugamos hasta cansarnos, ese fue el último día antes de que llegara la orden de cuarentena. Pero regresemos a la actualidad donde un virus fue apoderándose del mundo. Proveniente de China, según decían los noticiarios. Todo comenzó en este mismo año, 2020, en abril del 21, a las 6:00 a. m. donde todo cambio de color a oscuro.

Los abrazos y las caricias quedaron en la memoria, y las reuniones son fantasías virtuales donde cada quien debe estar en casa cuidándose, encerrados para siempre en sus hogares como las princesas en las altas torres.

Es irónico pensar que lo teníamos todo y no supimos valorarlo, y ahora, que no podemos seguir la normalidad de nuestras vidas, clamamos por revivir dicha libertad que algún día tuvimos, días en el Juan Pablo II que jamás volverán. Y mientras tanto sigo esperando la hora de que nos digan que podremos volver a la normalidad.

Mientras tanto mis amigos me hacen video llamadas y no les puedo responder, pues se me acaban los datos y sólo los puedo invertir en las clases. En mi hogar no hay muchos recursos, pero hacemos lo que podemos para poder sobrevivir.

Un buen día, estaba en mi habitación cuando de repente veo en la ventana el rostro de una linda niña, vestida de blanco, quien con gesto gracioso me señalaba el camino hacia el parque. Yo me asomé y le dije: “No puedo salir, pues ya sabes, hay una pandemia y estamos en cuarentena”. Ella me dijo que, si iba con ella, me iba a proteger contra el virus y yo no pude resistir la tentación y dije: ¡Qué más da!

Con mucha angustia me fui con ella y pues con un movimiento de brazo, crea una burbuja en donde los dos vamos flotando y disfrutando de la posibilidad de salir y ver lo que ocurre afuera. Yo estaba muy contento, cuando de repente nos encontramos con otras burbujas, muy distintas a las nuestras ya que eran de color verde y tenían forma de corona. Por supuesto que la niña no me dijo por qué me llevó a ese lugar, y pues yo sólo le decía que tenía miedo y que no sabía cómo luchar en contra de esas coronas. Ella me dijo: “Tú eres el elegido, solo tú podrás acabar con el Virus”. Ante esto sólo pude cerrar los ojos y empezar a luchar. De repente, en mis manos, apareció una espada en forma de jeringa y con ella empecé a atacarlos y ellos finalmente se dieron por vencidos.

Cuando abrí los ojos, de nuevo me encontré en mi habitación, la niña ya no estaba conmigo y todo seguía en la normalidad. Sin embargo, empecé a escuchar una gran algarabía, la gente reía, cantaba, lloraba y gritaba que el COVID se había ido. ¡Todos empezaron a salir de sus casas!, y decían que había un niño héroe que los había salvado de morir. Al escuchar todo esto, decidí salir a la calle, me mezclé entre la gente y todo era muy confuso. Mientras tanto vi de nuevo a la niña y ella también a mí y salió corriendo, la seguí hasta alcanzarla y ella empezó a gritar: ¡Él es el niño que derrotó al COVID!, y todo el mundo se vino hacia mí y yo confundido eché a correr y mi padre me abrazó y me llevó en hombros.

Me sentía como en las nubes, pero no comprendía que mi decisión de arriesgarme por los demás había determinado que yo fuese un héroe. Solo hice lo que debía hacer, cuidar de los míos y de toda la humanidad.

SAMANTA, LA PINGÜINITA



*Autor: Doris Ariana Triviño Alcalá
Institución Educativa: San Pedro Claver
Municipio: Puerto Boyacá
Grado: Cuarto
Docente: Liliana Marcela Hermosa Díaz*

Había una vez una pingüinita llamada Samanta, vivía en el Polo Sur, le gustaba el pescado, le gustaba nadar, sus padres María y Juan la quieren mucho, ella estudia en la escuela Aprendizaje Polo Sur. Todos los pingüinos que vivían en el Polo Sur se esmeraban por mantener muy bello su lugar, todo lo mantenían limpio, muy organizado y bello, todos ayudaban a cuidar. Pero Samanta renegaba por todo, todos los días le decía a su mejor amiga de la escuela, que se llamaba Victoria, que en el Polo Sur no había nada, sólo hielo, hielo y más hielo, ella quería volar y poder ir a otros lugares a conocer cosas nuevas. Su mamá se ponía muy brava con Samanta cuando la escuchaba siempre renegando de su bello Polo Sur.



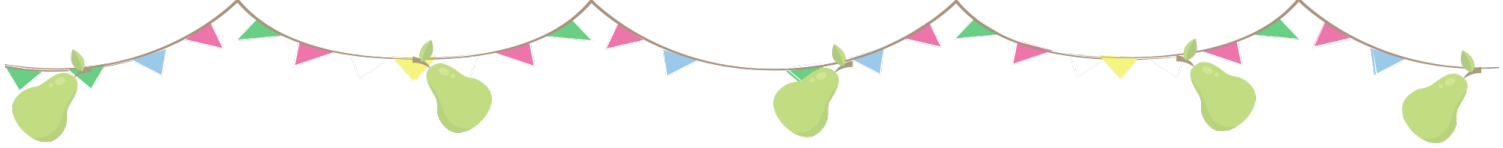
Samanta todos los días intentaba volar, porque se quería ir muy lejos, lo intentaba día tras día, semana tras semana, mes tras mes, pero no lo lograba.

Un día estaba con su amiga contemplando el mar y vieron un gran barco que se acercaba; la pingüinita Samanta le dijo a su amiga: “Tengo una gran idea, vámonos a escondidas en este barco a conocer otros lugares, ya estoy aburrida aquí, aquí no hay nada”. Su amiga Victoria le dijo que no lo hiciera, que eso era muy peligroso, y que después cómo volvería, pero Samanta era una pingüinita muy testaruda y terca y no le hizo caso a su amiga, se fue en el barco escondida.

Pasó mucho tiempo escondida, hasta que por fin el barco llegó a un lugar. La pingüinita, con mucho cuidado se bajó y comenzó su aventura. Caminó y caminó y llegó a un lugar muy bello lleno de cosas asombrosas para ella. Un conejito que la vio se asombró porque nunca había visto un pingüino en un bosque, el conejito se acercó y le preguntó: “Y tú, ¿qué haces aquí?, ¿tú no vives en el Polo Sur?”. “Sí, pero el Polo Sur es tan aburrido que quise conocer nuevas cosas”. “¿Pero tú cómo te llamas?”, preguntó la pingüinita. “Yo soy el señor conejo”. “¿Qué bueno encontrarte señor conejo, ¿me puedes contar que es todo esto tan bello que estoy viendo?”. El señor conejo le enseñó las flores, las mariposas, los pajaritos, los árboles, los ríos, las quebradas y todas las cosas maravillosas de ese lugar.

Pero cuando estaban contemplando la bella naturaleza, llegaron a este lugar unas personas, el conejito le dijo a la pingüinita que se escondieran, pero ella no le hizo caso y quiso hablar con ellos. Pero con tan mala suerte que los seres humanos no eran nada amigables. Entonces ¡pobre pingüinita!, estos seres desconocidos para ella la llevaron a su casa y la metieron entre una jaula y la mostraban a todo el que llegaba como un trofeo. Y además se dio cuenta de que estas personas no eran como su familia, no cuidaban su hogar, no limpiaban, todo lo mantenían sucio, con basura y muy desorganizado; además le daban de comer arroz, papa, lechuga y ella amaba era el pescado, pero no le daban pescado. Samanta seguía encerrada y comenzó a extrañar a su familia y su Polo Sur, muy triste deseaba volver de nuevo a su hogar a disfrutar de un lugar limpio, que, aunque no tenía flores, ni árboles, sabía que tenía una gran familia y lo más importante su libertad.

Pero el conejito del bosque no había olvidado a la pingüinita, y un día fue y le abrió la jaula y la rescató de estos malvados seres humanos. Samanta logró embarcarse de nuevo hacia su lindo hogar, el Polo Sur. ¡Qué felicidad sintió al poder ver y abrazar de nuevo a su mamá, a su papá y a su gran amiga Victoria!; desde ese día la pingüinita Samanta prometió no volver a renegar de lo que tiene y de amar siempre ese lugar que puede disfrutar en compañía de su gran familia y su buena amiga Victoria. Desde ese día Samanta apreció las maravillas del Polo Sur.



CATEGORÍA JENESANO





EL CASTILLO ENCANTADO DE MÍ ABUELO



*Autor: María Yecenia Aponte Aponte
Institución Educativa: Técnico Comercial de Jenesano, Sede Rodríguez
Municipio: Jenesano
Grado: Quinto
Docente: Elizabeth Hernández Villamil*

Un día noté que mi abuelo estaba muy extraño. Le pregunté: “¿Qué pasa abuelo?”, él contestó: “Lo que pasa es que soñé con un castillo de piedra donde vivía con la abuela, tú sabes que es una finca muy hermosa con nacederos de agua cristalina y pura que yo debo conservar porque en esta vereda ya se secaron los arroyos, entonces debo cuidar la vegetación para que nunca le haga falta el agua a nadie pues es un recurso vital para toda esta población que se dedica a la agricultura y a la ganadería, entonces eso me tiene muy triste por qué no le he podido cumplir el sueño a tu abuela”. Yo, una niña maliciosa, me preguntaba por qué el abuelo no intentaba volver este sueño realidad, y le pregunté: “Abuelo, ¿por qué no intentas volver este sueño realidad? Mi abuelo me contestó: “Querida nieta, es imposible en este momento”. Entonces mamá nos llamó a comer, pero se dio cuenta de que el abuelo estaba como triste, algo raro en él que era una persona jocosa y risueña. Me llamó a la cocina y en voz baja me preguntó: “¿Qué le pasa a tu abuelo?”.

Le respondí: “Es que el abuelo anhela tener un castillo de piedra para vivir con la abuela”. Mamá contestó: “Pero si tu abuela murió hace años...”. “Sí, mamá, pero es que el abuelo le hizo una promesa y no ha podido cumplirla”. “Vamos a comentarle a tu papá y ver qué posibilidades hay de colaborar para que se cumpla el sueño de tú abuelo”. Me puse muy feliz al escuchar esto.

Al día siguiente mi abuelo tenía que viajar a Estados Unidos por unos problemas de salud, lo acompañamos al aeropuerto y en inmigración nos despedimos; él iba muy triste porque no había logrado cumplirle el sueño a su amada esposa y con la incertidumbre de que quizá no regresará, entonces me abrazó fuertemente y sentí rodar sus lágrimas en mi cuello. Yo también lo apreté muy duro y le di palabras de aliento: “Tranquilo, abuelito, ve con Dios que todo va a salir muy bien y para tu regreso habrá tantos cambios que tu llanto se convertirá en risas. Te amo mucho, cuídate para que pronto volvamos a correr por tus tierras y a sentir el aire golpeando en nuestras mejillas. Te amo mucho y te estaré esperando. Chao abuelito”.

Ya de regreso a casa dialogábamos en el carro de cómo haríamos para construir el castillo. Papá muy entusiasmado contrató a los mejores arquitectos e ingenieros para que la obra quedará bien hecha, así fue que inmediatamente se dio inicio a la construcción, cuando ya vimos todo casi terminado, con mamá empezamos a hacer viajes a la capital en busca de la decoración, puesto que el abuelo era muy exigente y le gustaba los muebles coloniales, en efecto, todo estaba como él quería.

Transcurridos seis meses de su tratamiento y completamente recuperado regresó al país, fuimos a recogerlo al aeropuerto y cuando nos vimos nos abrazamos fuertemente y nos saludamos con mucha efusividad. En el camino nos contó todo sobre su atención en los Estados Unidos y que su salud estaba muy, pero muy bien; esto fue una alegría inmensa para toda la familia. Mamá le comentaba cómo estaba todo en sus fincas, le rendía cuentas sobre sus cultivos y ganado, y yo también le hacía comentarios sobre mi estudio.

Llegando al pueblo le dije: “Abuelito, te voy a cubrir los ojos porque te tenemos una sorpresa”.

Cuando bajamos del carro, lo tomamos de la mano y lo llevamos hasta el jardín que quedaba justo a la en-

trada del castillo, le pedimos que retirara la venda de sus ojos, cuando él vio este castillo tan hermoso y cómo lo había soñado siempre, sus ojos se llenaron de lágrimas y su risa era tan contagiosa que todos reíamos y sentíamos la misma felicidad de él.

Le dejamos sus maletas en la habitación y él nos entregó los obsequios que había traído de Estados Unidos, bajamos al comedor y quedó impresionado con todo lo que habíamos decorado, pues era lo que siempre había querido tener. Después de una cena de bienvenida nos retiramos a nuestra casa y él se quedó en su castillo.

A la mañana siguiente fui a saludarlo y a ver cómo estaba, él me comentó que no había podido dormir, que sentía ruidos y que eso le impedía descansar, yo ingenuamente le dije: “Abuelo, eso es que tú vienes cansado y se te dificulta concebir el sueño, pero tranquilo que esta noche me quedo contigo, claro si tú quieres”. “Me parece muy bien, hijita, para ver si puedo descansar, aunque sea un poco”.

Pasada la media noche escuché el ruido de una puerta, salí corriendo al cuarto del abuelo para averiguar qué era lo que pasaba, cuando golpeé la puerta se abrió dando un crujido que me aterró, temblando entré y vi que todo estaba en su lugar, nada fuera de lo normal, lo único extraño es que en el baño se escuchaba la ducha abierta, abrí con cuidado la puerta y miré al espejo y leí lo que ahí decía: “Auxilio, auxilio”. Fue tanto el susto que salí corriendo y me caí por las escaleras.

Llegué a casa y mi madre me preguntó: “¿Qué pasa, hija?” Yo temblando le respondí que el castillo está embrujado, ella me respondió: “Pero hija, ¿cómo crees?”. En ese instante entró mi abuelo a la casa y confirmó lo que le estaba diciendo a mamá. Esperamos que amaneciera y fuimos a revisar el castillo y no encontramos nada, entonces decidimos quedarnos toda esa noche para averiguar qué era lo que pasaba. Ya entrada la noche, cuando todo estaba en silencio, se escucharon unos pasos, y mi mamá se armó de valor y abrió la puerta.... Con voz temblorosa preguntó: “¿Mamá, eres tú? ¿Qué pasa, por qué no dejas descansar a papá?”. Ella me contestó: “Quiero que se celebre una eucaristía en el nacedero de agua y que sea distribuida para todos los habitantes de la región porque el agua es un recurso vital y no se le debe negar a nadie”. Así lo hicieron y el alma de la abuela se fue a descansar en paz y todos pudimos vivir en el castillo y fuimos felices por siempre.

LA PRINCESA PROTECTORA



*Autor: Leidy Carolina Vargas Parra
Institución Educativa: Técnico Comercial de Jenesano
Municipio: Jenesano*

En un lugar muy lejano, cerca al sol, existía un pueblito llamado: Eybys, caracterizado por su angelical hermosura; sus casitas estaban fabricadas en cristal y porcelana. Allí tenían gran aprecio por la naturaleza y el medio ambiente, porque era un recurso que nunca llegarían a tener, pues sólo podían divisar su hermosura a través de un cristal.

Cierto día la princesa Luzdy, hija del rey Josué, se acercó al cristal y minuciosamente observó una linda mariposa de colores, que brillaba al aletear cerca al cristal; era tan preciosa que con su esplendor iluminaba todo el pueblo. Luzdy encantada por la hermosura de aquel ser, pidió a su padre para que rompiera el cristal y así lograr tener un contacto directo con la naturaleza. Su padre al oírla se enojó muchísimo, diciéndole:

Eso jamás, es un territorio prohibido; todo aquel que pisa ese lugar morirá por siempre y nunca podrá re-

gresar a este pueblo. Además, es un tesoro muy apreciado para nuestra comunidad, ya que de él dependemos para sobrevivir.

La princesa tristemente, le respondió:

Está bien, padre; no hay ningún problema, sólo tenía curiosidad por saber.

Al anochecer la princesa Luzdy escapó del castillo y llegó junto al cristal, y con un breve respiro se dijo:

¡Cómo me gustaría entrar allí y disfrutar del hermoso color de los árboles, el dulce canto de las aves y el esplendor maravilloso que se siente al tocar el verde pasto con rocío de la mañana! ¡Qué hermosura!, imagino en mis dulces sueños tocando las frescas flores del valle y junto a ellas, el susurrar de las abejas.

Estaba diciendo estas palabras cuando apareció la hechicera Lunera, quien había construido el cristal y tenía todos los secretos dulces de aquel lugar; al verla allí, se acercó y le dijo:

Mi preciosa niña, veo en tú corazón la dulce ternura y el deseo ambicioso de conocer más allá de lo que ves. Pero nadie ha podido entrar allí desde que tú padre ordenó colocar este gran cristal, esto con el fin de disminuir la gran contaminación de esa pequeña parte de bosque que quedó. Al pasar todos estos años, ese lugar se ha vuelto maravilloso y lleno de magníficos encantos. A todo el que se acerca a este cristal, se le hace creer que lo que está viendo es producto de su propia imaginación: es para recordar con amor la naturaleza y el mundo que alguna vez fue y que ahora no podemos tener. Hubo una época, en que los seres que habitaban allí, no supieron valorar ni apreciar la gran riqueza que poseían en sus manos, y por ser desordenados y sucios intoxicaron lo que más adelante podría llegar a ser el encanto de otros. Es demasiado tarde para querer y desear lo que en algún tiempo fue hermoso.

Al escuchar lo que decía la hechicera, la princesa Luzdy se echó a llorar diciendo:

Qué triste es saber, que hay personas que no cuidan lo más hermoso que existe en sus vidas. La vida es tan cruel, porque hay muchos que anhelamos con el corazón poder disfrutar de unos minutos al aire libre y entrar en contacto estrecho con toda esa hermosura que vemos a través del cristal; pero todo es una fantasía, *la realidad es completamente distinta*.

La hechicera se conmovió de su buen corazón, que decidió confesarle el secreto profundo de aquel cristal, y le dijo:

El secreto del cristal está en querer y desear todo lo que ves con el corazón, eres quien puede salvar esa gran riqueza almacenada allí; sólo debes enfocarte en encontrar la llave de oro y colgarla en tu cuello, para que el corazón de la naturaleza te revele el secreto profundo del cuidado que debes tener con él y la gran responsabilidad que vas a asumir. Ahora te enviaré a través del cristal y logres conseguir tu objetivo. Recuerda: la llave de oro es el corazón de la naturaleza.

Fue transportada rápidamente, quedando todo como si fuera un sueño, al despertar se encontraba recostada sobre un verde y fresco pasto verde, rodeado de flores de colores y dulces cantos de aves exóticas y aromas a frutos maduros, ella gritó fuertemente:

¡Qué hermoso es todo lo que veo, ya no es producto de mi imaginación, mi sueño se ha vuelto una realidad!

Luzdy caminó y caminó durante horas y gritaba de felicidad, por estar en el lugar más maravilloso que nunca jamás había pisado. Llegó a un río y bebió agua dulce y fresca, y se decía:

Si hubiera toda esta riqueza en nuestro pueblo, todo el mundo allí sería feliz: aire fresco, agua dulce y refrescante, animales preciosos y arboles gigantes como la torre de mi castillo. ¡Qué alegría!, ahora me siento como la princesa más enriquecida del mundo.

Siguió caminando y se encontró con una gigante mariposa de colores, que sus alas brillaban como la penumbra del sol, quien la guio hasta el corazón de la llave de oro. Al llegar, la princesa Luzdy debía tocar con sus tiernas y delicadas manos la puerta dorada que daba paso a la urna donde se encontraba la llave. Ella ingresó y fascinada por el encanto, iba directo a la urna, y en ese instante aparecieron dos jóvenes príncipes, quienes eran los protectores de aquella llave, e impidieron que ella continuara. Le gritaban que se fuera, o que si no la golpearían fuertemente. Ella sin decir más, insistió en ir hacia la urna, y ellos empezaron a golpearla. La princesa Luzdy llamó a la mariposa y montó en ella, y luchó contra esos dos jóvenes, teniendo ella finalmente la victoria. Los ató a un árbol de plata que se encontraba allí y ella riéndose les dijo:

Ustedes me han golpeado y yo me he defendido. Tengo que cuidar mi salud, para gobernar el cuidado de este bosque.

Al verla victoriosa aquellos jóvenes, le gritaban:

No lo hagas, chica valiente. A veces las cosas valiosas traen grandes dificultades. Al que tome esa llave, y su corazón no sea bondadoso para cuidar de todo lo que nos rodea queda convertido en una piedra. Te lo advertimos, muchos lo han intentado y han fracasado. *¡No lo hagas!*

Luzdy les dijo:

Tranquilos, que mi corazón es bondadoso como el amor por este bosque. Cuidaré de él como el oro que es.

Ella se dirigió hacia la urna y jalando de una raíz abrió inmediatamente y le fue entregada la llave junto a un pergamino dorado para firmar el pacto. La llave se ató por si misma al cuello de la princesa mientras ella firmaba el pacto. Al entrar la llave en contacto con ella, empezó a resplandecer como el brillo de la luna, y Luzdy quedó convertida en una preciosa mariposa de mil colores; quien tenía la posibilidad de convertirse en humano cuando se tratará de defender y cuidar el medio ambiente, y en mariposa para representar la belleza sobrenatural que posee la naturaleza. Desde aquel día quedó nombrada como: “La princesa Luzdy del cuidado de los bosques”, y como la luchadora y protectora de los mismos.

Al regresar a su pueblo, su padre la abrazó fuertemente y al verla con la llave de oro, sintió un orgullo inmenso por la gran labor que desempeñaba. Ella hizo destrozarse el cristal mágico, para que los habitantes de su pueblo pudieran disfrutar sanamente de aquel maravilloso lugar, lleno de magia y exóticos encantos.

A partir de ese momento, las personas de aquel lugar entendieron que el cuidado del medio ambiente vale mucho más que tener dinero y fábricas de producción, que la contaminación y el deterioro de estos espacios bonitos no nos lleva a nada bueno. Disfrutemos de estos espacios sanamente, y hagamos que cada huella que dejemos, sea una huella verde, para que más adelante las futuras generaciones disfruten sin contaminación.

Recordemos que la responsabilidad del cuidado de estos maravillosos lugares depende de cada uno de nosotros y del manejo que le demos a sus recursos. Que la hermosura de nuestro planeta y de nuestros bosques, no sea sólo imaginario, sino una realidad con la que marquemos la diferencia.



DETRÁS DE LA MONTAÑA



*Autor: Alexandra Reyes
Institución Educativa Técnica de Jenesano
Municipio: Jenesano
Docente: Anyi Marien Abril Mendoza.*

El aleteo medidamente hacia atrás del primer colibrí indica el inicio de un nuevo día detrás de la montaña. Las flores muestran su reluciente mar de colores, lúcidos animales con una suave brisa en su cara dejan apreciar su inigualable belleza, ese río que chispea chocando con aquellas rocas, dejando así apreciar el brillante cristal de sus tranquilas aguas.

Esa es, bueno, era la maravillosa vida detrás de la montaña que cuenta la leyenda; un destino perdido entre mapas y ubicaciones, basado específicamente en la naturaleza, hace un tiempo. La gran historia comienza entre el pasto tambaleándose con el caluroso y tranquilo viento de estas hermosas mañanas, en donde salen las hormigas con su espléndida alineación una detrás de otra para comenzar su duro día de trabajo; luego, pasando entre ellas, se asoman las elegantes mariposas, las importantes abejas y los extraordinarios colibríes, dejando así admirar el destello de colores pintado en sus alas. Estos son los animales encargados de polinizar el gran camino de llamativas plantas, los que mantienen lleno de colores los hermosos senderos de este lugar; encima de la roca con su peculiar característica, alrededor de sus ojos, se asoma el rey del lugar, este es el oso de anteojos, el animal encargado específicamente de cuidar su territorio y de mantenerlo a salvo cada día. Suena extravagante el hecho de pensar que un oso de anteojos lidera un ecosistema tan singular, acostumbrados a la particularidad de que un animal ostentoso, representando impetuosidad, sea el que lleve la firmeza de su hábitat natural.

Vigor en sus venas, características genéticas de potencia y fortaleza, un andar infalible entre el recorrer de sus praderas, predominando un sigilo sobre las olas airoas en el pálido color de sus pasturas, ataca el león, animal preponderante en su hábitat cálido y remoto, con una alta diversidad de especies salvajes. Sin embargo, entre todas estas criaturas, el animal principal de la familia felina es el que domina dicho territorio. Cada una de estas características son estructuradas para un líder; considerando si relacionamos esto con la fisiología de un oso de anteojos, nos damos cuenta que posiblemente no alcance a unas expectativas tan completas, siendo este un animal solitario, pero con aptitudes íntegras convirtiéndolo así en un animal sabio.

En la copa más alta de los monumentales árboles, acariciados por las nubes, aquellos gigantes verdes que ocultan este paraíso natural de un mundo atroz, lleno de malicia, es el sitio donde habitan miles de animales, pero en particular el oso de anteojos, quien con perseverancia mantenía su comarca segura de cualquier amenaza.

El sol rotaba y los días pasaban, extendiendo nuevos colores en el aire con el despliegue de las aves; prados con limitado espacio, en donde la base contiene postes de gran altura, y en la superficie un camino de hojas verdes que obstruye el pasar de la radiante luz. La armonía que transmite los senderos con el repliegue de la brisa, el recorrido blando de las pacíficas aguas y el regocijo de los animales al sentir la serenidad plena de su singular hábitat; peculiaridades sólo vividas “detrás de la montaña”, hasta que un día todo acabó.

Todo parecía un día normal, el agua reflejaba destello de colores, un viento cálido transmitía tranquilidad absoluta, hasta que de pronto, a un costado de los magnos troncos, una luz relumbra la zona, aleteos despavoridos salen de las copas, bandadas en el cielo advierten la llegada de un forastero, la zozobra de los animales al sentir peligro perturba el ambiente. La proximidad de esta amenaza permitía observar su andar, algo espeluznante se acercaba, con unas garras destructoras dejando todo a su paso decaído como si hubiese en ellas lava caliente; flores holladas por el fuerte pisar de esta bestia, algo asechaba sin explicación ni dirección de su llegada, simplemente

quedaba imaginar el destino que trae entres sus pies.

Un cuerpo exótico, diferente a la usanza de especies en este lugar, siempre descritas por su propio encanto. Consigo, trae artefactos de metal, los cuales sin justificación alguna empezaron a oscurecer la radiante tarde con nubes negras, impidiendo el panorama fulgurante en el cielo con las estrellas, pigmentos sombríos en las sendas naturales incitaban a una destrucción total sobre la singularidad de aquel aborigen floral y animal. Entre la perfección de un rodal en sus ojos, el rey del paraíso demuestra su mando frente al perturbador foráneo, pupilas ínclitas y redondas de estas dos miradas enemigas, dan comienzo a la pugna entre un depredador y un defensor natural; sucesos inesperados estremecen a todo un ecosistema, colosal aflicción indica la tierra quebrantada por el terror ante aquel suceso afligido.

De inmediato un aura deslumbra entre las rocas centellantes por el cruzar del caudaloso río, la concordia de especies desembocan fijeza para la derrota de este hostil extraño; melodías chirriantes se alternan al cruzar de los pájaros en el lóbrego cielo, amonestando así pánico al intruso, siluetas arqueadas en su cabegal la familia cérvidos y bóvidos, con leves movimientos ascendentes orientan la salida de la bestia; singularidad en su capa de algodón, royendo con sus incisivos respingan los conejos a la guardia, como aplausos en celebración pisotean el suelo formando ráfagas terrosas que genera de tal manera su desorientación; de los arboles un diluvio impetuoso golpea al humano, las ardillas revelando vigor elevan sus nueces; sin vestigio en el camino, desaparece la bestia. Desplegué de nubes dejan ver de nuevo el fulgor del sol, vuelven los resplandecientes senderos argollados de una gran viveza en colores; *todo era felicidad y sosiego*, naturaleza serena por la normalidad reiterada de su entorno, animales gozosos por la expulsión de la amenaza; no obstante, sobre aquella roca denominada estrado de potestad, sentimientos de desasosiego invaden al oso de ante ojos, ensoñar la posibilidad de poder vivir en simetría con esta especie designada “HUMANO”.

LA SELVA DE ANTUAN



*Autor: David Esteban Orjuela González
Colegio de Boyacá sede Rafael Londoño Barajas
Ciudad: Tunja
Docente: Carolina Mendieta*

Antuan era un magnate dueño de una pequeña isla en donde se encontraba una extensa selva, allí vivían miles de animales de cientos de especies distintas, se podían ver una gran variedad de plantas con hermosas flores, que convertían aquel lugar en una especie de paraíso del que todos disfrutaban.

Antuan estaba feliz porque en sus negocios estaban saliendo bien, tenía una hermosa familia, su esposa y sus tres hijos. Nunca se preocupaba y vivía muy tranquilo.

Tiempo después, fue a visitarlo otro magnate, y al ver la extensa selva le dijo a Antuan, que por qué no explotaba esa riqueza que tenía en esos terrenos, en vez de tener plantas y animales que no le producían nada de dinero; le aconsejó que talara los árboles y construyeran unos condominios y hoteles con sitios de recreación y que eso incrementaría su capital.

Antuan, al dejarse llevar por la ambición y el mal consejo, decidió talar gran parte de la selva, los miles de especies de animales que habitaban allí se vieron obligadas a emigrar a otros sitios, muchos animales no lograron salir de allí con vida, y toda la variedad de hermosas flores que había fueron arrancadas.

Construyeron varios condominios y hoteles muy elegantes, con zonas de recreación, spa, piscinas termales, y empezó a llegar gran cantidad de turistas, y definitivamente el capital de Antuan aumentó enormemente, él estaba contento porque pensó que había hecho un gran negocio.

Al pasar el tiempo, todo cambió, el clima cada vez era más caluroso y casi no llovía, el agua empezó a escasear, y tenían que importar agua de otras ciudades cercanas y además la familia de Antuan empezó a desunirse, cada uno se fue por lados distintos, ya no compartían juntos como antes, ni en la hora de cenar estaban juntos, porque preferían estar con los amigos o divirtiéndose en las propiedades de la familia.

Fue tanta la desunión familiar que los hijos de Antuan ya no le hacían caso, y su esposa le reprochaba que por culpa de la ambición y la avaricia él estaba perdiendo el mayor tesoro que tenía, que era su familia en especial sus hijos; en ese momento Antuan abrió los ojos y se dio cuenta de que lo que su esposa le había dicho era verdad.

Un día Antuan estaba sentado en el jardín de su casa, estaba mirando al jardinero podar las plantas y le preguntó del porqué sobre el cambio del clima, que cada vez hacía más calor, el ambiente y el aire estaban más contaminados. El anciano le dijo que la selva era lo que mantenía con vida ese lugar, que en el momento en que fue destruida se acabó la vida de ese lugar, dejó de respirar, que ya no atraía la lluvia para mantener fresca y hermosa la selva.

Pasaron varios días, hasta que una tarde, la selva al sentirse herida reaccionó con un gran rugido creando un gran cráter donde prácticamente consumió y devastó los hoteles y sitios de recreación, todo pasó de repente, pero afortunadamente para Antuan no hubo pérdidas humanas. Los turistas y demás personas ajenas a la isla se fueron y no volvieron.

Después del desastre Antuan al ver todo devastado, se dio cuenta de su gran error, pensó que había hecho una buena inversión porque su capital aumentó bastante, pero perdió lo más importante de la vida de todo ser humano, la compañía de su familia, la tranquilidad que cada uno puede gozar cuando se hace el bien... Ninguna riqueza justifica el daño que se pueda hacer y especialmente a nuestra madre naturaleza.

Al darse cuenta de su gran error, y al no ver más sus plantas y animales y los sitios favoritos de sus hijos donde iban a jugar a escondidas, o el pequeño lago donde iba con su esposa a bañarse, todos esos recuerdos bonitos que tenía con su familia donde eran unidos y felices, entonces Antuan se propuso restaurar la selva, así que todo el dinero que ganó, lo destinó a renovar todo y trajo gran cantidad de tierra fresca, trajeron arbolitos para sembrar y gran variedad de plantas, toda la familia comenzó a sembrarlos con ayuda de gente que habitaba en esa región.

Desde entonces, Antuan y su familia se dedicaron a proteger y a cuidar la selva, año tras año, poco a poco los animales fueron volviendo, aunque ya no iba a ser como la selva que tenían antes.

Pasaron muchos años y los hijos de Antuan, se casaron y tuvieron su familia, siguió el legado de cuidar y conservar la selva que cada vez iba floreciendo... Después de un tiempo Antuan empezó a enfermar y ya no podía salir a disfrutar de los paseos con la familia en la selva, ni ver sus animales preferidos, debía hacerlo desde su balcón, pero cada vez que la veía, estaba más verde y frondosa, pero se entristecía al saber que el paso por la vida es efímero y pronto sus ojos se cerrarían y no volvería a ver ese hermoso paraíso.

El estado de salud de Antuan empeoraba, uno de sus últimos días pidió que lo ubicaran en frente de la ventana para poder ver la selva, y le dijo a su familia que nunca se permitieran cometer un error que atentara en contra de la naturaleza, les pidió que la cuidaran y protegieran como la vida misma.

Antuan fijó su mirada a ese hermoso paraíso, su mirada se perdió y sus ojos se cerraron para siempre, su deseo siempre fue que su alma reposara en ese maravilloso lugar. Su familia regó sus cenizas a lo largo y ancho de la selva...

Después de un tiempo, la familia siguió con el legado de su padre, cuidar y enseñar a las personas la importancia de cuidar la naturaleza. Ningún turista se va del maravilloso paraíso, sin antes conocer la historia de Antuan, el cuidador y protector de esa mágica tierra.

6^{TO}
Concurso
Departamental
de Cuento
"LA PERA DE ORO"



ESCRIHÉROES
del cuidado:

*Cuentos hechos en casa para
disfrutar la cuarentena*



GOBERNACIÓN DE
Boyacá

Secretaría de
Educación

Secretaría de TIC y
Gobierno Abierto

Boyacá
Avanza

